JULES VERNE

VIAJE AL CENTRO DE LA MENTE

Ensayos literarios y científicos

Traducción de Mauro Armiño



Viajero infatigable, escritor prolífico y uno de los autores más leídos durante los dos últimos siglos, las generaciones que han crecido junto a Jules Verne son cómplices de sus visiones e inquietudes. Viaje al centro de la mente reúne en una cuidada edición de Mauro Armiño ensayos científicos, estudios literarios, como el dedicado a Edgar Allan Poe, y artículos históricos, como el que se ocupa del motín del Bounty, además de conferencias, discursos y entrevistas. Todo un conjunto que explica el legado que dejó a la posteridad. Pocos creadores han logrado, como hizo Verne, aunar el conocimiento científico con la aventura y el misterio en una obra literaria que se anticipó al desarrollismo del siglo XIX y a los inventos que llegarían con el XX. El submarino, el viaje a la Luna, el helicóptero, incluso la televisión, son algunas de las invenciones que profetizó en un mundo único e imprescindible al que ahora podemos viajar.

Jules Verne

Viaje al centro de la mente

Ensayos literarios y científicos

ePub r1.0
Titivillus 14.12.2019

Jules Verne, 2018
Traducción: Mauro Armiño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

El casi centenar de títulos que forman la serie *Viajes extraordinarios* de Jules Verne dejan una idea de los intereses y preferencias de un autor que, tal vez, fue el más leído del siglo XIX en Francia. Esos títulos abren un abanico de narraciones presididas por dos decisiones tomadas por el joven Verne en función de una afición determinada: la geografía, a la que no tarda en sumarse la ciencia como motor para recorrer esos mapas del mundo. Pero no fue ésa su primera inclinación literaria: mientras estudia derecho en París, el joven Verne frecuenta el mundo del teatro y los salones literarios de la mano de Alexander Dumas hijo.

Alterna esas «veleidades» literarias con la amistad de Jacques Arago, que va orientándolo hacia una temática que, por suerte, encontró un editor conspicuo, Pierre-Jules Hetzel. Pese a la ceguera que Arago sufre desde hace 1837[1], el antiguo explorador mantiene despiertas la mente y la ilusión, y sigue con detalle los avances de sus antiguos colegas, además de continuar con la práctica de ciencias como la astronomía, la física y la química. Son los relatos de Arago los que remiten a Verne a unas lecturas infantiles de exploraciones y aventuras, de robinsones en islas desiertas, etcétera.

La ciudad natal de Verne, Nantes, en la Bretaña francesa, tiene como divisa: *Favet Neptunus eunti*[2]; y ahí debió de encontrar Verne el punto de partida de la aventura: su puerto se abre al mar Atlántico a través del Loira, con un caudal enorme que suma cinco afluentes y que propicia la llegada y partida de barcos de gran calado. Desde el domicilio de sus padres, en el barrio oeste de Nantes, a dos pasos del centro, Verne puede contemplar el ir y venir de gabarras y veleros. Desde la ventana de su cuarto, el joven Verne distingue el río «desarrollándose en una extensión de dos a tres leguas, entre los prados que inunda con esas grandes crecidas durante el invierno. La necesidad de navegar me devoraba. Ya conocía los términos de marina, y comprendía lo suficiente las maniobras para seguirlas en las novelas

marítimas de Fenimore Cooper. Con el ojo en el ocular de un pequeño telescopio, observaba los navíos, prestos a virar, largando sus foques»…

Pero su primera aventura marina terminó en fracaso: a los doce años, embarcado solo en una yola, naufraga después de que se hubiera abierto una vía de agua en su barca: «Sólo tuve tiempo de lanzarme en un islote de grandes juncos espesos cuyos penachos inclinaba el viento. Ya pensaba en construir una cabaña de ramas, en fabricar una caña con un junco y anzuelos con espinas, en procurarme fuego, como los salvajes, frotando dos trozos de madera seca uno contra otro. […] Cuando bajó la marea, no tuve más que atravesarla con el agua hasta los tobillos para alcanzar lo que llamé el continente, es decir, la orilla derecha del Loira. Y volví tranquilamente a casa, donde hubede contentarme con la cena familiar en lugar de la comida a lo Crusoe con la que había soñado, conchas crudas, un loncha de pecarí, y pan hecho de harina de mandioca[3]».

Buena parte del progreso comercial de la ciudad se debía, en esa primera mitad del siglo XIX, a la caza de la ballena (segundo puerto ballenero de Francia, después de Le Havre) y al comercio del azúcar; pero también a la trata de esclavos, mano de obra imprescindible para la recolección de la caña. Entre 1815 y 1833, tienen su base en Nantes algo más de 350 navíos negreros que vendieron una cifra superior a 30 000 esclavos en las islas citadas. A pesar de que la esclavitud fue abolida en 1848, momento en el que Verne cumple veinte años, la ciudad nantesa seguirá armando durante otros doce años navíos negreros que llenan sus calas con *razzias* de esclavos a lo largo de las costas de Guinea, Mozambique, las Comores y Madagascar para venderlos en las islas Mauricio y de la Reunión; en estas islas, la producción de azúcar se multiplicó por cuatro en ese periodo, hasta alcanzar las 40 000 toneladas.

En sus recuerdos de infancia y juventud, Verne subraya sobre todo el movimiento portuario, con sus balleneros, sus navíos cargados de hulla, granos, trigo y harina rumbo al otro lado del mar, o con sus olores a té, pimienta, índigo y especias que llegan de remotos países de Oriente. Y también de ese puerto parten barcos como el *Oriental Hydrographe,* de tres mástiles, con la intención de dar la vuelta al mundo, cuando el futuro escritor de aventuras tiene diez años; o el capitán Loarer sube al puente de mando de un buque de guerra para explorar las costas de Mozambique y Madagascar cuando tiene diecisiete.

Sin embargo, durante una etapa bastante larga, Verne olvida esos olores portuarios y ese mar que lleva a todas partes; cuando en 1848 se instala en

París para concluir al año siguiente sus estudios de derecho —imposición familiar—, no tarda en dejarse abducir por el mundo del teatro y los salones literarios; escribe poemas, piezas teatrales, libretos para opereta, tan de moda en ese momento, estrena en 1850 e imprime su primera obra de teatro, *Las pajas rotas*, en colaboración con Alexander Dumas hijo; ensaya una novela gótica inspirada en Charles Robert Maturin, el autor de *Melmoth el errabundo*, a la que Balzac ya había dado una continuación, *Melmoth reconciliado*, en 1835; busca en su realidad inmediata, en la vida de su barrio, *materiales* para novelar la realidad, o inventa colores locales al otro lado del Atlántico, en ese refrito de documentación que titula *Los primeros navíos de la marina mexicana* (1851), que aparece en la revista *Le Musée des familles*, para la que trabaja en la década de 1850. Para sobrevivir y minimizar en lo posible los reproches paternos, se convierte en secretario del Théâtre-Lyrique y trabaja en la Bolsa, mientras publica lo que puede en *Le Musée des familles*, donde ese mismo año aparecerá un esbozo de lo que ha de convertirse en su trayectoria definitiva: *Un viaje en globo…* que contienen ya dos características claves: información científica y fantasía. Pese a ello, y pese a que en varias de las novelas breves del periodo ronda esas mismas particularidades (*Martin Paz*, *Maese Zacharius o el Relojero que había perdido su alma*, *Una invernada en los hielos*), su dispersión tardará diez años en centrarse: los que le faltan para encontrar al hombre que orientó y dirigió con mano firme su carrera hacia lo que Verne es y representa: el narrador de aventuras y exploraciones que recorren el mapa del mundo.

Es en 1861 cuando conoce al editor Pierre-Jules Hetzel (1814-1886): en la compañía de edición que había fundado en 1837, había publicado obras de los grandes nombres del momento, incluso durante el exilio al que se vio obligado, tras el golpe de Estado que dio paso al Segundo Imperio (1851), por haber sido jefe de gabinete del poeta Alphonse de Lamartine, ministro en dos ocasiones desde 1848. Hetzel fue uno de los 25 000 republicanos que tuvo que desterrarse; pero, desde Bélgica, no se arredra, y, en la clandestinidad, publica de Victor Hugo el libro más virulento contra la política de Napoleón III, *Les Chatiments*, y *Napoléon le Petit*, el panfleto más acerado contra ese personaje que ya parecía repulsivo a todos los escritores del momento, empezando por un joven de quince años llamado Jean-Arthur Rimbaud; le valieron la amenaza de encarcelamiento si pisaba suelo francés, mientras otros desterrados iban consiguiendo autorizaciones de entrada personal en Francia. Cuando en 1859 puede volver, sumará a su catálogo los nombres más prestigiosos del casi medio siglo que queda hasta su muerte:

desde Proudhon a Baudelaire, a quien apoya cuando es llevado a los tribunales por *Les Fleurs du mal*, pasando por Balzac (*La Comedia humana*), Musset, Gérard de Nerval, Théophile Gautier… Mantendrá con ellos relaciones amistosas, y en ocasiones tormentosas, de manera especial con Victor Hugo, aunque nunca romperá con sus autores.

Fue un joven autor que moriría prematuramente de tuberculosis, Alfred de Bréhat (1822-1866), quien, en el otoño de 1862, presentó a Verne al que era su editor. En ese primer momento, aunque ninguno de los dos adivinó las posibilidades del otro, firmaron el primer contrato el 23 de octubre para editar tres meses más tarde las líneas generales de la trama de *Un viaje por el aire*, convertida ahora en *Cinco semanas en globo*, primera novela de los *Viajes extraordinarios*. La serie aún no está lista, irá cociéndose en el olfato de Hetzel como editor, y en el trabajo de Verne como narrador. Porque éste, a pesar de su convencimiento de haber abierto una vía narrativa nueva —la aventura, el viaje, el empleo de la ciencia como anticipación del futuro— con ese *Viaje por el aire*, y del éxito que enseguida consigue su versión definitiva, *Cinco semanas en globo*, aún no tiene decidido lo que será el esquema de cada uno de los *Viajes extraordinarios*: una investigación científica documentada envuelta en una situación dramática, una aventura en el espacio y en el tiempo sobre el telón de fondo de una naturaleza desconocida, que el novelista describe con toda la precisión que le permiten documentos, diarios e informes de exploradores y viajeros. Que aún no está fijado en ese esquema lo demuestra la segunda obra que presenta a Hetzel, una anticipación de cien años, *París en el siglo* XX, con un argumento de tintes románticos —el romanticismo ya está trasnochado en esas fechas—, y por protagonista un poeta que, negándose a la sociedad tecnificada y dominada por un sistema financiero abusivo, se sacrifica sobre la tumba del amor. Tras hacer por escrito una severa crítica del manuscrito, Hetzel se negó a imprimir esas predicciones para un París de 1960, que tuvieron que esperar ciento treinta años para ver la luz, por cierto con gran éxito de lectores: muchas de las premoniciones que *París en el siglo* XX aventuraba, se han cumplido, otras han quedado desusadas, otras quizá se cumplan todavía.

A ese momento de inseguridad en el objetivo final se corresponde el único ensayo literario escrito por Verne, y que tiene mucho que ver con el desarrollo posterior de su narrativa: *Edgar Poe y sus obras*[4], que abre esta selección de textos. La traducción que del escritor norteamericano hace Baudelaire (sobre todo) descubre a Verne una identidad de inspiración, con todas las diferencias que se quiera, con otro de sus autores preferidos,

E. T. A.: Hoffman, cuyo realismo está teñido de fantasía y tensa el desarrollo de la trama; como el propio Verne subraya, esa imposibilidad de lo real descrito por el autor de *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* no lo es del todo porque «en medio de esas imposibilidades existe a veces una verosimilitud que se apodera de la credulidad del lector». Esa va a ser la clave del juego verniano: puede utilizar los avances científicos más reales en el punto de partida para orientarlos hacia la fantasía y dotar tanto a la aventura como a sus personajes de misterio.

En ese año de 1864, Hetzel crea, como apoyo de su política editorial, el *Magasin d'Éducation et de Récréation*, revista bimensual «para toda la familia», que publica en folletón ilustrado obras de los grandes autores del momento, que más tarde edita en forma de libro. Se mezclan en la revista tres materias que pretenden resultar equilibradas y aparecer en igualdad de condiciones: la moral, el conocimiento y lo imaginario, con un objetivo muy definido, el de educación y entretenimiento. Aunque la obra de Verne podría figurar en esta última casilla —cuentos de hadas, fábulas—, Hetzel la incluye en el apartado, no de la educación a secas, sino de la educación científica, por considerar ésta como la base de una nueva cultura civilizadora. El republicano Hetzel ve la lectura como el arma que a Francia han dejado los enciclopedistas e ilustrados: forma al hombre para la sociedad, para el progreso, convierte al lector en ser libre y responsable, con conocimientos del mundo a partir de las nuevas experiencias científicas que, desde finales del siglo XVII, están cambiando la visión del universo; para el editor, además, la lectura sirve a la guerra de trincheras que enfrenta a una escuela progresista con las congregaciones religiosas que se habían apoderado de la enseñanza. Desde 1860, los republicanos han llevado esa batalla al terreno de la política, y Hetzel se suma a las fuerzas reformistas en las que Verne terminará incluido con sus novelas. Esa será la decisión adoptada en *Los viajes y aventuras del capitán Hatteras*, —que aparece en el folletón del primer número del *Magasin d'Éducation et de Récréation*—, que, de hecho, supone el inicio de la relación íntima con su editor en la primavera de 1866. En esa novela, la segunda de los *Viajes*, Verne se pliega al esquema que entre editor y novelista se han propuesto: la lucha del hombre a través del planeta con una naturaleza a la que vence gracias a los descubrimientos científicos más recientes, con un programa que quiere abarcar «la tierra entera, el universo mismo descrito en forma de novela[5]».

Quedaban excluidos de esa búsqueda dos temas: la psicología y las relaciones amorosas, teñidas en su obra de una levedad que no entra en

detalles, dado que el *Magasin* estaba destinado a las familias, y la sección encargada al novelista era la información sobre avances científicos. De ahí el escaso relieve de los personajes femeninos en los *Viajes*, pese a la importancia que el novelista quiere darles en su entrevista con Marie Belloc[6], con la justificación de que «el amor es una pasión demasiado absorbente que no deja sitio a los demás sentimientos en el corazón humano»; por eso, sus protagonistas masculinos deben centrarse en la aventura, no en sus sentimientos personales; en última instancia, la visión de Verne sobre la mujer y el papel que debe jugar o juega en sociedad queda muy por debajo de lo que la burguesía de la época, a la que el edil de Amiens pertenecía, pensaba. Para el editor Hetzel, y por lo tanto para el novelista Verne, la familia, los niños y los jóvenes han de ser los lectores tanto del *Magasin* como de los *Viajes extraordinarios*; y de creer a Proust, que habla «de la expresión atenta y febril de un niño que lee una novela de Jules Verne[7]», los recursos del narrador de aventuras eran capaces de mantener en vilo a ese público para el que estaba destinado, pero que no ha sido el único en seguir apasionadamente las hazañas llenas de obstáculos de los héroes de Verne; también fue lectura preferida por adultos.

Es el 11 de diciembre de 1865 cuando Hetzel y Verne firman un contrato de exclusiva: el novelista escribirá tres novelas al año a cambio de 3000 francos por cada volumen, con renuncia expresa a sus derechos sobre las ediciones ilustradas; con el paso del tiempo, el éxito de los *Viajes extraordinarios* irá cambiando ciertas cláusulas de ese acuerdo —dos novelas anuales, aumento de los honorarios del escritor—, sin que sustancialmente varíen dos hechos: los buenos beneficios que Hetzel saca de su autor, y la seguridad económica que esos contratos dan a Verne, permitiéndole entregarse por entero al trabajo narrativo, con horario fijo diario, y vivir desde 1869 en la ciudad de su esposa, Amiens; en ella se integrará como un buen burgués de pensamiento conservador[8], hasta el punto de asumir cargos municipales con alcaldes del partido republicano; para él, esa tarea cívica no es una condecoración inútil ni un título; se interesó realmente por la vida y los problemas de esa ciudad, como su propia voz certifica en las entrevistas aquí recogidas; trabajará además activamente en la Sociedad Industrial, en la Sociedad de Horticultura, en la Academia de Ciencias, Literatura y Artes que llegó a presidir, etcétera; precisamente una de las funciones de ese cargo, la de acoger a los nuevos académicos, nos ha dejado una sección de discursos de recepción también reagrupados en este volumen.

Desde el momento en que firma ese contrato comienza la rutina verniana: publicación de dos novelas al año, primero en folletón, y en noviembre en volumen. Hetzel tiene una visión industrial de la literatura, a la que colaborará Verne durante veintitrés años, hasta la muerte del editor, y veinte años más con su hijo, Louis-Jules Hetzel, heredero de la empresa. Esa colaboración tuvo por resultado ochenta títulos, entre novelas largas y cortas, de la serie *Viajes extraordinarios*. El ritmo de escritura de Verne superaba el de la edición pactada de dos novelas anuales, como él mismo explica en las entrevistas: «Me he adelantado años sobre las máquinas de imprimir». De ahí que, a su muerte, Verne dejara manuscritas nueve novelas largas; la mayoría de ellas, revisadas por su hijo Michel, terminaron viendo la luz entre 1905 y 1910; tuvieron que esperar varias décadas para que se imprimieran en el estado en que las dejó Verne, sin la interferencia de las manos del hijo.

El conjunto de los *Viajes extraordinarios* permite hacerse una idea del pensamiento narrativo de Jules Verne, de sus contradicciones en el terreno político provocadas por la personalidad de que dota a sus protagonistas en situaciones tan diversas, de sus maestros e influencias, que empiezan por Dumas padre, a quien confiaría sus primeros esbozos literarios, y terminan por Zola y Maupassant, únicos escritores contemporáneos cuya obra literaria apreciaba, sin olvidar al siempre presente Victor Hugo, ni al maestro del misterio y la aventura que contamina buena parte de la literatura francesa desde su aparición en las traducciones de Baudelaire: Edgar Allan Poe, cuyas *Aventuras de Arthur Gordon Pym* Verne se atreve a tratar de completar en *La esfinge de los hielos*. Él mismo fue uno de los «imitadores» del norteamericano que predice para el futuro en su ensayo *Edgard Poe y sus obras*, aunque Verne sea un imitador que toma vías muy dispares a pesar de algunos puntos concomitantes entre ambos. Ese texto sirve, sobre todo, para ver la forma en que Verne aprecia y adopta la originalidad, la modernidad de su predecesor, y que enumera: novedad de situaciones, puesta en práctica de hechos poco conocidos, y fuerte personalidad de los protagonistas.

Para comprender la evolución de los personajes, desde los primeros volúmenes cuando Verne vive en los ambientes literarios parisinos, hasta los últimos, después de treinta años de vida burguesa en su ciudad de Amiens; para adentrarse en el meollo de la gestación de los *Viajes extraordinarios*; para descubrir al Verne que trabaja denodadamente sus aventuras, conviene conocer los textos aquí reunidos; empezando por los artículos en que describe la ascensión de un globo maniobrado por su amigo y gran fotógrafo de la época Nadar —génesis de su primera obra científica y recurso utilizado en

muchos de los *Viajes*—, siguiendo por su ensayo sobre Edgar Allan Poe, por sus explicaciones científicas y sus anticipaciones, y terminando tanto por los distintos discursos a que le obligaba —y que cumplía encantado— su condición de edil de Amiens y de Director o miembro de distintas Academias y sociedades de su ciudad, como por las declaraciones y respuestas a entrevistas, sin dejar de lado alguna humorada («Diez horas de caza»), que retrata con una sutil ironía sobre las costumbres del momento y respira el mismo gracejo caprichoso, la misma distancia burlona mantenida por algunos de sus personajes novelescos sobre costumbres no compartidas por el autor. A través de este conjunto, Verne hace su autorretrato como escritor y como persona; en él alternan rasgos de visionario por un lado, de hombre conservador por otro en materia de costumbres; y si en este último apartado sus consideraciones, propias de una época en la que el pensamiento progresista tenía evidentes cojeras, nos resultan ya curiosas, en el terreno de la anticipación ha sido reconocido por todos los que han cultivado el género durante el siglo XX como el maestro del que arranca la narrativa contemporánea de aventura e imaginación[9].

M. Armiño

des serpents de mer, des « Moby Dick » et autres
élucubrations de marins en délire. Enfin, ~~une~~
dans un article du _Figaro_, ~~chez~~ le plus aimé de
ses rédacteurs, brochant sur le tout, poussa au
monstre comme Hyppolite, lui porta un dernier
coup et l'acheva au milieu d'un éclat de rire
universel. L'esprit avait vaincu la science.

Pendant les premiers mois de l'année
1867, la question parut être enterrée, et ne semblait
pas devoir renaître, quand de nouveaux faits furent
portés à la connaissance du public. Il ne s'agit
plus alors d'un problème scientifique à résoudre
mais bien d'un danger réel à éviter. La questio
prit une toute autre face. Le monstre redevint
îlot, rocher, écueil, mais écueil fuyant, indéter-
minable, insaisissable.

Le 5 mars 1867, le _Lafayette_, de la
Compagnie transatlantique, chargé du service pos
entre Saint Nazaire et ~~la~~ Vera-Cruz, se trouv
pendant la nuit ~~entre~~ par 27° 30' de latitude,
72° 15' de longitude. Heurta ~~par~~ sa hanche de
tribord un roc qu'aucune carte ne marquait dans
ces parages. Son déplacement en charge était alo
de cinq mille huit cents tonneaux, et sous l'effort
de ses douze cents chevaux-vapeur, il marchait à la
vitesse de treize noeuds. Nul doute que sans la

ESTUDIOS LITERARIOS E HISTÓRICOS

EDGAR POE Y SUS OBRAS[10]

I

Escuela de lo extraño. — Edgar Poe y el señor Baudelaire. — Existencia miserable del novelista. — Su muerte. — Ann Radcliffe, Hoffmann y Poe. — Historias extraordinarias. — Doble asesinato de la calle Morgue. - *Curiosa asociación de ideas. — Interrogatorio de los testigos. — El autor del crimen. — El marinero maltés.*

He aquí, mis queridos lectores, un novelista americano de gran reputación; ustedes conocen su nombre, mucho sin duda, pero poco sus obras. Permítanme, pues, hablarles del hombre y de su obra; los dos ocupan un lugar importante en la historia de la imaginación, pues Poe ha creado un género aparte, que sólo procede de él mismo y cuyo secreto parece haberse llevado, en mi opinión; se le puede llamar *jefe de la Escuela de lo extraño*; ha hecho retroceder los límites de lo imposible; tendrá imitadores. Estos tratarán de ir más allá, de exagerar su manera; pero más de uno que crea superarlo, no lo igualará siquiera.

Les diré ante todo que un crítico francés, el señor Charles Baudelaire, ha escrito, al frente de su traducción de las obras de Edgar Poe, un prefacio no menos extraño que la obra misma. Quizá ese prefacio exigiría a su vez algunos comentarios explicativos. Sea como fuere, se ha hablado de ello en el mundo de las letras; se ha subrayado, y con razón, que el señor Charles Baudelaire era digno de explicar al autor americano a su manera, y yo no desearía al autor francés otro comentarista de sus obras presentes y futuras que un nuevo Edgar Poe. A manera de revancha: los dos están hechos para comprenderse. Por otra parte, la traducción del señor Baudelaire es excelente, y le tomaré prestados los pasajes citados en este artículo. No trataré de explicarles lo inexplicable, lo inasequible, lo imposible producido por una

imaginación que Poe lleva a veces hasta el delirio; pero lo seguiremos paso a paso; les contaré sus relatos más curiosos, con abundancia de citas; les mostraré cómo procede y en qué lugar sensible de la humanidad golpea, para sacar sus efectos más extraños.

Edgar Poe nació en 1813 en Baltimore, en plena América, en medio de la nación más positiva del mundo. Su familia, bien situada desde hacía mucho tiempo, degeneró singularmente al llegar hasta él; si su abuelo destacó durante la guerra de la independencia, en calidad de cabo de la marina general al lado de La Fayette[11], su padre murió, miserable cómico, en la indigencia más completa.

Un tal Allan, negociante de Baltimore, adoptó al joven Edgar y lo hizo viajar a Inglaterra, Irlanda y Escocia; Edgar Poe no parece haber visitado París, algunas de cuyas calles describe de forma inexacta en uno de sus relatos.

Vuelto a Richmond en 1822, prosiguió su educación; mostró aptitudes singulares en física y en matemáticas. Su conducta disipada hizo que lo expulsaran de la Universidad de Charlottesville, e incluso de su familia adoptiva; partió entonces para Grecia en el momento en que esa guerra parecía haber sido hecha únicamente para mayor gloria de lord Byron[12]. Observaremos de pasada que Poe era un notable nadador, como el poeta inglés, sin que con ello queramos sacar ninguna deducción de ese acercamiento.

Edgar Poe pasó de Grecia a Rusia, llegó hasta San Petersburgo, resultó comprometido en ciertos asuntos cuyo secreto desconocemos y volvió a América, donde entró en una escuela militar. Su temperamento indisciplinable hizo que pronto fuera expulsado; probó entonces la miseria, y la miseria americana, la más espantosa de todas; se le ve dedicarse, para vivir, a trabajos literarios; gana por suerte dos premios fundados por una revista para el mejor cuento y el mejor poema, y por fin llega a ser director del *Southern Litterary Messenger*. El periódico prospera gracias a él; de ello resulta una especie de desahogo ficticio para el novelista, que se casa con Virginia Clemm, su prima[13].

Dos años después se peleaba con el propietario de su periódico; debemos decir que el desdichado Poeta pedía con frecuencia a la ebriedad del aguardiente sus inspiraciones más extrañas; su salud se alteraba poco a poco; pasemos rápidamente sobre esos momentos de miseria, de luchas, de éxitos, de desesperación, del novelista apoyado por su pobre mujer y sobre todo por su suegra, que lo quiso como a un hijo hasta más allá de la tumba, y digamos

que, a raíz de una larga sesión en una taberna de Baltimore, el 6 de octubre de 1849 se encontró un cuerpo en la vía pública, el cuerpo de Edgar Poe; el desdichado aún respiraba; fue transportado al hospital: dominado por el *delirium tremens*, murió al día siguiente, con apenas treinta y seis años.

Esta es la vida del hombre, veamos ahora la obra: dejaré de lado al periodista, al filósofo, al crítico, para centrarme en el novelista: es en el relato breve, en la historia, en la novela donde de hecho brilla toda la rareza del genio de Edgar Poe.

Algunas veces se le ha podido comparar a dos autores, uno inglés, Ann Radcliffe**[14]**, el otro alemán, Hoffmann; pero Ann Radcliffe ha explotado el *género terrible*, que siempre se explica por causas naturales; Hoffmann hizo pura fantasía, que ninguna razón física puede conciliar; no ocurre así en Poe; sus personajes pueden existir en rigor; son eminentemente humanos, dotados no obstante de una sensibilidad sobreexcitada, supranerviosa, individuos de excepción, galvanizados por así decir, como lo serían gentes a las que se hiciera respirar un aire más cargado de oxígeno, y cuya vida no fuera más que una combustión activa. Si no están locos, los personajes de Poe deben evidentemente volverse locos por haber abusado de su cerebro, como otros abusan de los licores fuertes; llevan hasta su límite último el espíritu de reflexión y de deducción; son los analistas más terribles que yo conozca, y, partiendo de un hecho insignificante, llegan a la verdad absoluta.

Trato de definirlos, de pintarlos, de delimitarlos, y apenas lo consigo, porque escapan al pincel, al compás, a la definición; vale más, queridos lectores, mostrarlos en el ejercicio de sus funciones casi sobrehumanas. Es lo que voy a hacer.

De las obras de Edgar Poe poseemos dos volúmenes de *Historias extraordinarias*, traducidas por el señor Charles Baudelaire; los *Cuentos inéditos*, traducidos por William Hughes, y una novela titulada *Aventuras de Arthur Gordon Pym*. En estos diversos volúmenes haré la selección más adecuada para que les interese, y lo conseguiré sin esfuerzo porque la mayor parte del tiempo dejaré que Poe hable por sí mismo. Les ruego que lo escuchen con confianza.

Voy a ofrecerles en primer lugar tres novelas breves en las que el espíritu de análisis y de deducción alcanza los últimos límites de la inteligencia. Se trata del *Doble asesinato de la calle Morgue,* de *La carta robada* y de *El escarabajo de oro*.

He aquí la primera de estas tres historias, y cómo Edgar Poe prepara al lector para este extraño relato:

Después de curiosas observaciones mediante las que demuestra que el hombre *verdaderamente* imaginativo nunca es otra cosa que un analista, saca a escena a un amigo suyo. Auguste Dupin, con el que vivía en París en una parte retirada y solitaria del *faubourg* Saint-Germain.

> «Mi amigo —dice— tenía una rareza de humor, porque, ¿cómo definir esto? Consistía en amar la noche por amor a la noche; la noche era su pasión[15]; y yo mismo caí tranquilamente en esa *bizarrerie*[16], como en todas las demás que eran propias, dejándome llevar por la corriente de sus extrañas originalidades con un perfecto abandono. La negra divinidad no siempre podía permanecer con nosotros; pero nosotros hacíamos su imitación. Con el primer rayo del alba, cerrábamos todos los pesados postigos de nuestra casucha, encendíamos un par de velas fuertemente perfumadas, que sólo despedían unos rayos muy débiles y muy pálidos. En el seno de esa débil claridad, cada uno de nosotros entregaba nuestra alma a sus sueños, leíamos, escribíamos o hablábamos, hasta que el reloj de péndulo nos advirtiese del retorno de la verdadera oscuridad. Entonces nos escapábamos por las calles, cogidos del brazo, continuando la conversación del día, merodeando al azar hasta una hora muy avanzada, y buscando a través de las luces desordenadas de la populosa ciudad esas innumerables excitaciones espirituales[17] que el estudio apacible no puede dar.
>
> »En estas circunstancias, yo no podía dejar de observar y de admirar, —aunque la rica idealidad de la que estaba dotado hubiera debido prepararme para ello— una aptitud analítica peculiar de Dupin.
>
> »En esos momentos, sus modales eran glaciales y distraídos; sus ojos miraban al vacío y su voz —habitualmente una rica voz de tenor— subía hasta la voz de falsete…».

Y ahora, antes de abordar el tema de su relato, Poe cuenta de qué forma procedía Dupin en sus curiosos análisis.

> «Hay pocas personas —dice— que no se hayan entretenido, en un momento cualquiera de su vida, en remontar el curso de sus ideas y en buscar por qué camino su mente había llegado a ciertas conclusiones. A menudo esa ocupación está llena de interés, y el que lo intenta por primera vez se asombra de la incoherencia y la distancia, en apariencia inmensa, entre el punto de partida y el punto de llegada.
>
> »Una noche, deambulábamos por una larga calle sucia cercana al Palais-Royal. Cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos, al menos en apariencia, y desde hacía casi un cuarto de hora no habíamos dicho ni una palabra. De repente, Dupin soltó estas palabras:

»—Realmente es un chico muy pequeño; y estaría mejor en un papel en el teatro de Variétés[18].

»—De eso no cabe la menor duda —repliqué sin pensar y sin fijarme al principio, tan absorto estaba, en la singular forma con que el que interrumpía adaptaba su palabra a mi propio pensamiento. Un minuto después volví en mí, y mi sorpresa fue profunda.

»—Dupin —dije con mucha gravedad—, eso supera mi inteligencia. Le confieso, sin ambages, que estoy estupefacto, y que apenas puedo dar crédito a mis sentidos. ¿Cómo ha podido adivinar que yo penaba en…?

»Pero me detuve para cerciorarme sin la menor duda de que había adivinado realmente lo que yo pensaba.

»¿En Chantilly? —dijo—. ¿Por qué interrumpirle? Iba usted pensando en que su pequeña estatura no le volvía inadecuado para la tragedia.

»Eso era precisamente lo que constituía el tema de mis reflexiones. Chantilly era un antiguo remendón de la calle Saint-Denis, que tenía la obsesión del teatro y había interpretado el papel de Jerjes en la tragedia de Crébillon[19].

»—Dígame, por amor de Dios, el método —si es que hay método— con cuya ayuda usted ha podido descifrar mi alma en el caso presente».

Ya se ve lo extraño que es este principio; en este punto se inicia una discusión entre Poe y Dupin, y éste, revelando la serie de reflexiones de su amigo, le muestra que se siguen de la siguiente forma: *Chantilly, el remendón, Orión, el doctor Nichols, Epicuro, la estereotomía, los adoquines, el frutero*.

He ahí unas ideas que no tienen ninguna relación entre sí, y sin embargo, Dupin va a unirlas fácilmente, empezando por la última.

En efecto, al pasar por la calle, un *frutero* chocó con Poe de una forma brusca; éste, sacudido por el choque, resbaló un poco, puso el pie en una piedra que se movía y se lastimó ligeramente el tobillo maldiciendo el defectuoso *pavimento*. Cuando llega a un pasaje en el que se estaba probando un pavimento de madera, la palabra *estereotomía* le vino a la cabeza, y esa palabra le llevó inevitablemente a los átomos y a las teorías de Epicuro[20]. Pero recientemente había mantenido con Dupin una discusión sobre ese punto, en la que Dupin le informó que los últimos descubrimientos cosmogónicos del *Doctor Nichols* confirmaban las teorías del filósofo griego. Al pensar en ello, Poe no pudo evitar alzar los ojos hacia la constelación de *Orión*, que brillaba entonces con toda su pureza. Y el verso latino:

Perdidit antiquum litera prima sonum[21],

Tiene que ver con *Orión*, que primitivamente se escribía *Urión*, y un crítico acababa de aplicárselo en broma al remendón *Chantilly*, en su último artículo.

> —Esta asociación de ideas —dijo Dupin— la vi en el *estilo* de la sonrisa que cruzó por sus labios. Usted pensaba en la inmolación del pobre remendón. Hasta ese momento, usted había caminado doblado en dos, pero entonces le vi erguirse por completo. Estaba totalmente seguro de que pensaba en la pequeña estatura de Chantilly. Fue en ese instante cuando interrumpí sus reflexiones para hacerle notar que el tal Chantilly no era más que un pequeño y pobre aborto, y que estaría mejor en su puesto en el teatro de Variétés.

Y yo les pregunto, ¿hay algo más ingenioso y más nuevo? ¿Y hasta dónde podrá llevar el espíritu de observación a un hombre dotado como Dupin? Es lo que vamos a ver.

En la calle Morgue se ha cometido un asesinato espantoso; una vieja dama apellidada L'Espanaye y su hija, que ocupaban un apartamento en el cuarto piso, han sido asesinadas hacia las tres de la mañana. Cierto número de testigos, entre otros un italiano, un inglés, un español y un holandés, atraídos por gritos espantosos, corrieron hacia el apartamento, forzaron la puerta, y, en medio del más extraño desorden, encontraron a las dos víctimas, una estrangulada, la otra herida por una navaja de afeitar que todavía sangraba. Las ventanas y las puertas, cuidadosamente cerradas, no permitían reconocer el camino tomado por el asesino. Fueron inútiles las más sagaces investigaciones de la policía, y nada parecía que iba a ponerla tras las huellas del crimen.

Este espantoso asunto, rodeado de un misterio tan insondable, interesaba mucho a Auguste Dupin; se dijo que, para la instrucción de aquel asesinato, no había que proceder mediante los recursos habituales; conocía al prefecto de policía, y consiguió su autorización para dirigirse al escenario del crimen, a fin de examinarlo.

Poe lo acompañaba en su inspección. Dupin, seguido de un gendarme, inspeccionó la calle Morgue, las partes traseras del edificio y la fachada con minuciosa atención. Luego subió al cuarto donde aún yacían los dos cuerpos. Su examen duró hasta la noche, sin decir ni una palabra, y al volver a su casa se detuvo unos minutos en las oficinas de un periódico diario.

Durante toda la noche permaneció en silencio y, al día siguiente, sólo a mediodía, preguntó a su compañero si había observado algo de *particular* en el escenario del crimen.

Y aquí fue donde el analista Dupin empezó a mostrarse.

—Pues bien —dijo—, espero a un individuo que, aunque tal vez no sea el autor de esta carnicería, debe encontrarse implicado en parte en su perpetración; es probable que sea inocente de la parte atroz del crimen… Espero al hombre aquí, en este cuarto, —de un momento a otro. Si viene, habrá que prenderlo. Aquí están las pistolas, y los dos sabemos para qué sirven cuando la ocasión lo exige.

Les dejo pensar cuál no fue la estupefacción de Poe ante estas positivas palabras. Dupin le dijo entonces que si la policía, después de haber levantado el suelo, abierto los techos, sondeado la mampostería de las paredes, no podía explicar la introducción y la huida del asesino, él, procediendo de otra forma, sabía a qué atenerse al respecto. En efecto, hurgando en todos los rincones, y sobre todo cerca de la ventana trasera que había *debido* facilitar el paso del asesino, descubrió un resorte; ese resorte, mal sujeto por un clavo herrumbroso, había podido cerrarse por sí mismo y retener la ventana, después de que ésta fuera empujada desde fuera por el pie del fugitivo. Junto a esa ventana se desplegaba la larga cuerda de un pararrayos, y Dupin ya no dudaba de que había servido de ruta aérea para el asesino.

Pero eso era poca cosa: desde el camino tomado por el asesino bien antes, bien después del crimen, apenas se podía llegar al conocimiento del criminal. Por eso Dupin, concentrado en ese punto, se lanza a una deducción curiosa, y salta a un orden totalmente distinto de ideas, preguntándose no cómo han pasado las cosas, sino en qué se distinguen de todo lo que ha ocurrido hasta el presente. El dinero que ha permanecido intacto en el piso demuestra además que el robo no ha sido el móvil del crimen.

Es entonces cuando Dupin llama la atención de Poe sobre un hecho de las declaraciones en el que nadie se había fijado y en el que se muestra a plena luz el genio del novelista americano.

Los testigos que habían acudido en el momento del crimen habían oído dos voces con toda claridad; todos reconocían una de ellas como perteneciente a un francés; ninguna duda en este punto; pero, por lo que se refiere a la otra, una voz *aguda*, una voz *áspera*, había una gran disconformidad entre aquellos testigos que pertenecían a distintas naciones.

—Esto constituye *la particularidad* de la prueba —dijo Dupin—. Cada uno de los testigos extranjeros está seguro de que esa voz no era la de uno de sus compatriotas; la compara, no con la voz de un individuo cuya lengua le sería familiar, sino justamente al contrario. El francés presume que era una voz en español, y *habría podido distinguir algunas palabras si hubiera*

estado familiarizado con el español. El holandés afirma que era la voz de un francés; pero está demostrado que el testigo ha tenido que ser interrogado por medio de un intérprete porque no sabe francés. El español está *positivamente seguro* de que era la voz de un inglés, lo juzga sólo por la entonación, porque *no tiene conocimiento alguno del inglés*. El italiano cree en una voz de ruso, pero *no ha hablado nunca* con una persona nativa de Rusia. Otro francés, *sin embargo*, difiere del primero, y está seguro de que era una voz de italiano; pero como carece del conocimiento de esa lengua, hace como el español, *saca su certeza de la entonación*. ¿Era esa voz tan insólita y tan extraña como para que sólo pudieran conseguirse sobre ella semejantes testimonios? ¡Una voz en cuyas entonaciones ciudadanos de las cinco grandes partes de Europa no han reconocido nada que les resultase familiar! Me diréis que tal vez era la voz de un asiático o de un africano. En París no abundan los africanos ni los asiáticos, pero, sin negar la posibilidad del caso, llamaré simplemente su atención sobre tres puntos. Un testigo describe así la voz: *más áspera que aguda*, otros dos hablan de ella como de una voz *breve y entrecortada*. Esos testigos no han distinguido ninguna palabra, ningún sonido *que se pareciese a palabras*.

Dupin continúa: recuerda a Poe los detalles del crimen, la fuerza física que ha debido exigir, porque de la cabeza de la vieja dama han sido arrancadas mechas de cabellos grises, y usted sabe «qué poderosa fuerza se necesita para arrancar de la cabeza una veintena o una treintena de cabellos a la vez»; observa la agilidad necesaria para subir por la cuerda del pararrayos, la ferocidad *bestial* desplegada en el crimen, ese comportamiento «grotesco en lo horrible, absolutamente extraño a la humanidad», y, por fin y siempre,

«… ¡esa voz cuyo acento es desconocido para el oído de hombres de diversas naciones, esa voz desprovista de toda silabación nítida e inteligible!

»—Ahora, en su opinión —pregunta entonces Dupin a su compañero—, ¿qué se deriva de todo esto? ¿Qué impresión he causado yo en su imaginación?».

Confieso que, en ese pasaje del libro, sentí, como el interlocutor de Dupin, que un estremecimiento corría por mi carne. ¡Vean cómo el sorprendente novelista se ha apoderado de ustedes! ¿Es dueño de su imaginación? ¿Les mantiene en las palpitaciones de su relato? ¿Presienten quién es el autor de este crimen extraordinario?

Por lo que a mí se refiere, para entonces ya lo había adivinado todo. También ustedes han comprendido: sin embargo, terminaré brevemente

citándoles algunas líneas que Dupin había hecho insertar la víspera en el periódico *Le Monde*, hoja consagrada a los intereses marítimos, y muy buscada por los marineros:

> «Aviso. — Se ha encontrado en el Bois de Boulogne, la mañana del … corriente (era la mañana del asesinato) a hora muy temprana, un enorme orangután leonado de la especie de Borneo. El propietario (que se sabe es un marinero perteneciente a la tripulación de un barco maltés) puede recuperar el animal después de haber facilitado sus señas de forma satisfactoria y pagado algunos gastos a la persona que lo encontró y que lo ha conservado en su poder. Dirigirse a la calle… número… *faubourg* Saint Germain, tercer piso».

Dupin había deducido la condición de maltés de un trozo de cinta recogida al pie de la cadena del pararrayos, y anudada con un nudo peculiar de los marineros de Malta; en cuanto al individuo en persona, su voz y sus palabras lo hacían francés, según todos los testigos. Seducido por el anuncio que no determinaba ninguna conexión entre la fuga del orangután y el crimen, no dejaría de presentarse.

Se presentó, en efecto; era un marinero, «alto, robusto y musculoso individuo, con una expresión de audacia de todos los diablos»; tras algunas vacilaciones, convino en todo. El mono se le había escapado arrancándole la navaja de afeitar de las manos mientras se hacía la barba. El marinero, asustado, había seguido al animal; éste, en su fantástica carrera, llegó a la calle Morgue, encontró la cadena del pararrayos y subió por ella ágilmente. Su amo lo siguió de cerca; al encontrar una ventana abierta, el mono se precipitó a través de ella y cayó en el piso de las desgraciadas mujeres. El resto ya se sabe. El marinero asistió al drama sin poder enfrentarse a él, llamando y gritando; luego, enloquecido, emprendió la huida seguido por el animal, que, volviendo a cerrar la ventana de una patada, se dejó deslizar a la calle y también desapareció.

He ahí la extraña historia, y su explicación verídica. Es fácil ver las maravillosas cualidades que el autor ha puesto de relieve en ella. Tiene tal aire de verdad que a veces uno creer estar leyendo un acta de acusación sacada por completo de la *Gazette des tribunaux*.

II

La carta robada. - *Apuros de un prefecto de policía. — Medio de ganar siempre al juego de par e impar. — Victorien Sardou.* — El escarabajo de oro. - *La calavera. — Sorprendente lectura de un documento indescifrable.*

Edgar Poe no debía abandonar a ese tipo curioso, Auguste Dupin, el hombre de las profundas deducciones; volvemos a encontrarlo en *La carta robada*. La historia es simple: una carta comprometedora ha sido sustraída por un ministro a un personaje político. Como ese ministro D*** puede hacer mal uso de ese documento, hay que recuperarlo a cualquier precio. El prefecto de policía ha sido encargado de esa difícil tarea. Se sabe que la carta sigue estando en posesión inmediata de D***. Durante su ausencia, los agentes han registrado varias veces su palacete, recorrido la casa habitación por habitación, examinado los muebles de cada cuarto, abierto todos los cajones, empujado todos *los secretos*, sondeado los asientos con largas agujas, levantado las tapas de las mesas, desmontado las armaduras de la camas, escudriñado las menores ranuras, registrado las cortinas, los visillos, las alfombras, los entarimados de los espejos. Por último, la totalidad de la superficie de la casa ha sido dividida en compartimentos numerados; cada pulgada cuadrada ha sido revisada con el microscopio, la quincuagésima parte de una línea no ha podido escapar a ese examen ni en la casa del ministro ni en las casas adyacentes. Por si acaso, D*** se había llevado consigo esa carta comprometedora, el prefecto de policía lo ha hecho detener y desvalijar dos veces por falsos ladrones. No se ha encontrado nada.

Desalentado, el prefecto fue en busca de Dupin; le contó el caso. Dupin lo animó a continuar sus pesquisas. Un mes después, el prefecto hacía una segunda visita a Dupin; no había tenido más suerte.

—De verdad, daría cincuenta mil francos —dijo— a quien me libre del apuro.

—En tal caso —replicó Dupin abriendo un cajón y sacando un libro de órdenes de pago— puede usted hacerme un bono por la cantidad que ha dicho. Cuando lo haya firmado, le daré su carta.

Y entregó el precioso documento al prefecto de policía, para gran estupefacción de éste, que se marchó con pasos precipitados; después de su marcha, Dupin hizo conocer a Poe cómo se había convertido en poseedor de la carta; y para mostrarle que los medios a emplear debían variar con la persona a la que uno debe enfrentarse, le contó lo que sigue:

«Conocí a un niño de ocho años cuya infalibilidad en el juego de par e impar causaba la admiración universal. Tenía una forma de adivinación que

consistía en la simple observación y en la apreciación de la sutileza de sus adversarios. Supongamos que su adversario sea un perfecto mentecato y, levantando su mano cerrada, le pregunta: ¿Par o impar? Nuestro escolar responde: Impar, y ha perdido. Pero en la segunda prueba, gana, porque se dice a sí mismo: El necio había puesto par la primera vez, y toda su astucia sólo le da para hacerle poner impar en la segunda; por lo tanto diré: Impar; —dice—: Impar, y gana.

»Ahora, con un adversario algo menos simple, habría razonado así: Ese muchacho ve que he dicho: Impar, y en la segunda jugada se propondrá —es la primera idea que se le presenta— una simple variación de par a impar, como hizo el primer imbécil; pero una segunda reflexión le dirá que ahí hay un cambio demasiado sencillo, y finalmente se decidirá a poner par como la primera vez. Por lo tanto diré: Par; — dice: Par, y gana».

Partiendo de este principio, Dupin empezó por tanto por *conocer* al ministro D***, se enteró de que era a un tiempo poeta y matemático.

«Como poeta y matemático —se dijo—, ha debido de razonar bien; como simple matemático no habría razonado en absoluto, y de ese modo habría quedado a merced del prefecto».

Esto es muy profundo, mis queridos lectores; el matemático se las habría ingeniado para crear un escondite, pero el poeta debía actuar de una forma totalmente distinta y proceder mediante la sencillez. En efecto, hay objetos que escapan a los ojos por el hecho mismo de su excesiva evidencia. Por ejemplo, en los mapas geográficos, las palabras en gruesos caracteres, que se extienden de un lado a otro del mapa, son mucho menos aparentes que los nombres escritos en caracteres finos y casi imperceptibles. Por tanto, D*** debía tratar de despistar a los agentes de policía mediante la ingenuidad misma de sus combinaciones.

Es lo que comprendió Dupin; conocía a D***, tenía un facsímil de la carta en cuestión; se dirigió al palacete del ministro y lo primero que vio encima de la mesa de su despacho fue esa inencontrable carta perfectamente visible; el poeta había comprendido que la mejor manera de sustraerla a las búsquedas era no esconderla en absoluto. Dupin se apoderó fácilmente de ella sustituyéndola por el facsímil y la jugarreta se acabó. Allí donde los husmeadores fracasaron, un simple razonador triunfó sin gran esfuerzo.

Ese relato es encantador y está lleno de interés. El señor Victorien Sardou[22] hizo de él una pieza deliciosa, *Las patas de mosca*, obra de la que seguro que usted ha oído hablar, y que ha sido uno de los grandes éxitos del Gymnase[23].

Llego al *Escarabajo de oro*, y aquí el héroe de Edgar Poe va a dar pruebas de una sagacidad poco común; me veré obligado a citar un largo pasaje de esta historia; pero usted no lo lamentará, y releerá el relato más de una vez, se lo prometo.

Poe estaba íntimamente unido a un tal señor William Legrand, que, arruinado por una serie de desgracias, abandonó Nueva Orleans y fue a establecerse cerca de Charleston, en Carolina del Sur, a la isla de Sullivan, formada únicamente por tres millas de arenas de mar, de un cuarto de milla de anchura. Legrand era de carácter misántropo, sujeto a alternativas de entusiasmo y de melancolía; le creían algo trastornado de cabeza, y sus padres habían puesto a su lado a un viejo negro que respondía al nombre de Júpiter.

Ya lo veis, ese Legrand, el amigo de Poe, será también un carácter de excepción, un temperamento que se sobreexcita con mucha facilidad, y sometido a crisis.

Un día Poe fue a visitarle; lo encontró de una alegría indescriptible; Legrand, que coleccionaba las conchas y las muestras entomológicas, acababa de descubrir un escarabajo de una especie *extraña*. ¿Estabais esperando esa palabra, verdad? En ese momento Legrand no tenía en su poder el animal; se lo había prestado a uno de sus amigos, el teniente G***, que residía en el fuerte Moultrie.

Júpiter confesaba no haber visto nunca un escarabajo como aquél; era de un brillante color dorado y de un peso considerable. El negro no dudaba de que fuese de oro macizo. Legrand quiso dar a su amigo un dibujo del insecto; buscó un trozo de papel y, al no encontrarlo, sacó de su bolsillo un trozo de vieja vitela muy sucia, sobre la que se puso a dibujar el animal. Pero, cosa extraña, cuando hubo terminado y pasado el pergamino a Poe, éste vio en él, no un escarabajo, sino una calavera trazada con toda claridad. Hizo la observación. William no quiso admitirla pero tras una ligera discusión, hubo de reconocer que su pluma había dibujado un cráneo perfectamente reconocible. Tiró su papel de muy mal humor, luego lo recogió, lo examinó pensativo y por último lo guardó en su pupitre. Hablaron de otra cosa, y Poe se retiró, sin que Legrand hiciera ningún esfuerzo por retenerlo.

Un mes más tarde, Poe recibió la visita del negro. Este, muy preocupado, fue a hablarle del estado enfermizo de su amo, que se había vuelto taciturno, pálido, débil; atribuía aquel cambio a un incidente: que William habría sido mordido por su escarabajo. Desde aquel momento, todas las noches *soñaba con oro*. Júpiter venía con una carta de William, en la que William rogaba a Poe que fuese a verle.

—¡*Venga!* ¡*Venga!* —decía—. Deseo verle esta noche para un asunto grave. Le aseguro que es de *la mayor importancia*.

Ya ven cómo arranca la acción, y de qué interés *singular* debe ser esta historia. Un monómano que *sueña con oro* por haber sido mordido por un escarabajo.

Poe acompañó al negro hasta su barco, donde había una guadaña y tres azadones comprados por orden de William. Esa adquisición le sorprendió; llegó a la isla hacia las tres de la tarde. Legrand lo esperaba impaciente y le estrechó la mano con una vehemencia nerviosa. «Su rostro era de una palidez espectral, y sus ojos, por naturaleza muy oscuros, brillaban con un fulgor sobrenatural».

Poe le preguntó por su escarabajo. William le respondió que aquel escarabajo estaba destinado a hacer su fortuna, y que, utilizándolo de manera adecuada, llegaría hasta el oro, *del que es indicio*.

Al mismo tiempo le mostró un notabilísimo insecto desconocido en aquella época por los naturalistas; en una de las extremidades del dorso llevaba dos manchas negras y redondas, y en la otra una mancha de forma alargada. Sus élitros eran excesivamente duros y relucientes, y tenían positivamente el aspecto del oro bruñido.

—Le he enviado a buscar —dijo William a Poe— para pedirle consejo y ayuda a fin de cumplir los designios del destino y del escarabajo.

Poe interrumpió a William y le tomó el pulso; no le encontró el más ligero síntoma de fiebre; quiso sin embargo desviar el curso de sus ideas; pero William anunció su intención formal de hacer aquella misma noche una excursión a las colinas, excursión en la que el escarabajo debía desempeñar un importante papel. A Poe no le quedó más remedio que seguirle acompañado por Júpiter.

Partieron los tres; atravesaron la cala que separaba la isla de tierra firme, y la pequeña tropa, franqueando los terrenos montañosos de la orilla, avanzó a través de una región horriblemente salvaje y desolada. A la puesta del sol entraban en una región siniestra, cortada por profundos barrancos. Sobre una plataforma estrecha se alzaba un tulípero salvaje en medio de ocho o diez robles. William ordenó a Júpiter que trepase al árbol llevando el escarabajo atado en el extremo de una larga cuerda; a pesar de su repugnancia, y bajo las amenazas violentas de William, Júpiter obedeció, y llegó a la gran horcadura del árbol, a setenta pies[24] del suelo.

Entonces William le ordenó seguir la rama más gruesa de costado; Júpiter desapareció pronto en el follaje; cuando hubo pasado siete ramas, su amo le

ordenó avanzar sobre la séptima todo lo lejos que pudiera, y decir si veía alguna cosa singular. Después de vacilaciones, porque la madera le parecía podrida, Júpiter, seducido por la promesa de un dólar de plata, llegó al extremo de la rama.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —exclamó—. ¡Señor Dios! ¡Misericordia! ¿Qué hay en el árbol?

—Dime —gritó Legrand en el colmo de la alegría—, ¿qué es lo que tenemos?

Júpiter se hallaba en presencia de un cráneo sujeto por un grueso clavo y descarnado por el pico de los cuervos. William le ordenó pasar por el ojo derecho del cráneo la cuerda que sostenía el escarabajo, y dejar que éste se deslizase hasta tierra.

Júpiter obedece, y el insecto no tardó en balancearse a algunas pulgadas por encima del suelo. William despejó el terreno, hizo caer al escarabajo hasta la tierra y hundió una clavija de madera en el lugar preciso que tocó. Luego, sacando una cinta del bolsillo, y atándola a la parte del árbol más cercana a la clavija, la desenrolló durante cincuenta pies, siguiendo la dirección dada por el árbol y la clavija. Entonces fijó una segunda clavija en el extremo de la cinta, la convirtió en el centro de un círculo de cuatro pies de diámetro, y, ayudado por Poe y por Júpiter, cavó rápidamente el suelo; el trabajo continuó durante dos horas; no aparecía el menor indicio de tesoro. William estaba desconcertado. Sin decir nada, Júpiter recogió las herramientas y el pequeño grupo empezó a volver hacia el este.

Apenas había dado doce pasos cuando Legrand se abalanzó sobre Júpiter.

—Maldito —gritaba haciendo silbar las sílabas entre los dientes—… ¿Cuál es tu ojo izquierdo?…

El pobre negro indicó con la mano su ojo derecho.

—Me lo sospechaba —exclamó Legrand—. ¡Vamos!, ¡vamos! Hay que volver a empezar.

En efecto, el negro se había equivocado, y había hecho deslizarse la cuerda del escarabajo por el ojo derecho en vez del ojo izquierdo. La experiencia volvió a empezar: la primera clavija resultó movida varias pulgadas más al oeste, y la cinta desenrollada marcó un nuevo punto alejado varias yardas[25] del lugar cavado anteriormente.

Se reanudó el trabajo. Pronto aparecieron restos de esqueleto, botones de metal, algunas monedas de oro o de plata, y por fin un cofre de madera de

forma oblonga, sujeto por hojas de hierro forjado; la tapa estaba cerrada por dos cerrojos que William, *palpitante de ansiedad*, hizo girar rápidamente.

El cofre estaba lleno de incalculables tesoros: 450 000 dólares en monedas francesas, españolas, alemanas e inglesas, 110 diamantes, 18 rubíes, 310 esmeraldas, 21 zafiros y 1 ópalo, una enorme cantidad de ornamentos de oro macizo, anillos, pendientes, cadenas, 85 crucifijos de oro, 5 incensarios, 197 relojes magníficos, en total un valor de millón y medio de dólares.

Todas esas riquezas fueron transportadas poco a poco a la cabaña de Legrand. Poe se moría de impaciencia por saber cómo le había llegado a su amigo el conocimiento de aquel tesoro, y éste se apresuró a contárselo.

El precedente relato no puede dar al lector más que una idea imperfecta del género del novelista; no he podido describirles la sobreexcitación enfermiza de William durante esa noche; ese descubrimiento de un tesoro es más o menos semejante a todos los descubrimientos de ese género que hayáis podido leer; dejando a un lado la aparición del escarabajo y del cráneo, nada más corriente. Pero ahora llegamos a la parte pintoresca y singular de la noticia, iniciando la serie de deducciones que condujeron a William al descubrimiento del tesoro.

Empezó por recordar a su amigo aquel tosco esbozo del escarabajo hecho durante su primera visita, y que resultó que representaba una calavera. El dibujo estaba trazado sobre un trozo de pergamino muy delgado.

Y he aquí en qué circunstancia William había recogido aquel pergamino; fue en la punta de la isla, junto a los restos de un barco naufragado, el mismo día en que descubrió su escarabajo, que envolvió incluso en aquel trozo de trapo.

Los restos encallados excitaron su atención, y se acordó de que el cráneo o la calavera es el emblema de sobra conocido de los piratas. Eran ya los dos anillos de una gran cadena.

Pero si aquel cráneo no existía sobre el pergamino en el momento en que William dibujó el escarabajo, ¿cómo se encontró luego, cuando el papel fue tendido a Poe? Porque en el momento en que este último iba a examinarlo, el perro de William se lanzó sobre Poe para jugar. Al apartarlo con la mano, acercó al fuego el pergamino, y el calor de la llama hizo renacer, a consecuencia de una preparación química, aquel dibujo hasta entonces invisible.

Después de la marcha de su amigo, William volvió a coger el pergamino, lo sometió a la acción del calor, y vio aparecer en un rincón de la banda, en la

esquina diagonalmente opuesta a aquélla en que estaba trazaba la calavera, una figura que representaba un chivo.

Pero ¿qué relación existe entre unos piratas y un chivo? El siguiente. Hubo en el pasado un tal capitán Kidd (*kid* en inglés, chivo) que hizo hablar mucho de él[26]. ¿Por qué esa figura no habría sido su firma logogrífica, mientras que la calavera cumplía la misión de sello o de estampilla? Por eso, William se vio llevado de forma natural a buscar una carta entre el sello y la firma. Pero no parecía que hubiera ningún texto.

Y sin embargo las historias de Kidd volvían a su cabeza; recordaba que el capitán y sus socios habían enterrado sumas enormes, procedentes de su piratería, en algún punto de la costa del Atlántico. El tesoro debía seguir estando en el lugar donde fue depositado; pues, de no ser así, los rumores actuales no hubieran nacido. Y William llegó a la siguiente convicción: que aquel trozo de pergamino contenía la indicación del lugar donde había sido depositado.

Lo limpió, le quitó la grasa con cuidado, lo metió en una cacerola y puso la cacerola sobre carbones ardientes. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que la banda de vitela se moteaba en varios lugares con puntos que parecían cifras ordenadas en línea. Tras ponerlo a calentar de nuevo, William vio pronto que salían unos caracteres toscamente trazados en rojo. Después de contar esto, William tendió a Poe el pergamino, que contenía las líneas siguientes:

> 5 3 ‡ ‡ † 3 0 5)) 6 *; 4 8 2 6) 4 ‡ .) 4 ‡); 8 0 6 *; 4 8 † 8 ¶ 6 0)) 8 5; 1 ‡ (;: ‡ * 8 † 8 3 (8 8) 5 * †; 4 6 (; 8 8 * 9 6 *?; 8) * ‡ (; 4 8 5); 5 * † 2: * ‡ (; 4 9 5 6 * 2 (5 * — 4) 8 ¶ 8 *; 4 0 6 9 2 8 5) ;) 6 † 8) 4 ‡ ‡; 1 (‡ 9; 4 8 0 8 1; 8: 8 ‡ 1; 4 8 † 8 5; 4) 4 8 5 † 5 2 8 8 0 6 * 8 1 (‡ 9; 4 8; 8 8; 4 (‡? 3 4; 4 8) 4 ‡; 1 6 1 ;: 1 8 8 ;‡? ;

Al ver esta sucesión de cifras, de puntos, de rayas, de puntos, de vírgulas, Poe declaró que no estaba más avanzado. Ustedes, queridos lectores habrían dicho como él: pues bien, el novelista va a desembrollar este caos con una lógica admirable. Seguidle, pues ahí reside la parte más ingeniosa de su relato.

La primera cuestión a resolver era *la lengua* del cifrado; pero aquí el juego de palabras sobre *Kidd* indicaba de sobra la lengua inglesa; pues sólo es posible en esa lengua.

Dejo ahora la palabra a William:

> —Observarán —dijo— que no hay espacio entre las palabras; la tarea hubiera sido significativamente más fácil. En tal caso habría empezado por

hacer una colación y un análisis de las palabras más cortas, y si hubiera encontrado, como siempre es probable, una palabra de una sola letra, *a* o *I (un, yo)*, por ejemplo, habría considerado segura la solución; pero, dado que no había espacios, mi primer deber era subrayar las letras predominantes, así como las que se encontraban menos veces. Conté todas y establecí la tabla siguiente:

»El signo 8 aparece 33 veces
; " 26.
4 " 19.
‡) " 16.
* " 13.
5 " 12.
6 " 11.
† 1 " 8.
0 " 6.
9 2 " 5.
: 3 " 4.
? " 3.
¶ " 2.
[[ ]]]—. " 1.

»Y la letra que se encuentra más a menudo en inglés es *e*; las otras letras se suceden en este orden: *a o i d h n r w t u y c f g l m w b k p q x z*. La *e* predomina de un modo tan notable que es rarísimo encontrar una frase de cierta longitud de la que no sea el principal carácter.

»Tenemos por lo tanto, nada más empezar, una base de operación que ofrece algo más que una conjetura. Como nuestro carácter dominante es 8, empezaremos por tomarlo por la *e* del alfabeto natural. Para verificar esta suposición, veamos si el 8 se encuentra repetido a menudo; porque la *e* se repite con mucha frecuencia en inglés, como por ejemplo en las palabras *meet, fleet, speed, seen, been, agree*, etcétera. Y en el caso presente vemos que no se repite menos de cinco veces, aunque el criptograma sea muy corto.

»Por lo tanto, 8 representará *e*. Ahora, de todas las palabras de la lengua, *the* es la más usada; por consiguiente tenemos que ver si no encontraremos varias veces repetida la misma combinación de tres caracteres siendo ese 8 el último de los tres. Si encontramos repeticiones de este tipo, representarán con mucha probabilidad *the*. Hecha la verificación,

no encontramos menos de 7, y los caracteres son 48. Por lo tanto podemos suponer que; representa *t*, que 4 representa *h*, y que 8 representa *e*. De éste todo el valor del último se confirma de nuevo; ahora se ha dado un gran paso de hecho.

»Sólo hemos determinado una palabra; pero esta sola palabra nos permite establecer un punto mucho más importante, es decir, los comienzos y las terminaciones de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el anteúltimo caso donde se presenta la combinación; 4, casi al final del cifrado. Sabemos que el que viene inmediatamente después es el principio de una palabra, y de los seis caracteres que siguen a ese *the* no conocemos menos de cinco. Reemplazamos, pues, esos caracteres por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido:

t eeth

«En primer lugar, debemos descartar el *th*, porque no puede formar parte de la palabra que empieza por la primera *t*, ya que, al tratar sucesivamente todas las letras del alfabeto para colmar la laguna, vemos que es imposible formar una palabra de la que ese *th* forme parte. Reducimos, pues, nuestros caracteres a

t ee,

y recurriendo de nuevo a todo el alfabeto si es necesario, concluimos en la palabra *tree* (árbol), como la única versión posible. De esta forma ganamos una nueva letra, la *r*, representada por (, más dos palabras yuxtapuestas, *the tree* (el árbol).

»Un poco más adelante volvemos a encontrar la combinación; 48, y la utilizamos como terminación de lo que la precede inmediatamente. Esto nos da la siguiente disposición:

the tree; 4 (+? 34 the,

o, sustituyendo las letras naturales por los caracteres que conocemos,

the tree thr +?3 h the.

»Si ahora sustituimos los caracteres desconocidos por blancos o por puntos, tendremos:

the tree thr… h the,

y la palabra *trough* (por, a través) se revela por así decir por sí misma; pero este descubrimiento nos da tres letras más, *o, u* y *g*, representadas por + ? y 3.

»Busquemos ahora atentamente en el criptograma combinaciones de caracteres conocidos, y encontraremos, no lejos del comienzo, la siguiente disposición:

83 (88, o *egree,*

que es evidentemente la terminación de la palabra *degrée* (grado), y que nos da una letra *d*, representada por +.

»Cuatro letras más lejos de la palabra *degrée* encontramos la combinación:

; 46 (;88+

Cuyos caracteres conocidos traducimos representando el desconocido por un punto; esto nos da:

th. rtee,

disposición que inmediatamente nos sugiere la palabra *thirteen* (trece), y nos proporciona dos nuevas letras, *i* y *n*, representadas por 6 y x.

«Si ahora volvemos al comienzo del criptograma, encontramos la combinación

53 + + +.

»Traduciendo como ya hemos hecho, obtenemos

. *good,*

lo cual nos muestra que la primera letra es una *a*, y que las dos primeras palabras son *a good* (un buen, una buena).

»Para evitar cualquier confusión, ahora sería el momento de disponer todos nuestros descubrimientos en forma de tabla. Esto nos dará un principio de clave.

«5 representa *a*
+» *d*
8» *e*
3» *g*
4» *h*
6» *i*
x» *n*
+» *o*
(» *r*
;» *t*.

»De esta forma, tenemos por lo menos las diez letras más importantes, y es inútil que prosigamos la solución a través de todos estos detalles… Sólo me queda dar la traducción completa del documento, como si hubiéramos descifrado sucesivamente todos los caracteres. Es la siguiente:

»A good glass in the bishop's hotel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seven limb east side shoot from de left eye of the death's-head a bee line rom the through the shot fifty feet out.

»Lo cual significa:

»Un buen vaso en el hotel del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos nordeste cuarto de norte principal tallo séptima rama lado este dejad el ojo izquierdo de la calavera una línea de abeja del árbol a través la bala cincuenta pies de ancho».

Ya tenemos descifrado el criptograma, y animo a mis lectores a rehacer los cálculos del novelista; ellos controlarán su exactitud. Pero ¿qué quiere decir toda esa jerga y cómo pudo comprenderla William?

Ante todo trató de puntuar el documento; el escritor había convertido en ley reunir sus palabras sin ninguna división; pero, como no era muy hábil, había reunido sus caracteres precisamente en los lugares que exigían una interrupción. Observen bien esa reflexión, porque denota un profundo conocimiento de la naturaleza humana. Sin embargo, el manuscrito ofrecía cinco divisiones, que daban:

»Un buen vaso en el hotel del obispo en la silla del diablo
»Cuarenta y un grados y trece minutos
»Nordeste cuarto de norte
»Principal tallo séptima rama este

»Dejad el ojo izquierdo de la calavera
»Una línea de abeja del árbol a través la bala cincuenta pies de ancho».

Y lo que Legrand concluyó con una suprema sagacidad, después de largas búsquedas fue lo siguiente:

En primer lugar descubrió, a cuatro millas al norte de la isla, una vieja casa solariega llamada Castillo de *Bessop*. Era un conjunto de picos y rocas, algunos de los cuales presentaban en la cima una cavidad llamada *la Silla del diablo*. El resto se deducía por sí solo: el *buen vaso* quería decir un catalejo; apuntándolo a 41º 13’ *nordeste cuarto de norte*, se veía a lo lejos un gran árbol, en cuyo follaje brillaba un punto blanco, la calavera.

El enigma estaba resuelto. William se dirigió al árbol, reconoció *el principal tallo y la séptima rama lado este*; comprendió que había que dejar caer *una bala por el ojo izquierdo* del cráneo, y que *una línea de abeja*, o mejor dicho una línea recta, tirada del tronco *del árbol a través de la bala*, a una distancia de *cincuenta pies a lo ancho*, le indicaría el lugar exacto donde se hallaba enterrado el tesoro. Obedeciendo a su naturaleza fantasiosa, y queriendo mistificar un poco a su amigo, sustituyó la bala por el escarabajo, y consiguió enriquecerse con más de un millón de dólares.

Así es este relato curioso, sorprendente, que excita el interés por medios desconocidos hasta entonces, lleno de observaciones y de deducciones de la más alta lógica y que, por sí solo, hubiera bastado para volver ilustre al novelista americano.

En mi opinión, es la más notable de todas las historias extraordinarias, porque en ella se encuentra revelado en grado sumo el género literario que ahora se llama *género Poe*.

III

El camelo del globo. — Aventuras de un tal Hans Pfaall. — Manuscrito encontrado en una botella. — Un descenso al Maelström. — La verdad sobre el caso del señor Valdemar. — El gato negro. — El hombre de la multitud. — La caída de la casa Usher. — Tres domingos por semana.

Llego ahora al *Camelo del globo*. Pero, en pocas líneas, os diré que se trata de una travesía del Atlántico, hecha en tres días por ocho personas. El relato de este viaje apareció en el *New York Sun*. Muchos que aún no lo habían leído se lo creyeron, porque los medios mecánicos indicados por Poe,

el tornillo de Arquímedes[27], que sirve de propulsor, y el *gobernalle* son absolutamente insuficientes para dirigir un globo. Los aeronautas que salen de Inglaterra con la intención de dirigirse a París son arrastrados a América, hasta la isla Sullivan; durante su travesía, se elevan a una altura de 25 000 pies. La novela es breve y reproduce los incidentes del viaje con más extrañeza que verdad.

Por mi parte prefiero la historia titulada *Aventura singular de un tal Hans Pfaall*, sobre la que les entretendré algo más de tiempo. Aunque me apresuro a decirles que, también en ella, se transgreden de forma intrépida las leyes más elementales de la física y de la mecánica; esto siempre me ha parecido sorprendente de parte de Poe, quien, mediante algunas invenciones, habría podido hacer su relato más verosímil; después de todo, como se trata de un viaje a la luna, no hay que mostrarse demasiado riguroso con los medios de transporte.

Este tal Hans Pfaall era un criminal insensato, una especie de asesino soñador que, para no pagar sus deudas, decidió huir a la luna. Partió una hermosa mañana desde Rotterdam, después de haber tenido no obstante la precaución de hacer saltar a sus acreedores por medio de una mina dispuesta a ese efecto.

Debo decir ahora cómo realizó Pfaall ese imposible viaje. Para las necesidades de su causa llenó su globo de un gas inventado por él, resultado de la combinación *de cierta sustancia metálica o semimetálica* y de un ácido muy común. Este gas es una de las partes constituyentes del azoe, considerado hasta entonces como irreductible, y cuya densidad es treinta y siete veces menor que la del hidrógeno. Así pues, físicamente hablando estamos en el terreno de la fantasía; pero eso no es todo.

Como saben, es la presión del aire lo que hace subir a un aerostato. Llegado a los límites superiores de la atmósfera, a seis mil toesas[28] aproximadamente, un globo, si pudiera alcanzarlo, se detendría en seco, y ninguna fuerza humana podría hacerlo ir más allá; fue entonces cuando Pfaall, o mejor dicho, el propio Poe, entra en extravagantes discusiones para demostrar que más allá de las capas del aire sigue existiendo un medio etéreo. Estas discusiones se hacen con notable aplomo, y los argumentos se sacan de hechos más o menos falsos con el rigor más ilógico; en resumen, llega a la conclusión de que había una fuerte probabilidad «de que en algún periodo de su ascensión llegase a un punto donde las diferentes gravedades reunidas de su inmenso globo, del gas inconcebiblemente raro que encerraba, de la

barquilla y de su contenido, pudiesen igualar la gravedad de la masa de atmósfera ambiente desplazada».

Ese es el punto de partida; pero no basta. En efecto, subir, subir siempre está bien; pero también es necesario respirar, Pfaall lleva, por lo tanto, cierto aparato destinado a condensar la atmósfera, por rara que sea, en cantidad suficiente para las necesidades de la respiración.

Así pues, ahí tenemos un aire que será preciso condensar para proporcionarlo a los pulmones, y que, sin embargo, en su estado natural, será no obstante bastante denso para elevar el globo. Les resultará fácil comprender la contradicción de estos hechos, por lo que no insistiré

Por otra parte, una vez admitido el punto de partida, el viaje de Pfaall es maravilloso, y está lleno de comentarios inesperados, de singulares observaciones: el aeronauta arrastra a su lector consigo por las altas regiones del aire; atraviesa rápidamente una nube de tormenta; a una altura de 9'5 millas[29], le parece que sus ojos, que ya no sujeta la presión atmosférica, son empujados fuera de sus órbitas, y que los objetos contenidos en la barquilla se presentaban bajo una forma monstruosa y falsa; sigue elevándose: le domina un espasmo, se ve forzado a practicarse una sangría con una navaja, lo cual le procura un alivio inmediato.

> A una altura de 17 millas[30] —dice Pfaall—, el aspecto de la tierra es realmente magnífico. Por el oeste, por el norte, por el sur, tan lejos como penetraba mi mirada, se extendía una capa ilimitada de mar, en apariencia inmóvil, que, de segundo en segundo, adoptaba un colorido azul más profundo. A una vasta distancia, hacia el este, se extendían con toda claridad las Islas Británicas, las costas occidentales de España y de Francia, así como una pequeña porción de la parte norte del continente africano. Era imposible descubrir algún vestigio de los edificios particulares, y las ciudades más orgullosas de la humanidad habían desaparecido absolutamente de la faz de la tierra.

No tardó Pfaall en alcanzar una altura de 25 millas[31], y su mirada abarcaba no menos de la 320.ª parte de la superficie terrestre; instala su aparato de condensación; se encierra él, y su barquilla entera, en un verdadero saco de caucho; condensa ahí dentro la atmósfera e inventa un aparato ingenioso que, por medio de gotas de agua que caen sobre su rostro, lo despierta cada hora, a fin de que pueda renovar el aire viciado en ese estrecho espacio.

Lleva entonces día a día el diario de su viaje. Había partido el 1 de abril; el 6, se encuentra sobre el polo, observa las inmensas banquisas y ve

agrandarse sensiblemente su horizonte a consecuencia del achatamiento de la tierra. El 7, estima su altura en 7254 millas[32], y tiene bajo sus ojos la totalidad del mayor diámetro terrestre, con el ecuador por horizonte.

Entonces su planeta natal empieza a menguar día a día; pero no puede divisar la luna, que está casi en su cénit y que el globo le oculta. El 15, un ruido espantoso viene a sumirle en el estupor; supone que un inmenso aerolito se ha cruzado en su marcha. El 17, mirando hacia abajo, fue presa de un terror inmenso; el diámetro de la tierra le pareció súbitamente aumentado en una proporción inmensa. ¿Había reventado su globo? ¿Caía con la más impetuosa, la más incomparable de las velocidades? Sus rodillas vacilaron, sus dientes crujieron. En la cabeza sus pelos se pusieron de punta… Pero la reflexión acudió en su ayuda, y júzguese su alegría cuando comprendió que aquel globo extendido bajo sus pies, y hacia el que descendía rápidamente, era la luna en todo su esplendor.

El 19 de abril, contrariamente a los descubrimientos modernos que demuestran la ausencia completa de atmósfera alrededor de la luna, Pfaall observó que el aire ambiente se volvía cada vez más denso; hizo disminuir el trabajo de su condensador notablemente; pudo incluso abandonar su prisión de caucho. Muy pronto constató que caía con una impetuosidad horrible; soltó rápidamente el lastre y todos los objetos que adornaban su barquilla, y por fin llegó «como una bala al corazón mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y al centro mismo de una multitud de un miserable pueblo: ni un solo individuo pronunció una sílaba ni se tomó la menor molestia para prestarle ayuda».

El viaje había durado diecinueve días, y Pfaall había franqueado una distancia aproximada de 231 920 millas[33]. Al mirar la tierra, la vio «bajo la forma de un vasto y sombrío escudo de cobre de un diámetro de 2º aproximadamente, fija e inmóvil en los cielos, y adornada en uno de sus bordes con un creciente de oro resplandeciente. No se podía descubrir en ella ningún vestigio de mar ni de continente, y el conjunto estaba moteado de manchas variables y atravesado por las zonas tropicales y ecuatoriales como por cinturones».

Aquí concluye la extraña aventura de Hans Pfaall: ¿cómo llegó este relato al burgomaestre de Rotterdam, Mynheer Superbus von Underduck? Por un habitante de la luna, ni más ni menos, un mensajero del propio Hans, que pedía regresar a la tierra; una vez concedida esa gracia, se comprometía a comunicar sus curiosas observaciones sobre el nuevo planeta, «sobre sus sorprendentes alternativas de frío y de calor; —sobre esa claridad solar que dura quince días implacable y ardiente, y sobre esa temperatura glacial, más

que polar, que cubre la otra quincena—; sobre un traslado constante de humedad que se opera por destilación, como en el vacío, desde el punto situado encima del sol hasta aquél en que está más alejado; —sobre la raza misma de los habitantes, sobre sus costumbres, sus hábitos, sus instituciones políticas; sobre su organismo particular, su fealdad, *su privación de orejas, apéndices superfluos en una atmósfera tan extrañamente modificada*; y por consiguiente sobre su ignorancia del uso y las propiedades del lenguaje; *sobre el singular método de comunicación que reemplaza a la palabra—; sobre la incomprensible relación que une a cada ciudadano de la luna con un ciudadano del globo terrestre*, relación análoga y sometida a la que de la misma manera rige los movimientos del planeta y del satélite, a consecuencia de la cual *las existencias y los destinos de los habitantes de uno están enlazados a las existencias y a los destinos de los habitantes del otro*; y, por encima de todo, sobre los sombríos y terribles misterios relegados en las regiones del otro hemisferio lunar, regiones que, gracias a la concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución sideral alrededor de la tierra, nunca han girado hacia nosotros, gracias a Dios, nunca se expondrán a la curiosidad del telescopio humano».

¡Reflexionad bien en todo esto, queridos lectores, y ved qué magníficas páginas hubiera escrito Edgar Poe sobre estos hechos extraños! Él ha preferido detenerse ahí; concluye incluso su relato demostrando que éste no podía ser más que un *camelo*. Lamenta por lo tanto, y nosotros lamentaremos también, esta historia etnográfica, física y moral de la luna, que todavía queda hoy por hacer. Hasta que alguien más inspirado o más audaz la emprenda, hay que renunciar a conocer la organización especial de los habitantes lunares, la manera en que se comunican entre sí en ausencia de la palabra, y, sobre todo, la correlación existente entre nosotros y los coseres de nuestro satélite. Quiero creer que, vista la situación inferior de su planeta, a lo sumo servirán para convertirse en nuestros criados. Ya he dicho que Edgar Poe había extraído distintos efectos de su extravagante imaginación; voy a indicarles rápidamente los principales, citando aún algunos de sus cuentos, tales como *El manuscrito encontrado en una botella*, relato fantástico de un naufragio cuyos náufragos son recogidos por un navío imposible dirigido por sombras; *Un descenso al Maelström*, excursión vertiginosa intentada por unos pescadores de Lofoden; *La verdad sobre el caso del señor Valdemar*, relato en el que la muerte está suspendida en un moribundo por el sueño magnético; *El gato negro*, historia de un asesino cuyo crimen fue descubierto por ese animal, enterrado torpemente junto a la víctima; *El hombre de la multitud*,

personaje de excepción que sólo vive en las multitudes, y que Poe, sorprendido, emocionado, atrae a pesar suyo, sigue por Londres desde por la mañana, a través de la lluvia y la niebla, por las calles atestadas de gente, por los tumultuosos bazares, por los grupos de alborotadores, por los barrios remotos donde se amontonan los borrachos, por todas partes donde hay *multitud*, su elemento natural; por último, *La caída de la casa Usher*, aventura espantosa de una muchacha que se cree muerta, a la que entierran, y que vuelve.

Concluiré esta nomenclatura citando el relato titulado *Tres domingos por semana*. Es de un género menos triste, aunque extravagante. ¿Cómo puede existir una semana de tres domingos? Perfectamente, *para tres individuos*, y Poe lo demuestra. En efecto, la tierra tiene 25 millas de circunferencia[34], y gira sobre su eje de este a oeste en veinticuatro horas; es una velocidad de 1000 millas por hora aproximadamente[35]. Supongamos que el primer individuo parte de Londres y avanza 1000 millas hacia el *oeste*[36]; verá el sol una hora antes que el segundo individuo que ha permanecido inmóvil. Al cabo de otras mil millas, lo verá dos horas antes; al final de su vuelta al mundo, de nuevo en su punto de partida, habrá avanzado una jornada entera respecto al segundo individuo. El tercer individuo realiza el mismo viaje en las mismas condiciones, pero en sentido inverso, dirigiéndose hacia el *este*[37], después de su vuelta al mundo tendrá un retraso de un día; ¿qué les ocurre entonces a los tres personajes reunidos un domingo en el punto de partida? Para el primero, era *ayer domingo*, para el segundo, *hoy mismo*, y para el tercero es mañana. Como ven, todo esto es una broma cosmográfica expresada en términos curiosos.

IV

Aventuras de Arthur Gordon Pym. - *Augustus Barnard. — El bergantín* Grampus. — *El escondite en el fondo de la cala. — El perro rabioso—. La carta de sangre. — Revuelta y masacre. — El aparecido a bordo. — El barco de los muertos. — Naufragio. — Torturas del hambre. — Viaje al polo Sur. — Hombres nuevos. — Isla extraordinaria. — Enterrados vivos. — La gran figura humana. — Conclusión.*

Llego por último a una novela que pondrá fin a este estudio sobre las obras de Poe. Es más largo que sus relatos más largos y lleva este título:

Aventuras de Arthur Gordon Pym. Quizá más humana que las historias extraordinarias, no está menos *fuera* por eso. Presenta situaciones que no se han encontrado en ninguna parte, y de naturaleza esencialmente dramática. Ustedes juzgarán.

Poe empieza por recoger ante todo una carta del llamado Gordon Pym, tendiendo a demostrar que sus aventuras no son en modo alguno imaginarias, como se había pretendido hacer creer al firmarlas con el nombre del señor Poe; reclama en nombre de la realidad; sin llegar tan lejos, nosotros vamos a ver si son siquiera probables, por no decir posibles.

Gordon Pym cuenta en primera persona.

Desde su infancia, tuvo la manía de los viajes y, a pesar de cierta aventura que a punto estuvo de costarle la vida, no se corrigió; cierto día meditó, contra la opinión de su familia y sin que se enterasen, embarcarse en el bergantín *Grampus*, destinado a la pesca de la ballena.

Uno de sus amigos, Augustus Barnard, que forma parte de la tripulación, debe favorecer ese proyecto preparando en la cala un escondite donde Gordon permanecerá hasta el momento de la partida. Todo se realiza sin dificultad, y nuestro héroe no tarda en oír al bergantín ponerse en movimiento. Pero, después de tres días de cautiverio, su mente empieza a confundirse; de sus piernas se apoderan los calambres; además, sus provisiones se echan a perder; pasan las horas; Augustus no aparece; la inquietud empieza a apoderarse del prisionero.

Poe describe con un gran vigor de imágenes y una selección de palabras apropiadas las alucinaciones, los sueños, los extraños espejismos del desgraciado, sus sufrimientos físicos, su aflicción moral. Le faltaba la palabra; su cerebelo flotaba; en ese momento desesperado sintió que las patas de algún monstruo enorme se apoyaban en su pecho, y dos globos resplandecientes lanzaron sus rayos sobre él; el vértigo se apoderó de su cerebro y estaba a punto de volverse loco cuando algunas caricias, demostraciones de afecto y de alegría, le hicieron reconocer en el tenebroso monstruo a su perro *Tigre*, su terranova, que le había seguido a bordo.

Era un amigo, un compañero de siete años; Gordon recobró entonces la esperanza y trató de enhebrar de nuevo sus ideas; se le escapaba la conciencia del tiempo; ¿hacía cuántos días que estaba sumido en aquella inercia mórbida?

Tenía una fiebre desordenada, y, para colmo de desgracia, su cántaro de agua estaba vacío; decidió dirigirse a la trampilla a cualquier precio; pero los movimientos de bamboleo del bergantín hacían que los bultos mal estibados

chocasen entre sí y se desplazasen; a cada instante el pasadizo amenazaba con resultar obstruido. Sin embargo, tras mil dolorosos esfuerzos, Gordon llegó a esa trampilla. Pero en vano pretendió abrirla, forzarla con la hoja de su cuchillo; permaneció obstinadamente cerrada. Loco de desesperación, arrastrándose, chocándose, agotado, moribundo, regresó a su escondite y cayó en él cuan largo era. *Tigre* trata de consolarlo con sus caricias; pero el animal terminó por asustar a su amo; lanzaba sordos mugidos, y cuando Gordon extendía su mano hacia él, lo encontraba invariablemente *echado de espaldas, con las patas al aire*.

Ya ven ustedes la sucesión de hechos con que Poe ha preparado a su lector: pues bien, por más que se crea en todo, por más que se espere todo, el estremecimiento se apodera del lector cuando al frente del capítulo siguiente leemos: *¡Tigre rabioso!* Es como para no seguir leyendo.

Pero antes de volver a sentir ese supremo terror, al acariciar a *Tigre* Gordon había notado una pequeña banda de papel unida por una cuerda fina bajo el hombro izquierdo del animal; después de veinte tentativas para encontrar unas cerillas, recogió un poco de fósforo que, frotado con energía, le dio una luz rápida y pálida; con ese resplandor consiguió leer el final de una línea donde se encontraban estas palabras: *sangre. Permanezca oculto, su vida depende de ello*.

¡Sangre! ¡Esta palabra, en aquella situación! Fue en ese momento, y al resplandor del fósforo, cuando notó aquella singular alteración en el comportamiento de *Tigre*. Ya no tuvo ninguna duda de que la privación de agua lo había vuelto rabioso. Y ahora, si manifestaba la intención de abandonar su refugio, el perro parecía querer cortarle el paso. Entonces Gordon, asustado, se abotonó con fuerza la chaqueta para protegerse de los mordiscos, e inició una lucha desesperada con el animal; consiguió salir triunfante, y logró encerrar al perro en el cajón que le servía de refugio; luego cayó desmayado; un ruido, un murmullo, su nombre pronunciado a medias, lo sacó de su torpor. Augustus estaba a su lado, y llevaba una botella de agua a sus labios.

¿Qué había ocurrido a bordo? La tripulación se había rebelado y habían resultado muertos el capitán y veintiún hombres. Augustus había sido respetado gracias a la protección inesperada de un tal Peters, marinero de una fuerza prodigiosa. Tras esa terrible escena, el *Grampus* había continuado su ruta, y el relato de sus aventuras, añade el novelista, «contendrá incidentes tan completamente al margen del registro de la experiencia humana, y que supera de forma natural los límites de la credulidad de los hombres, que sólo lo

continúo con la desesperación de no obtener nunca crédito hacia todo lo que tengo que contar, y sólo confío en el tiempo y los progresos de la ciencia para que se verifiquen algunas de mis afirmaciones más importantes e improbables».

Lo veremos. Cuento rápidamente. Había dos jefes entre los rebeldes, el segundo y el jefe de cocina, Peters; pero dos jefes rivales y enemigos. Barnard aprovecha esa división y revela a Peters, cuyos partidarios disminuyen de día en día, la presencia de Gordon a bordo. Planean apoderarse del barco. La muerte de un marinero no tarda en ofrecerles esa oportunidad. Gordon hará el papel de aparecido, y los conjurados sacarán partido del terror provocado por esa aparición.

Tuvo lugar la escena: produjo un efecto *glacial*; la lucha comenzó; Peters y sus dos compañeros, ayudados por *Tigre*, vencieron; y se quedaron solos a bordo con un marinero llamado Parker, que, al no haber sucumbido, se unió a ellos.

Pero entonces sobrevino una espantosa tempestad; el navío, arrollado, se ladeó sobre un costado, y la estiba, desplazada por la inclinación, lo mantuvo en esa situación espantosa durante un tiempo; sin embargo, se fue enderezando poco a poco.

Vienen luego extrañas escenas de hambre, y todos los intentos fallidos por llegar al cuarto de las provisiones, son descritos con un movimiento irresistible.

En el momento más álgido de los sufrimientos se produjo un incidente terrorífico, que concuerda muy bien con el genio de Poe.

Ante la vista de los náufragos aparece un navío, un gran bergantín goleta, construido a la holandesa, pintado de negro, con una plancha llamativa y dorada; se acerca poco a poco, luego se aleja, y vuelve; parece seguir una ruta incierta. Finalmente, en un último bandazo, pasa a 20 pies apenas del *Grampus*; los náufragos han podido ver su puente. ¡Horror! Está cubierto de cadáveres, no hay ni un ser vivo a bordo. Un cuervo se pasea en medio de todos aquellos muertos; luego, el extraño navío desaparece, llevándose consigo la ola horrible de su destino.

En los días siguientes aumentaron los sufrimientos del hambre y la sed. Las torturas de la balsa de *La Medusa*[38] sólo darían una idea imperfecta de lo que pasó a bordo: discutieron fríamente los recursos del canibalismo, y echaron a suertes con la paja más corta: la suerte estuvo en contra de Parker.

Los desdichados llegaron así hasta el 4 de agosto; Barnard había muerto de agotamiento; el navío, obedeciendo a un movimiento irresistible, fue

dando la vuelta poco a poco y quedó con la quilla en el aire; los náufragos se agarraron a ella; mientras, los sufrimientos del hambre se aplacaron un poco, porque encontraron la quilla cubierta de una espesa capa de gruesos cirrípedos que les proporcionaron un alimento excelente; pero el agua seguía faltándoles.

Por fin el 6 de abril, tras nuevas angustias, tras nuevas alternativas de esperanza reafirmada o decepcionada, fueron recogidos por la goleta *Jane Guy*, de Liverpool, con Guy como capitán. Los tres infortunados se enteraron entonces de que no habían derivado menos de 25º, del norte al sur.

La *Jane Guy* iba a la caza de la foca común a los mares del Sur, y el 10 de octubre echó el ancla en Christmas Harbour, en la isla de la Desolación.

El 12 de noviembre dejaba Christmas Harbour, y quince días después alcanzaba las islas de Tristán da Cunha; el 12 de diciembre, el capitán Guy decidió lanzar una exploración hacia el polo; el narrador hace la curiosa historia de los descubrimientos de estos mares, hablando de las tentativas de aquel famoso Weddell[39], de cuyo error durante sus viajes del *Astrolabe* y de *La Zélée* le convenció tan bien nuestro Dumont d'Urville[40].

La *Jane Guy* había sobrepasado el paralelo 63º el 26 de diciembre, en pleno verano, y se encontraba en medio de las banquisas. El 18 de enero, la tripulación pescaba el cuerpo de un singular animal, evidentemente terrestre.

> «Sólo tenía 3 pies de largo por 6 pulgadas de altura, con cuatro patas muy cortas, los pies armados de largas garras de un color escarlata brillante y muy parecido al coral. El cuerpo estaba revestido de un pelo sedoso y liso, perfectamente blanco. La cola era afilada como una cola de rata, y de una longitud aproximada de 1 pie y medio. La cabeza recordaba la del gato, a excepción de las orejas, gachas y colgantes como orejas de perro. Los dientes eran del mismo color rojo vivo que las garras».

El 19 de enero descubrieron una tierra en el grado 83 de latitud; unos salvajes, hombres nuevos, de un negro de jade, salieron al encuentro de la goleta, a la que evidentemente tomaban por una criatura viva. El capitán Guy, animado por las buenas disposiciones de los nativos, decidió visitar el interior del país; y, seguido por doce marineros bien armados, llegó al poblado de Klock-Klock después de 3 horas de marcha. Gordon formaba parte de la expedición.

> «A cada paso que dábamos en la región —dice—, adquiríamos forzosamente la convicción de que nos encontrábamos en una tierra que difería esencialmente de todas las visitadas hasta entonces por hombres civilizados».

En efecto, los árboles no se parecían a ninguno de los productos de las zonas tórridas, las rocas eran nuevas por su masa y su estratificación; ¡el agua presentaba también fenómenos más singulares!

> «Aunque fuese tan límpida como cualquier agua clara existente, no tenía la *apariencia habitual de la limpidez,* ofrecía a la vista todas las variedades posibles del púrpura, como tornasoles y reflejos de seda tornadizos».

Los animales de aquella comarca diferían esencialmente de los animales conocidos, al menos por su apariencia.

La tripulación de la *Jane Guy* y los nativos vivían en buena armonía. Se decidió hacer un segundo viaje al interior; seis hombres se quedaron a bordo de la goleta y el resto se puso en marcha. La tropa, acompañada por salvajes se deslizaba entre los valles sinuosos y estrechos. Una muralla de roca blanca se erguía a gran altura, rayada por ciertas fisuras que atrajeron la atención de Gordon.

Cuando examinaba una de ellas con Peters y un tal Wilson:

> «Sentí de repente —dice— una sacudida que no se parecía a nada que me haya sido familiar hasta entonces, y que me inspiró algo así como una vaga idea de que los fundamentos de nuestro globo macizo se entreabrían de repente, y que habíamos llegado al momento de la destrucción universal».

Estaban enterrados vivos; después de haberse recobrado, Peters y Gordon vieron que Wilson había sido aplastado; los dos infortunados se encontraban en medio de una colina, formada por una especie de piedra de jabón, sepultados por un cataclismo, pero por un cataclismo artificial; los salvajes habían derribado la montaña sobre la tripulación de la *Jane Guy*, todos habían perecido, salvo Peters y Gordon.

Excavando un camino en la roca blanda, llegaron a una abertura por la que vieron que la región estaba llena de nativos; éstos atacaban la goleta, que se defendía a cañonazos; pero finalmente fue arrastrada, incendiada, y pronto saltó en medio de una explosión terrible que hizo perecer a varios millares de hombres.

Durante largos días Gordon y Peters vivieron en el laberinto, alimentándose de avellanas; Gordon captó exactamente la forma del laberinto, que conducía a tres abismos; ofrece incluso el dibujo de esos tres abismos en su relato, así como la reproducción de ciertos cortes que parecían haber sido grabados en la piedra pómez.

Después de intentos sobrehumanos, Peters y Gordon consiguieron alcanzar el llano; perseguidos por una horda vociferante de salvajes, llegaron afortunadamente a una canoa, donde un nativo se había refugiado, y consiguieron llegar a alta mar.

Se encontraron entonces en el océano Antártico, «inmenso y desolado, a una latitud de más de 84º, en una frágil canoa, sin más provisiones que tres tortugas».

Hicieron una especie de vela con sus camisas; la vista de la tela afectaba de un modo singular a su prisionero, que nunca pudo decidirse a tocarla, y parecía sentir *horror por el blanco*; sin embargo, seguían viajando juntos, y entraban en una región nueva y asombrosa.

> «Una alta barrera de vapor gris y ligero aparecía constantemente en el horizonte sur, se empenachaba algunas veces con largas rayas luminosas que corrían unas veces de este a oeste, y luego se reunían de nuevo de manera que ofrecían una cumbre de una sola línea…».

Fenómeno más extraño todavía, la temperatura del mar parecía aumentar, y pronto resultó excesiva; su matiz lechoso se volvió más evidente que nunca.

Gordon y Peters supieron por fin de boca de su prisionero que la isla, teatro del desastre, se llamaba *Tsalal*; el pobre diablo sufría convulsiones cuando se le acercaba algún objeto blanco.

Sin mucho tardar, el agua fue presa de una violenta convulsión, acompañada por una extraña llamarada de vapor en su cima.

> «Un polvo blanco finísimo, parecido a la ceniza —pero desde luego no era eso—, cayó sobre la canoa mientras la palpitación luminosa del vapor se desvanecía y la conmoción del agua se aplacaba».

Durante varios días se produjo el mismo fenómeno; el olvido y una indolencia repentina se apoderaban de los tres infortunados; la mano no podía soportar ya el calor del agua.

Cito ahora el fragmento completo que concluye este sorprendente relato:

> *9 de marzo*. — La sustancia cenicienta llovía entonces necesariamente a nuestro alrededor en enorme cantidad. La barrera de vapor del sur se había elevado a una altura prodigiosa por encima del horizonte, y empezaba a adoptar una gran nitidez de formas. Sólo puedo compararla a una catarata sin límites, rodando silenciosamente en el mar desde lo alto de alguna inmensa muralla perdida en el cielo. La gigantesca cortina ocupaba toda la extensión del horizonte sur. No emitía ningún ruido.

»*21 de marzo*. — Funestas tinieblas planeaban entonces sobre nosotros; —pero de las profundidades lechosas del Océano brotaba un brillo luminoso que se deslizaba por los costados de la canoa—. Estábamos casi abrumados por aquel chaparrón ceniciento y blanco que se acumulaba sobre nosotros y sobre la barca, pero que se fundía al caer al agua. La parte alta de la catarata se perdía por completo en la oscuridad y en el espacio. Sin embargo, era evidente que nos acercábamos a una velocidad horrible. A intervalos podían percibirse sobre aquella capa vastas hendiduras abiertas; pero sólo eran momentáneas, y, a través de esas hendiduras, tras las que se agitaba un caos de imágenes flotantes e indistintas, se precipitaban corrientes de aire potentes, pero silenciosas, que golpeaban en su vuelo al Océano en llamas.

»*22 de marzo*. — Las tinieblas se habían espesado sensiblemente, y ya sólo las moderaba la claridad de las aguas, reflejando la cortina blanca tendida delante de nosotros. Una multitud de gigantescas aves de un blanco lívido salían volando incesantemente por detrás del singular velo… Y entonces nos precipitamos en los abrazos de la catarata, donde se entreabría un abismo como para recibirnos. Pero de pronto, a través de nuestra ruta, se irguió una figura humana velada, de proporciones mucho más vastas que las de cualquier habitante de la tierra. Y el color de la piel del hombre era la blancura perfecta de la nieve».

Y el relato se interrumpe así. ¿Quién lo reanudará alguna vez? Alguien más audaz que yo y más osado a la hora de avanzar por el terreno de las cosas imposibles.

Sin embargo, es preciso creer que Gordon Pym salió bien del apuro, porque hizo él mismo esa extraña publicación; pero murió antes de haber acabado su obra. Poe parece lamentarlo vivamente, y declina la tarea de colmar la laguna.

Este es el resumen de las principales obras del novelista americano; ¿he ido demasiado lejos al presentarlas como extrañas y sobrenaturales? ¿No ha creado realmente una forma nueva en la literatura, forma que procede de la sensibilidad de su cerebro *excesivo*, para emplear una de sus palabras?

Dejando de lado lo incomprensible, lo que hay que admirar en las obras de Poe es la novedad de las situaciones, la discusión de hechos poco conocidos, la observación de las facultades enfermizas del hombre, la elección de sus temas, la personalidad siempre extraña de sus héroes, su temperamento enfermizo y nervioso, su forma de expresarse mediante interjecciones extravagantes. Y, sin embargo, en medio de estas

imposibilidades, existe a veces una verosimilitud que se apodera de la credulidad del lector.

Séame permitido ahora llamar la atención sobre el lado materialista de estas historias; nunca se siente en ellas la intervención providencial; Poe no parece admitirla y pretende explicar todo mediante las leyes físicas, que inventa incluso en caso necesario; no se nota en él esa fe que debería darle la incesante contemplación de lo sobrenatural. Hace lo fantástico *en frío*, si puedo expresarme así, y este desdichado sigue siendo un apóstol del materialismo; pero imagino que es menos culpa de su temperamento que influencia de la sociedad puramente práctica e industrial de Estados Unidos; ha escrito, pensado, soñado como americano, como hombre positivo; una vez constatada esa tendencia, admiremos sus obras.

Por estas historias extraordinarias, se puede juzgar la incesante sobreexcitación en que vivía Edgar Poe; por desgracia, su naturaleza no le bastaba, y sus excesos le dieron *la espantosa enfermedad del alcohol* que tan bien nombró y de la que murió.

LOS AMOTINADOS DE LA *BOUNTY*[41]

I

EL ABANDONO

Ni el menor soplo, ni una arruga en la superficie del mar, ni una nube en el cielo. Las espléndidas constelaciones del hemisferio austral se dibujan con un pureza incomparable. Las velas de la *Bounty* cuelgan a lo largo de los mástiles, el barco está inmóvil, y la luz de la luna, palideciendo ante la aurora que se eleva, ilumina el espacio con un fulgor indefinible.

La *Bounty*, navío de 215 toneladas, con cuarenta y seis hombres a bordo, había dejado Spithead el 23 de diciembre de 1787, bajo el mando del capitán Bligh[42], marino experimentado pero algo rudo, que ya había acompañado al capitán Cook en su último viaje de exploración.

La *Bounty* tenía por misión especial transportar a las Antillas el árbol del pan, que crece con profusión en el archipiélago de Tahití. Después de un descanso de seis meses en la bahía de Matavai, William Bligh, tras cargar un millar de esos árboles, había tomado la ruta de las Indias Occidentales, tras una estancia bastante breve en las islas de los Amigos.

Muchas veces, el carácter desconfiado y arrebatado del capitán había propiciado escenas desagradables entre algunos de sus oficiales y él. Sin embargo, la tranquilidad que reinaba a bordo de la *Bounty* al salir el sol el 28 de abril de 1789 no hacía presagiar en modo alguno los graves acontecimientos que iban a producirse.

Todo parecía calmado, en efecto, cuando de repente una animación insólita se propaga por el navío. Algunos marineros se acercan, cambian dos o tres palabras en voz baja y luego desaparecen lentamente.

¿Es acaso el relevo de la guardia del amanecer? ¿Se ha producido a bordo algún accidente inopinado?

—Sobre todo, nada de ruido —dice Fletcher Christian, el segundo de la *Bounty*—. Bob, arme su pistola, pero no dispare sin mi orden. Usted, Churchill, coja su hacha y haga saltar la cerradura del camarote del capitán. Una última recomendación: ¡Lo necesito vivo!

Seguido por una docena de marineros armados de sables, cuchillos y pistolas, Christian se deslizó en el entrepuente; luego, después de haber situado dos centinelas delante del camarote de Stewart y de Peter Heywood, el contramaestre y el *midshipman*[43] de la *Bounty*, se detuvo ante la puerta del capitán.

—¡Adelante, muchachos! —dijo—, ¡un buen golpe de hombros!

La puerta cedió bajo una presión vigorosa, y los marineros se precipitaron en el camarote.

Sorprendidos al principio por la oscuridad, y reflexionando tal vez en la gravedad de sus actos, vacilaron un momento.

—¡Hola! ¿Qué pasa? ¿Quién se atreve a permitirse?… —exclamó el capitán saltando al pie de su catre.

—¡Silencio, Bligh! —respondió Churchill—. Silencio, y no trates de resistir, o te amordazo.

—Es inútil que te vistas —añadió Bob—. ¡Siempre tendrás una cara bastante buena cuando estés colgado de la verga del trinquete!

—Átale las manos a la espalda, Churchill —dijo Christian—, e izadlo sobre el puente.

—El más terrible de los capitanes no es demasiado temible cuando se sabe arrestado —hizo observar John Smith, el filósofo de la banda.

Luego el cortejo, sin preocuparse de despertar o no a los marineros de la última guardia, todavía dormidos, volvió a subir la escalera y reapareció en el puente.

Era un motín en toda regla. De todos los oficiales de a bordo, sólo Young, uno de los *midshipmen*, había hecho causa común con los amotinados.

En cuanto a los hombres de la tripulación, los vacilantes habían tenido que decir por el momento, mientras los otros, sin armas, sin jefe, permanecían como espectadores del drama que iba a producirse ante sus ojos.

Todos estaban en el puente, alineados en silencio; observaban la actitud de su capitán que, medio desnudo, avanzaba con la cabeza alta en medio de aquellos hombres acostumbrados a temblar ante él.

—Bligh —dijo Christian con voz ruda—, ha sido usted apeado del mando.

—No le reconozco el derecho… —respondió el capitán.

—No perdamos tiempo con protestas inútiles —exclamó Christian, que interrumpió a Bligh—. Soy en este momento el intérprete de toda la tripulación de la *Bounty*. Aún no habíamos dejado Inglaterra cuando nosotros ya teníamos que quejarnos de sus injurias y sospechas, de sus formas brutales de proceder. Cuando digo nosotros, me refiero tanto a los oficiales como a los marineros. No sólo no hemos podido obtener nunca la satisfacción que nos era debida, sino que usted siempre ha rechazado nuestras quejas con desprecio. ¿Somos acaso perros para ser injuriados en todo momento? ¡Canallas, bergantes, mentirosos, ladrones! No había para usted expresión bastante fuerte, ni injuria bastante grosera para nosotros. ¡En verdad, habría que no ser un hombre para soportar semejante existencia! Y a mí, a mí, su compatriota, a mí, que conozco a su familia, a mí, que he hecho dos viajes a sus órdenes, ¿me ha respetado? ¿No me ha acusado, ayer mismo, de haberle robado unas miserables frutas? Y los hombres: ¡por cualquier nadería, en cadenas! Por una bagatela, ¡veinticuatro latigazos! Pues bien, todo se paga en este mundo. Ha sido usted demasiado liberal con nosotros, Bligh. ¡Ahora es nuestro turno! Sus injurias, sus injusticias, sus insensatas acusaciones, las torturas morales y físicas con que ha atropellado a su tripulación desde hace año y medio, va a expiarlas, ¡y a expiarlas duramente! Capitán, ha sido usted juzgado por aquéllos a los que ha ofendido, y ha sido condenado. ¿No es así, camaradas?

—¡Sí, sí, a muerte! —exclamó la mayor parte de los marineros, amenazando a su capitán.

—Capitán Bligh —continuó Christian—, algunos habían hablado de izarlo en el extremo de una cuerda entre el cielo y el agua. Otros proponían desgarrarle los hombros con el látigo de nueve correas, hasta que le llegase la muerte. Les faltaba imaginación. Yo he encontrado algo mejor. Además, usted no es aquí el único culpable. Los que siempre han ejecutado fielmente sus órdenes, por crueles que fuesen, se desesperarían si pasasen bajo mi mando. Han merecido acompañarle allí donde el viento lo empuje. ¡Que traigan la chalupa!

Un murmullo desaprobador acogió estas últimas palabras de Christian, que no pareció inquietarse por ellas. El capitán Bligh, a quien sus amenazas no llegaban a turbar, aprovechó un instante de silencio para tomar la palabra.

—Oficiales y marineros —dijo con voz firme—, en mi calidad de oficial de la marina real, comandante de la *Bounty*, protesto contra el trato que queréis hacerme sufrir. Si tenéis que quejaros de la forma en que he ejercido mi mando, podéis hacerme juzgar por una corte marcial. Pero no habéis

reflexionado, sin duda, en la gravedad del acto que vais a cometer. Poner la mano sobre vuestro capitán es rebelaros contra las leyes existentes, es volver imposible para vosotros cualquier posibilidad de regreso a vuestra patria, es querer ser tratados como piratas. ¡Antes o después supone la muerte ignominiosa, la muerte de los traidores y de los rebeldes! ¡En nombre del honor y de la obediencia que habéis jurado, os conmino a que volváis al deber!

—Sabemos perfectamente a qué nos exponemos —respondió Churchill.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó la tripulación, dispuesta a entregarse a las vías de hecho.

—¡Pues bien! —dijo Bligh—, si necesitáis una víctima, ¡que sea yo, pero sólo yo! ¡Aquellos compañeros míos que condenáis conmigo, no han hecho más que ejecutar mis órdenes!

La voz del capitán quedó cubierta entonces por un concierto de vociferaciones, y hubo de renunciar a conmover aquellos corazones vueltos ahora despiadados.

Mientras, se habían tomado las disposiciones para que las órdenes de Christian se ejecutasen.

También se había suscitado un debate bastante vivo entre el segundo y varios de los amotinados que querían abandonar en las olas al capitán Bligh y a sus compañeros sin darles un arma, sin dejarles una onza[44] de pan.

A algunos —y tal era la opinión de Churchill— les parecía que el número de los que debían abandonar el barco no era lo bastante considerable. Había que deshacerse, decía, de todos los hombres que, por no haber participado directamente en el complot, no eran seguros. No se podía contar con los que se limitaban a aceptar los hechos consumados. En cuanto a él, a su espalda todavía le dolían los golpes de látigo que había recibido por haber desertado en Tahití. ¡El mejor medio, el más rápido para curarlo, sería entregarle ante todo al comandante!… ¡Sabría vengarse de sobra, y por su propia mano!

—¡Hayward! ¡Hallet! —gritó Christian dirigiéndose a dos de los oficiales, sin tener en cuenta las observaciones de Churchill—, bajad a la chalupa.

—¿Qué le he hecho, Christian, para que me trate así? —dijo Hayward—. ¡Me envía usted a la muerte!

—¡Los reproches son inútiles! ¡Obedezca, o si no…! ¡Fryer, embarque usted también!

Pero estos oficiales, en vez de dirigirse hacia la chalupa, se acercaron al capitán Bligh, y Fryer, que parecía el más decidido, se inclinó hacia él diciendo:

—Comandante, ¿quiere intentar recuperar el barco? No tenemos armas, es cierto; pero estos amotinados, sorprendidos, no podrán resistir. Si alguno de nosotros resultamos muertos, ¡qué importa! Se puede intentar. ¿Qué le parece?

Los oficiales ya tomaban sus disposiciones para lanzarse sobre los amotinados, ocupados en liberar la chalupa de sus perchas, cuando Churchill, a quien no se le había escapado esa charla, por rápida que hubiera sido, los rodeó con unos cuantos hombres bien armados, y los obligó a embarcarse a la fuerza.

—Millward, Mespratt, Birket, y vosotros —dijo Christian dirigiéndose a algunos de los marineros que no habían participado en el motín—, bajad al entrepuente, y elegid lo más valioso que tengáis. Acompañad al capitán Bligh. ¡Tú, Morrison, vigílame a estos hombretones! Purcell, coja su caja de carpintero, le permito llevársela.

Dos mástiles con sus velas, algunos clavos, una sierra, media pieza de tela de vela, cuatro pequeños toneles conteniendo 125 l de agua, 150 libras[45] de galleta, 32 libras de cerdo salado, seis botellas de vino, seis botellas de ron, la bodega de licor del capitán, eso fue todo lo que se permitió llevar a los abandonados. Les arrojaron, además, dos o tres viejos sables, pero se les negó toda clase de armas de fuego.

—¿Dónde están Heywood y Stewart? —dijo Bligh, una vez dentro de la chalupa—. ¿También ellos me han traicionado?

No le habían traicionado, pero Christian había decidido mantenerlos a bordo.

El capitán tuvo entonces un momento de desánimo y de debilidad muy perdonable, que no duró mucho.

—Christian —dijo—, le doy mi palabra de honor de olvidar todo lo que acaba de ocurrir, si renuncia a su abominable proyecto. ¡Se lo suplico, piense en mi mujer y en mi familia! Una vez muerto yo, ¿qué será de todos los míos?

—Si hubiera tenido usted algún honor —respondió Christian—, las cosas no habrían llegado a este punto. Si hubiera pensado un poco más a menudo en su mujer, en su familia, en las mujeres y las familias de los demás, no habría sido tan duro, tan injusto con todos nosotros.

A su vez, el *bosseman*[46], en el momento de embarcar, trató de conmover a Christian, fue inútil.

—Hace mucho tiempo que sufro —respondió este último con amargura —. ¡Usted no sabe cuáles han sido mis tormentos! No, esto no podía durar un día más, y, por otra parte, usted ignora que, durante todo el viaje, el segundo

de este barco me ha tratado como a un perro. Sin embargo, al separarme del capitán Bligh, al que probablemente no volveré a ver, no quiero, por piedad, privarle de toda esperanza de salvación. ¡Smith!, baje al camarote del capitán y tráigale sus ropas, sus órdenes, su diario y su cartera. Además, que le entreguen mis tablas náuticas y mi propio sextante. Así tendrá alguna probabilidad de poder salvar a sus compañeros y de salir con bien de este trance.

Se ejecutaron las órdenes de Christian, no sin algunas protestas.

—Y ahora, Morrison, larga la amarra —gritó el segundo, convertido ahora en primero—, y que sea lo que Dios quiera.

Mientras los amotinados saludaban con aclamaciones irónicas al capitán Bligh y a sus desgraciados compañeros, Christian, apoyado en la borda, no podía despegar los ojos de la chalupa que se alejaba. Este valiente oficial, cuya conducta, hasta entonces leal y franca, había merecido los elogios de todos los comandantes bajo los que había servido, no era hoy más que el jefe de una banda de piratas. Ya no le sería permitido volver a ver ni a su anciana madre, ni a su prometida, ni las orillas de la isla de Man, su patria. ¡Se sentía desmerecido en su propia estima, deshonrado a ojos de todos! ¡El castigo ya seguía a la falta!

II

LOS ABANDONADOS

Con sus dieciocho pasajeros, oficiales y marinos, y las pocas provisiones que contenía, la chalupa que llevaba Bligh estaba tan cargada que apenas sobrepasaba en 15 pulgadas[47] el nivel del mar. Con una longitud de 21 pies, y una anchura de 6, podía ser perfectamente apropiada para el servicio de la *Bounty*; pero para contener una tripulación tan numerosa, para hacer un viaje un poco largo, era difícil encontrar embarcación más detestable.

Los marineros, confiados en la energía y la habilidad del capitán Bligh y de unos oficiales unidos en un mismo destino, navegaban vigorosamente y la chalupa hendía con rapidez las olas.

Bligh no había dudado en la decisión a tomar. Por encima de todo, había que llegar cuanto antes a la isla Tofa, la más cercana del grupo de las Islas de los Amigos[48], que había dejado unos días antes, había que recoger allí frutos del árbol del pan, renovar la provisión de agua, y dirigirse luego a Tonga-

Tabou. Sin duda podría recoger víveres en cantidad suficiente para hacer la travesía hasta los establecimientos holandeses de Timor si, por temor a los indígenas, no quería detenerse en los innumerables archipiélagos diseminados en la ruta.

La primera jornada transcurrió sin incidentes, y caía la noche cuando divisaron las costas de Tofoa. Por desgracia, la ribera era tan rocosa, la costa tan elevada que no se podía desembarcar de noche. Por lo tanto, hubo de esperar a que amaneciese.

A menos de que hubiera absoluta necesidad, Bligh no quería tocar las provisiones de la chalupa. Por lo tanto, era preciso que la isla alimentase a sus hombres y a él. Esto parecía que iba a ser difícil, porque, en primer lugar, cuando estuvieron en tierra, no encontraron el menor rastro de habitantes. Algunos, sin embargo, no tardaron en dejarse ver, y, como fueron bien recibidos, trajeron a otros que aportaron un poco de agua y algunas nueces de coco.

El aprieto en que Bligh se encontraba era grande. ¿Qué decir a aquellos nativos que ya habían traficado con la *Bounty* durante su último descanso? Importaba ocultarles la verdad a toda costa, a fin de no destruir el prestigio con que los extranjeros habían sido rodeados hasta entonces en aquellas islas.

¿Decir que los había enviado en busca de provisiones el barco que se había quedado en alta mar? Imposible, porque la *Bounty* no estaba a la vista, ni siquiera desde lo alto de las colinas. ¿Decir que el navío había naufragado, y que los indígenas veían en ellos a los únicos supervivientes de los náufragos? Quizá los conmoviese y los llevase a completar las provisiones de la chalupa. Bligh se decidió por esta última resolución, por peligrosa que fuera, y previno a sus hombres para que todo el mundo estuviese de acuerdo en esta fábula.

Al oír este relato, los nativos no mostraron ni señales de alegría ni signos de pena. Su rostro sólo expresó un profundo asombro, y fue imposible saber qué pensaban.

El 2 de mayo, el número de indígenas venidos de otras partes de la isla se incrementó de forma inquietante, y Bligh pronto pudo pensar que tenían intenciones hostiles. Algunos trataron incluso de sirgar la embarcación en la orilla, y sólo se retiraron ante las enérgicas demostraciones del capitán, que hubo de amenazarlos con su cuchillo. Mientras tanto, algunos de sus hombres, a los que Bligh había enviado en busca de alimentos, volvían con tres galones de agua.

Había llegado el momento de abandonar aquella isla tan poco hospitalaria. A la puesta del sol todo estaba preparado, pero no era fácil llegar hasta la chalupa. La ribera estaba bordeada por una multitud de indígenas que golpeaban unas piedras contra otras, dispuestos a lanzarlas. Por lo tanto era preciso que la chalupa se mantuviese a varias toesas de la orilla y sólo atracase en el momento mismo en que los hombres estuvieran totalmente dispuestos a embarcar.

Los ingleses, realmente muy inquietos por las disposiciones hostiles de los nativos, volvieron a bajar a la playa en medio de doscientos indígenas, que sólo esperaban una señal para arrojarse sobre ellos. Sin embargo, todos acababan de entrar sin tropiezo en la embarcación, cuando uno de los marineros, llamado Bancroft, tuvo la funesta idea de volver a la playa para buscar algún objeto que había olvidado. En un segundo, ese imprudente fue rodeado por los nativos y matado a pedradas, sin que sus compañeros, que no poseían ningún arma de fuego, pudieran socorrerlo. Además, en ese instante ellos mismos eran atacados, las piedras llovían sobre sus cabezas.

—¡Vamos, muchachos —gritó Bligh—, rápido, a los remos, y con todas vuestras fuerzas!

Los nativos entraron entonces en el mar e hicieron llover sobre la embarcación una nueva granizada de pedruscos. Varios hombres resultaron heridos. Pero Hayward, cogiendo una de las piedras que habían caído en la chalupa, apuntó a uno de los asaltantes y lo alcanzó entre los dos ojos. El indígena cayó de bruces lanzando un gran grito al que respondieron los hurras de los ingleses. Su infortunado camarada estaba vengado.

Mientras, varias piraguas se separaban de la orilla y emprendían su caza. Esa persecución sólo podía terminar en un combate, cuyo resultado no habría sido feliz, cuando el contramaestre tuvo una idea luminosa. Sin sospechar que imitaba a Hipómenes en su lucha con Atalanta[49], se despojó de su chaqueta y la arrojó al mar. Los nativos, soltando la presa por la sombra, se rezagaron para recogerla, y esa argucia permitió a la chalupa doblar la punta de la bahía.

Mientras tanto, había caído por completo la noche, y los indígenas, desanimados, abandonaron la persecución de la chalupa.

Aquella primera tentativa de desembarco había sido demasiado desastrosa para ser repetida; ésa fue al menos la opinión del capitán Bligh.

—Es ahora cuando hay que tomar una decisión —dijo—. La escena que acaba de ocurrir en Tofoa se repetirá, estoy seguro, en Tonga-Tabou, y en todas partes en las que queramos desembarcar. En pequeño número, sin armas de fuego, estaremos totalmente a merced de los indígenas. Privados de objetos

de cambio, no podemos comprar víveres, y nos resultará imposible conseguirlos a viva fuerza. Por lo tanto nos vemos reducidos a los recursos que tenemos. ¡Y vosotros, amigos míos, sabéis como yo lo escasos que son! Pero ¿no vale más contentarse con ellos que arriesgar, en cada atraque, la vida de varios de nosotros? Sin embargo, no quiero ocultaros el horror de nuestra situación. Para alcanzar Timor, tenemos poco más o menos 1200 leguas[50] que franquear, ¡y tendréis que contentaros con una onza de galleta por día y un cuarto de pinta[51] de agua! Sólo podremos salvarnos a ese precio, y a condición de que yo encuentre en vosotros la obediencia más completa. Respondedme sin reservas. ¿Estáis de acuerdo en intentar la empresa? ¿Juráis obedecer mis órdenes, sean las que fueren? ¿Prometéis someteros sin murmurar a estas privaciones?

—¡Sí, sí, lo juramos! —exclamaron de manera unánime los compañeros de Bligh.

—Amigos míos —continuó el capitán—, también tenemos que olvidar nuestros errores recíprocos, nuestras antipatías y nuestros odios, sacrificar en una palabra nuestros rencores personales al interés de todos, el único que debe guiarnos.

—Lo prometemos.

—Si cumplís vuestra palabra —añadió Bligh—, y en caso necesario sabré obligaros a ello, respondo de la salvación.

Hicieron ruta entonces hacia el O.-N.-O. El viento, que era bastante fuerte, sopló de forma tempestuosa la noche del 4 de mayo. Las olas se volvieron tan gruesas que la embarcación desaparecía entre ella y parecía que no podría volver a levantarse. El peligro aumentaba a cada instante. Mojados y helados, los desdichados no tuvieron ese día para reconfortarse más que una taza de té de ron y la cuarta parte de un fruto del árbol de pan medio podrido.

En los días siguientes la situación no cambió. La embarcación pasó en medio de numerosas islas, de cuyas orillas se separaron algunas piraguas.

¿Era para darles caza, era para hacer algunos intercambios? En la duda, habría sido imprudente detenerse. Por eso la chalupa, con las velas hinchadas por un buen viento, no tardó en dejarlas atrás.

El 9 de mayo estalló una tempestad espantosa. El trueno y los relámpagos se sucedían sin interrupción. La lluvia caía con una fuerza de la que las tormentas más violentas de nuestros climas no pueden dar una idea. Era imposible secar las ropas. Entonces a Bligh se le ocurrió la idea de mojarlas en el agua del mar e impregnarlas de sal, a fin de dar a la piel un poco del calor que la lluvia se había llevado. No obstante, aquellas lluvias torrenciales,

que causaron tantos sufrimientos al capitán y a sus compañeros, les ahorraron otras torturas todavía más horribles, las torturas de la sed, que un insostenible calor hubiera provocado pronto.

El 17 de mayo, por la mañana, y tras una tormenta horrible, las quejas de los marineros fueron unánimes.

—Nunca tendremos fuerzas para alcanzar Nueva Holanda[52] —exclamaron los desdichados—. Calados por la lluvia, agotados de fatiga, nunca tendremos un momento de reposo. Medio muertos de hambre, ¿no aumentará nuestras raciones, capitán? ¡Poco importa que nuestros víveres se agoten! ¡No nos costará mucho reemplazarlos cuando lleguemos a Nueva Holanda!

—Me niego —respondió Bligh—. Sería actuar como locos. ¡Cómo! ¡Sólo hemos franqueado la mitad de la distancia que nos separa de Australia, y ya estáis desanimados! ¿Creéis, además, que vamos a encontrar fácilmente víveres en la costa de Nueva Holanda? ¡Es que no conocéis ese país y sus habitantes!

Y Bligh empezó a describir a grandes rasgos la naturaleza del suelo, las costumbres de los indígenas, la poca confianza que había que tener en su recibimiento, cosas todas que su viaje con el capitán Cook le había enseñado a conocer. Por esta vez todavía, sus infortunados compañeros le escucharon y se callaron.

Los quince días siguientes fueron alegrados por un claro sol que permitió secar las ropas. El 27 franquearon los rompientes que bordean la costa oriental de Nueva Holanda. El mar estaba tranquilo detrás de aquella cintura de madréporas, y algunos grupos de islas, de vegetación exótica, alegraban las miradas.

Desembarcaron avanzando con precaución. No encontraron más rastros de presencia de nativos que viejos sitios de fuego. Por lo tanto, era posible pasar una buena noche en tierra.

Pero había que comer. Por suerte, uno de los marineros descubrió un banco de ostras. Fue un verdadero regalo.

Al día siguiente Bligh encontró en la chalupa un cristal de aumento, un eslabón y azufre. Por lo tanto se encontró en condiciones de procurarse el fuego necesario para cocer la caza o el pescado.

Bligh tuvo entonces la idea de dividir su tripulación en tres escuadras: una debía poner todo en orden en la embarcación; las otras dos, ir en busca de víveres. Pero varios hombres se quejaron amargamente, declarando que antes preferían quedarse sin comer que aventurarse en el país.

Uno de ellos, más violento o más nervioso que sus camaradas, llegó incluso a decir al capitán:

—Un hombre es igual que cualquier otro, y no veo por qué usted tiene que quedarse siempre descansando. Si tiene hambre, vaya usted a buscar de comer. Para lo que hace aquí, yo puedo reemplazarle.

Bligh, compreniendo que aquel espíritu de amotinamiento debía ser atajado de inmediato, cogió un cuchillo, y arrojando otro a los pies del rebelde, le gritó:

—¡Defiéndete, o te mato como a un perro!

Esta actitud enérgica hizo que el motín se calmase al punto, y el descontento general se calmó.

Durante ese descanso, la tripulación de la chalupa recogió en abundancia ostras, *peignes*[53], y agua dulce.

Un poco más lejos, en el estrecho del Endeavour[54], de los dos destacamentos enviados a la caza de tortugas y de noddis[55], el primero regresó con las manos vacías; el segundo trajo seis noddis, pero habrían cogido muchos más de no ser por la obstinación de uno de los cazadores, que, habiéndose apartado de sus camaradas, asustó a esas aves. Más tarde, ese hombre confesó que había atrapado nueve de esos volátiles y que se los había comido crudos en el sitio.

De no ser por los víveres y el agua dulce que acababan de encontrar en la costa de Nueva Holanda, es totalmente seguro que Bligh y sus compañeros habrían perecido. Por otra parte, todos se encontraban en un estado lamentable, macilentos, deshechos, agotados verdaderos cadáveres.

El viaje en alta mar para llegar a Timor no fue más que la dolorosa repetición de los sufrimientos ya soportados por estos desdichados antes de alcanzar las costas de Nueva Holanda. Sólo que la fuerza de resistencia había disminuido en todos, sin excepción. Al cabo de algunos días sus piernas se habían hinchado. En ese estado de extrema debilidad, estaban abrumados por unas ganas de dormir casi continuas. Eran los signos precursores de un final que no podía tardar mucho. Por eso Bligh, que se dio cuenta, distribuyó una ración doble a los más debilitados y se esforzó por devolverles un poco de esperanza.

Finalmente, el 12 de junio por la mañana apareció la costa de Timor, después de tres mil seiscientas dieciocho leguas de una travesía realizada en condiciones espantosas.

El recibimiento que los ingleses tuvieron en Coupang fue de lo más simpático. Permanecieron allí dos meses reponiéndose. Luego, Bligh, después

de comprar un pequeño *schooner*[56], llegó hasta Batavia, donde embarcó rumbo a Inglaterra.

Fue el 14 de marzo de 1790 cuando los abandonados desembarcaron en Portsmouth. El relato de las torturas que habían sufrido despertó la simpatía universal y la indignación de todas las gentes de corazón. Casi de inmediato el Almirantazgo procedía al armamento de la fragata la *Pandore*, de veinticuatro cañones y de ciento sesenta hombre de tripulación, y la enviaba en persecución de los amotinados de la *Bounty*.

Ahora veremos qué había sido de ellos.

III

LOS AMOTINADOS

Después de que el capitán Bligh hubiera sido abandonado en alta mar, la *Bounty* había puesto rumbo a Tahití. Ese mismo día alcanzaba Toubouau. El risueño aspecto de esa pequeña isla, rodeada de un cinturón de rocas madrepóricas, invitaba a Christian a bajar a tierra; pero las demostraciones de los habitantes parecieron demasiado amenazadoras, y no se realizó el desembarco.

Fue el 6 de junio de 1789 cuando el ancla cayó en la rada de Matavai[57]. La sorpresa de los tahitianos fue extrema al reconocer a la *Bounty*. Los amotinados encontraron allí a los indígenas con los que se habían relacionado en una escala anterior, y les contaron una fábula en la que se cuidaron de mezclar el nombre del capitán Cook, de quien los tahitianos habían conservado el mejor recuerdo.

El 29 de junio los amotinados volvieron a hacerse a la mar rumbo a Toubouau y trataron de buscar alguna isla que estuviera situada fuera de la ruta ordinaria de los barcos, cuyo suelo fuese bastante fértil para alimentarlos, y en la que pudieran vivir con total seguridad. Vagaron así de archipiélago en archipiélago, cometiendo toda suerte de depredaciones y de excesos, que la autoridad de Christian sólo raras veces conseguía prevenir.

Luego, atraídos una vez más por la fertilidad de Tahití, por las costumbres dulces y agradables de sus habitantes, regresaron a la bahía de Matavai. Allí, dos tercios de la tripulación descendieron enseguida a tierra. Pero esa misma noche, la *Bounty* había levado anclas y desaparecido, antes de que los

marineros desembarcados hubieran podido sospechar la intención de Christian de partir sin ellos.

Limitados a sí mismos, aquellos hombres se establecieron sin demasiados esfuerzos en diferentes distritos de la isla. El contramaestre Stewart y el *midshipman* Peter Heywood, los dos oficiales que Christian había exceptuado de la condena pronunciada contra Bligh, y había llevado consigo a pesar de ellos, se quedaron en Matavai al lado del rey Trippao, con cuya hermana Stewart se casó enseguida. Morrison y Millward se dirigieron luego al jefe Peno, que los acogió bien. En cuanto a los otros marineros, se adentraron en el interior de la isla y no tardaron en casarse con tahitianas.

Churchill y un loco furioso llamado Thompson, después de haber cometido toda clase de crímenes, llegaron a las manos entre sí. Churchill murió en aquella pelea, y a Thompson lo lapidaron los nativos. Así perecieron dos de los amotinados que habían participado intensamente en el amotinamiento. Los otros, en cambio, supieron hacerse apreciar por los tahitianos por su buena conducta.

Mientras, Morrison y Millward seguían viendo el castigo suspendido sobre sus cabezas y no podían vivir tranquilos en aquella isla donde habrían sido descubiertos fácilmente. Concibieron entonces el plan de construir un *schooner*, en el que tratarían de llegar a Batavia, a fin de perderse en medio del mundo civilizado. Con ocho de sus compañeros, sin más herramientas que las del carpintero, consiguieron, no sin gran trabajo, construir un pequeño barco al que llamaron *Résolution*, y lo amarraron en una bahía detrás de una de las puntas de Tahití, llamada punta Venus**[58]**. Pero la absoluta imposibilidad en que se encontraban de conseguir velas les impidió hacerse a la mar.

Durante este tiempo, seguros de su inocencia, Stewart cultivaba un jardín, y Peter Heywood reunía los materiales de un vocabulario que más tarde fue de gran utilidad a los misioneros ingleses.

Sin embargo, habían transcurrido dieciocho meses cuando, el 23 de marzo de 1791, un barco dobló la punta Venus y se detuvo en la bahía Matavai. Era la *Pandore*, enviada en persecución de los amotinados por el Almirantazgo inglés.

Hoywood y Stewart se apresuraron a dirigirse a bordo, declararon sus nombres y grados, contaron que no habían participado en modo alguno en el motín, pero no les creyeron e inmediatamente fueron encadenados, así como todos sus compañeros, sin que se hubiera hecho la menor investigación. Tratados con la inhumanidad más indignante, cargados de cadenas y

amenazados con ser fusilados, si se servían de la lengua tahitiana para conversar entre sí, fueron encerrados en una jaula de once pies de largo, situada en el extremo del castillo de popa, y que un aficionado a la mitología decoró con el nombre de «caja de Pandora[59]».

El 19 de mayo, la *Résolution*, que había sido provista de velas, y la *Pandore*, se hicieron a la mar. Durante tres meses, estos dos navíos cruzaron el Archipiélago de los Amigos, donde se suponía que Christian y el resto de los amotinados habían podido refugiarse. La *Résolution*, de poco calado, prestó sin embargo grandes servicios durante esa travesía; pero desapareció en los parajes de la isla Chatham[60], y, aunque la *Pandore* permaneció varios días a la vista, nunca se oyó hablar de ella ni de los cinco marineros embarcados.

La *Pandore* había puesto rumbo a Europa con sus prisioneros cuando, en el estrecho de Torres[61], chocó contra un escollo de coral y zozobró casi inmediatamente con treinta y uno de sus marineros y cuatro de los amotinados.

La tripulación y los prisioneros que lograron escapar del naufragio llegaron entonces a un islote arenoso. Allí, oficiales y marineros pudieron refugiarse bajo unas tiendas; pero los amotinados, expuestos a los ardores de un sol vertical, se vieron obligados, para encontrar un poco de alivio, a enterrarse en la arena hasta el cuello.

Los náufragos permanecieron en ese islote algunos días; luego, todos alcanzaron Timor en las chalupas de la *Pandore*, y la vigilancia tan rigurosa de que eran objeto los amotinados no se descuidó en ningún momento, a pesar de la gravedad de las circunstancias.

Llegados a Inglaterra en el mes de junio de 1792, los amotinados pasaron ante un consejo de guerra presidido por el almirante Hood. Los debates duraron seis días y concluyeron con la liberación de cuatro de los acusados y la condena a muerte de los otros seis, por crimen de deserción y secuestro del barco confiado a su guarda. Cuatro de los condenados fueron colgados a bordo de un navío de guerra; los otros dos, Stewart y Peter Heywood, cuya inocencia por fin había sido reconocida, fueron liberados.

Pero ¿qué había sido de la *Bounty*? ¿Había naufragado con el último de los amotinados? Resultaba imposible saberlo.

En 1814, veinticinco años después de la escena con que comienza este relato, dos navíos de guerra ingleses cruzaban Oceanía bajo el mando del capitán Staines. Se encontraban al sur del archipiélago Dangereux[62], a la vista de una isla montañosa y volcánica que Carteret[63] había descubierto en

su viaje alrededor del mundo, y a la que había dado el nombre de Pitcairn[64]. No era más que un cono, casi sin ribera, que se alzaba a pico por encima del mar, y que tapizaban hasta su cima unos bosques de palmeras y de árboles del pan. Esa isla no había sido visitada nunca; se encontraba a 1200 millas de Tahití, en el grado 25 de latitud sur y 180º 8’ de longitud oeste; sólo medía cuatro millas en su circunferencia, y milla y media en su gran eje, y de ella sólo se sabía lo que había contado Carteret.

El capitán Staines decidió explorarla y buscar un lugar adecuado para desembarcar.

Al acercarse a la costa quedó sorprendido al divisar chozas, plantaciones, y, en la playa, dos nativos que, después de haber lanzado una embarcación a mar y atravesado hábilmente la resaca, se dirigieron hacia su barco. Pero su asombro no tuvo ya límites cuando se oyó interpelar, en excelente inglés, con esta frase.

—¡Eh, vosotros!, echadnos una cuerda para que subamos a bordo.

Nada más llegar al puente, los dos robustos remeros fueron rodeados por los marineros estupefactos, que los abrumaban a preguntas a las que no sabían dar respuesta. Llevados ante el comandante, fueron interrogados de forma regular.

—¿Quiénes sois?

—Me llamo Fletcher Christian, y mi compañero, Young.

Estos nombres no significaban nada para el capitán Staines, que estaba muy lejos de pensar en los supervivientes de la *Bounty*.

—¿Desde hace cuánto tiempo estáis aquí?

—Nacimos aquí.

—¿Qué edad tenéis?

—Yo tengo veinticinco años —respondió Christian—, y Young dieciocho.

—Vuestros padres, ¿fueron arrojados a esta isla por algún naufragio?

Christian hizo entonces al capitán Staines la emotiva confesión que va a seguir y cuyos principales rasgos son éstos:

Al dejar Tahití, donde abandonaba a veintiún camaradas, Christian, que tenía a bordo de la *Bounty* el relato de viaje del capitán Carteret, se había dirigido directamente hacia la isla Pitcairn, cuya posición convenía, en su opinión, al objetivo que se proponía. Eran todavía veintiocho los hombres que formaban la tripulación de la *Bounty*: Christian, el aspirante Young y siete marineros, siete tahitianos recogidos en Tahití, tres de ellos con sus mujeres y

un hijo de diez meses, además de tres hombres y seis mujeres, indígenas de Toubouau.

El primer cuidado de Christian y sus compañeros en cuanto hubieron alcanzado la isla Pitcairn había sido destruir la *Bounty*, a fin de no ser descubiertos. Sin duda, de ese modo se privaban de toda posibilidad de abandonar la isla, pero es lo que exigía el cuidado de su seguridad.

El establecimiento de la pequeña colonia debía hacerse sin dificultades, con unas gentes que sólo estaban unidas por la solidaridad de un crimen. Sangrientas disputas habían estallado pronto entre los tahitianos y los ingleses. Por eso, en 1794 sólo sobrevivían cuatro de los amotinados. Christian había caído bajo el cuchillo de uno de los indígenas que había traído. Todos los tahitianos habían sido masacrados.

Uno de los ingleses que había encontrado la manera de fabricar espirituosos con la raíz de una planta indígena, había terminado por embrutecerse en la ebriedad, y, presa de un acceso de *delirium tremens*, se había precipitado desde lo alto de un acantilado al mar.

Otro, dominado por un acceso de locura furiosa, se había lanzado sobre Young y sobre uno de los marineros, llamado John Adams, que no tuvieron otra salida que matarlo. En 1800 Young había muerto durante una violenta crisis de asma.

John Adams fue entonces el último superviviente de la tripulación de los amotinados.

Al quedarse sólo con varias mujeres y veinte niños, nacidos del matrimonio de sus camaradas con los tahitianos, el carácter de John Adams se había modificado profundamente. Entonces no tenía más que treinta y seis años; pero, desde hacía muchos había asistido a tantas escenas de violencia y de carnicería, había visto la naturaleza humana bajo aspectos tan tristes que, después de haberse examinado retrospectivamente, se había enmendado por completo.

En la biblioteca de la *Bounty*, conservada en la isla, se encontraban una biblia y varios libros de oraciones. John Adams, que los leía a menudo, se convirtió, educó en excelentes principios a la joven población que lo consideraba como un padre, y por la fuerza de las cosas se convirtió en el legislador, en el sumo sacerdote y, por así decir, en el rey de Pitcairn.

Sin embargo, hasta 1814 sus alarmas habían sido continuas. En 1795, al acercarse un barco a Pitcairn, los cuatro supervivientes de la *Bounty* se habían ocultado en unos bosques inaccesibles y no se habían atrevido a bajar de nuevo a la bahía hasta la partida del navío. Mismo acto de prudencia cuando,

en 1808, un capitán americano desembarcó en la isla, donde se apoderó de un cronómetro y de una brújula, que hizo llegar al Almirantazgo inglés; pero el Almirantazgo no se conmovió a la vista de aquellas reliquias de la *Bounty*. Bien es cierto que en esa época se enfrentaba en Europa preocupaciones de mucha mayor gravedad**[65]**.

Este fue el relato que hicieron al comandante Staines los dos nativos, ingleses por sus padres, uno hijo de Christian, el otro hijo de Young; pero cuando Staines pidió ver a John Adams, éste se negó a dirigirse a bordo antes de saber qué le ocurriría.

El comandante, después de haber asegurado a los dos jóvenes que John Adams estaba a salvo por la prescripción, puesto que desde el motín de la *Bounty* habían transcurrido veinticinco años, bajó a tierra, y fue recibido al desembarcar por una población compuesta por cuarenta y seis adultos y un gran número de niños. Todos eran altos y vigorosos, con el tipo inglés nítidamente acusado; las chicas, sobre todo, eran admirablemente bellas, y su modestia les imprimía un carácter muy seductor.

Las leyes que se habían puesto en vigor en la isla eran de las más sencillas. En un registro se anotaba lo que cada uno había ganado con su trabajo. La moneda era desconocida; todas las transacciones se hacían mediante intercambio, pero no había industria porque carecían de materias primas. Los habitantes llevaban por toda indumentaria amplios sombreros y cinturones de hierba. La pesca y la agricultura eran sus principales ocupaciones. Los matrimonios sólo se hacían con el permiso de Adams, y cuando el hombre había roturado y plantado un terreno lo suficientemente amplio como para subvenir al mantenimiento de su futura familia.

Después de haber recogido las informaciones más curiosas sobre esa isla perdida en los parajes menos frecuentados del Pacífico, el comandante Staines se hizo de nuevo a la mar y regresó a Europa.

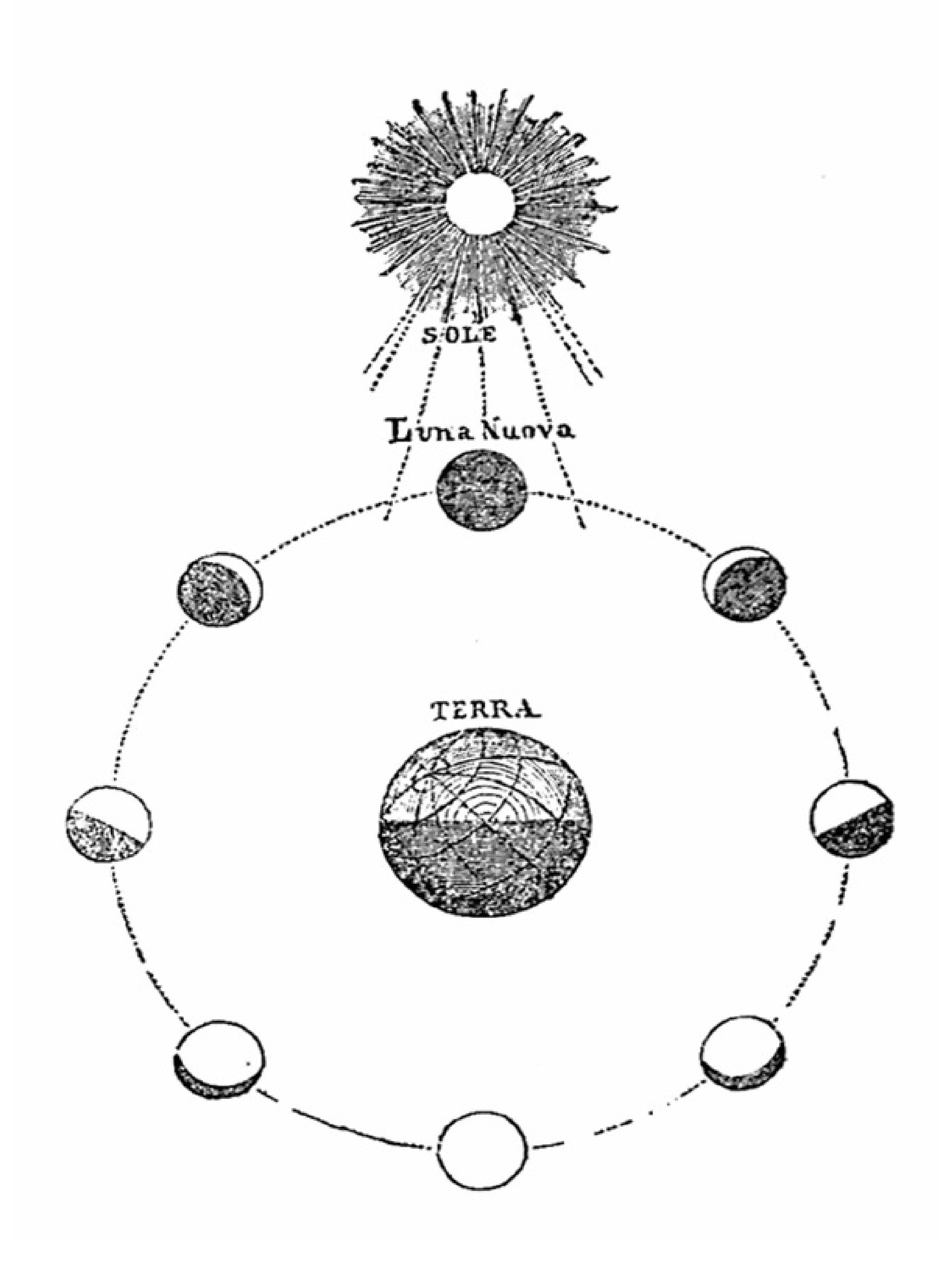
Desde esa época, el venerable John Adams ha concluido su carrera tan accidentada. Murió en 1829, y ha sido sustituido por el reverendo George Nobbs**[66]**, que aún sigue desempeñando en la isla funciones de pastor, de médico y de maestro de escuela.

En 1853, los descendientes de los amotinados de la *Bounty* ascendían a ciento setenta individuos. Desde entonces, la población no hizo más que aumentar, y se volvió tan numerosa que tres años más tarde, hubo de establecerse en gran parte en la isla Norfolk, que hasta entonces había servido de estación para los convictos. Pero una parte de los emigrados echaban de menos Pitcairn, aunque Norfolk fuera cuatro veces mayor, aunque su suelo

fuese notable por su riqueza, y aunque las condiciones de la existencia resultaran en ella más fáciles. Al cabo de dos años de estancia, varias familias regresaron a Pitcairn, donde siguen prosperando[67].

Tal fue el desenlace de una aventura que había comenzado de una forma tan trágica. Al principio, amotinados, asesinos, locos, y ahora, bajo la influencia de los principios de la moral cristiana y de la instrucción dada por un pobre marinero convertido, la isla Pitcairn se ha vuelto la patria de una población dulce, hospitalaria, feliz, en la que volvemos a encontrar las costumbres patriarcales de las primeras edades.

CRÓNICAS CIENTÍFICAS


SOLE
Luna Nuova
TERRA

ENIGMA CIENTÍFICO[68]

¿Qué navíos son los que tienen miedo del agua, quiénes son los que ganan victorias sin armas de guerra, quiénes son los que viajan sin remos ni velas con un solo hombre por tripulación, y quiénes sin embargo hacen más de cien leguas por hora?

OTRO NAVÍO AÉREO[69]

Las ascensiones aerostáticas vuelven a empezar con renovado ardor. Están en todas las fiestas públicas e incluso oficiales. En la inauguración del ferrocarril de Nancy, el *lion*[70] de la Lorena ha sido el señor Godard[71], elevándose en su globo. Los periodistas reducidos a silencio se hacen aeronautas y van a buscar la libertad al aire, como el genio dorado de la columna de la Bastilla[72]. Testigo el señor Coste, antiguo redactor de *L'Événement*, que trató con el Hipódromo para dirigir trenes de placer aéreos por los alrededores de París.

¡Dirigir! La palabra es excesiva. Se sabe, por nuestra historia de los globos publicada el año pasado, que a los aerostatos no les falta para ser, de todas las maneras de viajar, la más suave y más confortable, más que una sola y única cosa: la posibilidad, precisamente, de ser dirigidos. En el actual estado de la ciencia, cuando los lazos que lo sujetan al suelo se cortan, el globo se lanza hacia el cielo y va en busca de las nubes. Pero, como las nubes, no puede ni moderar su curso, ni cambiar de dirección, ni zigzaguear, ni vencer las corrientes. Flota a la ventura sobre el océano aéreo como los restos de un naufragio sobre las olas. El aeronauta no puede hacer nada contra los vientos y sus caprichos. Cuando quiere descender, abre la válvula; para remontar, vacía los sacos de arena que le sirven de lastre; sus poderes como piloto no se extienden más allá. De todas las maniobras, la más fácil es la de partida; pero cuando ha partido, de él puede decirse como de Marlborough en la canción *¡no sé cuándo volverá!*[73] ¡Y cuántos no han vuelto nunca! Sin embargo, los sabios y los inventores, raza perseverante, jamás han perdido la esperanza de descubrir, dentro de poco o algo más tarde, el medio de dirigir los globos y reemplazar los viajes de fantasía, con los que hasta el presente ha tenido que contentarse la ciencia aerostática, por viajes con destino fijo y de ejecución tan segura como puede serlo un viaje de Angers a Nantes por el ferrocarril. Se han hecho mil experiencias desde Blanchard[74], que fue el primero en elevarse desde el Campo de Marte de París, el 4 de marzo de 1789, en un

globo provisto de *gobernalle*. Se ha puesto en práctica todo. Unos han adaptado a su aerostato alas dispuestas como las alas de los pájaros y que imitaban sus rápidos movimientos con la ayuda de un mecanismo ingenioso; otros han empleado aletas natatorias y se han jactado de haber resuelto el problema dando al globo la forma de un pez marino como naturalistas con el nombre de *orbis echinatus*[75]; otros han utilizado velas, luego ruedas con paletas parecidas a las ruedas de nuestros barcos de vapor, luego remos, luego, por último, el tornillo de Arquímedes[76]. Ninguno de estos intentos ha tenido éxito.

Pero si hay que creer al señor A. C., de Angers, cosa que ni Blanchard, ni Guyton de Morveau, ni Robert, ni Testu-Brissy, ni el señor Lennox, ni el señor Transon, ni Petin, ni Julien[77] ni tantos otros pudieron hacer, está a punto de realizarse de la forma más satisfactoria, más completa y más maravillosa. Los sabios, que por lo general no prodigan su admiración, la conceden sin reservas al descubrimiento del que es autor uno de nuestros compatriotas, el señor Ernest Bazin. Es una gran gloria para el Anjou. El señor Ernest Bazin ve reunirse todos los días alrededor de la sorprendente máquina que ha construido a todos los hombres eminentes que París encierra.

El príncipe-presidente, añade nuestro colega, quiere examinar personalmente el navío del señor Bazin, y, acompañado de sus ministros y de varios miembros del Institut[78], debe dirigirse al lugar en el que el joven inventor ha expuesto el aerostato que dentro de muy poco servirá para su primera experiencia. Entre una multitud de testimonios halagüeños que podríamos citar, he aquí una carta que, por una modestia tal vez excesiva, no se quería hacer pública. Sin embargo se ha cedido, no sin esfuerzo, a las buenas razones que hacían desear su inserción en los periódicos.

Publicamos esta carta con tanto mayor gusto cuanto que es de nuestro colaborador, el señor Jacques Arago[79], hermano del sabio director del Observatorio.

> Señor:
>
> El nombre trazado al pie de esta carta le dice que es seria y el resultado de un examen en profundidad.
>
> Hace unos días me fue presentado su hijo. Le escuché con simpatía, porque aprecio a todo el que trabaja y a todo el que ha sufrido.
>
> Sin embargo, como desde hace algunos años, el cielo me ha privado de sus rayos, no quise limitar a mí mismo la tarea de juzgar el descubrimiento que se sometía a mi aplicación.

Su hijo explicó su sistema; se plantearon algunas dificultades; él eludió varias, sustanció las demás, y el resultado de este examen fue que, hasta el momento presente, *no se había hecho nada tan lógico, tan completo, tan ingenioso como el mecanismo del que es creador*.

Su hijo, señor, ha dado un paso inmenso, y, de ese paso, tal vez nazca un magnífico futuro.

Mi vida ha sido una vida de fatigas y búsquedas. He dado varias veces la vuelta al mundo; he ascendido muchas veces en globo; los océanos ya no tienen secretos que revelarme, y, en cuanto se me señala un progreso, lo acepto y lo proclamo.

Las primeras explicaciones dadas por su hijo al público de élite que acaba de estudiar su descubrimiento le han hecho merecedor de la atención general. Partiré con él en su primera ascensión, sin duda ya lo sabe usted por los periódicos, y le prometo, señor, una carta desde cinco o seis mil metros por encima del suelo… Iremos en busca de la respuesta que usted nos dé.

Adiós, señor, me felicito por haber conocido a su hijo, muchacho inteligente y estudioso, que dejará un apellido bien situado, se lo garantizo.

Reciba, etcétera, etcétera.

J. Arago.

¿Cuál es el sistema aerostático del señor Bazin? Es un secreto que todavía no puede entregarse al público. Esperemos el gran día de la experiencia.

TEJIDOS INCOMBUSTIBLES[80]

Otro descubrimiento, menos etéreo, y cuyos resultados prácticos serán inmensos, acaba de ser constatado por testigos expertos, y ha sido anunciado por uno de ellos en términos que merecen la atención pública.

La ciencia ha reconocido que la combustión reside únicamente en la combinación de un cuerpo con el oxígeno, y que por lo general este fenómeno va acompañado de luz y de calor, y a veces también de electricidad. Esa combinación del oxígeno con un cuerpo hace que este último sea calificado de combustible. Para que un cuerpo sea combustible es preciso impedir toda combinación del oxígeno con ese cuerpo, o encontrar una manera de aislar su oxígeno.

Un gran número de químicos han tratado de alcanzar ese resultado. El ilustre Gay-Lussac[81] ya indicó hace treinta años, en los anales científicos de la época, diversos procedimientos de incombustibilidad; pero fueron reconocidos insuficientes. Sin embargo, los experimentadores que le han sucedido han vuelto a él directa o indirectamente.

Un joven sabio, el señor Henri Imbert, acaba de resolver el problema, estamos convencidos. Tras largos estudios y ensayos reiterados, ha descubierto un procedimiento para volver los tejidos, no sólo incombustibles, sino más impermeables al tiempo que incombustibles. Las telas que han sido preparadas bajo su dirección tienen la doble propiedad de resistir el fuego y de rechazar el agua o la humedad.

Se han realizado experiencias en los locales del señor Buchard, fabricante de telas enceradas en Clignancourt; nos han parecido decisivas; un trozo de la tela del señor Imbert ha sido hundido hasta en tres ocasiones consecutivas en un baño de terebintina doble, y sometido a la acción de la llama. Ha salido liviana, flexible e intacta de esa temible prueba.

Otro trozo de tela fue arrojado sobre un ardiente brasero de hulla, y el brasero se apagó. Hemos observado que algunos carbones, adhiriéndose a

ciertos puntos del tejido, terminaban por ennegrecerlo y por producir una especie de escoria vegetal; pero en ningún caso el tejido puede enrojecerse ni volverse luminoso; en consecuencia, en ningún caso puede comunicar el fuego o propagar el incendio.

Su impermeabilidad no ha sido demostrada de la misma y evidente forma. Un vaso hecho con la tela del señor Imbert conserva el agua tan bien como un recipiente de tierra o de metal.

El tejido que reúne las dos cualidades opuestas de incombustibilidad y de impermeabilidad es una tela de vela ordinaria —doble trama, cuatro hilos—. La preparación a la que es sometido no aumenta una vigésima parte su densidad o su peso primitivo. Añadamos que dura incomparablemente más que las telas ordinarias, y que su precio de costo es el mismo.

El nuevo descubrimiento, que el señor Imbert llama *amianto vegetal*, nos parece que puede emplearse con utilidad para los campamentos militares, los toldos de las mensajerías y de los ferrocarriles, las lonas impermeables de la marina, las velas de los navíos y, sobre todo, las velas de los barcos de vapor, los telones y cortinajes de teatro, en fin, todos los casos en que la acción de fuego y la del agua son igualmente de temer.

Una serie de experiencias deben realizarse próximamente en presencia de miembros delegados de la Academia de ciencias, de autoridades civiles y militares, de escritores y negociantes.

El testigo que ofrece un resumen tan favorable es también un escritor serio, el señor de La Bédollière[82]. Por lo tanto, puede esperarse que, independientemente de los usos que el señor Imbert asigne a los tejidos, gracias a ese escudo químico pronto se podrá cruzar el agua como los peces, afrontar el fuego como las salamandras y burlarse de la lluvia como Gribouille[83]. Sería muy bueno utilizarlo, en espera de los viajes en globos-ómnibus.

MÁQUINAS DE LABRAR[84]

¡Cada vez más fuerte, como en Nicolet[85]! Mientras en Francia nuestra industria, sobrecargada de brazos inactivos, sin saber ya a dónde echar ese fardo humano, deja caer una parte en la colonización de Argelia, suplica a la agricultura indígena aliviarla de la otra parte, y se ve reducida a maldecir las máquinas que tanto han simplificado el trabajo desde hace medio siglo, los ingleses aún tienen la audacia de buscar nuevas máquinas, y de soñar con los *esclavos de hierro* para labrar el suelo, para sembrar y cosechar con el vapor, y dar el golpe de gracia a los irlandeses, que se mueren de hambre por millares en sus chozas hormigueantes de niños.

Un tal señor Etzler[86], que piensa nada menos que en someter por todo el globo la vida humana a sus menores funciones, al juego poderoso de las mecánicas, que promete realizar así una especie de palacio y de jardines universales, de ríos destilados y filtrados en canales vitrificados por la química, de rutas cubiertas de baldosas más duras y más inmutables que el sílex, de locomotoras circulando por todas partes sobre ranuras de hierro a una velocidad de trescientas leguas por día, de islas ficticias, impermeables y flotantes, cubiertas de tierra fértil, de árboles y de flores, paseando poblaciones enteras de un continente a otro, de telas sin arte, sin hilado, tejido ni nervaduras, fundidas como papel en unas sustancias cohesivas y fibrosas, de alimentos derivados de elementos nocivos por medio de manipulaciones científicas, etcétera; un tal señor Etzler, digo, mientras espera la puesta en práctica de ese cuento de las *Mil y una noches* (¡del que la Providencia nos libre!), ha construido, a expensas de la Compañía de emigración a los trópicos, y hace funcionar públicamente una máquina de labrar, cavar, explanar, etcétera. Esa máquina, que el *Mechanic's Magazine* designa con el nombre de *esclavo de hierro,* es en efecto un esclavo infatigable que, a las órdenes del hombre, deberá no sólo construir carreteras, excavar canales y túneles, como hace el *Excavador americano*, sino realizar la mayor parte de los trabajos agrícolas, la labranza, la siembra y la cosecha. Según el inventor,

con la ayuda de esta máquina, tres o cuatro hombres podrán cultivar 20 000 áreas[87] de tierra con un capital de menos de 1 dólar (5 francos) por área. Según la revista que acabamos de citar, esa máquina debe, en un futuro poco lejano, transformar el trabajo agrícola y sustituir los obreros humanos por esclavos de hierro. Lo cierto es que la máquina construida por el ingeniero Atkins, por cuenta de la Sociedad de emigración, ha funcionado en presencia de un numeroso público en los alrededores de Bicester, en Oxfordshire. Entre paréntesis, esa experiencia ha asumido el carácter de una verdadera fiesta; desde por la mañana se disparó el cañón y las campanas tocaron a vuelo. Ochocientas personas acudieron a la cita y se instalaron bajo unas tiendas levantadas expresamente para la circunstancia. El esclavo de hierro trabajó a total satisfacción de los accionistas, y, en el inevitable banquete que remató la fiesta, se dieron las gracias al ingeniero y a los obreros que lo han ayudado.

¡Pobres obreros y pobre ingeniero! Tal vez habrían hecho mejor tocando a muerto y entonando su *De profundis*, o, todavía mejor, enterrando para siempre el *esclavo de hierro* en la tierra que él mismo acababa de mover con una fuerza de cien brazos.

LOCOMOTORAS SUBMARINAS[88]

Sin embargo, han ido adelantando proyectos gigantescos, y aquí el más gigantesco de todos, el de un inglés, el señor Steele, que desde hace ya cinco años se propone, y cree haber resuelto por fin el problema de anexar los mares a las posesiones del hombre, de volver sus profundidades accesibles, de entregar a la circulación los valles y las montañas submarinas.

Si hay que creer un informe del señor Meunier, el señor Steele es inventor de una campana de buzo que sustrae al observador a las penosas sensaciones, a menudo causadas por la presión del aire en las campanas ordinarias; además, esa campana está dispuesta de tal modo que, desde su interior, se puede hablar cómodamente con las personas que están encima del agua.

Reducida a su más simple expresión, la campana del señor Steele se compone esencialmente de dos compartimentos o de dos cámaras separadas por un tabique, en la que se ha practicado una ventana que cierra un cristal lo bastante grueso para resistir a la presión.

Uno de estos compartimentos es el análogo exacto de la campana de buzo ordinaria; como ella, está abierto por el fondo. El segundo, en cambio, está cerrado por debajo, y unos tubos lo ponen en comunicación directa con el aire atmosférico. Uno de esos tubos es una bocina con cuya ayuda una persona encerrada en esa cámara puede comunicarse con las que están situadas fuera de la atmósfera líquida.

Pues bien, en ese segundo compartimento, que es grandísimo, el señor Steele propone colocar una máquina de vapor, una locomotora cuyas ruedas descansarían sobre el lecho del mar, y que, mediante su movimiento, llevaría a la campana de bucear y a las personas que encerrase dentro.

Arrastrado por ese nuevo vehículo, que lleva consigo su cargamento de aire respirable, añade nuestro sabio colega que ensalza al inventor, el hombre podría vivir en la atmósfera líquida como en la atmósfera aérea de su globo. Con la ayuda de un artificio semejante, el cangrejo viajero y el anabás[89] pueden abandonar su elemento habitual; éste para trepar por los árboles y

aquél para realizar largos viajes terrestres. Gracias a este nuevo medio de locomoción, las posesiones humanas resultarían aumentadas en toda la extensión de los mares, es decir, en tres cuartas partes de la superficie del globo. Un campo de investigación inmenso, inexplorado, una mina inagotable de goces nuevos se abriría delante de nosotros.

El viajero vería desplegarse a su alrededor innumerables poblaciones de zoofitos, de moluscos, de peces y de mamíferos, de escualos y de cetáceos gigantes.

Emboscado en espesos matorrales, el zoólogo espiaría las costumbres de esas criaturas, de las que hasta hoy no ha tenido entre sus manos más que los despojos; asistiría a sus frías revoluciones, a las guerras encarnizadas a las que se entregan.

El botánico herborizaría sobre el suelo húmedo, el geólogo atacaría las rocas submarinas y el físico establecería en el fondo de los mares nuevos observatorios.

Armado de fusiles de gas comprimido de una potencia proporcionada a la resistencia del medio líquido, el cazador esperaría a la presa, que le recogerían sus perros nadadores; o, lanzando a rienda suelta su caballo de vapor, precedido por jaurías de focas, haría en las llanuras marinas grandes cazas de montería.

El hombre podría pensar seriamente en emprender la domesticación de las grandes especies marinas, y lo mismo que ha sometido al caballo, al elefante y al camello, unciría a sus carros marinos a los reyes del mar, los cetáceos, infatigables nadadores, que darían la vuelta al globo en dos semanas.

Podría entonces organizar por completo la cría de las especies marinas comestibles, de peces, de crustáceos y de moluscos; talar de forma reglada sus bosques de corales, y entregarse a la recolección de las perlas preciosas; formar en las rutas marítimas más frecuentadas, en construcciones de hierro y alquitrán, depósitos de carbón para el aprovisionamiento de las locomotoras; construir posadas caravaneras abiertas a los viajeros, y pabellones de caza, puntos de encuentro de los Nemrod[90] oceánicos.

Después de haber entregado este vuelo submarino a su imaginación, el brillante informador del proyecto del señor Steele se ve obligado a admitir que el señor Steele mismo no va tan lejos, o, mejor dicho, tan abajo, que se limita a desarrollar y a simplificar el manejo de la campana de buceo.

No obstante, antes de tratar de locura los viajes submarinos, la dirección de los aerostatos y todos los demás sueños de la ciencia moderna, no olvidemos que hace cuatrocientos años también se trataba de loco al monje

que anunciaba, desde el fondo de su claustro, que «sería posible tallar cristales y disponerlos de tal suerte que se pudiese leer a grandes distancias; construir máquinas adecuadas para hacer avanzar a los mayores navíos más rápidamente de lo que haría todo un cargamento de remeros; de hacer marchar coches con una velocidad increíble, sin la ayuda de ningún animal, etcétera». Ese monje era Roger Bacon[91].

La óptica y el vapor han realizado las maravillas que él predecía en medio de las carcajadas de sus contemporáneos.

No nos apresuremos, pues, a reírnos del señor Steele y del señor Meunier, no vaya a ser que hagamos reír a nuestra costa a nuestros tataranietos.

A PROPÓSITO DEL GÉANT[92]

Parece que la cuestión de los globos ha hecho nuevos progresos desde las audaces tentativas de Nadar[93]. La ciencia aerostática parecía abandonada hacía mucho; y, para decirlo todo, no hizo grandes progresos desde finales del siglo XVIII: los físicos del día habían inventado todo: el gas hidrógeno para hinchar el globo, la red para contener el tafetán y sostener la barquilla, y por último la válvula para dar salida al gas; los medios de ascensión y de descenso mediante el abandono del gas o del lastre también se habían descubierto. Por lo tanto, en ochenta años el arte de los aeronautas permaneció estacionario.

¿Supone eso decir que las tentativas de Nadar han aportado nuevos progresos? Tal vez: estoy tentado a decir: evidentemente. Y ésta es la razón:

En primer lugar, este valiente e intrépido artista reavivó la cuestión olvidada; aprovechó su situación simpática en la prensa y con los periodistas para llamar la atención pública sobre el tema. Al principio de los grandes descubrimientos siempre hay un hombre de ese temple, buscador de dificultades, enamorado de lo imposible, que intenta, prueba, consigue más o menos, pero que, en última instancia, logra que arranque; los sabios intervienen entonces; hablan, escriben, calculan y, un buen día, el éxito estalla ante todos los ojos.

Es a lo que llevaron las audaces ascensiones de Nadar; y si el arte de elevarse y dirigirse en el aire se vuelve un medio práctico de locomoción, la posteridad, si es justa, le deberá una gran parte de su reconocimiento.

No vengo a narrar aquí los viajes del *Gigante*: lo han hecho otros que, por haberlo acompañado en su vuelo, estuvieron mejor situados para ver, y por lo tanto para contar. Sólo quiero indicar, en unas pocas líneas, la dirección que tiende a tomar la ciencia aeronáutica.

En primer lugar, según Nadar, el *Gigante* debe ser el último globo: las dificultades de sus descensos demuestran sobradamente lo peligroso que es de guiar, lo imposible que es de conducir, un aparato tan enorme.

Se quiere, pues, llegar a suprimir el globo simplemente; ¿es posible? El señor Babinet[94] lo cree, como si la idea fuera suya; los señores de Ponton d'Amécourt[95] y Gabriel de La Landelle[96] afirman haber vencido la dificultad y resuelto el problema.

Pero, antes de entrar en los detalles de su invención, acabemos con los globos, y déjenme que les hable del aparato del señor de Luze. Lo he visto funcionar en pequeño, y con toda seguridad es lo más ingenioso que se ha hecho para dirigir un aerostato, si un aerostato es cosa dirigible; por otra parte, el inventor ha sido lógico: en vez de tratar de impulsar la barquilla, ha buscado impulsar el globo.

Para ello, le ha dado la forma de un cilindro alargado; sobre ese cilindro ha dispuesto las ramas de una hélice; ha unido los dos extremos del cilindro a la barquilla mediante hilos enrollados sobre unas poleas; esos hilos están destinados a dar, por medio de un motor cualquiera, un movimiento de rotación al cilindro, y el globo se enrosca literalmente en el aire.

Es cierto que el aparato avanza, y avanza muy bien; desde luego no podrá remontar en corrientes extremadamente fuertes, pero creo que, con vientos medios, podrá dirigirse; además, el aeronauta aún tendrá a su disposición unos planos inclinados que, desarrollados en un sentido o en el otro, le permitirá dar auténticas bordadas verticales.

Su globo debe ser construido en cobre, para evitar la pérdida del gas hidrógeno puro, que es muy sutil, y el señor de Luze espera producir movimientos de ascensión y de descenso mediante una bolsa situada en el interior del globo, y en la que expulsará el aire por medio de una bomba.

Ésta es, muy sumariamente, su invención; como puede verse, lo más ingenioso es el globo haciendo hélice él mismo. ¿Tendrá éxito el señor de Luze? Lo veremos, dado que se propone pasearse durante dos días por encima de París.

Pero vuelvo al proyecto de los señores de Ponton d'Amécourt y de La Landelle; contiene algo muy serio; queda por saber si su idea es practicable con los medios que la mecánica actual pone a su disposición.

Ya conocen ustedes estos juguetes infantiles hechos de paletas a las que se comunica una viva rotación por medio de una cuerda rápidamente desenrollada; el objeto echa a volar y planea en el aire mientras la hélice conserva su movimiento giratorio; si ese movimiento continuase, el aparato no caería; imaginen un resorte que actúe de forma incesante, y el juguete se mantendrá.

Sobre ese principio se funda el helicóptero del señor de Ponton d'Amécourt; el aire ofrece un punto de apoyo suficiente para la hélice, que lo golpea oblicuamente; todo esto es físicamente verdadero, y he visto con mis propios ojos funcionar pequeños aparatos fabricados por eso señores; un resorte tenso, soltado de golpe, se elevaba con la hélice.

Pero, evidentemente, la columna de aire expulsada por la hélice daría al aparato un movimiento de rotación inversa; por lo tanto, había que obviar este inconveniente, pues el aeronauta enseguida hubiera quedado aturdido por ese vals aéreo. Por eso, el señor de Ponton d'Amécourt ha podido conseguir la inmovilidad completa mediante dos hélices superpuestas y girando en direcciones opuestas.

Con una tercera hélice, vertical, dirige su aparato como quiere. Así pues, mediante las dos primeras, se sostiene en el aire; mediante la tercera, se impulsa como si estuviera en el agua.

Por lo tanto, teóricamente hemos encontrado el medio, el helicóptero; pero, en la práctica, ¿funcionará eso? Todo dependerá del motor empleado para mover la hélice; tiene que ser al mismo tiempo poderoso y ligero. Por desgracia, hasta ahora las máquinas de aire comprimido o de vapor, de aluminio o de hierro, no han dado resultados completos.

Sé bien que los experimentadores trabajan en pequeño, y que, para tener éxito, hay que operar en grande, porque, a medida que el volumen del aparato aumenta, su peso relativo disminuye; en efecto, una máquina con una fuerza de veinte caballos pesa mucho menos que veinte máquinas con la fuerza de un caballo. Esperemos, pues, pacientemente, experiencias más decisivas. Los inventores son gente instruida y resuelta; llegarán hasta el final de su descubrimiento.

Pero necesitan dinero, y probablemente mucho; y Nadar se dedicó en cuerpo y alma a ganar ese dinero; por eso ha convocado a la multitud a ir a ver sus audaces ascensiones. Los espectadores no han acudido en número suficiente, porque tal vez no pensaban más que en un placer presente; si Nadar vuelve a hacerlo, que piensen en la utilidad futura, y el Campo de Marte será demasiado pequeño para contener a la multitud.

Como vemos, ya no se trata de planear o de volar por los aires, sino de navegar en ellos.

Un sabio ha dicho con mucho humor: «Por más que haga el hombre transformándose en volátil, nunca será más que un ganso, el ganso de la farsa».

Preconicemos pues el helicóptero, y tomemos por divisa la divisa de Nadar:

Todo lo que es posible se hará.

LOS MERIDIANOS Y EL CALENDARIO[97]

Señores:

He sido encargado por la Comisión central de la Sociedad de Geografía para responder a una cuestión bastante interesante que ha sido planteada simultáneamente por el señor Hourier, ingeniero civil, por un lado, y por el señor Faraguet, ingeniero jefe de Caminos, Canales y Puertos de Lot-et-Garonne.

Creo que no hay que ver más que una simple coincidencia entre esas cartas y el desenlace del libro titulado *La vuelta al mundo en ochenta días*, que publiqué hace tres meses; pero para, dejar bien sentada la cuestión, les pediré permiso para citar las pocas líneas con que concluye esa obra.

Se trata de esa situación bastante singular de la que Edgar Poe sacó partido en una novela corta titulada *Tres domingos por semana,* se trata, digo, de esa situación planteada a los viajeros que dan la vuelta al mundo, sea yendo hacia el este, sea yendo hacia el oeste. En el primer caso, han ganado un día; en el segundo, lo han perdido cuando están de vuelta en su punto de partida.

En efecto —he dicho—, dirigiéndose *hacia el este,* Phileas Fogg (es el héroe del libro) iba por delante del sol, y por consiguiente los días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados franqueaba en esa dirección. Y hay 360º en la circunferencia terrestre, y esos 360º multiplicados por 4 minutos dan precisamente 24 h.

En otros términos, mientras Phileas Fogg, dirigiéndose hacia el este, veía al sol pasar 80 veces por el meridiano, sus colegas que se habían quedado en Londres sólo lo veían pasar 79 veces. Por lo tanto, la cuestión queda planteada así, y me bastará resumirla en pocas palabras.

Cada vez que se da la vuelta al globo yendo hacia el este, se gana un día. Cada vez que se da la vuelta al mundo yendo hacia el oeste, se pierde un día, es decir, esas 24 h que el sol, en su movimiento aparente, tarda en dar la vuelta de la tierra, y esto cualquiera que sea el tiempo empleado en realizar ese viaje.

Este resultado es tan real que la administración de la Marina concede un día de ración suplementaria a los navíos que, partiendo de Europa, doblan el cabo de Buena Esperanza, y por el contrario retiene un día de ración a los que doblan el cabo de Hornos. De donde se puede deducir la siguiente consecuencia bastante extravagante, que los marineros que van hacia el este son más alimentados que los que van hacia el oeste. En efecto, cuando todos hayan vuelto al punto de partida, aunque no hayan vivido más que el mismo número de minutos, unos habrán hecho un desayuno, una comida y una cena más que los otros. A esto puede responderse que han trabajado un día más. Sin duda, pero no habrán «vivido» más[98].

Por lo tanto es evidente, señores, que esa cuestión del día perdido o del día ganado, según la dirección seguida, y, por consiguiente, ese cambio de fecha, debe realizarse en un punto cualquiera del globo. Pero ¿cuál es ese punto? Tal es el problema a resolver, y no puede sorprenderles que haya despertado la atención de los autores de las dos cartas.

En suma, esas dos cartas pueden resumirse a lo siguiente:

Sí, hay un meridiano privilegiado sobre el que se cumple la transición, dice el señor Faraguet. ¿Dónde está ese meridiano privilegiado?, pregunta el señor Hourier.

Diré, ante todo, señores, que es difícil responder desde el punto de vista puramente cosmográfico. ¡Ah!, si los señores Hourier y Faraguet pudieran comunicarme en qué horizonte se levantó el sol en los primeros días de la creación, si conociesen el meridiano del globo sobre el que se estableció el mediodía por primera vez, la cuestión sería fácil de resolver, y les diría: ese primer meridiano es el meridiano privilegiado que determina el señor Faraguet y que reclama el señor Hourier. Pero ninguno de estos dos ingenieros ha sido lo bastante primitivo para ver la primera salida del astro radiante; por lo tanto no pueden decirme cuál es ese primer meridiano, y, a partir de entonces, abandonando por ahora la cuestión científica, llego a la cuestión práctica que trataré de dilucidar en pocas palabras.

De la consecuencia de que se gana un día por el este y se pierde por el oeste resulta un equívoco que ha durado mucho tiempo. Los primeros navegantes habían impuesto, y lo hacían de forma inconsciente, su forma de

medir el tiempo a las regiones nuevas. En líneas generales se contaban los días según que los países hubieran sido descubiertos por el este o por el oeste. Los europeos, al llegar a esas regiones desconocidas habitadas por unos indígenas que no se preocupaban ni de los días ni de las fechas en que se comían a sus semejantes, los europeos, digo, imponían su calendario, y todo estaba dicho. Así, durante siglos, se fechó en Cantón tomando por punto de partida la llegada de Marco Polo, y en las Filipinas por la llegada de Magallanes.

Pero el defecto de concordancia de los días debía crear problemas en la práctica comercial. Por eso, desde hace menos de veinte años, en una época que no puedo determinar, pero que nuestro eminente colega el señor almirante Paris, podría indicar, se decidió importar definitivamente a Manila el calendario europeo, cosa que regularizó la situación y creó, por así decir, un calendario oficial.

Debo añadir que en la práctica existía desde hace mucho tiempo un meridiano compensador, que era el 180º contado a partir del meridiano 0 sobre el que están regulados los cronómetros de a bordo, sea Greenwich para el Reino Unido, París para Francia, Washington para los Estados Unidos.

Traduzco, en efecto, del periódico inglés *Nature*, al que en 1872 le había sido dirigida la cuestión planteada por los dos honorables ingenieros:

«La demanda del señor Pearson, en el n.º del 28 de germinal**[99]** del diario *Nature*, no admite una respuesta exacta o científica, pues no hay línea natural de demarcación o de cambio, y el establecimiento de esa línea es totalmente una cosa de uso o de convención. Aún no hace muchos años las fechas de Manila y de Macao eran diferentes, y, hasta la cesión del territorio de Alaska a los americanos, las fechas diferían de las del territorio de la América inglesa que confinaba con él. La regla aceptada ahora es que los lugares que se encuentran en longitud oriental daten como si se hubiera llegado a ellos por el cabo de Buena Esperanza, y que los que están situados en longitud occidental daten como si se hubiera llegado a ellos por el cabo de Hornos. La anchura del océano Pacífico hace prácticamente adecuada esta regla. Así pues, el capitán de un navío tiene por costumbre cambiar la fecha de su libro de a bordo al atravesar el meridiano 180º, añadiendo o quitando un día según la dirección en la que marcha; pero el capitán, que sólo atraviesa ese meridiano para volver sobre sus pasos, no modifica su calendario, de tal forma que capitanes que tienen fechas diferentes pueden y deben encontrarse de vez en cuando. Un ejemplo muy notable de este efecto tuvo lugar durante la guerra

de Rusia, cuando nuestra escuadra del Pacífico se encontró con la escuadra de China en las costas del Kamchatka».

La cita que acabo de ofrecer, señores, debe hacerles prejuzgar la posible solución que vamos a dar. Esa cuestión acabo de tratarla desde el punto de vista histórico, luego desde el punto de vista práctico; pero ¿está resuelta científicamente? No, aunque su solución se halle indicada en la carta del señor Faraguet.

Permítanme, pues, señores, para resolverla por completo, citar una carta que me ha sido dirigida personalmente por uno de nuestros mayores matemáticos, el señor J. Bertrand[100], del Institut.

«Nuestra conversación de ayer me ha dado la idea de un problema cuyo enunciado es el siguiente: Un señor, provisto de medios de transporte suficientes, deja París un jueves a mediodía; se dirige a Brest, de ahí a Nueva York, a San Francisco, Yedo, etcétera, y vuelve a París tras 24 h de carrera, a razón de 15º por hora.

»En cada parada, pregunta: ¿Qué hora es? Le responden de forma invariable: mediodía. Luego pregunta: ¿En qué día de la semana vivimos?

»En Brest le responden: jueves; en Nueva York, lo mismo… pero a la vuelta, en Pontoise, por ejemplo, le responden: viernes.

»¿Dónde se hace la transición? ¿En qué meridiano nuestro viajero, si es buen católico, puede y debe tirar el jamón que se vuelve prohibido?

»Es evidente que la transición debe ser brusca. Se hará en *el mar* o en los países que ignoran el nombre de los días de la semana.

»Pero suponga usted un paralelo totalmente situado en el continente y habitado por pueblos civilizados que hablan la misma lengua y están sometidos a las mismas leyes; habrá dos vecinos, separados por un seto, uno de los cuales dirá hoy a mediodía: estamos a jueves; y el otro dirá: estamos a viernes.

»Suponga, por otra parte, que uno habita en Sèvres y el otro en Bellevue. No habrán vivido ocho días en esa situación sin llegar a entenderse sobre el calendario; por lo tanto, el equívoco cesará, pero renacerá en otra parte, y habrá un movimiento perpetuo en el diccionario de los días de la semana».

Esta carta, señores, a la vez muy lógica y muy inteligente, me parece que resuelve de una forma categórica la cuestión planteada a la Sociedad de Geografía.

Sí, el equívoco existe, pero existe en estado latente, por así decir. Sí, si un paralelo atravesara los continentes habitados, no habría desacuerdo entre los habitantes de ese paralelo. Pero parece que la previsora naturaleza no ha

querido proporcionar a los humanos una causa suplementaria de discusiones. Con mucha prudencia ha puesto entre las grandes naciones desiertos y océanos. La transición del día ganado al día perdido se hace de una forma inconsciente en esos mares que separan los pueblos; pero el equívoco no puede constatarse, porque los navíos son móviles y no permanecen sobre esos enormes desiertos.

No hay motivo para seguir insistiendo, señores, y me resumiré diciendo:

Desde el punto de vista práctico:

1.º El acuerdo del almanaque ha sido hecho por la adopción del calendario en Manila.

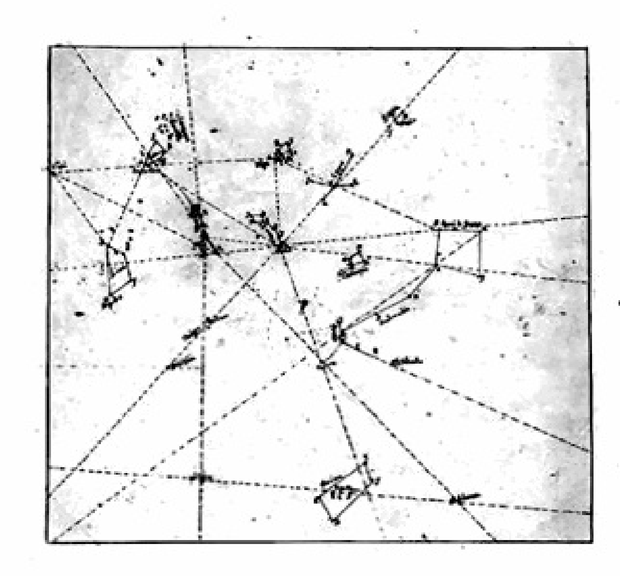
2.º Los capitanes cambian la fecha de su libro de a bordo cuando pasan el meridiano 180º, es decir, la prolongación del meridiano regulador que fija su cronómetro.

Desde el punto de vista científico:

La transición se hace sin sacudidas, de forma inconsciente, sea en los desiertos, sea en los océanos que separan los países habitados.

Por lo tanto, en el futuro no tendremos el doloroso espectáculo de dos pueblos civilizados armándose para la guerra y batiéndose por el honor de un calendario nacional.

DECLARACIONES Y TESTIMONIOS



Distances en astronomie.

Du centre de la Terre à la surface 6,371 kilomètres
A pied = [illegible] = 50 jours [illegible]
Galop [illegible] = [illegible] heures
Lumière = [illegible] de seconde

Terre à Lune (384 000 Kil.)
A pied = 8 ans 332 jours
Galop = 9 mois
Lumière = 1 seconde [illegible]

Terre au Soleil (150,000,000 Kil.)
A pied = 36 siècles [illegible]
Galop = 3 siècles [illegible]
Lumière = 8 minutes 13 secondes

Terre à étoile la plus voisine (42 000 milliards kilom.)
A pied = 350 millions d'années
Galop = 800 000 siècles
Lumière = 4 ans et [illegible]

« Forward »...

— En avant » répondit mon oncle.

Voyage au Centre de la Terre. p. 136.

Ce doit être la devise de l'humanité.

Jules Verne

6 mars 1881

A LOS LECTORES DEL *MAGASIN D'ÉDUCATION ET DE RÉCRÉATION*[101]

Los lectores del *Magasin d'Éducation et de Récréation* comprenderán que al principio de este nuevo libro tenga necesidad de darles las gracias por haberme hecho tan buena, tan amable y tan fiel compañía en los diferentes viajes que hemos realizado por América, por Australia, en el océano Pacífico, con los hijos del capitán Grant y hasta el polo Norte siguiendo al capitán Hatteras.

Espero que este viaje bajo los mares los instruya y les interese tanto si no más que los otros. Que no teman nada, tengo la certeza de traerlos de nuevo sanos y salvos de aquella excursión de un género tan nuevo. El fondo del Océano que vamos a ser los primeros en recorrer en todos los sentidos y a todas las profundidades, no será tan terrible para nosotros como lo ha sido para tantos audaces marineros que han perdido en ellas bienes y personas.

Además, *Veinte mil leguas* se hacen pronto; un viaje de un año termina enseguida cuando reina la armonía entre la tripulación y los pasajeros. Que esa armonía sea perfecta sólo dependerá de mí. Mis lectores son mis pasajeros, y mi deber es velar porque sean bien tratados durante la travesía y estén satisfechos a su regreso.

Por tanto es a ellos, a los lectores del *Magasin d'Éducation et de Récréation* a los que dedico esta obra, y deseo que les interese tanto al leerla como a mí me ha interesado al escribirla. Este mundo curioso, extraño, casi desconocido, que había que penetrar a toda costa, me ha devuelto al céntuplo las penas y fatigas que me ha costado descubrirlo.

¡Ojalá mis lectores digan otro tanto cuando hayan llegado a la última página de este libro, a la última estación de este viaje de *Veinte mil leguas de viaje submarino*!

Jules Verne

SANS DESSUS DESSOUS Y NO *SENS* DESSUS DESSOUS[102]

Amiens, 14 de noviembre de 1889

Señor:

Me apresuro a hacerle llegar el volumen cuyo título ha sido objeto esta mañana de los comentarios de su periódico. Si se toma la molestia de leerlo, verá cómo explico su título, y por qué, con Vaugelas y Mme. de Sévigné, he escrito *Sans dessus dessous*. Gramaticalmente, ya lo sé, y tiene usted razón en este punto, tendría que ser *Sans dessus ni dessous*.

Pero *Sens dessus dessous* —ortografía que ha prevalecido— es la inversión: lo que estaba encima está debajo. *Sans dessus dessous* es el desbarajuste, no tiene sentido. Y es el desbarajuste lo que yo he puesto en escena.

Dicho esto, señor, le ruego que reciba la seguridad de toda mi consideración.

Jules Verne

MI PRIMERA NOVELA[103]

Señor:

Soy un lector muy asiduo de los *Annales politiques et littéraires*. Nadie aprecia más que yo el mérito de esa publicación, y me apresuro a responder a su amabilísima invitación. Me pregunta usted a qué edad escribí mi primera novela… Fue en 1862, y tenía yo treinta y cuatro años en esa época. ¿Cuál fue esa primera novela?… *Cinco semanas en globo*. ¿Por qué elegí por teatro esa África desconocida?… Porque la *portentosa África* de los romanos siempre me ha atraído, y, ya que no podía realizar en persona ese maravilloso viaje, envié en mi lugar a unos héroes imaginarios, el doctor Fergusson, su fiel Kennedy y su servicial Joë. Si elegí la vía del aire en lugar de la vía de tierra es que ése me parecía, y sigue pareciéndome, el verdadero medio de atravesar África. Y, además, debo confesárselo, ese género de locomoción me proporcionaba efectos nuevos, aventuras nuevas. ¿Qué quiere usted? Cuando uno es novelista…

Empecé por África, ¿en qué continente terminaré? Si Dios me presta todavía algunos años, tal vez pueda acabar la obra que habrá sido la de toda mi vida: la tierra entera, el universo mismo, descrito en forma de novela.

Le ruego que acepte, señor, mis mejores sentimientos de confraternidad y la seguridad de mi consideración.

Jules Verne

AL PERIÓDICO *L’ABRI*[104]

El señor Jules Verne, el eminente novelista que se interesa tan vivamente en nosotros, y a quien habíamos comunicado la carta precedente, ha tenido a bien dirigirnos la deliciosa nota que se va a leer:

Amiens, noviembre de 1894

Mis jóvenes Amigos:

Lamento mucho que la carta de Maurice Barrès[105] se haya adelantado a la mía. Este modernísimo escritor ha empleado términos excelentes para alabar la publicación de ustedes, tan llena de entusiasmo y de juventud. Son los mismos de los que yo me habría servido, de los que habría querido servirme.

Así pues, sólo me queda formular los votos más sinceros en el momento en que su interesante periódico *L’Abri* concluye su primer año de existencia, voto para que este segundo año vaya acompañado de muchos otros, como se decía en el estilo del día de cumpleaños.

Reciban, pues, todos los cumplidos de su compatriota,

Jules Verne

*

Fue con toda cordialidad, mis jóvenes amigos, como saludé la aparición del periódico literario de ustedes, y es con pena como lo veo desaparecer. Al menos les quedará el recuerdo de haber concurrido a una obra muy sincera de poesía y de juventud: eso será la recompensa de sus esfuerzos.

Muy simpáticamente suyo,

Jules Verne

SOBRE CHARLES DICKENS[106]

Los dickensianos lamentaron la muerte de Jules Verne, porque no había admirador más vivo de «Boz[107]» que este popular novelista francés. A menudo dijo a los periodistas lo mucho que admiraba las obras de Charles Dickens. Hace sólo dieciocho meses concedía una entrevista a M. R. H. Sherard para el *T. P's Weekly*[108], y durante la entrevista habló una vez más de Dickens. «En esa pequeña obra están mis libros preferidos, los libros que se debe tener siempre al alcance de la mano. Encontrará ahí todo Dickens. Como sabe, soy un admirador apasionado de Dickens. Me parece que tiene todos los dones: ingenio, el mismo que Sterne, de quien también soy gran lector y admirador; patetismo y sentimiento de buena ley, y personajes, personajes, personajes. Hasta el punto de no saber qué hacer con ellos. Un prodigio, un prodigio, era como nuestro Balzac, que creó un mundo que la sociedad actual ha tomado por modelo».

Amiens, 25 de febrero de 1903

Señor:

Le envío con mucho gusto el homenaje que usted desea tener para la *Dickens Society*. Tengo el mejor concepto de este novelista ilustre que he leído y releído: estudio de costumbres, sensibilidad, fantasía, piedad, humor, ingenio (comparable al de Sterne), posee todas estas cualidades en un grado superior.

Uno de los grandes admiradores de Charles Dickens,

Jules Verne

IMPRESIONES Y RECUERDOS


5
SEMAINES
EN
BALLON

VEINTICUATRO MINUTOS EN GLOBO[109]

Mi querido señor Jeunet[110]:

Aquí tiene algunas notas que usted me ha pedido sobre el viaje del *Meteore*.

Ya conoce usted en qué condiciones iba a realizarse la ascensión: el globo relativamente pequeño, de un contenido de 900 m², con un peso de 270 kg con su barquilla y sus aparejos, inflado con un gas excelente para el alumbrado, pero por eso mismo de una potencia de ascensión mediocre, debía llevar a cuatro personas, el aeronauta Eugène Godard[111], y tres viajeros: el señor Deberly, abogado, el señor Merson, teniente de la línea 14.ª, y yo.

En el momento de partir, imposible elevar a toda esta gente. El señor Merson, que ya había hecho ascensiones aerostáticas en Nantes con Eugène Godard, consintió, aunque le costase, en ceder su puesto al señor Deberly, que, como yo, hacía su primera excursión aérea. El «suelten todo» tradicional iba a pronunciarse, y estábamos a punto de dejar el suelo…

Pero no se contaba con el hijo de Eugène Godard, un intrépido hombrecito de nueve años, que escaló la barquilla, y por el que hubo que sacrificar dos de los cuatro sacos de lastre. ¡Sólo dos sacos! Eugène Godard no se había elevado nunca en estas condiciones. Por lo tanto, la ascensión no podía ser de larga duración.

Partimos a las 5 horas 24 minutos, lenta y oblicuamente. El viento nos llevaba hacia el sudeste, y el cielo era de una pureza incomparable. Sólo algunas nubes de tormenta en el horizonte. El mono Jack, arrojado con su paracaídas, nos permitió subir con mayor rapidez, y a las 5 horas 28 minutos, planeábamos a una altura de 800 m, altura registrada por el barómetro aneroide.

La vista de la ciudad era magnífica. La plaza Longueville[112] se parecía a un hormiguero de hormigas rojas y negras, unas civiles, otras militares; la flecha de la catedral menguaba poco a poco, y marcaba como una aguja los progresos de la ascensión.

En el globo no se produce ningún movimiento perceptible, ni horizontal ni vertical. El horizonte parece mantenerse siempre a la misma altura. Gana en radio, nada más, mientras que la tierra, por debajo de la barquilla, se abre como un embudo. Al mismo tiempo, silencio absoluto, calma completa de la atmósfera, que sólo turban los gemidos del mimbre que nos lleva.

A las 5 horas 32 minutos, un rayo de sol sale de las nubes que cargan el horizonte del oeste, y salpica al globo; el gas se dilata, y, sin que hayamos soltado ningún lastre, somos llevados a una altura de 1200 m, máxima altitud que hemos alcanzado durante el viaje.

Esto es lo que percibe la mirada: bajo nuestros pies, Saint-Acheul y sus jardines negruzcos, encogidos como si se mirasen por el extremo grueso de unos anteojos; la catedral aplastada, cuya flecha se confunde entonces con las últimas casas de la ciudad; el Somme, una delgada cinta clara; los ferrocarriles, algunos trazos hechos con tiralíneas; las calles, lazos sinuosos; las zonas de huertas, un simple escaparate de tendero de hortalizas; los campos, uno de esos mapas de muestras multicolores que los sastres de los viejos tiempos colgaban en su puerta; Amiens, un montón de pequeños cubos grisáceos; se diría que se ha vaciado en la llanura una caja de juguetes de Núremberg. Después, los pueblos circundantes, Saint-Fuscien, Villers-Bretonneux, La Neuville, Boves, Camon, Longueau, otros tantos grandes montones de piedra que habría dispuesto acá y allá un eje gigantesco.

En ese momento, el interior del aerostato está iluminado. Miro a través del apéndice inferior que Eugène Godard mantiene siempre abierto. Dentro, claridad límpida, sobre la que destacan las costas alternativamente amarillas y pardas del *Meteore*. Nada pone de manifiesto la presencia del gas, ni su color, ni su olor.

Mientras, descendemos, porque somos pesados. Hay que soltar lastre para mantenerse. Los millares de prospectos lanzados fuera indican una corriente más viva en una zona más baja. Delante de nosotros Longueau, pero antes de Longueau una serie de cortaduras pantanosas.

—¿Descenderemos en ese marisma? —le pregunté a Eugène Godard.

—No —me respondió—, y si nos quedamos sin lastre, arrojaré mi saco de viaje. Hay que franquear por encima de todo esa marisma.

Seguíamos cayendo. A las 5 horas 43 minutos, y a 500 m del suelo, nos coge un viento vivo. Pasamos por encima de una chimenea de fábrica, en cuyo fondo se hunden nuestras miradas; el globo se refleja, por una especie de espejismo, en el agua de las cortaduras; las hormigas humanas han engordado y corren por los caminos. Hay un pequeño prado allí, entre las dos líneas del ferrocarril, antes de la bifurcación.

—¿Y bien? —digo.

—Pues pasaremos el ferrocarril, pasaremos el pueblo que está más allá —me responde Eugène Godard.

El viento es vivo. Lo percibimos por la agitación de los árboles. Atravesamos La Neuville. Delante de nosotros, el llano. Eugène Godard lanza la larga cuerda de 150 m para disminuir la velocidad y estabilizar la altitud, luego el ancla. A las 5 horas 47 minutos, el ancla choca con el suelo; se dan algunos golpes de válvula; curiosos muy complacientes acuden, cogen la cuerda, y nosotros vamos a tocar suavemente el suelo, sin la menor sacudida. El globo se ha posado como un gran pájaro con buena salud, y no como una paloma que tiene plomo en el ala.

21 minutos después, el globo estaba deshinchado, enrollado, empaquetado, colocado en una carreta, y un coche nos devolvía a Amiens.

Éstas son, mi querido señor Jeunet, algunas impresiones breves, pero exactas. Déjeme añadir que un simple paseo aéreo, e incluso un largo viaje aerostático, nunca ofrecen peligro bajo la dirección de Eugène Godard. Audaz, inteligente, experimentado, hombre de gran sangre fría, que cuenta ya con más de mil ascensiones en el antiguo y en el nuevo mundo, Eugène Godard nunca deja nada al azar. Todo está previsto por él. Ningún incidente puede sorprenderle. Sabe adónde va, sabe dónde descenderá. Elige con una perspicacia maravillosa su lugar de parada. Procede de forma matemática, con el barómetro en una mano y el saco de lastre en la otra. Sus aparatos están acondicionados de forma admirable. Nunca una vacilación de la válvula, nunca una duplicación de la cámara. Una «cuerda de fractura» le permite en caso necesario rajar su aerostato en caso de que el globo, al rozar la tierra, exigiera ser vaciado de forma instantánea por las necesidades del aterrizaje. Eugène Godard, por su experiencia, su sangre fría, su golpe de vista, es realmente amo del aire que lo sostiene y lo vehicula, y ningún otro aeronauta, como se sabe, puede compararse con él. En estas condiciones, un viaje aéreo ofrece la mayor seguridad. ¡Ni siquiera es un viaje, es algo así como un sueño, pero un sueño siempre demasiado breve!

Le ruego, mi querido señor Jeunet, etcétera.

DIEZ HORAS DE CAZA[113]

SIMPLE HUMORADA

I

Hay personas a las que no les gustan los cazadores, y tal vez no están del todo equivocados.

¿Es porque esos caballeros matan la caza con sus propias manos, ellos, a quienes repugnaría sin duda retorcer el cuello a un pollo en un corral o sangrar un ternero en un establo?

¿O sería más bien porque los llamados cazadores cuentan encantados, venga o no a cuento, sus proezas?

Confieso que me inclino por esta última razón.

Pero hace unos veinte años me volví culpable del primero de esos prejuicios. ¡Fui cazador! Sí, fui cazador… Por eso, para castigarme, voy a volverme culpable del segundo, contando con todo detalle mis aventuras de caza.

¡Ojalá este relato, sincero y verídico, haga que a mis semejantes les repugne para siempre ir a través de los campos, siguiendo a un perro, con el morral a la espalda, la cartuchera a la cintura y la escopeta bajo el brazo! Aunque confieso que tengo pocas esperanzas. En fin, por si acaso, empiezo.

II

Un filósofo excéntrico ha dicho en alguna parte: No tengáis nunca ni una casa de campo, ni coche, ni mujer…, ¡ni cacerías! ¡Siempre hay amigos que se encargan de tener todo eso por vosotros!

Por aplicación de este axioma fui invitado a hacer mis primeras armas en terrenos reservados sin ser su propietario.

Estábamos a finales del mes de agosto, en 1859, si no me equivoco. Un decreto de la prefectura acababa de fijar para el día siguiente la apertura de la temporada de caza.

En nuestra buena ciudad de Amiens, donde no hay ni pequeño tendero ni pequeño artesano que no posea una escopeta cualquiera con la que va echando espumarajos por la boca más allá de los suburbios, esa fecha solemne era esperada con impaciencia desde hace seis semanas por lo menos.

Los deportistas del oficio, los que «creen que eso ha llegado», tanto como los tiradores de tercer y cuarto orden, los hábiles que matan sin apuntar igual que los torpes que apuntan sin matar nunca, en fin, los negados lo mismo que los cazadores *di primo cartello* se preparaban con vistas a la apertura de la temporada, se equipaban, se abastecían, se entrenaban, pensando sólo para pensar en codornices, hablando sólo para hablar de liebres, soñando sólo para soñar en perdigones. Mujer, hijos, familia, ¡todo había sido olvidado! Política, arte, literatura, agricultura, comercio, todo se difuminaba ante las preocupaciones de ese gran día, en la que los fanáticos iban a ilustrarse con lo que el inmortal Joseph Prudhomme[114] ha creído poder llamar una «¡diversión bárbara!».

Y resultó que, entre algunos amigos que yo tenía en Amiens, había uno que era cazador decidido, pero encantador muchacho, aunque funcionario. Sólo que, si se decía acatarrado cuando se trataba de ir al despacho, parecía singularmente ágil cuando unas vacaciones de ocho días le permitía asistir a la inauguración.

Este amigo se llamaba Brétignot. Pocos días antes de la gran fecha vino a buscarme, a mí, que no tenía ninguna mala intención:

—¿No ha cazado usted nunca? —me dijo con ese tono de superioridad que comprende dos partes de benevolencia y ocho de desprecio.

—Nunca, Brétignot —respondí—, y no tengo idea de…

—Bueno, venga conmigo a la apertura de la temporada —respondió Brétignot—. ¡Tenemos en Hérisssart doscientas hectáreas reservadas donde la caza abunda! Tengo derecho a llevar a un invitado. Por lo tanto, le invito y le llevo.

—Es que… —dije hoy vacilando.

—¿No tiene escopeta?

—No, Brétignot, y nunca la he tenido.

—Yo le prestaré una, una escopeta de baqueta, pero que de todos modos tumba una liebre a ochenta pasos…

—¡A condición de acertarla! —repliqué.

—Naturalmente. Será bastante bueno para usted.

—Demasiado bueno, Brétignot.

—¿No tendrá por casualidad perro?

—¡Oh!, desde el momento en que tengo una escopeta, sería como tenerlo repetido.

El amigo Brétignot me miró con un aire que me invitaba a medias, y a medias me forzaba. No me gusta el hombre que bromea con las cosas de caza. ¡Eso está mal!

Sin embargo su ceño se desfrunció.

—Bueno, ¿vendrá usted? —preguntó.

—¡Si se empeña!… —respondí sin entusiasmo.

—Pues claro…, claro que sí. ¡Eso hay que verlo por lo menos una vez en la vida! Saldremos el sábado por la noche. ¡Cuento con usted!

Y así fue como me metí en aquella aventura cuyo funesto recuerdo todavía me persigue.

Confieso que los preparativos no me inquietaron. No perdí por ellos ni una hora de sueño. Sin embargo, para decirlo todo, el demonio de la curiosidad me excitaba un poco. ¿Era tan interesante la apertura de la temporada de caza? En cualquier caso, me prometía, si no actuar, al menos observar como curioso tanto a los cazadores como la caza. Si consentía en cargar con un arma, era para no hacer un papel lamentable en medio de estos Nemrod[115], cuyas grandes hazañas el amigo Brétignot me invitaba a admirar.

Debo decir, sin embargo, que, aunque Brétignot me prestaba una escopeta, un cebador y un saco con plomo, no se habló para nada del morral. Por lo tanto tuve que comprar ese utensilio, del que bien podría prescindir la mayor parte de los cazadores. Busqué uno de ocasión. Inútil. Había carestía de morrales. Se los habían llevado todos. Tuve que comprar uno nuevo, pero con la expresa condición de que volverían a comprármelo con el cincuenta por ciento de pérdida, si no lo estrenaba.

El tendero me miró, sonrió, aceptó.

Aquella sonrisa no me pareció de buen augurio.

«Después de todo —pensé—, ¿quién sabe?».

¡Oh, vanidad!

III

En el día señalado, la víspera de que se levantase la veda, a las seis de la tarde yo estaba en el punto de encuentro que me había dicho Brétignot, en la plaza Périgord. Allí montaba yo, el octavo, sin contar los perros, en la rotonda de la diligencia.

Brétignot y sus compañeros de caza —yo aún no me atrevía a contarme entre ellos— estaban magníficos con los arneses tradicionales. Tipos excelentes; unos, serios en espera del día siguiente; otros, alegres, locuaces, haciendo estragos de palabra en todas las reservas de la comuna de Hérisssart.

Allí estaba la media docena de las más distinguidas escopetas de la capital picarda. Apenas los conocía. Por eso, el amigo Brétignot tuvo que presentarme.

En primer lugar, a Maximon, un hombre alto y seco, la más dulce de las criaturas en las condiciones ordinarias de la vida, pero feroz dese el momento en que tenía una escopeta bajo el brazo, uno de esos cazadores de los que se dice que matarían a uno de sus compañeros antes que volver con las manos vacías. Maximon no hablaba; estaba absorto en sus elevados pensamientos.

Junto a ese importante personaje se encontraba Duvauchelle. ¡Qué contraste! Duvauchelle, gordo, pequeño, entre cincuenta y cinco y sesenta años, sordo hasta el punto de que no oía la detonación de su arma, pero que no por ello dejaba de reclamar con rabia todos los tiros dudosos. Por eso, más de una vez le habían hecho disparar a una liebre ya muerta, con una escopeta sin cargar; una de esas bromas de cazadores que alegran durante seis meses la conversación de los círculos o de las mesas de huéspedes.

También tuve que sufrir el vigoroso apretón de manos de Matifat, un gran narrador de hazañas cinegéticas. ¡Nunca hablaba de otra cosa! ¡Y qué interjecciones! ¡Qué onomatopeyas! ¡El grito del perdigón, el ladrido del perro, la detonación de la escopeta! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!… Tres «pam» para una escopeta de dos disparos. Y luego, ¡qué gestos! ¡La mano que adopta un movimiento oblicuo para imitar los zigzags de la caza, las piernas que se repliegan, la espalda que se encorva para asegurar mejor el tiro, el brazo izquierdo que se tiende mientras el brazo derecho vuelve al pecho como si se echase a la cara el arma! ¡Cuántos animales de pelo y pluma caían! ¡Cuántas liebres disparadas mientras brincaban! ¡No fallaba ni una! Estuve incluso a punto de resultar muerto en mi rincón por uno de sus gestos.

Pero al que había que oír era a Matifat hablando con su amigo Pontcloué, uña y carne, lo cual no les impedía ponerse mutuamente una denuncia detrás

de otra, a poco que uno de ellos pusiera un pie en los cotos del otro.

—¡Cuántas liebres maté el año pasado! —decía Matifat, mientras el renqueante coche rodaba hacia Hérisssart—, sí, ¡imposible contar las que maté!

«¡Vaya!, lo mismo que yo» —pensé.

—¡Y yo, Matifat! —respondía Pontcloué—. ¿Te acuerdas de la última vez que fuimos a cazar en Argœuvres? ¡Qué perdigones aquellos!

—¡Todavía veo al primero que tuvo la suerte de pasar a través de mi carga de plomo!

—¡Y yo el segundo, cuyas plumas volaron tan bien que ya sólo debía quedarle la piel en los huesos!

—¡Y aquel que mi perro nunca consiguió encontrar en el surco en que había caído!

—¡Y aquel otro al que tuve el aplomo de disparar a más de cien pasos, y que sin embargo estoy totalmente seguro de haberle dado!

—Y aquel otro al que mis dos disparos…, ¡pam!, ¡pam!, ¡pam!, hice caer rodando entre la alfalfa, pero al que mi perro por desgracia convirtió en un bocado.

—¡Y aquel grupo de gente que se levantó, justo en el momento en que yo recargaba mi escopeta! ¡Brrr! ¡Brrr! ¡Ah, qué cacería, amigos míos, qué cacería!

Contando para mis adentros, me había dado perfecta cuenta de que ni uno sólo de los perdigones de Pontcloué y de Matifat había entrado en su morral. Pero no me atreví a decir nada, porque soy tímido por naturaleza con la gente que sabe más que yo. Y, sin embargo, puesto que sólo se trataba de fallar la caza, pardiez, estaba seguro de hacer tanto como ellos.

En cuanto a los demás cazadores, he olvidado sus nombres; pero, si no me equivoco, uno de ellos era conocido con el apodo de Bacarrá, porque, cuando cazaba, disparaba siempre y nunca abatía nada.

En verdad, ¿quién sabe si no iba yo a merecer el mismo remoquete? ¡Adelante, pues! La ambición se apoderaba de mí. Tenía prisa porque amaneciese el día siguiente.

IV

¡El día siguiente llegó! ¡Pero qué noche en aquella posada de Hérisssart! ¡Una sola habitación para ocho! ¡Unos catres, en los que habríamos podido

entregarnos a una caza más fructífera que en los terrenos de coto de la comuna! ¡Odiosos parásitos, fraternalmente compartidos con los perros echados junto a las camas y rascándose hasta el punto de hacer temblar el suelo!

¡Y yo, que ingenuamente había preguntado a nuestra posadera, una vieja picarda de greñas rebeldes, si no había pulgas en su dormitorio!

—¡Oh, no! —me había respondido—… ¡Las chinches se las comerían!

Tras esto, me había decidido a dormir, totalmente vestido, en una silla coja que gemía a cada movimiento. Por eso me sentía molido cuando se hizo de día.

Naturalmente, fui el primero en levantarme. Brétignot, Matifat, Pontcloué, Duvauchelle y sus compañeros todavía roncaban. Tenía prisa por estar en el llano, como esos cazadores sin experiencia que quieren partir al alba, incluso sin haber comido.

Pero los maestros del arte —a los que respetuosamente desperté uno tras otro— calmaron refunfuñando mis impaciencias de neófito. Sabían, los muy astutos, que con el día incipiente es muy difícil acercarse al perdigón, cuyas alas todavía están llenas de rocío, y que, si echa a volar, no se decide de buena gana a dejarse llevar a la mesa.

Por lo tanto hubo que esperar a que todas las lágrimas de la aurora hubieran sido bebidas por el sol. ¡Cuántos electores, en nuestra buena ciudad, no son tan sobrios como el astro del día —el lunes[116] por lo menos— y no se contentarían con esa bebida refrescante, hecha con los vapores condensados de la noche!

Por fin, después de un desayuno sumario, seguido de la inevitable copa de la mañana, dejamos la posada, rascándonos las articulaciones; luego nos dirigimos hacia el llano, donde empezaban los cotos de caza.

En el momento en que alcanzábamos aquella linde, Brétignot, llevándome aparte, me dijo:

—¡Sostenga bien la escopeta, en oblicuo, con el cañón dirigido hacia la tierra, y trate de no matar a nadie!

—Haré lo que pueda —respondí, sin querer comprometerme—, pero los demás harán lo mismo, ¿verdad?

Brétignot se encogió desdeñosamente de hombros, y ya estamos cazando —caza libre—, cada uno a su aire.

Hérissart es una región bastante mala, cuya perfecta desnudez no justifica el nombre[117]. Pero parece que si no es tan abundante en caza como Mont-sous-Vaudrey, los «fuertes» estaban bien abastecidos, y «había tantas

liebres», decía Matifat, que se había visto pararse y ponerse boca arriba «¡a más de doce por docena!», añadía Pontcloué.

Con la perspectiva de disparar tan buenos tiros, todas aquellas gentes estaban de buen humor.

Íbamos andando. ¡Un tiempo magnífico! Algunas flechas de sol atravesaban las brumas matinales, cuyas volutas se amontonaban en el horizonte. Gritos, piídos, cloqueos por todas partes. Había pájaros de esos que, elevándose del suelo, subían derechos en el cielo, como helicópteros cuyo resorte se suelta súbitamente.

Más de una vez, incapaz de dominarme, me había echado la escopeta a la cara.

—¡No dispare! —gritaba mi amigo Brétignot, que me observaba.

—¿Por qué? ¿No son codornices?

—No. ¡Alondras! ¡No dispare!

Por supuesto, Maximon, Duvauchelle, Pontcloué, Matifat y los otros dos ya me habían lanzado más de una mirada de reojo. Luego, se habían apartado prudentemente con sus perros, que, con la nariz en tierra, buscaban al trote entre la alfalfa, las esparcetas y los tréboles, y cuyas colas respingonas se agitaban como otros tantos puntos de interrogación a los que yo no habría sabido qué responder.

Se me ocurrió la idea de que a aquellos señores no les preocupaba quedarse en la zona peligrosa de un novato, cuya escopeta les inquietaba un poco por sus tibias.

—¡Por todos los diablos! ¡Sostenga bien su escopeta! —me repitió Brétignot en el momento en que se alejaba.

—¡Eh, no lo sostengo peor que cualquier otro! —respondí algo molesto por aquel lujo de recomendaciones.

Por segunda vez Brétignot se encogió de hombros y torció a la izquierda. Como no me convenía quedarme atrás, apreté el paso.

V

Había alcanzado a mis compañeros, pero, a fin de no seguir alarmándolos, llevaba mi escopeta al hombro, con la culata al aire.

¡Qué magníficos estaban aquellos cazadores profesionales con su traje de caza, chaqueta blanca, amplio pantalón de terciopelo unos junto a otros, anchos zapatos de clavos cuya suela llegaba al empeine, polainas de tela

cubriendo la media de lana, preferible a la media de hilo o de algodón, que no tarda en producir magulladuras! —como no tardé en darme cuenta—. Yo estaba lejos de presentar tan buena estampa bajo mi arnés de ocasión; pero no se puede exigir a un debutante que posea el guardarropa de un viejo cómico.

Pero, por lo que se refiere a la caza, no veía nada. Sin embargo, que en aquel coto hubiera gran cantidad de codornices, de perdigones, de fochas de retama, además de esas liebres de enero que mis compañeros llamaban de «tres cuartos» y con las que se llenaban la boca, además de los lebratos, además de las liebres hembras, todo eso había que creerlo, ya que ellos lo afirmaban.

—¡Y ante todo —me había dicho mi amigo Brétignot—, evite disparar contra las liebres preñadas! ¡Es indigno de un cazador!

Preñadas o no, al diablo si me hubiera dado cuenta, yo, que aún me siento incapaz de distinguir un conejo de un gato callejero, ni siquiera en un estofado.

Luego, Brétignot, empeñado en que yo le honrase a ojos de sus compañeros, había añadido:

—Una última recomendación, que puede tener su importancia, en caso de que mate una liebre.

—¡Si es que ocurre! —observé yo en tono burlón.

—Ocurrirá —respondió fríamente Brétignot—. Bien, le recuerdo que, gracias a su conformación, una liebre corre más rápido subiendo que bajando. ¡Hay que tenerlo en cuenta a la hora de apuntar!

—¡Qué bien ha hecho usted avisándome, amigo Brétignot! —respondí—. Le prometo que sacaré provecho de su observación.

¡Y realmente pensaba que, incluso bajando, era probable que la liebre corriera demasiado deprisa todavía para que mi plomo asesino pudiera detenerla en ruta!

—¡A la caza, a la caza! —gritó entonces Maximon—. ¡No estamos aquí para criar a debutantes con biberón!

¡Hombre terrible! Pero no me atreví a responder nada, porque soy tímido por naturaleza con la gente que sabe más que yo.

Delante de nosotros, hasta donde alcanza la vista, tanto a la derecha como a la izquierda, se extendía una ancha llanura. Los perros se habían adelantado. Sus dueños se habían dispersado. Yo hacía todo el esfuerzo posible para no perderlos de vista. En efecto, me inquietaba una idea: que mis compañeros, algo bromistas, tuvieran ganas de hacerme una de esas jugarretas que mi inexperiencia autorizaba. ¡Me acordaba sin querer de la divertida historia de

un novato al que sus amigos hicieron disparar a un conejo de cartón que, sentado sobre su trasero en medio de la maleza, tocaba irónicamente el tambor! ¡Yo me habría muerto de vergüenza después de un engaño así!

Mientras tanto, íbamos un poco a la aventura a través de los rastrojos, siguiendo a los perros, para alcanzar una elevación del terreno que se perfilaba a tres o cuatro kilómetros, y cuya cresta estaba bordeada de pequeños árboles.

Hiciera yo lo que hiciese, todos aquellos marchadores, habituados al suelo difícil de los terrenos pantanosos y de las tierras labradas, iban todavía más deprisa que yo. No podía por lo tanto quedar distanciado. El propio Brétignot, que al principio había ralentizado su paso para no abandonarme a mi triste destino, había cobrado velocidad porque quería participar en los primeros disparos. ¡No te odio por ello, amigo Brétignot! ¡Tu instinto, más fuerte que tu amistad, te arrastraba de forma irresistible!… Y pronto, de mis compañeros ya no vi más que las cabezas, como otros tantos ases de picas, que se destacaban por encima de los matorrales.

Sea como fuere, dos horas después de haber salido de la posada de Hérissart, yo no había oído aún una sola detonación. ¡Cuánto mal humor, cuántos reproches, cuántos reniegos prometía todo aquello si, a la vuelta, los morrales estaban tan vacíos como a la salida!

Pues bien, ¿es posible creerlo? ¡Fui yo quien tuvo la suerte de disparar el primer tiro! ¡Y tendré la vergüenza de contar en qué circunstancias ocurrió!

Así pues, en ausencia de testigos, abrí mi cebador de pólvora, eché en el cañón de la izquierda una carga que fue mantenida mediante un simple taco de papel; luego, introduje encima una buena cantidad de plomo —más bien más que menos—. ¡Quién sabe! ¡Un plomo más, y quizá no volviese de vacío! Luego, cargué, cargué hasta reventar mi culata, y por fin, ¡oh imprudencia!, cubrí con su cápsula la chimenea del cañón que acababa de cargar.

Hecho esto, realicé la misma operación en el cañón derecho. Pero, mientras cargaba, ¡qué detonación! ¡Sale el disparo!… ¡La primera carga me pasa rozando la cara!… Había olvidado proyectar sobre la cápsula el gatillo del cañón izquierdo, y una sacudida había bastado para hacerlo caer.

¡Aviso para novatos! ¡Habría podido convertir la inauguración de la temporada de caza en el departamento del Somme en algo notable gracias a un accidente que me hubiera resultado tanto más sensible cuanto que yo habría sido la víctima! ¡Qué suceso para los periódicos de la localidad! ¡Qué artículo necrológico de mi amigo Jeunet en el *Journal d'Amiens*!

Y sin embargo, en el momento en que salía el tiro, por inadvertencia, si… ¡Sí, se me ocurrió la idea!… Si en la dirección de la carga hubiera pasado una presa cualquiera…, ¡sin duda la habría abatido!… ¡Quizá era una oportunidad que no volvería a encontrar!

VI

Mientras tanto, Brétignot y sus compañeros habían alcanzado la elevación. Allí, parados, discutían sobre lo que convenía hacer para conjurar la mala fortuna. Llegué a su lado después de haber vuelto a cargar mi escopeta, esta vez con muchas precauciones.

Fue Maximon el que me dirigió la palabra, pero en un tono altivo, como convenía a un maestro.

—¿Ha disparado usted? —me dijo.

—¡Sí!… Es decir…, ¡sí!…, he disparado…

—¿A un perdigón?

—¡A un perdigón!

Por nada del mundo hubiera confesado mi torpeza ante semejante areópago.

—¿Y dónde está ese perdigón? —preguntó Maximon tocando mi morral vacío con la punta de su escopeta.

—¡Perdido! —respondí descaradamente—. ¿Qué quiere? ¡No tenía perro! ¡Ah, si hubiese tenido un perro!

¡Vamos, vamos!, con semejante aplomo es imposible no convertirse en un verdadero cazador.

De pronto, el interrogatorio que estaba sufriendo fue interrumpido bruscamente. El perro de Pontcloué acababa de hacer salir a una codorniz a menos de diez pasos. Involuntariamente, por instinto, si se quiere, me eché la escopeta a la cara…, ¡y pam!, como decía Matifat.

¡Qué golpe recibí por haberme echado mal la escopeta a la cara! —uno de esos golpes, cierto, del que no se puede pedir satisfacción a nadie—. Pero mi disparo había sido seguido al instante por otro, el de Pontcloué.

La codorniz cayó, acribillada, y el perro la llevó a su dueño, que la guardó en su morral.

No me hicieron siquiera la honestidad de pensar que yo había podido participar en algo en aquella matanza. ¡Pero no dije nada, no me atreví a decir nada, porque soy tímido por naturaleza con la gente que sabe más que yo!

Palabra que ese primer éxito había abierto el apetito de todos aquellos rabiosos destructores de aves. ¡Piensen! Después de tres horas de caza, ¡una codorniz para siete cazadores! No, no era posible que en aquel rico coto de Hérissart no hubiera por lo menos otra, y, si conseguían matarla, eso supondría casi un tercio de codorniz por combatiente.

Nuestro grupo con su jauría caminó así dos horas, sin ver nada. Los ceños ya se fruncían. Una especie de irascibilidad feroz se manifestaba por cualquier cosa, por un tronco contra el que se tropezaba, contra un perro que evitaba a otro. En resumen, indicios inequívocos de un mal humor general.

Por fin, un vuelo de perdigones se dibuja a cuarenta pasos, encima de un campo de remolachas. No me atrevería a afirmar que aquello pudiera llamarse una bandada, o era una bandada reducida al mínimo de sus efectivos.

En efecto, sólo estaba formada por dos perdigones.

Poco importante. Disparé al bulto, y también esta vez mi disparo fue seguido inmediatamente por otros dos. Pontcloué y Matifat habían hecho hablar al mismo tiempo a la pólvora.

Uno de aquellos pobres volátiles cayó. El otro escapó a toda velocidad y fue a posarse a un kilómetro de distancia, detrás de una fuerte ondulación del terreno.

¡Ah!, deplorable perdigón, ¡de qué disputa fuiste causa! ¡Qué discusión entre Matifat y Pontcloué! ¡Cada uno de ellos se pretendía autor del asesinato! ¡Y qué agrias réplicas! ¡Y qué calificativos! ¡Acaparador!… ¡Sólo las hay para él!… ¡Al diablo la gente que no tiene vergüenza!… ¡Era la última vez que cazarían juntos!… ¡Y otras lindezas de un género más picardo, que mi pluma se niega a escribir!

La verdad es que los dos disparos de aquellos señores habían salido al mismo tiempo.

¡Había habido un tercer disparo, que había precedido a los otros dos! Pero —¡esto no era siquiera discutible!— ¿podía ser yo el que había dado a aquel perdigón? Imagínese, ¡un escolar!

Por eso, entre la disputa de Pontcloué y de Matifat, no creí que debiera intervenir, ni siquiera con la generosa idea de ponerlos de acuerdo. Y, si no reclamé, es porque soy tímido por naturaleza… Ya conocen ustedes el resto de la frase.

VII

Por fin, para mayor satisfacción de nuestros estómagos, había llegado mediodía. Nos detuvimos al pie de un talud, a la sombra de un viejo olmo. Las escopetas, los morrales, muy vacíos, por desgracia, fueron colocados a un lado. Luego almorzamos para recuperar un poco aquellas fuerzas tan inútilmente gastadas desde nuestra salida.

¡Triste almuerzo, en resumidas cuentas! ¡Tantos reproches como bocados! ¡Horrible comarca!… ¡Una caza bien vigilada!… ¡Los cazadores furtivos la devastaban!… ¡Deberían colgar uno en cada árbol, con un cartel sobre el pecho!… ¡La caza se volvía imposible!… ¡Dentro de dos años, ya no habría presas! ¿Por qué no prohibirla durante cierto tiempo?… ¡Sí!… ¡No!… En fin, toda la letanía de los cazadores que no han matado nada desde el amanecer.

Luego se reanudó la pelea entre Pontcloué y Matifat, a propósito del perdigón origen de la disputa. ¡Intervinieron en ella los otros!… ¡Creí que iban a llegar a las manos!

Por fin, una hora después volvimos a ponernos en marcha. ¡Quizá tuviéramos más suerte antes de la cena! ¿Qué verdadero cazador no conserva un poco de esperanza hasta la hora en que oye «llamar» a los perdigones, para que se reúnan y pasen la noche en familia?

Ya estamos en marcha. Los perros, casi tan gruñones como nosotros, habían tomado la delantera. Sus dueños chillaban tras ellos, con entonaciones horribles que se parecían a las órdenes de la marina inglesa.

Yo avanzaba con paso indeciso. Empezaba a sentirme derrengado. Mi morral, por vacío que estuviese, me pesaba en los riñones. Mi escopeta, de un peso inverosímil, me hacía echar de menos mi bastón. El cebador de la pólvora, la bolsa con los plomos…, de buena gana hubiera confiado todos estos objetos incómodos a uno de los pequeños aldeanos que me acompañaban con aire burlón, preguntándome cuántos «de cuatro patas» había matado. Pero no me atreví, por amor propio.

Dos horas, dos mortales horas transcurrieron todavía. Teníamos más de quince kilómetros en las piernas. Lo que me parecía evidente es que, de toda aquella excursión, volvería más con unas agujetas que con media docena de codornices.

De repente, ¡qué frrrrru se deja oír y me desconcierta! Esta vez es desde luego una bandada de perdigones que se levanta encima de un matorral. ¡Escopetería general! ¡Fuego a voluntad! Salen quince disparos por lo menos, incluido el mío.

Se deja oír un grito a través de la humareda. ¡Miro!

En ese momento aparece una cara sobre el matorral.

¡Era un aldeano, con la mejilla derecha hinchada, como si tuviera una nuez en la boca!

—¡Bueno! ¡Un accidente! —exclamó Brétignot.

—¡Lo que nos faltaba! —respondió Duvauchelle.

Fue todo lo que les inspiró aquel «delito de golpes y heridas, sin intención de dar la muerte», como dice el Código. Y aquellas gentes, carentes de entrañas, corriendo hacia sus padres que volvían con dos perdigones, solamente heridos, remataron a golpe de los talones de sus botas a aquellos infortunados volátiles. Les deseo lo mismo, ¡si alguna vez tienen necesidad de ser rematados!

Y, durante ese tiempo, el nativo seguía allí, con su mejilla hinchada, sin poder hablar.

Y por fin Brétignot y sus compañeros vuelven sobre sus pasos.

—Y bien, buen hombre, ¿qué le pasa? —preguntó Maximon en tono protector.

—¡Pardiez, tiene un grano de plomo en la mejilla! —respondí yo.

—¡Bah, eso no es nada! —replicó Duvauchelle—, ¡eso no es nada!

—¡Sí!…, ¡sí!… —dijo el aldeano, creyendo que debía subrayar la importancia de su herida con una mueca horrible.

—Pero ¿quién ha sido tan torpe para lastimar a este pobre diablo? —preguntó Brétignot, cuya interrogadora mirada terminó por detenerse sobre mí.

—¿Es que usted no ha disparado? —me dijo Maximon.

—¡Sí!, he disparado…, ¡como todo el mundo!

—¡Pues ya está el asunto zanjado! —exclamó Duvauchelle.

—Es usted un cazador tan torpe como Napoleón I —añadió Pontcloué, que detestaba el Imperio.

—¿Yo?… ¿Yo?… —exclamé.

—Sólo ha podido ser usted —me dijo en tono severo Brétignot.

—Decididamente, el señor es un hombre peligroso —añadió Matifat.

—Cuando uno es tan novato —agregó Pontcloué—, hay que rechazar las invitaciones, vengan de donde vengan.

Y tras esto, los tres se fueron.

Comprendí. Me dejaban al herido por mi cuenta.

Cumplí mi tarea. Saqué mi cartera y ofrecí diez francos al buen campesino, cuya mejilla derecha se deshinchó al instante. Sin duda, había tragado su nuez.

—¿Se encuentra mejor? —le pregunté.

—¡Oh…, esto vuelve a empezar! —respondió volviendo a hinchar su mejilla izquierda.

—¡Ah, no! —dije—, ¡no! Basta con una mejilla por esta vez.

Y me fui.

VIII

Mientras yo me las arreglaba así con aquel malicioso picardo, los otros tomaban la delantera. Además, me habían dejado muy claro que no estaban seguros en la vecindad de un torpe como yo, del que la más vulgar prudencia ordenaba apartarse.

El mismo Brétignot, severo pero injusto, me abandonaba, como si yo hubiera sido un *jettatore*[118] dotado del mal de ojo. Todos desaparecieron pronto detrás de un bosquecillo, a la izquierda. Si hay que decirlo, no me molestó del todo. ¡Por lo menos, sólo sería responsable de mis actos!

Me encontraba por lo tanto solo, solo en medio de aquella llanura que no terminaba nunca. ¿Qué había ido a hacer allí, Dios mío, con todos aquellos arreos sobre mis hombros? ¡Ni un perdigón que solicitase un disparo de mi escopeta! ¡Ni un *ieuvre*[119], como dicen los aldeanos picardos, del que habría podido seguir las «vueltas», una palabra de la jerga de los cazadores! ¡En lugar de estar tranquilamente en mi cuarto, leyendo, escribiendo, o incluso sin hacer nada!

Caminaba sin rumbo. Me adentraba por caminos trillados, sobre todo en las tierras labradas. Me sentaba durante diez minutos. Caminaba durante veinte. ¡Ni una casa en un radio de cinco kilómetros! ¡Ni un campanario que despuntase por encima del horizonte! ¡Era el desierto! De vez en cuanto un poste, amenazando a los intrusos con esta ultrajante inscripción:

COTO RESERVADO

«¡Reservado! —me decía—, ¿y por qué reservado? Después de todo, ¿no es ésa una extensión abusiva del derecho de propiedad? Reservado, bajo ese insuficiente pretexto ese perdigón que pasa se ha podido comer vuestro grano, propietarios como sois, y esa liebre, refugiada en vuestro surco, quizá se ha alimentado con vuestro tomillo. Pero demostradlo, ¡antes de amenazarme con el atestado de vuestros guardias! Cuando las cosechas ya están recogidas, ¿no debería el suelo pertenecer a todo el mundo? Cuando ya no puedo cometer

ningún destrozo, ¿no me está permitido pasar por vuestras tierras? ¡Vamos! Si queréis "reservaros" de manera eficaz, ¡rodead de muros vuestros terrenos de caza! ¡Entonces estaréis en vuestra casa, y me estará prohibido entrar en vuestra propiedad!».

Situándome con toda seriedad en el punto de vista del derecho común, me parece que las aves, como el agua de los ríos, el aire del espacio, es de todos y para todos. Pero no me hubiera atrevido a formular esa teoría delante de mis compañeros… ¡Me habrían propinado unos buenos tiros de escopeta!

En fin, seguía caminando, soñando, filosofando, la escopeta en bandolera y arrastrando los pies. Para mi gusto, el sol no bajaba bastante deprisa en el horizonte. ¿Es que un nuevo Josué[120], suspendiendo las leyes de la cosmografía, lo había detenido en su carrera diurna para mayor placer de mis rabiosos compañeros? Entonces, ¿no se haría la oscuridad sobre aquella lamentable jornada de inauguración de la veda?

IX

Pero hay un límite para todo —incluso en los terrenos de cotos reservados—. Se me apareció un bosque, que cortaba la llanura. Un kilómetro más, y lo habría alcanzado.

Así pues, seguía caminando sin apretar el paso. El kilómetro fue franqueado. Llegué a la linde del bosque.

A lo lejos, muy lejos, estallaban detonaciones como un castillo de fuegos artificiales el 14 de julio[121].

«¡Están matando a mansalva! —pensé—. Desde luego, no dejarán nada para el año que viene».

Y entonces se me ocurrió la idea de que tal vez sería más feliz en el bosque que en el llano. En la cima de los árboles siempre habría esos inocentes gorriones que os sirven los mejores restaurantes, coquetamente ensartados bajo el nombre de alondras.

En fin, ya estoy siguiendo los claros que llevan a la carretera.

En verdad, ¡el demonio de la caza había vuelto a hacerse dueño de un servidor! ¡Sí! Ya no llevaba la escopeta al hombro, la había cargado con cuidado, la había armado… Mis miradas se dirigían ansiosamente a derecha a izquierda.

¡Nada! Los gorriones desconfiaban sin duda de los restaurantes parisinos y se mantenían callados. Una o dos veces me eché la escopeta a la cara… No

eran más que hojas que se removían en los árboles, y, decididamente, no podía permitirme disparar a unas hojas.

Eran las cinco entonces. Sabía que, dentro de cuarenta minutos, estaría de vuelta en la posada en que debíamos de cenar, antes de montar en el coche, y que, animales y hombres, vivos y muertos, debíamos todos regresar a Amiens.

Continué pues siguiendo el principal paso cuya línea oblicua se inclinaba hacia Hérissart, con el ojo siempre atento.

De pronto me detuve… El corazón me latió un poco más deprisa…

Bajo un arbusto, a cincuenta pasos, entre las zarzas y la maleza, desde luego había algo.

Era negruzco, con un ribete argentado y una punta de un rojo vivo, como una pupila ardiente que me miraba.

Con toda seguridad, una presa de pelo o de pluma —no habría podido decir cuál— se había escondido en aquel sitio.

Yo dudaba entre una liebre, una tres cuartos por lo menos, y una faisana. ¡Eh! ¿Por qué no? Me reafirmaría singularmente en el espíritu de mis compañeros si volvía con el morral hinchado con una faisana.

Así pues, me acerqué con prudencia, la escopeta lista para echármelo a la cara. Contenía mi aliento. Estaba emocionado, ¡sí!, emocionado como Duvauchelle, Maximon y Brétignot juntos.

Por fin, cuando estuve a la distancia apropiada veinte pasos aproximadamente, rodilla en tierra, para asegurar mejor el disparo, el ojo derecho muy abierto, el ojo izquierdo muy cerrado, el punto de mira bien colocado en la muesca, apunté y disparé.

«¡Tocado! —exclamé, fuera de mí—. ¡Y esta vez nadie pondrá en duda mi disparo!».

En efecto, con mis propios ojos había visto volar unas plumas, o más bien unos pelos.

A falta de perro, corrí hacia el matorral, me precipité sobre la presa inmóvil que ya no daba señales de vida… La recogí.

¡Era un sombrero de gendarme, todo ribeteado de plata, con una escarapela cuyo rojo parecía mirarme como un ojo!

Por suerte no estaba sobre la cabeza de su propietario en el instante en que yo había disparado.

X

En ese momento se levantó un largo cuerpo, tendido en la hierba.

Reconocí aterrorizado el pantalón azul con banda negra, la túnica oscura de botones de plata, el cinturón y el tahalí amarillo de Pandore, a quien mi desafortunado disparo acababa de despertar.

—¿Ahora dispara usted a los sombreros de gendarme? —me dijo con ese acento que distingue a la institución.

—Gendarme, le aseguro… —respondí balbuciendo.

—¡E incluso le ha dado en plena escarapela!

—Gendarme…, he creído…, ¡que era una liebre!… ¡Una ilusión!… Además, me ofrezco a pagar…

—¿De veras?… ¡Porque un sombrero de gendarme es carísimo…, sobre todo si le disparan sin permiso!

Me puse pálido. Toda mi sangre refluyó al corazón. Aquél era un punto delicado.

—¿Tiene usted un permiso? —me preguntó Pandore.

—¿Un permiso?

—¡Sí! ¡Un permiso! ¿Sabe usted lo que es un permiso?…

Pues no, yo no tenía ningún permiso. Para un solo día de caza había creído que podía dispensarme de sacar uno. Pero también creí mi deber afirmar lo que se afirma siempre en tales casos: es que había olvidado mi permiso.

Una sonrisa de incredulidad mayúscula distinguida se esbozó en la cara del representante de la ley.

—¡Estoy obligado a presentar una denuncia! —me dijo en el tono mesurado de un hombre que vislumbra una gratificación en el horizonte.

—¿Por qué? Mañana mismo le enviaré ese permiso, mi buen gendarme, y…

—Sí, ya sé —respondió Pandore—, pero estoy obligado a presentar una denuncia.

—Entonces, denuncie, ya que es usted insensible al ruego de un novato.

Un gendarme que fuera sensible ya no sería gendarme. Aquél sacó de su bolso un cuaderno envuelto en un pergamino amarillento.

—¿Cómo se llama?… —me preguntó.

¡Ya estamos! Yo no dejaba de saber lo que se acostumbra en estas graves circunstancias: dar a la autoridad el nombre de un amigo. Incluso si en esa época hubiera tenido el honor de ser miembro de la Academia de Amiens, tal vez no hubiera dudado en dar el nombre de uno de mis colegas. Pero me limité a utilizar el de uno de mis antiguos compañeros de París, un pianista de

gran talento. En aquel momento, ese buen muchacho, totalmente entregado sin duda a ejercicios del dedo anular, no podía sospechar que se le denunciaba por un delito de caza.

Pandore tomó con mucho cuidado el nombre de aquella víctima, su profesión, su edad, sus señas. Luego me rogó con mucha cortesía que le entregase la escopeta, cosa que me apresuré a hacer. Menos peso tendría que llevar. Le pregunté incluso si el morral, el saco de los plomos y el cebador de pólvora iban incluidos en el conjunto de la confiscación, pero se negó con un desinterés que lamenté.

Quedaba la cuestión del sombrero. Quedó resuelta enseguida a cambio de una moneda de oro, a satisfacción de las dos partes contratantes.

—¡Es molesto —dije yo—, ese sombrero estaba bien conservado!

—¡Un sombrero casi nuevo! —respondió Pandore—. Se lo compré hace seis años a un brigadier que se retiraba.

Y, después de habérselo colocado otra vez en su cabeza con un gesto reglamentario, el majestuoso gendarme se fue balanceando sobre la cadera por su lado y yo por el mío.

Una hora más tarde había llegado a la posada, disimulando lo mejor posible la desaparición de la escopeta confiscada, y no dije ni una palabra de mi desventura.

Digamos que mis compañeros traían de su expedición una codorniz y dos perdigones entre los siete. En cuanto a Pontcloué y Matifat, se habían peleado a muerte desde su disputa, y entre Maximon y Duvauchelle se habían intercambiado unos puñetazos a propósito de una liebre que aún seguía corriendo.

XI

Esta fue la serie de emociones por las que pasé durante esa memorable jornada. Tal vez había matado una codorniz, tal vez había matado un perdigón, tal vez había herido a un aldeano, ¡pero lo que es seguro es que había acribillado un sombrero de gendarme! Pillado sin permiso de caza, ¡se había extendido una denuncia contra mí, a nombre de otro! ¿Qué más puede ocurrirle a un aprendiz de cazador en su debut en la carrera de los Anderson y los Pertuiset[122]?

Como es lógico, mi amigo el pianista debió de quedar muy desagradablemente sorprendido cuando recibió una citación para comparecer

ante el tribunal correccional de Doullens. Después supe que no le había sido posible demostrar una coartada —sin comprometer a una de sus más encantadoras alumnas. En consecuencia, había sido condenado a dieciséis francos de multa más los gastos, que ascendían a una suma igual

Me apresuro a añadir que, poco tiempo después, recibió por correo, bajo la rúbrica de «Devolución», una orden de pago por treinta y dos francos que lo indemnizaba de su desembolso. Nunca supo de quién procedía aquello; ¡pero no por eso deja de llevar marcada en la frente la mancha del tribunal correccional, y su nombre figura en el registro de antecedentes penales!

XII

No me gustan los cazadores, como he dicho al principio, sobre todo porque cuentan sus aventuras de caza. Yo acabo de contar las mías. Tengan a bien perdonármelo. No volverá a ocurrir.

Esa expedición habría sido a la vez la primera y la última del autor, que, después de darles las gracias por haberle escuchado hasta el final, da cita a los Nemrod[123] de Amiens para la próxima apertura de la veda de caza. Pero ha aprendido. Esta vez no les acompañará más que con sus deseos, y se limitará a desearles buena caza porque dicen que «eso trae desgracia».

DISCURSO EN LA ACADEMIA DE AMIENS


Première Année. — N° 44.
15 CENTIMES
Dimanche, 15 Juin 1884.
ABONNEMENT
3 MOIS
2 Fr
ADMINISTRATION
& RÉDACTION
PLACE de la RÉPUBLIQUE
(Palais Consulaire)
ORAN
L'ALGÉRIE
COMIQUE & PITTORESQUE
INSERTIONS
S'ADRESSER AU
BUREAU DU JOURNAL
PLACE de la RÉPUBLIQUE
(Palais Consulaire)
BUREAU
DU PETIT FANAL
ORAN
M. Jules VERNE

RESPUESTA AL DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR GUSTAVE DUBOIS POR EL SEÑOR JULES VERNE, DIRECTOR[124]

Señor:

Esta es la primera vez que mis funciones de director de la Academia de Amiens me procuran el honor de recibir a uno de nuestros colegas. Sólo puedo felicitarme de tener que responder a un abogado tan distinguido como es usted. Sin embargo, esta tarea no carecía de dificultades para mí. Casi nuevo en su ciudad, donde, por otra parte, he encontrado el recibimiento más simpático, conozco poco a los notables de Amiens. Pedirle a usted información sobre usted mismo me parecía ligeramente indiscreto. En principio, por lo tanto, debía tener serios problemas para responderle.

Por suerte he tenido dos veces el placer de oírle pleitear; y, además, he podido estudiar con cuidado el texto del discurso que usted acaba de leer después de haber sido puesto a mi disposición. Perdóneme, pues, si le juzgo documentalmente, y, en caso de que me equivoque en algunas críticas, dejemos, usted a sus amigos, yo a mis colegas, el cuidado de anular mi juicio.

El día, señor, en que Dios imaginó un ser vertebrado, carnívoro y bímano, casi creó al hombre. El día en que concedía a ese nuevo ser una glotis organizada para la emisión de sonidos regulares, le daba de un modo más especial la facultad de llegar a ser abogado. Cuando Esopo[125] dijo «de la lengua» que es a la vez la mejor y la peor de las cosas, según cómo se emplee, distinguía entre esos abogados que tratan, o de imponerse a la evidencia misma, o de cambiar la barra de los tribunales en tribuna, y aquellos que, como usted y sus colegas, señor, honran su profesión. Su divisa podría ser: «*Transire bene faciendo et bene dicendo*[126]».

Por lo tanto saludo en usted, siguiendo sus propias expresiones, al portavoz del derecho desconocido, de la desgracia inmerecida, de la miseria que implora el perdón de los hombres. Así es usted, señor, y así son sus honorables colegas del foro de Amiens. Nuestra sociedad ya cuenta con cuatro abogados entre sus titulares más recomendables: sólo podía ser honrada ofreciendo a un nuevo miembro de la Orden la investidura académica.

Ya que he tenido el placer de oírle litigar, señor, estoy en condiciones de apreciar la medida de su lenguaje, del aticismo de su palabra, de la conveniencia de su argumentación. Estas cualidades me han sorprendido vivamente. Pero ese fugitivo recuerdo tal vez no me hubiera permitido poner suficientemente de relieve el lado literario de su talento. Hoy usted no se ha contentado con hablar, ha escrito. Y, de igual modo que usted acaba de estudiar en el señor Berville**[127]** al hombre de letras, le pediré permiso para obrar así con usted. Pienso que con unas cuantas frases habré destacado de su discurso las cualidades que le han valido justamente el título de académico.

Este discurso, señor, trata de la influencia literaria en los destinos del abogado. El señor Berville amaba apasionadamente la literatura, y usted evoca felizmente su recuerdo en sus defensas. Como él, es visible que usted profesa una admiración constante por los autores griegos y latinos, por los clásicos de los siglos XVII y XVIII. Sus nombres aparecen en varias ocasiones bajo su pluma. A esos siglos tan llenos de gloria tal vez habría debido añadir usted el XIX. Ha visto nacer autores inimitables que también serán clásicos cuando el tiempo haya condensado la parte duradera de su obra. Dice usted que el árbol de la ciencia literaria, que hundía sus raíces en la antigüedad griega y latina, reverdeció en el siglo de Luis XIV. Para seguir con su metáfora, permítame añadir que, desde esa época, el árbol ha crecido. Se ha incrementado con nuevas ramas, se ha hinchado con nueva savia. Frutos más numerosos han encorvado, hasta la mano de todos, sus ramas, que durante demasiado tiempo estuvieron fuera de nuestro alcance. La literatura se ha extendido, la ciencia y el arte la acompañan en nuestro tiempo, y podemos creer que ese árbol, al propagarse por sus raíces, como ciertos manglares de América, llegará a ser bosque un día. Es la ley del progreso. ¡Qué libro tan grueso se haría con todo lo que se sabe!, ha dicho alguien. ¡Y qué libro mucho más grueso, añadiré yo, con todo lo que no se sabe!

Al estudiar su discurso, señor, encontramos en él la expresión de los sentimientos que hacían latir con tanta energía el corazón de Berville: el amor al país, el odio al extranjero. Estas nobles pasiones, imperecederas en

nosotros, han inspirado elocuentemente su pluma. Después de haber citado las bellas palabras del abogado amienense contra la invasión, añade usted unas líneas patrióticas que me han emocionado. Y he visto al instante que, siguiendo a Berville, que juraba por los manes de los voluntarios caídos vencedores en las llanuras de Fleurus y de Jemmappes[128], usted iba a jurar por los que murieron derrotados en Wœrth y en Bazeilles[129]. Es que éstos valían tanto como aquéllos. ¿Por qué, pues, justificarse de ese recuerdo dado en una época funesta, pero que no se ha producido sin cierta gloria? No tenemos que perdonarle por esos sentimientos, señor, sino aplaudirlos.

Al protestar contra los horrores de la Comuna, usted dice «que esos sectarios degollaban a los ministros de la religión, como si los mártires nunca hubieran hecho otra cosa que incrementar su poder». Tiene, señor, cien veces razón, y, para volver al terreno literario, déjeme citar, por si no la conoce, una frase de un gran escritor moderno, frase magnífica de estilo y de concisión, que expresa su pensamiento bajo otra forma: «A los mártires no se los entierra, se los siembra».

Tengo, señor, dos observaciones que hacer sobre las defensas del señor Berville que usted cita de forma más especial. Se trata en primer lugar de Paul-Louis Courier[130], «antiguo artillero a caballo», como él mismo se llamaba, y del proceso que le hizo la Restauración a propósito de la adquisición del castillo de Chambord. El inimitable panfletario, que escribía el francés como Tácito escribía el latín, quería añadir algunas palabras al elocuente alegato de su joven defensor ante el tribunal. Parece usted censurarle por ello; pero, al contrario que usted, pienso sin embargo que hubiera hecho bien. En efecto, aunque Paul-Louis Courier no habló, escribió, y ese escrito es un modelo. En algunas de sus páginas encuentro más precisión que en los animados periodos del señor Berville. Recuerde la frase que remata su primer párrafo, y que todo abogado debería tener ante sus ojos cuando litiga: «Es más fácil acumular en un discurso rasgos de alta elocuencia que aplicar a cada cosa el tono, el estilo y el lenguaje que convienen exactamente».

El tono, el estilo y el lenguaje, toda la lengua hablada o escrita está ahí. Sin embargo, Paul-Louis Courier pretende, en otra parte, que el arte de hablar y el arte de escribir «no sólo son distintos, sino contrarios, tanto como lo es la concisión que hace el mérito de los escritos, al lenguaje difuso de la tribuna».

No me parece que comparta usted la opinión de Paul-Louis Courier a su respecto, y tampoco yo la comparto, señor. No nos contentamos con ver representar las obras de teatro, también las leemos. Por lo tanto el orador debe

recordar que es a la vez actor y autor mientras habla, y que los que las hayan oído tal vez las lean.

Y aquí permítame, señor, hacer una observación que, mientras usted pronunciaba sus discursos, ha debido de acudir a la mente de todos sus colegas. En general, su estilo es amplio, su frase adornada, su periodo pulido, su forma, si no pródiga de epítetos, al menos generosa. Pues bien, ¿no es curioso que, después de haber citado el pasaje de Paul-Louis Courier mencionado más arriba, usted le responda en estos términos?:

«No, la difusión no constituyó nunca el mérito de un discurso, como tampoco la brevedad el de un escrito. Si la concisión no es brevedad, la abundancia no es difusión. Muchos pueden ser breves, que saben ser concisos. Muchos son difusos, pocos son abundantes».

De hecho, señor, ¡usted estaba empapado de Paul-Louis cuando escribió esas líneas! Contrastan singularmente con su manera habitual, quiero decir para quien las estudie desde el estricto punto de vista del estilo. Es Paul-Louis puro, y por un instante he creído que usted seguía citando al cliente del señor Berville. Confieso que ese pasaje es el que más me ha encantado. Pues bien, ¿no podríamos admitir que la forma oratoria comporta siempre esa precisión, y no sería más notable un abogado que hablase el sencillo lenguaje del célebre viñador de la Chavonnière?

Al seguirle, señor, trato no sólo de examinar sus cualidades, sino también su pensamiento sobre los temas tratados por el señor Berville. Debo por lo tanto decir una palabra sobre esa cuestión tan controvertida de la propiedad literaria. Usted es partidario de la opinión que pone ese género de propiedad fuera del derecho común. La tesis es discutible, señor. Muchas buenas mentes han pensado, con Lamartine, que la propiedad de un libro creaba los mismos derechos a su autor que la propiedad de una casa a su propietario. No es éste el lugar para discutirlo, pero déjeme creer que sobre el tema no se ha dicho la última palabra. El señor Berville prolongaba durante veinte años después de la muerte del autor los derechos de sus herederos. Ese plazo es hoy de treinta años, y todo induce a pensar que aumentará. Quizá incluso el derecho carezca un día de límites, aunque haya que expropiar por razón de utilidad pública los libros que son dignos de permanecer.

¿Vería usted, señor, un inconveniente a que Inglaterra fuera propietaria de las obras de Shakespeare, Italia de las obras del Tasso y de Dante, Francia de las obras de Molière, de Bossuet, de Racine, de Voltaire, de Chateaubriand, de Lamartine, de Victor Hugo? Por mi parte, yo no vería ninguno, y, como usted dice, «el pensamiento, una vez difundido en el mundo al que ilumina,

continuaría brillando en él para siempre». La llama estaría en todo el mundo, señor, pero los Estados, bastante ricos para pagar su gloria, bien pueden hacer el gasto de una antorcha.

Llego al pasaje de su discurso en que abandona, con cierto pesar, al abogado liberal de la Restauración para hablar del magistrado del gobierno de Julio. El señor Berville, convertido en primer oficial del tribunal del Sena, supo cumplir sus nuevas funciones sin cambiar de opinión. Usted lo felicita, en términos afortunados, por no haber quemado demasiado lo que hasta entonces había adorado. Recuerda usted, no sin cierta emoción, que sus arengas oficiales siempre hicieron el elogio de ese foro, teatro de sus primeros y quizá de sus mayores éxitos. Luego, tras el abogado, tras el magistrado, y volviendo al hombre de letras que desde entonces le ocupa por entero, deja que se desborde su entusiasmo por lo que se refiere al dominio puramente literario. Cita bellas frases del señor Berville, y se nota que usted se apasiona por lo que él dice del arte de escribir, y por la forma en que lo dice. Como él, usted rinde culto a esos nobles estudios. Al elogiarlo, se honra a usted mismo. Por eso recupero ese elogio en beneficio de usted, señor, y me siento feliz señalando en estas páginas las tendencias literarias que le son propias.

Luego usted añade: «Llegada la hora del retiro, las letras, la poesía, siempre fieles, ocuparon en adelante de forma exclusiva esa inteligencia que el legislador de 1852 decreta insuficiente para el servicio de la justicia». Pero todos sabemos, señor, que es al cuerpo, no al espíritu, a lo que la ley apunta. Mire a su alrededor, en este recinto. Aquí hay varios colegas nuestros, y de los más notables, que han alcanzado la edad del retiro reglamentario; pero, como hizo el señor Berville, responden al decreto que les ha golpeado produciendo obras deliciosas, y que, desde ahora, usted aplaudirá con nosotros.

Sí, señor, ha hecho bien llamando «conservadora» a esta república de las letras, porque, de hecho, conserva a sus partidarios en el sentido más precioso de la palabra. Si en el seno de esta república no podría existir la igualdad, en ella hay sitio por lo menos para todos los que practican el culto del bien decir, y el talento no tiene edad.

Para terminar, señor, quiero repetir lo mucho que se honra la Academia al recibirle, y recordar en qué alta estima tiene a los tribunales de Amiens, a los que abre de par en par sus puertas.

Al principio de su discurso, ha dicho con La Bruyère[131]: «La gloria o el mérito de ciertos hombres es escribir bien, de algunos otros, no escribir».

Ahora, señor, ya no tiene usted derecho a esta última gloria, y forma parte justamente de aquellos «cuyo mérito es escribir bien».

RESPUESTA[132] AL DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR GÉDÉON BARIL[133], POR EL SEÑOR JULES VERNE, DIRECTOR

Al tiempo que le agradezco las cosas amables que usted ha dicho de mí en su discurso, ¿me permite que las repita en una medida más justa? Me siento feliz por haberle podido ser útil en esta circunstancia; pero no es únicamente al patrocinio del actual director de la Academia a lo que usted debe que figure hoy entre sus miembros titulares. Todos los numerosos presentadores que han firmado la petición merecen, y algunos mucho más que yo, su agradecimiento académico.

Conoce usted de sobra a los que han tomado la palabra para hacer valer sus títulos, por otra parte irrefutables, y no seré sino justo dedicándoles este primer párrafo que contiene la expresión de su gratitud.

Dicho esto, señor, pido hacer una observación que quizá se hayan hecho varios de nuestros colegas cuando le escuchaban.

Hoy, en esta sesión, creíamos recibir a un amable amienense al que conocíamos hace mucho, mitad escritor humorístico, mitad dibujante fantasioso, muy apreciado en el departamento del Somme e incluso más allá, un sutil humorista de pluma y lápiz que completa sus ingeniosos esbozos con sus no menos ingeniosas leyendas, en una palabra el «Gédéon», ¡padre natural e indiscutible de *madame* Zacharie!… En vez de un discurso grave, cuidado, educado, ajustado al tiralíneas, nos esperábamos alguna buena escena de hortelanos, calco de esas costumbres populares que tan bien sabe usted pintar en vivo. Imaginábamos incluso que nos habría hablado en ese idioma picardo del que usted es uno de los más brillantes profesores… ¡Nada de todo eso! ¡Ya no es simplemente «Gédéon»! Parece haber renegado de su chica de los suburbios, y es el señor G. Baril, encorbatado de blanco, vestido de negro, el

que nos hace el honor de asistir a esta sesión, con una indumentaria irreprochable pero algo severa.

Nuestra sorpresa es igual a nuestro disgusto. ¿Ha sido atacado el antiguo Gédéon por la filoxera académica, hasta el punto de que ya es demasiado tarde para aplicarle los sulfocarbonatos alcalinos recomendados por la ciencia? En cualquier caso, viene a leernos un discurso mucho más serio de lo que se cree, y que todos sus colegas, salvo él, tendrían derecho a firmar, ellos que, por estado, son graves y solemnes.

Esta es, señor, ingenuamente, la idea que se me ocurrió al principio, cuando leí su discurso, y, quizá, a algunos de nuestros colegas cuando lo han escuchado.

El señor G. Baril, es cierto, reclama el título de escritor fantasioso, pero le advierto caritativamente que ese título ya pertenece al Gédéon antiguo, su más íntimo amigo. Por lo tanto, que se tome la molestia de reclamárselo, y estoy seguro de que los dos se entenderán perfectamente en este punto.

Bajo el beneficio de esta reserva, y por lo que concierne a la forma literaria de su discurso, señor, sólo tengo que alabar su estilo pulido, la feliz disposición de sus frases y la elegante manera que tiene de decir las cosas. Usted ha vengado, en términos muy afortunados, a las academias de esas bromas sin fin dirigidas contra ellas, y, al mismo tiempo, ha dado una sutilísima lección a su homónimo que, aunque se defienda de ellas, tal vez tenga que reprocharse algún pecadillo de ese tipo. También encuentro en ese discurso una encantadora definición de la caricatura, que es la sátira esbozada, y de ese humor, al que espero que usted vuelva tras la solemne prueba que acaba de sufrir.

Así pues, por la forma que revisten sus ideas, nada que reprochar, pero por las ideas mismas, a propósito de «la curiosidad» en general, y de la manía de las cerámicas en particular, querría decirle brevemente todo lo que pienso, aunque deba ser lapidado, a golpe de platos, por los que se encargan de la justicia en la ciudad.

Es usted un aficionado, señor, un huésped asiduo de la *reiderie*[134], célebre mercado picardo, del que quizá no sea el caso hacer una sucursal del museo del Louvre. De donde se sigue, por lo tanto, que, a pesar de parecer tomarles el pelo, es usted en el fondo muy indulgente con sus colegas los *reideurs*. Cita usted este antiguo verso que ha encontrado sin duda en la *reiderie*:

Fácilmente se perdonan los errores que se comparten.

Quizá hubiera debido rejuvenecerlo dándole la vuelta de esta forma:

Fácilmente se comparten los errores que se perdonan,

Pues, desde luego, como todos los coleccionistas, usted ha empezado por cometer la falta, antes de pensar en excusarla en los demás.

En su discurso, habla usted a menudo del gusto que dirige al aficionado hacia las curiosidades. Es como su contraseña. Añade incluso que no sería un gusto si fuera excesivo. Pues no, señor, el gusto, en el verdadero sentido artístico de la palabra, sólo es tal cuando se circunscribe a los puros límites del arte. Pero ¿tiene algo que ver el arte en todo esto? No lo creo. ¿Y lo cree usted?

Cuando investiga usted la época en que empezaron a colgarse platos en las paredes de las casas, desplazando a los cuadros y a los grabados, ¿no parece indicar que el sitio natural de estos utensilios, aunque hubieran sido fabricados doscientos años antes de Boieldieu**[135]**, está sobre la mesa o en el aparador del comedor? ¿Los admira usted entre esos ganchos de hojalata que los adhieren a las paredes, como otras tantas lunas siempre llenas, y que por desgracia no se acuestan jamás? ¿Puede sacrificar usted seriamente a ese gusto por las porcelanas, ya que confirma que ahora se falsifican con una perfección china, hasta el punto de que los expertos más maliciosos caen en la trampa? ¡Llega usted a decir que ciertas imitaciones «superan» a los modelos, afirmación que no le impide añadir que no poseen ningún valor! Entonces, ¿sólo la antigüedad es un elemento artístico? ¡No, señor, no lo es, de igual forma que el «curioso» no es un artista!

Aquí tiene lo que dice La Bruyère, que algo entendía de esto:

«La curiosidad no es un gusto por lo que es bueno o por lo que es bello, sino por lo que es raro y único, por lo que uno tiene y los otros no tienen. No es una afición por lo que es perfecto, sino por lo que es buscado, por lo que está de moda. ¡No es un entretenimiento, sino una pasión, y a menudo tan violenta que sólo es inferior al amor y a la ambición por la pequeñez de su objeto!».

Quedan así juzgados los aficionados a la *reiderie*, y en buenos términos, y si La Bruyère pasase por ese mercado, no saldría vivo de él.

Sí, señor, tiene razón al afirmar que esa manía de las porcelanas «hace estragos» en la actualidad. Es una verdadera epidemia, pero para ella no hay ningún médico especial. Irá creciendo, usted lo espera, y, cuando se hayan agotado los platos, se acabará coleccionando los cascos de las botellas, de los que señalo un importante *stock* en la fábrica de Creil, y al que su antigüedad debe dar un gran valor. Añade usted: ¡Eso equivale a la manía de los botones y de los sellos! Sin duda, ¡pero no vale más!

¿Le convertiré, señor? No, no lo espero, porque, en el fondo, si sé leer entre líneas, usted habla con amor de todas estas cosas. El ingenioso retrato que hace del aficionado en una subasta pública, es el suyo, trazo a trazo. Ha representado usted esa inocente comedia del comprador que da vueltas alrededor de los objetos que codicia, fingiendo desear los que no quiere. Más de una vez su vida, que sólo pendía de un hilo, ¡ha estado como suspendida de la maza del comisario! Ha lanzado sobre sus rivales esa mirada de envidia que sólo pueden lanzar unos ojos de coleccionista. Si no me equivoco, los latinos sólo tenían una palabra, *cupidus*, para decir curioso y cupido[136].

¡Y cuando, después de todo, se piensa que es para llegar a estimar un objeto sólo en razón de su rareza o de su antigüedad! Pues bien, no, la antigüedad no vale por sí sola. La prueba es que los falsarios hábiles hacen que lo nuevo iguale a lo antiguo y parezca incluso más viejo que él. ¡Y quiere usted que los lleven ante los tribunales! ¡Ah, señor, si yo formase parte del jurado de ese tribunal, recúseme, o las pongo en libertad!

Quisiera recordarle esta pequeña historia, que recientemente ha sido citada, aunque de forma incompleta, por los periódicos, y cuyo texto exacto deseo restablecer a fin de que las memorias de la Academia de Amiens la transmitan a los siglos más remotos.

Un día de nuestra época encontraron una piedra antigua que debía tener el mayor valor. Salía de un terreno terciario. Había sido trabajada por hombres preadámicos, puesto que los hay, al parecer. Era, por lo menos, contemporánea de la mandíbula del Moulin-Quignon[137] y de las osamentas humanas del señor Lartet[138]. Era un límite de los tiempos prehistóricos. En su superficie se dibujaban caracteres cuneiformes de la más indiscutible antigüedad. Había unas C, unas S, unas P, unas K, unas M, unas O, etcétera, en fin, una cuarentena de letras lapidarias que formaban una inscripción cuyo sentido no se podía adivinar. Se escribieron volúmenes para traducirla, explicarla, interpretarla, comentarla… ¡Esfuerzos inútiles! ¡Los epigrafistas perdieron la batalla! ¡Esa inscripción, que tal vez debía aclarar toda la paleontología moderna, era tan antigua que resultaba indescifrable!

Pasa un alumno de quinto, que se acerca, mira, y lee de corrido:

Cellarius invenit polkam et non decorabitur.

Lo cual, en buen francés, quiere decir: ¡Comprad platos sólo para comer en ellos, y os reiréis de los falsificadores!

Y, para terminar, señor, antes de invitarle, como recipiendario, a comprometerle a concurrir a nuestros trabajos, déjeme que le haga una pequeña petición.

Ahora que el señor G. Baril es de los nuestros, nos sentiríamos verdaderamente muy felices y muy honrados, si de vez en cuando quisiera traernos aquí al Gédéon antiguo, «al Gédéon *avant la lettre*»…, que le ha convocado usted a la sesión de este día.

RESPUESTA AL DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR PACAUT POR EL SEÑOR JULES VERNE[139]

Señor:

Soy feliz de tener que desearle la bienvenida entre nosotros. Nuestra Academia no puede sentirse sino muy honrada por la elección que ha hecho, en su persona, de uno de los profesionales más distinguidos del Liceo de Amiens.

Por eso, sus colegas se han apresurado a recibir al nuevo recipiendario, como en el pasado los sabios acudían a los cursos de Jacques Rohault[140] cuando procedía a sus experimentos sobre el imán natural. Hoy sólo le faltan a usted las damas, que acudían a las clases de filosofía; pero puede estar seguro de encontrarlas entre la multitud, mucho más jóvenes, cuando tenga que tomar la palabra en una de nuestras sesiones solemnes incluso aunque usted trate el asunto de los átomos ganchudos o alguna otra de esas tesis que, en el siglo XVII, no asustaban a ese sexo encantador y curioso.

Su discurso de recepción, señor, acaba de permitirle ser conocido por sus colegas. El tributo que pagará a nuestras reuniones, por lo menos una al año, les permitirá apreciarle todavía más. Esto por lo que se refiere al presente, esto por lo que se refiere al futuro. Queda, pues, el pasado. Es a mí a quien incumbe la agradable tarea de decir lo que ha sido usted, antes de que los azares de la vida universitaria le hubieran traído a nuestra ciudad.

Sus primeros estudios se iniciaron en Louhans (Saône-et-Loire). Los terminó, como alumno de retórica y de filosofía, en el Liceo Charlemagne, verdadero semillero de jóvenes notables, y del que usted había sido uno de los más brillantes discípulos.

Al dejar el Liceo, no es a la École Normale adonde usted fue al principio para perfeccionar sus estudios. Entonces se fundaba el colegio de Roanne, y

usted debutó en el profesorado tomando parte activa en su fundación. Es ahí donde, sucesivamente profesor de cuarto, profesor de matemáticas preparatorias, profesor de dibujo, daba usted ejemplo de un celo a toda prueba. Esa época, señor, quizá sea aquella de la que ha guardado usted el menor recuerdo.

En 1872 entra en la École Normale, y sale de ella licenciado en humanidades; luego, tras un paso de sólo unos meses por el Liceo de Châteauroux, por fin vino a ocupar la cátedra de filosofía del Liceo de Amiens.

Es ahí, señor, donde nosotros tuvimos la buena suerte de conocerle y el buen gusto de ir a buscarle.

No tengo que ocuparme de ese Jacques Rohault cuyo trabajo y vida acaba usted de referirnos. Lo ha hecho mejor de lo que cualquiera hubiera podido hacer, juzgando con inteligencia, con sagacidad, al sabio y su doctrina. Como hombre competente, ha hecho reaparecer a nuestros ojos esa figura de honrado y liberal filósofo. Permita a los enamorados de la forma admirar la lengua que usted utiliza. Creía estar oyendo a un escritor del siglo XVII poniendo al servicio de su pensamiento el lenguaje nítido, exacto, ponderado, y sobrio de los maestros de esa época, lenguaje «claro y limpio» como el de Jacques Rohault.

Sin las comillas de las citas hechas por usted, quien lea su discurso no verá en este punto ninguna diferencia entre el estilo que le pertenece y el de los filósofos cuyos textos cita. Nunca habrá, pues, motivo para añadirle el paliativo del *donec corrigantur*[141], aplicado por la congregación del Índice a las obras de Descartes, es decir, el equivalente de ese «recibido para corrección» del que tan liberal uso hace el comité de lectura del Théâtre Français.

Pero, señor, si dejo a un lado al filósofo Jacques Rohault, ¿me estará permitido decir una palabra sobre la filosofía? ¡Qué lejos están de nosotros aquellas lecciones que nos daban nuestros profesores, hace ya unos treinta años! Si pudiera contarme actualmente entre sus alumnos, ¡cómo me arriesgaría a ser uno de los últimos de sus clases! ¿No he olvidado, y me atrevería a decirlo, no hemos olvidado la mayoría de nosotros esa enseñanza? Aunque desde nuestra primera juventud, hayamos estado casados con la filosofía como la heroína de Molière, temo que hemos abandonado un poco a nuestra mujer. ¡Cuánto ha hecho hablar de sí misma desde entonces! ¿No sería conveniente recuperarla, si no por inclinación, al menos por principios?

Quizá nos esté permitido un poco de vacilación a la hora de realizar ese acercamiento.

En efecto, señor, le preguntaré si, como hace treinta o cuarenta años, el curso de filosofía sigue estando dividido en tres grandes enseñanzas, la teodicea, la lógica, la moral. Sí, sin duda, y usted también me responderá que el estudio de la psicología se ha extendido singularmente en los nuevos programas, gracias a esa ciencia más completa que se ha formado bajo el nombre de psicofisiología. Añadirá, además, que la metafísica ya no es tratada «demasiado metafísicamente», como le reprochaba Jacques Rohault a algunos filósofos de su época.

Quiero creerle, señor, no, ya no estamos en la época en que Voltaire podía dar de una ciencia, tan nebulosa entonces, esa definición divertida, cuyo sentido, a falta de los términos exactos, es el siguiente:

«¡Cuando el que habla no comprende ya lo que dice, cuando los que le escuchan no lo comprenden más, empieza la metafísica!».

No, señor, estoy seguro de que, al escuchar a profesores que comprenden tan bien, sus alumnos los comprenden a medias palabras, incluso sin ser de primer orden en esas altas cuestiones de especulación pura.

Es que, en efecto, la ciencia filosófica se ha vuelto más experimental. Si la lógica no ha cambiado y la moral tampoco, la metafísica se ha vuelto más comprensible, resumiendo ese conjunto de creencias realmente ordenadas unas en relación a otras, que responde a las necesidades del corazón, como la ciencia responde a las necesidades de la inteligencia.

Pero en esta lucha tan interesante, y también algo inquietante, ¿no hay entre la ciencia y la creencia una tendencia al positivismo que se acentúa cada día?

¿No es cierto que la Universidad trata de luchar contra esa tendencia, pero que, en última instancia, tal vez no sea la más fuerte? ¡Ah!, señor, qué lejos está la época en que no se contentaban con disputar sobre la cuestión de saber si se debe decir la «figura» o la «forma» de un sombrero. ¡Ojalá bastase hoy con decir la «forma» para ser tratado de materialista! ¡Ahora ya no nos atenemos a las doctrinas de Epicuro[142]! ¡Se ha recorrido mucho camino desde la escolástica de Descartes! Además, la figura del sombrero ha cambiado, el tricornio del siglo XVII ha desaparecido, ¡y quiera Dios que el futuro no pertenezca al sombrero flexible!

Pase lo que pase, señor, sé que se puede contar con el celo de los profesores de la Universidad para luchar contra un positivismo a ultranza. Gracias a usted, las jóvenes generaciones, preparadas por sus cuidados, sabrán

elegir, según el precepto de Jacques Rohault, el justo medio entre «siempre razonar sin hacer experiencia, o reducir todo a experiencia sin razonar de algo».

En cuanto a nosotros, en estas épocas de transición que, con frecuencia, duran más que las épocas definitivas, hemos tenido que hacernos una especie de filosofía práctica, tal vez un poco indiferente, un poco escéptica, pero benévola en el fondo, esa filosofía de la buena gente que se dice que la perfección no es de este mundo, y que, después de todo, el hombre nunca es perfecto, ni siquiera en el mal.

Una vez sentado esto, señor, y sin tener la pretensión de querer introducir esa doctrina en la enseñanza universitaria, termino tendiéndole, en nombre de la Academia, una mano cordial.

Tome asiento tras los recomendables profesores que nos han dejado, los señores Cartaut, Poiré, Lanier, y otros cuya ausencia lamentamos. Tome asiento junto a los señores Decharmes, Desboves, Dubois, colegas suyos, cuyo ingreso o cuya vuelta entre nosotros saludamos.

Cierto, sé bien que las legítimas ambiciones de su carrera universitaria deben llevarlo un día u otro hacia los liceos de París, donde su plaza está señalada de antemano. Pero ojalá, señor, podamos conservar el mayor tiempo posible a un colega que se presenta con la doble autoridad del hombre de letras y del filósofo.

Y si alguna vez, después de cumplida su tarea, algunas amistades sólidas, o antiguos hábitos echados de menos, lo devuelven a Amiens, crea, señor, que para nuestra Academia será un honor volver a abrirle sus puertas con tanta cordialidad como hoy pone en recibirle.

RESPUESTA[143] AL DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR RICQUIER[144] POR EL SEÑOR JULES VERNE

Señores:

Cuando se trata de recepciones académicas en sesiones públicas o privadas, la costumbre habitual es que el recipiendario comunique su discurso a aquel colega suyo que se encarga de recibirle. Nada más justo y más práctico a la vez. Pero la primera condición a cumplir para esa comunicación es que el discurso haya sido puesto sobre el papel. Y, si hasta cierto punto puede decirse que el señor Émile Ricquier ha esbozado el suyo, no lo ha escrito sino a última hora, y no he tenido conocimiento de él. Por eso, ¿cómo quieren ustedes que le responda? ¿Qué hará mi pluma para dar la réplica a su lápiz? ¿Cómo podré combatir o apoyar las ideas que él ha tenido a bien emitir sobre esas cuestiones de arqueología que me pillan de improviso? ¿Dónde encontrar una base sólida para edificar mi alocución? ¿Y es él, un arquitecto, el que me pone en semejante aprieto? Por eso me veo reducido a construir en el aire, y, si ustedes le propusieran a él hacer otro tanto, se negaría, aunque sus sucesores del siglo XX reserven sin duda a nuestros nietos algunos prodigios de esta clase.

Pues bien, señores, tengo la difícil tarea de realizar ese prodigio. Nadie me ha dirigido ningún texto sobre el que hubiera podido apoyar mi respuesta. Encantado igual que ustedes acaban de estarlo, me ha sido dado asistir a una conferencia del mayor interés. El recipiendario ha sabido devolver a nuestras miradas las arenas de Arles, reconstituir esa admirable muestra de la arquitectura romana, e incluso desplegar el talento de esos pintores que algunas veces consiguen hacer el retrato más parecido que el modelo. Ahora

bien, en espera de que sean restauradas a partir de los planos de Émile Ricquier, esas arenas siguen mostrándose en estado de ruina, y ustedes ven en mí a un desdichado perdido en medio de sus tristes soledades, sentado en sus deterioradas gradas como Mario en Cartago[145]. Es posible que esos dos grandes despojos se hayan consolado entre sí, según el verso célebre del abate Delille[146], pero nosotros no estamos en Cartago, yo no soy Mario, y nada podrá consolarme. Por lo menos, el vencedor de los teutones y de los cimbros, por desgraciado que fuese, no estaba obligado a responder a un discurso que no se le había comunicado.

Así pues, señores, yo tenía que prever lo que pasaría en esta sesión, imaginar lo que diría el señor Émile Ricquier con la precisión de un geómetra y el entusiasmo de un artista, para iniciarnos en la rehabilitación ideal de este coloso de piedra, en el que veinticinco mil espectadores se sentían más a gusto de lo que yo lo estoy ante este auditorio no menos imponente. Es cierto, habría podido preparar algo por adelantado; pero me contentaré con coger de pasada algunas frases del conferenciante. Pero qué triste respuesta, insuficiente por lo menos, hubiera sido dar a ese estudio concienzudo, para el que el arquitecto picardo había escudriñado toda una mina de documentos, y levantado con tanta intensidad el polvo de esas arenas que ya no queda nada por exhumar tras él —ni siquiera una nueva Venus de Arles—. ¡No! No podía salir del paso con algunos periodos laudatorios sobre su talento de resurreccionista, su inteligencia de las tradiciones, su comprensión tan particular de los procedimientos antiguos… Por eso, señores, admitirán que no dejaba de ser muy apurada la situación de este colega suyo a quien el señor director de la Academia había delegado el honor de reemplazarle hoy.

De ahí se deduce que esta sesión, tan interesante además gracias al señor Ricquier, no quedará señalada por una de esas discusiones de vivo interés y hermoso lenguaje a las que estamos acostumbrados desde hace algún tiempo; hará echar de menos las últimas reuniones, en las que hemos tenido la buena fortuna de oír a los señores Daussy, Moullart, Badoureay, Froment, Lenoël, de Puyraimond, Thorel, Dubois, Lenel, Leleu, Blanchard, Grenier, Corentin Guyho, el abate Francqueville…, y olvido a los mejores.

Y, a este respecto, ¿quieren permitirme expresar aquí lo que pienso? En la actualidad, se tiende a los discursos de recepción de tesis como se tiende a las obras de teatro y a las novelas de tesis. Sin duda, algunos reciben con eso un visible placer. Pero ¿no supone desviarse del objetivo, y no ocurre en las solemnidades de nuestra verdadera abuela, la Academia Francesa? Allí, el recipiendario tiene por misión contar la obra del inmortal difunto cuyo puesto

viene a ocupar, y el inmortal vivo que lo recibe tiene por misión contar la obra del recipiendario, invitándole a sentarse en el sillón vacante. Se vuelve a presentar al público al que se ha ido, y se presenta al que llega inspeccionando su bagaje artístico, científico o literario. Esta operación de aduana parece conforme con la regla que quiere que los personajes queden nítidamente colocados al principio. Pienso pues, sin usurpar los secretos del futuro, que volveremos a esas justas y sanas tradiciones del pasado.

Pero esta noche, ya que me está permitido dejarme llevar por mi fantasía, en mi calidad de viejo narrador, voy, si lo permiten, a contar una historia. Me disculparán, señores, si está mal dicha, y será tanto peor para el recipiendario si no le gusta. Después de todo, es culpa suya, y sólo deberá arremeter contra sí mismo.

Había una vez un chiquillo que vivía en una vieja casa de la calle de los Clairons, en la parroquia Saint-Leu, uno de los barrios más antiguos de Amiens. Esto ocurría hacia 1850. Nuestra ciudad no era entonces lo que hoy es, y tal como nuestro muchacho ha contribuido a embellecerla en buena parte. En la época de que hablo tenía a lo sumo cuatro años. Si hay niños que parecen, por lo serios que son, haber nacido con cincuenta —por lo que no hay motivo para felicitarlos—, nuestro hombrecito era de su edad, espabilado, vivo, despierto, un verdadero chiquillo picardo. Su personalidad ya se manifestaba por una inteligencia aguda, una imaginación penetrante, un espíritu abierto y curioso, una precoz habilidad manual. Parecía incluso tener la vocación de construir sobre todo escaleras. ¿No era eso el instinto de alguien que aspira a subir en la vida?

Este chiquillo tenía un tío, el tío Douillet, excelente hombre muy obstinado, que era albañil, pero albañil que construía, albañil como no los hay. ¡Y qué enemigo nato de los arquitectos, de los que hablaba en términos sucios y ultrasubidos de tono cuando el «morapio» le soltaba la lengua! Este tío —más bien un tío del Limosín que un tío de América— trabajaba duro en su oficio. Estaba orgulloso de su trabajo. Por eso, pensó que lo mejor sería impulsar a su sobrino hacia la albañilería después de haberle hecho dar la instrucción que a él le faltaba, ya que sus estudios escolares se habían detenido en la primera letra del alfabeto.

¡Ah!, ¡si hubiera sabido que alimentaba una serpiente en su seno, una serpiente viva, ágil, bajo cuya piel ya se agitaba un futuro arquitecto!…

Esa serpiente era Émile Ricquier.

Así pues, nuestro héroe fue enviado a la escuela primaria, y, el día en que su tío lo llevó a ella por primera vez, ¿tuvo el buen hombre el presentimiento

de que su sobrino acabaría mal?

En resumen, el nuevo estudiante aprendió a leer, a escribir, a contar, luego pasó al curso superior dirigido por el honorable hermano Balsémis, y, a la edad de nueve años, empezó el estudio del dibujo bajo la dirección del señor Letellier[147]. Buen alumno, de humor muy espontáneo, era de esos niños decididos que no se entretienen en el camino porque presienten que tendrán un largo camino por recorrer.

Cuando su sobrino cumplió catorce años, el tío Douillet consideró que ya sabía bastante, quizá demasiado. Lo recuperó para convertirlo en un albañil. Pero poner ladrillos y piedras unos sobre otras, construir paredes, elevar aguilones, no satisfacía las aspiraciones del joven aprendiz. Mientras amasaba el mortero, se sentía atraído hacia el modelado y la escultura. La ambición apuntaba en el muchacho, tallado con fuerza, construido con cal y arena, y al que hoy vemos con su cabeza de galo de los tiempos druídicos, con su cabellera a lo Kléber[148], que, como ustedes saben, había sido arquitecto antes de convertirse en general de los ejércitos de la República.

Y, palabra, unos años más tarde, sin decirle nada a su tío, totalmente decidido a subir escalones distintos de los que tienen los andamios, fue a llamar a la puerta de los grandes caletres de la época, los Pinsard[149], los Antoine, los Pigou. Penetró en esos santuarios cerrados hasta entonces para él; vio planos colgados de las paredes, diseños desarrollados sobre las mesas, todo un arsenal de herramientas, reglas, escuadras, compases, tiralíneas, que provocaban en su mano el deseo de manejarlas… Y un día se atrevió a proponer al tío Douillet que licitase algunos trabajos… ¡Dejo que adivinen ustedes cómo fue acogido por el intransigente de la calle de los Clairons! Pero el aprendiz que quería llegar a ser maestro no era de un carácter que se echase atrás. Sólo tenía que tomar una decisión, y muy sencilla: hacer lo que hace cualquier joven que tiene sangre en las venas, ideas en la cabeza y cuarenta francos en el bolsillo; abandonar la provincia, sin perjuicio de volver, ir a París, sin perjuicio de no quedarse en esa villa.

Así pues, nuestro ambicioso picardo está en camino, llevando consigo, como Bías[150], el más sabio de los Siete Sabios de Grecia, toda su fortuna. Ya ha llegado al centro de esa Ciudad Luz, que atrae, deslumbra y quema a veces a tantas mariposas provincianas. Pero ante todo tenía que trabajar puesto que tenía que vivir. Pues bien, lo que el pequeño Riquier había aprendido bajo la férula de su tío le vino de perlas. Mozo carpintero, no tarda en ganar sus tres francos y medio diarios, y como solador entre seis y siete francos, unas veces en las obras de los Mercados centrales, otras en las de la

estación de Estrasburgo; luego se convierte en ayudante de aparejador con uno de los empresarios de la nueva Ópera. Gran paso adelante: ya no es sólo el obrero que cose el traje, es el que lo corta. Tras dieciocho meses fructíferamente empleados en esas distintas obras, vuelve a Amiens, donde el tío Douillet le gratifica con más maldiciones que ladrillos había alineado durante toda su carrera.

No consigue nada. El sobrino se niega obstinadamente a coger de nuevo la llana y declara que va a presentarse en el despacho de uno de los arquitectos de la ciudad. Su buena fortuna le lleva hasta las oficinas del señor Pinsard, uno de los más ocupados de entonces, uno de los más estimados siempre por nuestros conciudadanos. Allí, durante varios años, en calidad de director de trabajos, dirige los del Hospicio, de la casa Duflos, de la fábrica Cosserat, del hospicio de Péronne, y otros cuya enumeración resultaría demasiado larga.

Estalla la funesta guerra de 1870, y, si nuestro joven amienense no debe convertirse en general como Kléber, al menos como guardia móvil y soldado del cuerpo de ingenieros cumple concienzudamente con su deber durante el asedio.

Pero Émile Ricquier, señores, no se olvidó de su ciudad natal. Se siente unido a ella por estrechos lazos, llamado por la voz de la sangre. No es de esos provincianos que creen, como los parisinos, que París es toda Francia. Ya lo tenemos recorriendo la ruta picarda. Tiene prisa por ver de nuevo su vieja Samarobriva[151]. Se ha prometido estrechar contra su corazón al primer amienense que vea…, y es precisamente el tío Douillet, con la cara a la vez blanca de cal y roja de cólera, cuyo brazo maldiciente se tiende hacia él desde lo alto de un andamio… El culpable baja los ojos, vuelve la cabeza y se pierde en medio de los barrios de las afueras como un indio a través de los bosques del Nuevo Mundo. Días después aceptaba las funciones de agrimensor con el señor Pinsard.

Émile Ricquier tiene treinta años, y le parece que ha llegado la hora de dejarse llevar por su propio vuelo. Sus alas, que habían empezado a crecer bajo su blusa, no piden más que desarrollarse bajo la levita. Se siente maduro para la lucha de la vida. Ha aprovechado las lecciones de sus maestros de París y de Amiens. El arquitecto que hay en él rompe su capullo de crisálida. Los trabajos pueden llegar, y llegan —entre otros la importante casa del banquero Monchaux, en la calle Saint-Jean-des-Prés, en Abbeville, muchas escuelas en los departamentos del Somme y del Pas-de-Calais, el elegante campanil del palacio Vagniez-Fiquet[152]. En realidad, el joven patrón no tiene un momento para sí mismo. Recorre la ciudad y el campo; es ardiente,

es activo, es infatigable, trabaja con las dos manos, mientras empuja con los codos para hacerse un sitio—, lo que le ha atraído algunos rencores, si creemos los rumores del bulevar.

No importa, está en el buen camino, señores, el camino que lleva al éxito. Sus oficinas están organizadas, los alumnos se instruyen bajo la dirección del que ha aprendido de forma tan estudiosa todos los grados de su arte. Pero, hasta hoy, no ha sido consagrado por el éxito de los concursos públicos. Se arriesga, y hace bien arriesgándose. En 1879 un proyecto de palacio le vale una mención honorable; en 1880, el plano de la escuela de Moreuil le vale una tercera medalla; en 1881, a raíz de un concurso para la construcción de una Escuela normal de magisterio, se le adjudica el primer premio, lo cual nos ha valido su primer monumento.

Y esta vez, si el tío Douillet no reniega de él, el muchacho que es la vergüenza de la familia, es porque el digno albañil ya no es de este mundo. Pero, desde el fondo de su tumba, ¡con qué maldiciones póstumas no debió de abrumar a su sobrino cuando éste fue nombrado arquitecto jefe del departamento!

¿Qué añadiré, señores, para completar este *curriuculum vitae*, como dicen los anuncios académicos? Los encargos afluyen de ahora en adelante. En 1883, designado por el alcalde, el señor Alphonse Fiquet, Émile Ricquier construye el Palacio de Correos de acuerdo con los planos de la Administración central. El departamento no le basta, y lo desborda. Lo llaman a Roubaix, donde hace importantes trabajos, al Calvados, donde construye escuelas, casas, fábricas. Amiens, es cierto, sigue siendo el principal teatro abierto a su devoradora actividad. Aquí levanta la casa de la calle Lemâtre, de ese estilo Renacimiento moderno tal como lo hubieran comprendido los arquitectos entre los siglos XVI y XIX. Allí surge esa curiosa vivienda flamenca de la calle Laurendeau. En 1885 es la rectificación de la fachada del Liceo femenino, reclamada en nombre del buen gusto, ¡y qué lamentable, sea dicho de pasada, que nuestras reclamaciones hayan fracasado cuando se trataba de rectificar la orientación de la nueva iglesia Saint-Rémy!

En 1886, señores, si uno de ustedes se hubiera encontrado en Turín, después en Londres, luego en Colonia, habría podido recibir un buen apretón de manos de su futuro colega, uno de esos apretones de mano que te aprietan los dedos como las mordazas de un torno, y de eso yo sé algo. Trabajando entonces para hacer los planos del asilo de Dury, Émile Ricquier había querido inspeccionar establecimientos similares de Inglaterra, de Italia, de Alemania, y fueron esos planos enviados a la Exposición de 1889 en el

apartado de higiene los que le ganaron la medalla de plata especial de esa clase. Estaba dado el impulso para las grandes obras de nuestra ciudad. En esa época, el salón cuadrado y las nuevas salas de pintura y de escultura, tan felizmente conquistadas al patio del edificio, contribuían a la terminación definitiva del Museo de Picardía. Luego, el Circo Municipal empezaba a levantarse en la plaza Longueville, y, gracias al enérgico impulso del alcalde, el señor Frédéric Petit[153], el arquitecto amienense dotó a Amiens de un monumento notable, uno de los más admirados en este género, y que aún no se ha derrumbado a pesar de siniestros pronósticos, ni siquiera sobre la cabeza de sus detractores.

En fin, señores, ustedes han podido juzgar el poderoso esfuerzo de ciencia y de inspiración artística que pone de manifiesto el trabajo que ha presentado en esta sesión, ese trabajo al que ha consagrado muchos meses y muchos viajes, que le ha obligado a escudriñar los archivos de Nîmes, de Marsella, de Verona, de Roma; y, como yo, pensarán que esa restauración del anfiteatro de Arles contará en la obra de Émile Ricquier, en quien el arqueólogo acompaña al arquitecto.

Señores, hasta el siglo XV, todo poeta fue albañil, ha dicho Victor Hugo, y todo arte empezó por la construcción, dijo Eugène Pelletan[154]. Este arte de la arquitectura, que fue la base y el marco de los demás, ¿no es el que exige la mayor cantidad de imaginación? Él es la poesía del mundo de los cuerpos, de las formas inanimadas, siguiendo la magnífica expresión de Alphonse de Lamartine. Y, además, como la pintura y la escultura, ¿no se dirige al primero de nuestros sentidos, a ese órgano de la vista que sólo se deja impresionar por las partículas tan sutiles del éter, cuando el oído necesita las vibraciones más materiales y menos delicadas de las moléculas atmosféricas? Saludemos, pues, en la arquitectura la primera y más brillante manifestación del arte sobre la tierra. De creer a Vitruvio[155], primitivamente se modeló a imitación del cuerpo humano —por el orden dórico, que expresaba la sencillez desnuda y descuidada del hombre—, por el orden jónico —que reproducía el adorno más rebuscado de la mujer—. Cierto, el tocado femenino se modificó de manera singular después de Cadmo[156], ¡aunque sólo sean esas interminables colas con que nuestras elegantes alargan la falda de hoja de palmera de nuestra gran madre Eva!

En un admirable capítulo, señores, Victor Hugo emitió la opinión de que la invención de la imprenta, al cambiar la forma del pensamiento, iba a cambiar el modo de expresión. Hasta el siglo XV, la arquitectura había sido el gran libro de la humanidad. El primer alfabeto fue el alfabeto de las piedras.

Se formaban palabras acoplándolas, líneas yuxtaponiéndolas, páginas superponiéndolas, libros reuniéndolas bajo un símbolo común. Leed al poeta, y veréis con qué maestría amontona sobre este tema metáforas sobre metáforas. Pero además dice: Esto matará aquello, y parece que los siglos le han desmentido hasta cierto punto. La imprenta no ha matado a la arquitectura. Las letras se han modificado, eso es todo. Ya no se escribe con pirámides, con templos, con catedrales, con casas solariegas; se escribe con iglesias, con viaductos, con estaciones, con escuelas, con puentes, con hospicios, con fábricas, y, si el arte ha podido perderse en ellos, la humanidad ha ganado al menos en bienestar y en progreso social. Cada época tiene su característica, y, si los Vitruvio, los Alberti, los Palacio, los Vignola, los Delorme[157] volvieran a este bajo mundo, añadirían, a la solidez y a la belleza que constituían el arte de su tiempo, la apropiación práctica, de la que el confort moderno no podría prescindir.

Es eso lo que distingue muy felizmente su obra, señor. Ya tiene usted una página muy llena en el libro ilustrado de la ciudad amienense. Al reunirla a las que muchos de sus colegas han escrito con tanta elegancia, el conjunto terminará formando un bello volumen, con la benevolencia de las municipalidades. Permítame decir que me siento tan feliz por mi ciudad de adopción que estamos encantados de contarle entre los miembros de nuestra Academia.

Señores, ya conocen ustedes el viejo adagio latino:

Non est vivere sed valere vita[158].

Pues bien, vale por sí mismo y nada más que por sí mismo aquel que, niño todavía, jugaba a construir, y que se ha convertido en el arquitecto jefe del departamento del Somme. Por eso, señor, en esta compañía, donde nos reúne el gusto común por las letras, las ciencias y las artes, encontrará la mejor acogida, pues, para terminar con esa frase tan gastada a fuerza de haber sido utilizada: si usted es hijo de sus obras, de lo que tiene derecho a estar orgulloso, también es su padre, doble parentesco que no siempre se encuentra, y que merece nuestras más calurosas felicitaciones.

ANTICIPACIONES



UNA CIUDAD IDEAL[159]

Señoras y señores:

Permítanme faltar a todos los deberes de un director de la Academia de Amiens, que preside una sesión general, al sustituir el acostumbrado discurso por el relato de una aventura que es personal. Me disculpo por adelantado, no sólo ante mis colegas, cuya benevolencia nunca me ha faltado, sino también ante ustedes, señoras y señores, cuyas expectativas van a quedar frustradas.

A principios del mes pasado asistía yo al reparto de premios del liceo. Allí, sin dejar mi asiento, guiado por el señor profesor Cartault, que luego se ha convertido en colega nuestro, di un paseo por el viejo Amiens, tan maravillosamente poetizado por el hábil lápiz de los Duthoit[160]. De esta excursión a través de la pequeña Venecia industrial que los once brazos del Somme forman en el norte de la ciudad, sólo me habían quedado excelentes recuerdos. Volví a casa, en el bulevar Longueville, cené, me acosté y me dormí.

Hasta aquí, nada que no sea muy normal, y es probable que, ese día, todas las personas virtuosas se hayan comportado de la misma forma, que es la buena.

Tengo la costumbre de levantarme temprano. Pero, por una circunstancia que no habría podido explicar, no me desperté al día siguiente sino muy tarde. La aurora había sido más matutina que yo. ¡Debía de haber dormido quince horas por lo menos! ¿De dónde venía aquella prolongación de sueño? ¡Al acostarme, no había absorbido ningún soporífico! ¡Ni había cerrado los ojos sobre la lectura de un discurso oficial cualquiera!…

Sea como fuere, el sol ya había pasado el meridiano cuando me levanté. Abrí la ventana. Hacía buen tiempo. ¡Creía que era miércoles!… Era domingo, evidentemente, porque una multitud de paseantes atestaba los bulevares. Me vestí, desayuné en un santiamén, y salí.

Durante toda la jornada, señoras y señoras, yo debía «ir de sorpresa en sorpresa», por recordar uno de los raros juegos de palabras que hizo Napoleón I.

Ustedes van a juzgarlo.

Apenas había puesto el pie en la acera, fui asaltado por una nube de chiquillos que gritaban: «¡El programa del concurso! ¡Quince céntimos! ¿Quién quiere el programa?».

—Yo —dije, sin pensar demasiado en lo que ese gasto podía tener de excesivo.

Y es que, en efecto, la víspera yo había abonado en la caja del recaudador de contribuciones el montante de mis cuotas personal y mobiliaria. Y, en verdad, como a tantos otros, se me aprecia de manera tan singular mobiliaria y personalmente que el premio de aquel programa amenazaba con consumar mi ruina.

—¡Ah, eso! —pregunté a uno de aquellos divertidos jóvenes que me rodeaban—, ¿de qué concurso se trata?

—¡Del concurso regional, mi príncipe! —me respondió uno de ellos—. Hoy es el último día.

Y tras esto, toda la bandada echó a volar.

Me quedé sólo con mi principado de ocasión, que por otra parte sólo me costaba tres sous.

Pero ¿en qué consistía aquel concurso regional? Si mis recuerdos no me engañaban, debía estar cerrado desde hacía dos meses. Era evidente que el chiquillo me había engañado vendiéndome un programa viejo.

Sea como fuere, me tomé la cosa con filosofía y proseguí mi camino.

Al llegar a la esquina de la calle Lemerchier, cuál no sería mi sorpresa cuando vi que esa calle se extendía más allá de los límites de la mirada. Ahora veía una larga serie de casas, las últimas de las cuales desaparecían detrás de la elevación de la costa. ¿Me encontraba, pues, en Roma, en la entrada del Corso? Este Corso, ¿reunía los nuevos bulevares? Allí había crecido un barrio, como un criptograma, con sus palacetes y sus iglesias, ¿y eso en el espacio de una sola noche?

Debía de ser así, porque vi ómnibus[161], ¡sí, ómnibus! —línea F. de Notre-Dame a los Réservoirs— que subían la calle con su carga de viajeros

«Pardiez —me dije—, voy a preguntar al encargado del fielato qué significa todo esto».

Me dirigí hacia el puente que uno de nuestros antiguos colegas lanzó de forma tan elegante por encima del ferrocarril de la Compañía del Norte.

El encargado, ¡ausente! ¿Por qué aquella ausencia? ¿Es que el fielato habría sido trasladado desde ayer al nuevo recinto de los bulevares? Lo sabré. Si ya no hay encargado en el extremo sur del puente, al menos hay un buen pobre en el extremo norte, y ese buen hombre me dirá…

Avancé. Un tren pasaba avanzando a poca velocidad. El mecánico estremecía el aire con sus silbidos y purgaba sus cilindros con un estrépito ensordecedor.

Fue una ilusión de mis ojos, pero me parece que los vagones estaban construidos a la americana, con pasarelas que permitían a los viajeros circular de un extremo a otro del tren. Traté de leer las iniciales de la compañía que están pintadas en los tableros de los coches; pero en lugar de la N de Norte, vi las P y F de Picardía y Flandes. ¿Qué significaba esa sustitución de letras? Por casualidad, ¿había absorbido la pequeña Compañía a la grande? ¿Es que ahora tendríamos vagones calientes, incluso cuando hace frío en el mes de octubre, contrariamente a las disposiciones reglamentarias? ¿Es que tendríamos compartimentos limpiamente libres de polvo? ¿Es que se entregarían billetes de ida y vuelta, como durante el buen tiempo, entre Amiens y París?

Tales fueron las principales ventajas de la absorción de la Compañía del Norte por la Compañía de Picardía y Flandes, que ante todo se presentaron a mi mente. Pero no podía detenerme en aquellos detalles de una inverosimilitud tan absoluta. Corrí al extremo del puente…

¡Ni un buen pobre! El hombre de los pies desnudos y barba blanca, que funciona con una velocidad de cincuenta sombrerazos por minuto, ya no estaba allí.

Habría creído cualquier cosa, señoras y señores, sí, cualquier cosa, antes que en la desaparición de aquel buen pobre. ¡Me parecía que formaba parte integrante del puente! ¡Ah!, ¿por qué no estaba allí, en su puesto habitual? Dos escaleras de piedra, de doble revolución, reemplazaban ahora los caminos de cabras que, todavía ayer, daban acceso a los jardines, y con la afluencia popular que las subía y las bajaba, ¡qué recaudación no hubiera hecho aquel buen pobre!

El sou que yo pensaba depositar en su sombrero se me cayó de las manos. Al tocar el suelo, aquel sou produjo un sonido metálico, como si hubiera golpeado un cuerpo duro, y no la tierra blanda del bulevar.

Miré. ¡Una calzada, pavimentada con cubos de pórfido, cortaba transversalmente el paseo!

¡Qué cambio! ¿No merecía mejor el nombre de «pequeña Lutecia[162]» aquel rincón de Amiens? ¡Cómo! ¿No podría pasar por allí, los días de lluvia, sin empantanarse hasta la pantorrilla? ¿No se volvería a chapotear en aquel barro arcilloso, tan detestado por los indígenas de Henriville[163]?

¡Sí! Fue con voluptuosidad como golpeé con el pie aquel pavimento municipal, preguntándome, señoras y señores, si, gracias a alguna nueva revolución, los alcaldes eran nombrados desde ayer por el ministro de obras públicas.

¡Y eso no era todo! ¡Ese día, los bulevares habían sido regados a una hora juiciosamente escogida ni demasiado pronto —ni demasiado tarde—, lo que no permitía al polvo asentarse ni al agua derramarse, en el momento en que afluían los paseantes! Y las contra avenidas, asfaltadas como las de los Campos Elíseos de París, presentaban un suelo agradable al pie. ¡Y había dobles bancos con respaldo entre cada árbol! ¡Y esos bancos no estaban contaminados por la falta de educación de los niños y el descaro de las nodrizas! ¡Y cada diez pasos, candelabros de bronce llevaban sus elegantes linternas hasta el follaje de los tilos y los castaños!

—¡Señor! —exclamé—, si estos bellos paseos están ahora tan bien iluminados como bien mantenidos, si algunas estrellas de primera magnitud brillan en lugar de esos pabilos amarillentos del gas del tiempo pasado, todo va mejor en la mejor de las ciudades posible.

Era enorme la afluencia de gente en los bulevares. Magníficos carruajes, unos llevados a lo Daumont[164], otros con grandes riendas, rodaban por la calzada. Me costó bastante pasar. Pero, cosa extraña, ya no reconocía a nadie entre aquellos magistrados, aquellos negociantes, aquellos abogados, aquellos médicos, aquellos notarios, aquellos rentistas que yo había tenido el placer de ver los días de música; entre aquellos oficiales ya no había ninguno que fuera del 72º, sino que eran los del 324º, cubiertos con un chacó[165] de nuevo modelo; ¡ninguna, entre aquellas bellas damas tan indolentemente sentadas en sillones de láminas elásticas!

Y, en realidad, ¿quiénes eran aquellas maravillosas que se pavoneaban en las contra avenidas, adelantándose, con las fantasías de sus tocados, a las últimas modas que yo había visto en París? ¡Qué ahuecadores con flores artificiales, que parecían ramilletes colocados, quizá algo bajos, por debajo de la cintura! ¡Qué largas colas, montadas sobre unas ruedecillas de metal que murmuraban deliciosamente sobre la arena! ¡Qué sombreros, con lianas entremezcladas, plantas arborescentes, pájaros de los trópicos, serpientes y jaguares en miniatura, de los que un bosque de Brasil sólo hubiera dado una

idea imperfecta! ¡Qué moños, de un volumen tan molesto y de un peso tan considerable que aquellas elegantes se veían obligadas a llevarlos en un cuévano de mimbre, adornado, por otra parte, con un gusto irreprochable! ¡En fin, qué polonesas[166], cuyas combinaciones de pliegues, de cintas y de encajes, me hubieran sido menos fáciles de reconstruir que la misma Polonia!

Permanecía allí, inmóvil. Toda aquella gente pasaba delante de mí como un cortejo de comedia fantástica. Observé que ya no había ni muchachos por encima de los dieciocho años, ni muchachas por encima de los dieciséis. ¡Sólo parejas casadas dándose amorosamente el brazo, y un pulular de niños como quizá no se haya visto nunca desde que las poblaciones se multiplican siguiendo la ley del Altísimo!

«¡Señor —volví a exclamar—, si los niños consuelan de todo, Amiens es con toda seguridad la ciudad de las consolaciones!».

De repente, se dejaron oír unos acordes extraños. Sonaban los clarines. ¡Me dirigí hacia el carcomido estrado que, desde tiempo inmemorial, tiembla bajo el pie de los directores de música!

En lugar del citado estrado se alzaba un elegante pabellón coronado por una ligera veranda del aspecto más encantador. Al pie del pabellón se extendían amplias terrazas, cuyas salidas daban al mismo tiempo al bulevar y a los jardines, más abajo. El subsuelo estaba ocupado por un magnífico café de un lujo ultramoderno. Me froté los ojos preguntándome si por fin se había hecho realidad el proyecto Féragu[167] para gran alegría de este valiente artista, y si había sido en el breve espacio de una noche, bajo la influencia de una varita mágica.

Pero no me interesaba buscar la explicación de hechos absolutamente inexplicables, que pertenecen al terreno de la fantasía. La música del 324º tocaba un fragmento que no tenía nada de humano, ¡pero tampoco nada de celestial! ¡Allí, todo estaba cambiado también! ¡Ningún corte musical en las frases, ningún ímpetu! ¡Nada de melodía, nada de compás, nada de armonía! Lo enrevesado sobre lo inconmensurable, hubiera dicho Victor Hugo. ¡Wagner quintaesenciado! ¡Álgebra sonora! ¡El triunfo de las disonancias! ¡Un efecto semejante al de los instrumentos que se ajustan en una orquesta, antes de que den los tres golpes[168]!

¡A mi alrededor, los paseantes, detenidos por grupos, aplaudían como yo nunca había visto aplaudir más que en los ejercicios de gimnastas!

—¡Pero si es la música del futuro! —exclamé a pesar mío—. ¿Estoy entonces fuera del presente?

Era como para creerlo, porque, al acercarme a la pancarta que contenía la nomenclatura de los fragmentos, leí este título asombroso:

«¡N.º 1 - Ensoñación en la menor sobre el
Cuadrado de la hipotenusa!».

Yo mismo empecé a preocuparme. ¿Estaba loco? Si no lo estaba, ¿iba a volverme loco? Me puse a huir, con las orejas sangrándome. ¡Necesitaba el aire, el espacio, el desierto y su absoluto silencio! ¡La plaza Longueville no estaba lejos! ¡Tenía prisa por volver a encontrarme en ese pequeño Sahara! Eché a correr…

Era un oasis. Grandes árboles derramaban una sombra fresca. Tapices de verdor se desplegaban en ella bajo los macizos de flores. El aire estaba embalsamado. Un bonito riachuelo murmuraba a través de toda aquella vegetación. La náyade sedienta de los antiguos días chorreaba un agua límpida. Si no hubiera estado dispuesto con demasiada destreza, el estanque habría desbordado e inundado desde luego la ciudad. Aquello no era agua de comedia, de delgado vidrio o de gasa pintada. ¡No! Era la combinación química del hidrógeno y del oxígeno, un agua fresca y potable, en la que pululaban millares de pececillos que, todavía ayer, no habrían podido vivir allí ni siquiera una hora. Mojé mis labios en aquella agua, que hasta entonces se había negado a todo análisis, y me habría parecido azucarada, señoras y señores, sí, en el estado de exaltación en que me hallaba, todo aquello me hubiera parecido natural.

Miré por última vez a la húmeda náyade, como se mira un fenómeno, y dirigí mis pasos hacia la calle de Rabuissons, preguntándome si esa calle aún existía.

En cualquier caso, a la izquierda se alzaba un vasto monumento de forma hexagonal, con una magnífica entrada. Era a la vez un circo y una sala de conciertos lo bastante grande para permitir al Orfeón, a la Sociedad Filarmónica, a la Armonía, a la Unión Coral y a la Fanfarria Municipal de Zapadores-Bomberos voluntarios, fusionar allí sus acordes.

En aquella sala —se la oía de sobra—, una inmensa multitud aplaudía como para hacerla derrumbarse. Fuera se extendía una larga cola a través de la que se propagaba el entusiasmo del interior. En la puerta campeaban gigantescos anuncios, con este nombre en letras colosales:

PIANOWSKI
pianista del emperador
de las islas Sandwich

Yo no conocía ni a ese emperador ni a su virtuoso habitual.

—¿Y cuándo ha llegado Pianowski? —pregunté a un diletante, reconocible por el extraordinario desarrollo de sus orejas.

—No ha llegado —me respondió aquel indígena, que me miró con un aire bastante sorprendido.

—Entonces, ¿cuándo vendrá?

—No vendrá —replicó el diletante.

Y, esta vez, tenía perfectamente el aire de decirme: Pero usted, ¿de dónde viene usted?

—Pero si viene —dije yo—, ¿cuándo dará su concierto?

—Lo está dando en este momento.

—¿Aquí?

—¡Sí, aquí, en Amiens, al mismo tiempo que en Londres, Viena, Roma, San Petersburgo y Pekín!

«¡Ah —pensaba yo—, toda esta gente está loca! ¿No habrán dejado escaparse a los pensionistas del manicomio de Clermont?».

—Señor —proseguí…

—Pero, señor —me respondió el diletante encogiéndose de hombros—, lea el cartel. ¿No ve que este concierto es un concierto eléctrico?

Leí el cartel… En efecto, en aquel mismo momento, el célebre machacador de marfil, Pianowski, tocaba en París, en la sala Hertz; pero, por medio de hilos eléctricos, su instrumento estaba en comunicación con pianos de Londres, Viena, Roma, San Petersburgo y Pekín. Por eso, cuando golpeaba una nota, la nota idéntica resonaba en el teclado de esos pianos lejanos, cada una de cuyas teclas era movida de forma instantánea por la corriente eléctrica.

Quise entrar en la sala. Me fue imposible. ¡Ah!, no sé si el concierto era eléctrico, pero puedo jurar que los espectadores sí estaban electrizados.

¡No, no! ¡Ya no estaba en Amiens! No era en esa sabia y seria ciudad donde pasaban cosas como aquéllas. Quise saber a qué atenerme y me precipité en lo que debía ser la calle de Rabuissons.

¿Estaba allí la Biblioteca? ¡Sí, y en medio del patio, el Lhomond[169] de mármol seguía amenazando a los transeúntes que no conocían su gramática!

¿Y el Museo? ¡Allí estaba! Con sus N coronadas que se empeñaban en reaparecer bajo las raspaduras municipales.

¿Y el palacio del Consejo general? Sí, con su monumental puerta, por la que mis colegas y yo solemos pasar los segundos y los cuartos viernes de cada mes.

¿Y el palacio de la prefectura? ¡Sí, con su bandera tricolor roída por las brisas del valle del Somme, como si hubiera estado en el combate con el valiente 324º!

Reconocí esos palacios. ¡Pero cuánto habían cambiado las casas! ¡Aquella calle de Rabuissons tenía un falso aire de bulevar Haussmann! Me sentía indeciso, ya no sabía qué creer… Cuando llegué a la plaza Périgord, ya no tuve la menor duda.

En efecto, una especie de inundación había invadido la plaza. El agua brotaba de los adoquines, como si algún pozo artesiano se hubiera abierto en el suelo.

—¡El conducto de agua! —exclamé—. El grueso conducto que revienta ahí todos los años, con una regularidad matemática. ¡Sí, estoy en Amiens, y en el corazón mismo de la vieja Samarobriva!

Pero entonces, ¿qué ha ocurrido desde ayer? ¿A quién preguntarle? ¡Ya no conozco a nadie! Aquí estoy como un extranjero. Sin embargo es imposible que en la calle de los Trois-Cailloux siga sin encontrar a nadie a quien hablar.

A la izquierda, un magnífico teatro, muy separado de las casas vecinas, con una amplia fachada, en esa arquitectura polícroma que con tanta imprudencia ha puesto de moda Charles Garnier**[170]**. Un peristilo, dispuesto de forma confortable, daba acceso a las escaleras que subían a la sala. Nada de esas barreras incómodas, de esas estrechas alamedas de laberinto que, todavía la víspera, servían para contener a un público por desgracia demasiado insuficiente. En cuanto a la vieja sala, desaparecida, y sus despojos debían estar vendiéndose sin duda en el mercado de la *réderie* como vestigios de la edad de piedra**[171]**.

Luego, cuando volví la espalda al teatro, en la esquina de la calle de los Corps-nuds-sans-tête, mis miradas se vieron atraídas por una tienda deslumbrante. Escaparate en madera esculpida, espejos de Venecia protegiendo un muestrario espléndido, objetos decorativos de gran valor, cobres, esmaltes, tapices, porcelanas que me parecieron absolutamente modernos, aunque estuvieran expuestos allí como productos de la más venerable antigüedad. Aquella tienda era un verdadero museo, mantenido con una limpieza flamenca, sin una sola telaraña en sus vitrinas, sin un solo grano de polvo en su suelo. En el remate de la fachada, sobre una placa de mármol negro, en letras lapidarias, se desplegaba el nombre de un célebre revendedor amienense, nombre absolutamente contradictorio, por lo demás, con su género que consiste en vender vasijas rotas.

Algunos síntomas de locura empezaron a manifestarse en mi cerebro. No pude seguir mirando. Emprendí la fuga. Atravesé la plaza Saint-Denis. Estaba adornada por dos fuentes resplandecientes, y sus árboles seculares derramaban su sombra sobre un Du Cange[172], ya verdecido bajo la pátina de los tiempos.

Corrí como un loco subiendo la calle Porte-Paris.

En la plaza Montplaisir se mostró a mis ojos un considerable monumento. En los cuatro rincones, las estatuas de Robert de Luzarches, de Blasset, de Delambre y del general Foy[173]. En las caras del pedestal, bustos y medallones de bronce. Encima, una mujer sentada, representando la estatuaria con esta leyenda: ¡La Escultura a las Ilustraciones Picardas!

¡Cómo! La obra de nuestro colega el señor de Forceville[174] descansaba por fin sobre un zócalo municipal. Era increíble.

Me lancé por el bulevar Saint-Michel. Consulté el reloj de la estación. ¡Sólo iba a cuarenta y cinco minutos! ¡Qué progreso! Finalmente me precipité como una avalancha en la calle de Noyon.

Allí se alzaban dos palacios que no conocía, que no podía conocer. A un lado vi el palacio de la Sociedad Industrial, con sus pabellones ya viejos, soltando por una alta chimenea los vapores que hacían mover, sin duda, los admirables oficios-compositores de Édouard Gand[175] sueño al fin realizado de nuestro sabio colega. En el otro lado se alzaba el palacio de Correos, magnífico edificio que contrastaba singularmente con la tienda húmeda y oscura donde, la víspera, después de veinte minutos de espera, yo había conseguido recoger una carta a través de una de esas estrechas ventanillas tan propicias a las tortícolis.

¡Fue un último golpe contra mi pobre cerebro! Escapé por la calle Saint-Denis. Pasé delante del Palacio de Justicia… ¡Cosa increíble! Me sentía totalmente agotado, pero la sala del tribunal de apelación seguía funcionando en los desvanes. Llegué a la plaza Saint-Michel… Pierre L'Hermite[176] aún seguía allí, llamándonos a alguna nueva cruzada. Lancé una mirada oblicua a la catedral… El campanil del ala derecha estaba reparado, y la cruz de la inmensa flecha, en el pasado doblada por las ráfagas del viento del oeste, se erguía con la rectitud de un pararrayos. Me precipité en la plaza del pórtico… Ya no era un estrecho callejón sin salida, con sus horribles casuchas, sino una plaza amplia, profunda, regular, bordeada por bellas casas, y que permitía dar el último toque el magnífico espécimen del arte gótico del siglo XIII.

¡Me pellizqué hasta hacerme sangre! Un grito de dolor escapó de mis labios, demostrándome que estaba completamente despierto. Busqué en mi

cartera. Comprobé el nombre que llevaban mis tarjetas de visita. ¡Era desde luego la mía! ¡Era desde luego yo mismo, y no un señor que hubiera llegado en línea recta desde Honolulú, para caer en plena capital de la Picardía!

«Veamos —me dije—, no hay que perder la cabeza. ¡O Amiens ha sido modificada radicalmente desde ayer, y esto es inadmisible, o ya no estoy en Amiens!… ¡Vamos! ¿Y el conducto que ha reventado en la plaza Périgord? Por otra parte, el Somme sólo está a dos pasos, y voy… ¡El Somme! Pero ¿es que alguien va a venir a decirme que ahora desemboca en el Mediterráneo o en el Mar Negro, que no tendré derecho a sorprenderme?».

En ese momento sentí que una mano se posaba en mi hombro. Mi primera sensación fue que de nuevo era detenido por mis guardianes. ¡No! Por la impresión de aquella mano reconocí que era la de un amigo.

Me volví.

—¡Eh!, buenos días, querido cliente —me dijo una voz afectuosa de un señor gordo, de cara redonda y alegre, todo vestido de blanco, y al que yo nunca había visto.

—Resumiendo, señor, ¿a quién tengo el honor de hablar? —pregunté dispuesto a acabar.

—¡Cómo! ¿No reconoce a su médico?

—Mi médico es el doctor Lenoël —respondí—, y…

—Lenoël —exclamó el hombre de blanco—. Vaya, querido cliente, ¿está usted loco?

—Si no lo estoy, señor, es usted quien lo está —respondí—. Así pues, ¡escoja usted!

Yo era muy honesto, ya que le dejaba elegir.

Mi interlocutor me miró atentamente.

—¡Hum! —dijo, y su alegre cara se ensombreció—, no me parece que tenga usted buena cara. ¡Ah, nada de eso, nada de eso! Tengo el mismo interés que usted en que se encuentre bien. Ahora no es como en los tiempos del doctor Lenoël y de sus contemporáneos, Alexandre, Richer, Peulevé, Faucon, estimables médicos, desde luego… Pero, desde entonces, ¡hemos progresado!…

—¡Ah! —dije yo— ¡han progresado!… ¿Curan entonces a sus enfermos?

—¡Enfermos! Si es que ya no tenemos enfermos desde que en Francia se han adoptado las costumbres chinas. Aquí es como si estuviera usted en China.

—¿En China? ¡No me sorprende!

—¡Sí! Nuestros clientes sólo nos pagan honorarios mientras gozan de buena salud. Que dejan de estar, bien, ¡la caja se cierra! ¡Por eso no estamos nada interesados en que caigan enfermos! Por lo tanto, ya no hay epidemias, o casi. Por todas partes una salud floreciente que nosotros mantenemos con un piadoso cuidado, como un granjero que tiene su granja en buen estado. ¡Enfermedades! Con ese nuevo sistema, los médicos se arruinarían, y, en cambio, todos ellos hacen fortuna.

—¿Ocurre lo mismo con los abogados? —pregunté sonriendo.

—¡Oh!, no. Como puede comprender, ya no habría nunca procesos, mientras que, hagamos lo que hagamos, sigue habiendo todavía algunas pequeñas enfermedades…, ¡sobre todo entre la gente avara, que quiere economizar a costa de nuestros honorarios! Veamos, querido cliente, ¿qué es lo que le pasa?

—No me pasa nada.

—¿Me reconoce usted ahora?

—Sí —contesté, para no contrariar al singular doctor que, por otra parte, bien podía tener razón contra mí.

—¡No le dejaré languidecer —exclamó—, porque usted me arruinaría! Veamos su lengua.

Le enseñé la lengua y, de veras, yo debía tener una expresión bastante lamentable.

—¡Hum, hum! —dijo, tras haberla examinado con lupa—, ¡lengua cargada! Su pulso.

Le entregué mi pulso con resignación.

Mi doctor sacó de su bolsillo un pequeño instrumento del que yo había oído hablar recientemente, y, al aplicarlo a mi muñeca, consiguió en un papel preparado el diagrama de mis pulsaciones, que leyó rápidamente, como un empleado lee un despacho telegráfico.

—¡Diablos! ¡Diablos! —dijo.

Luego, cogiendo un termómetro *ad hoc*, me lo hundió en la boca antes de que hubiera podido impedírselo.

—¡Cuarenta grados! —exclamó.

Y, al constatar esa cifra, se puso pálido. Evidentemente, sus honorarios estaban comprometidos.

—¡Ah!, ¿qué es lo que tengo? —pregunté, todavía sofocado por aquella inesperada introducción del termómetro.

—¡Hum! ¡Hum!

—Sí, conozco esa respuesta, ¡pero tiene la pega de no ser suficientemente clara! Bien, voy a decirle lo que me pasa, doctor. Creo que desde esta mañana mi cabeza desbarra.

—¡Vaya palabra, querido cliente! —respondió en un tono divertido, y sin duda para tranquilizarme.

—No es cosa de risa —exclamé—. Ya no reconozco a nadie, - ¡ni siquiera a usted, doctor! Me parece que no le he visto nunca.

—Pues claro que sí. Me ve una vez por lo menos, cuando voy a cobrar mi pequeña renta.

—Pues no, y estoy preguntándome si esta ciudad es Amiens, si esta calle es la calle de Beauvais.

—¡Sí, sí!, querido cliente, es Amiens. ¡Ah!, si tuviéramos tiempo de subir a la flecha de la catedral, no tardaría en reconocer la capital de nuestra Picardía, ahora defendida por sus fuertes alejados. Reconocería esos deliciosos valles del Somme, del Avre y del Selle, sombreados por esos bellos árboles, que no producen más que cinco sous al año, pero que un generoso decreto municipal nos ha conservado intactos. Reconocería esos bulevares exteriores que franquean el río por dos puentes magníficos y que forman para ella un rozagante cinturón. Reconocería la ciudad industrial, que tan rápidamente se ha desarrollado en la orilla derecha del Somme, desde que fue demolida la ciudadela. Reconocería esa ancha vía de comunicación que se llama calle Tourne-Coiffe. Reconocería… Pero, después de todo, querido cliente, no quiero contrariarle, ¡y si le causa placer que estemos en Carpentras[177]!…

Vi con toda claridad que el excelente hombre no quería contradecirme demasiado abiertamente, y, en efecto, hay que ser indulgente con los locos.

—Doctor… —dije—, escúcheme… Me mostraré dócil a sus prescripciones… No quiero robarle…, ¡mi dinero! Pero permítame hacerle una pregunta.

—Hable, querido cliente.

—¿De verdad es hoy domingo?…

—El primer domingo del mes de agosto.

—¿De qué año?

—Principio de locura caracterizado por la pérdida de la memoria —murmuró—. Será largo.

—¿De qué año? —insistí yo.

—Del año…

Pero en el momento en que mi doctor iba a responder, fue interrumpido por unos ruidos estrepitosos.

Me volví. Una partida de papanatas rodeaba a un hombre de unos sesenta años, cuyo aspecto era raro. Aquel hombre caminaba con aire despavorido, y parecía mantener a duras penas el equilibro sobre sus piernas. Se hubiera dicho que le faltaba la mitad de él mismo.

—¿Quién es ese hombre? —pregunté a mi doctor, que me había cogido del brazo diciendo aparte:

—Hay que distraerlo, o su monomanía hará tales progresos que…

—Le pregunto quién es ese personaje, y por qué la muchedumbre lo acompaña con sus burlas.

—¡Ese personaje! —respondió mi doctor—. ¿Cómo, me pregunta quién es? ¡Pero si es el único y último soltero que queda en todo el departamento del Somme!

—¿El último?

—¡Desde luego! ¡Ya oye usted cómo lo abuchean!

—Entonces, ¿ahora está prohibido ser soltero? —exclamé.

—Poco más o menos, desde que hay un impuesto sobre el celibato. Es un impuesto progresivo. Cuanto más se envejece, más se paga, y como, por otra parte, hay menos ocasiones de casarse, eso arruina a un hombre en poco tiempo. ¡El desgraciado que ve ahí se habrá comido una buena fortuna!

—¿Tenía entonces una repulsión insuperable por el bello sexo?…

—No. Es el bello sexo el que ha mostrado una repulsión insuperable hacia él. ¡Le han negado ciento veintiséis matrimonios!

—Pero supongo que todavía hay jóvenes casaderas.

—Muy pocas, muy pocas. En cuanto son casaderas, se casan.

—¿Y viudas?

—¡Ah, las viudas! ¡Ni siquiera les dejan tiempo de madurar! En cuanto han transcurrido los diez meses, en camino hacia el ayuntamiento. En este momento, estoy seguro de que no hay ni veinticinco viudas disponibles en Francia.

—¿Y los viudos?

—Oh, ésos son cosa pasada. Están libres del servicio militar obligatorio y ya no tienen nada que temer de los agentes del fisco.

—Ahora me explico por qué los bulevares están atestados de parejas jóvenes o viejas, alistados bajo el manto del matrimonio…

—¡Que ha sido la bandera de la revancha, querido cliente! —replicó mi doctor.

No pude contener una carcajada.

—Venga, venga —me dijo cogiéndome del brazo.

—¡Un momento! Doctor, ¿estamos en Amiens, verdad?

—Otra vez con su manía —murmuró.

Repetí mi pregunta.

—Sí, sí, en Amiens.

—¿En qué año?

—Ya se lo he dicho, en…

Resonó un triple silbido que le cortó la palabra, y que fue seguido por un violento toque de corneta. Un enorme vehículo llegaba por el fondo de la calle de Beauvais.

—¡Échese a un lado, échese a un lado! —me gritó el doctor dándome un empujón.

Y me pareció que añadía entre dientes:

—¡Sólo faltaría que se rompiera una pierna! ¡Tendría que pagarla de mi bolsillo!

Era un vehículo de tranvía[178]. Yo sólo había visto hasta entonces raíles de acero surcando las calles de la ciudad, y, debo confesarlo, aquella novedad me parecía totalmente natural, aunque ayer no se tratase más de tranvías que de ómnibus.

Mi doctor hizo una seña al conductor del inmenso vehículo, y ambos tomamos asiento en la plataforma, ya atestada de viajeros.

—¿Adónde me lleva? —le pregunté, totalmente resignado, por otra parte, a dejarme hacer.

—Al concurso regional.

—¿A la Hotoie[179]?

—A la Hotoie.

—Es decir, ¿estamos en Amiens?

—Pues claro —respondió mi doctor, lanzándome una mirada suplicante.

—¿Y cuál es la población actual de la ciudad desde el impuesto sobre el celibato?

—Cuatrocientos cincuenta mil habitantes.

—¿Y estamos en el año de gracia de…?

—En el año de gracia de…

Un segundo toque de corneta volvió a impedirme una vez más oír la repuesta que tanto me interesaba.

El vehículo había girado en la calle del Lycée y se dirigía hacia el bulevar Cornuau.

Al pasar delante del Colegio, cuya capilla ya tenía el aspecto de un viejo monumento, quedé vivamente impresionado por el número de alumnos que salían para su paseo dominical. No pude dejar de manifestar cierto asombro.

—¡Sí, son cuatro mil! —me respondió mi doctor—. Es todo un regimiento.

—¡Cuatro mil! —exclame—. ¡Vaya! En ese regimiento ¡cuántos barbarismos y solecismos deben cometerse!

—Pero, querido cliente —respondió mi doctor—, eche mano de sus recuerdos. Hace cien años por lo menos que ya no se da latín ni griego en los liceos. En ellos la instrucción es puramente científica, comercial e industrial.

—¿Es posible?

—Sí, y usted sabe de sobra lo que le ocurrió a ese desgraciado alumno que tuvo la mala suerte de conseguir el último premio de versos latinos.

—No —respondí con voz firme—, ¡no, no lo sé!

—Pues bien, cuando apareció en el estrado, le tiraron *gradus* a la cabeza, y, en su turbación, el señor Prefecto casi le mordió al abrazarlo.

—Y desde entonces, ¿ya no se hacen versos latinos en los colegios?

—¡Ni siquiera medio hexámetro!

—Entonces, ¿la prosa latina ha sido proscrita de golpe?

—No, dos años después, y con razón. ¿Sabe cómo el más inteligente de los candidatos había traducido en la versión del bachillerato *Immnis pecoris custos*?

—No.

—De la forma siguiente: «¡Guardián de una inmensa pécora!».

—¡No puede ser!

—¿Y *partiens quia aeternus*?

—Ni idea.

—«Paciente porque estornuda». Entonces el rector de la Universidad comprendió que había llegado el momento de suprimir el latín de los estudios escolares.

Palabra que estallé. El gesto del doctor no pudo retenerme. ¡Era evidente que mi locura asumía a sus ojos un carácter alarmante! Falta absoluta de memoria por un lado, locas risas intempestivas por el otro… Había materia de sobra para desesperarlo.

Y, desde luego, mi hilaridad se hubiera prolongado indefinidamente si la belleza del lugar no hubiera atraído entonces mis miradas.

En efecto, descendíamos el bulevar Cornuau, rectificado gracias a un amable compromiso acordado entre la Municipalidad y la Administración de

las casas obreras. A la izquierda se elevaba la estación Saint-Roch. Este monumento, después de haberse agrietado notablemente durante los trabajos de construcción parecía que debía justificar en adelante este verso de Delille:

Sa masse indestructible a fatigué le temps![180]

Los raíles del tranvía se extendían por la alameda central del bulevar, sombreada por una cuádruple hilera de árboles que yo había visto plantar, y que parecían dos veces centenarias.

En unos segundos llegamos a la Hotoie. ¡Qué cambios aportados a este bello paseo al que, en el siglo XIV, iba a «divertirse la juventud picarda»! Ahora era una especie de Pré Catelan[181], grandes movimientos de macizos de césped a la moda inglesa, vastos macizos de arbustos y de flores que disfrazaban la forma rectangular de los espacios cuadrados reservados a las exposiciones anuales. Una nueva disposición de los árboles, que ayer todavía se asfixiaban, les había dado espacio y aire, y podían rivalizar con esas gigantescas *wellingtonias*[182] de California.

Había un gran gentío en La Hotoie. El programa no me había engañado. Allí, el Concurso Regional del Norte de Francia exponía la larga sucesión de sus establos, sus barracas, sus tiendas, sus quioscos de todos los modelos y de todos los colores. Pero el cierre de esa fiesta agrícola e industrial iba a tener lugar ese mismo día. Faltaba una hora para que los laureados bípedos o cuadrúpedos fueran coronados.

Esos concursos no me desagradaban. Para los oídos y para los ojos suponen una enseñanza útil. El ruido estridente de las máquinas que funcionan, los relinchos del vapor, el balido lastimero de los corderos encerrados en sus rediles, el cacareo ensordecedor de los corrales, los mugidos de esos grandes bueyes que reclaman su premio, los discursos de las autoridades cuyos pomposos periodos emergen desde el estrado, los aplausos lanzados por la mano de los laureados, el dulce ruido de los besos que los labios oficiales depositan sobre las frentes coronadas, las órdenes militares que resuenan bajo los grandes árboles, en fin, ese vago murmullo que sale de la muchedumbre, todo eso forma un concierto extraño, pero cuyo encanto aprecio vivamente.

Mi doctor me empujó a través del torniquete. Se acercaba la hora en que iba a tener lugar el discurso del señor Delegado del Ministerio, y yo no quería perderme ni una palabra de aquella arenga, que debía ser tan nueva por el fondo como por la forma, a poco que hubiera seguido la corriente del progreso.

Pasé pues rápidamente al centro del vasto cuadrilátero reservado a las máquinas. Mi doctor compró a un alto precio algunas botellas de un precioso líquido que tenía la propiedad de desinfectar el agua de Lubin[183]. En cuanto a mí, me dejé tentar por algunas cajas de una pasta fosfórica que destruía tan radicalmente los ratones que los reemplazaba por gatos.

Luego oí unos pianos complejos, que reproducían armónicamente todas las sonoridades de una orquesta de Ópera. No lejos, unos trituradores machacaban semillas con un ruido de trueno. Cosechadoras Albaret y Cía. afeitaban campos de trigo, como un barbero hace con una mejilla barbuda. Martillos pilones, de resorte atmosférico, daban golpes de tres millones de kilos. Unas bombas centrífugas maniobraban para absorber, con algunos golpes de pistón, el Selle entero, y me recordaban el bonito verso de Hégésippe Moreau sobre el Voulzie[184]:

Un géant alteré la boirait d'une haleine![185]

Luego, por todas partes, máquinas de procedencia americana, llevadas a los últimos límites del progreso. En una se representaba un cerdo vivo, y de ella salían dos jamones, uno de York, otro de Westfalia. En otra se ofrecía un conejo todavía vivito y coleando y entregaba un sombrero de seda con badana sudorífuga. Esta absorbía vulgares velones y arrojaba un traje completo de paño de Elbeuf[186]. Aquélla devoraba un becerro de tres años y lo reproducía bajo la doble forma de un guiso humeante de ternera lechal con salsa de nata y de un par de botinas recién lustradas, etcétera.

Pero yo no podía parar de contemplar las maravillas del genio humano. Era yo el que ahora arrastraba a mi doctor… ¡Estaba embriagado!

Llegué junto al estrado que ya se combaba bajo el peso de personajes importantes.

Acababan de premiar a los hombres gordos como se hace en América en todos los concursos algo serios.

El laureado era tan digno del premio que se había necesitado una grúa para llevarlo.

Al concurso de hombres gordos le había sucedido el de las mujeres flacas, y la laureada, al bajar del estrado, con los ojos púdicamente bajados, repetía este axioma de uno de nuestros filósofos más espirituales: «¡Amamos a las mujeres gordas, pero son las mujeres delgadas lo que adoramos!».

Era el turno de los bebés. Había varios cientos, entre los que se premió al más pesado, al más joven, y tal vez al que gritaba más fuerte. Por lo demás, todos morían evidentemente de sed, y pedían de beber a su manera, que no tiene nada de agradable.

—Señor —exclamé—, nunca habrá suficientes nodrizas para…

Un silbido me interrumpió.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¡Es la máquina de dar de mamar que se ha puesto en movimiento! —respondió mi doctor—. ¡Tiene la fuerza de quinientas normandas! Como comprenderá, querido cliente, desde el celibato, ha habido que inventar la lactancia a vapor.

Los trescientos bebés habían desaparecido. A sus gritos ensordecedores le sucedió un religioso silencio.

El Delegado del Ministerio iba a clausurar el concurso regional con un discurso.

Avanzó hasta el borde del estrado. Empezó a hablar…

Mi estupefacción, que hasta entonces siempre había ido creciendo, superó entonces los límites de lo imposible.

¡Sí! ¡Todo había cambiado en este mundo! ¡Todo había seguido la vía del progreso! ¡Ideas, costumbres, industria, comercio, agricultura, todo se había modificado!…

Pero la primera frase del discurso del señor Delegado seguía siendo lo que era antes, ¡lo que será invariablemente al principio de toda arenga oficial!

—Señores —dijo— siempre con un nuevo placer vuelvo a encontrarme…

Entonces hice un movimiento brusco. Me pareció que mis ojos se abrían en la oscuridad… Extendí las manos…, volqué mi mesa y mi lámpara sin querer… El ruido me despertó… ¡Era de noche!…

¡Todo esto no era más que un sueño!

… … … … … … … … … .

Algunos sabios bien informados afirman que los sueños, incluso los que nos parecen que se prolongan durante toda una larga noche, no duran en realidad más que unos segundos.

Ojalá, señoras y señores, se lo parezca este paseo ideal que, bajo una forma quizá demasiado fantasiosa, acabo de hacer soñando en la villa de Amiens…, ¡en el año 2000!

UN EXPRESO DEL FUTURO[187]

—¡Atención! —gritó mi guía—. Hay un peldaño.

Al bajar felizmente el escalón así señalado, entré en una amplia sala iluminada por cegadores reflectores eléctricos, y cuya silenciosa soledad sólo turbaban nuestros pasos.

¿Dónde me hallaba? ¿Qué iba a hacer allí? ¿Quién era aquel guía misterioso?

Preguntas sin respuesta.

Una larga caminata en la noche, puertas de hierro abiertas y ruidosamente cerradas, escaleras bajadas hundiéndose, en mi opinión, en el suelo, eso era todo lo que encontraba en mi recuerdo.

Además, no tuve tiempo para pensar en ello.

—Sin duda usted se pregunta quién soy —continuó mi guía—. El coronel Pierce, su servidor. ¿Dónde se halla? En América, en Boston, en una estación.

—¿Una estación?

—Sí, la estación de *Boston to Liverpool pneumatic Tubes Company*.

Y con un gesto explicativo el coronel me señaló dos largos cilindros de hierro, de metro y medio aproximadamente de diámetro, que yacía en el suelo, a unos pasos.

Miré aquellos dos cilindros, que desaparecían por la derecha en un macizo de albañilería y que por la izquierda terminaban en enormes obturadores metálicos de donde un haz de tubos subía a perderse en el techo, y de golpe, comprendí.

En efecto, ¿no había leído poco antes, en un periódico americano, un artículo contando este proyecto extraordinario: unir Europa con el Nuevo Mundo por medio de dos gigantescos tubos submarinos? Resulta que un inventor pretendía hacerlo. Y a ese inventor, el coronel Pierce, lo tenía en ese momento delante de mí.

Yo releía en mi mente el artículo del periódico.

El reportero entraba con mucha complacencia en los detalles de la empresa. Decía el hierro que hacía falta: más de un millón seiscientos mil metros cúbicos con un peso de trece millones de toneladas, y el número de navíos necesarios para el transporte de ese material: doscientos barcos de dos mil toneladas, cada uno de los cuales tendría que hacer treinta y tres viajes. Mostraba a esta *Armada* de la ciencia aportando el acero en dos navíos guía, a bordo de los cuales quedaba sujeto el extremo de los tubos. Mostraba esos mismos tubos alargándose sin cesar bajo las olas por secciones de tres metros atornillados unos a otros, tensados por medio del poderoso abrazo de una triple red de mallas de hierro recubiertas de una capa resinosa.

Abordando luego el problema de la explotación, el coronel llenaba los tubos, transformados en dos cerbatanas desmesuradas, con una serie de vagones arrastrados junto a sus viajeros por potentes corrientes de aire, a la manera de los despachos que una aspiración y un impulso pneumáticos[188] hacen circular dentro del recinto de París.

El artículo concluía haciendo un paralelismo con los ferrocarriles, y el autor enumeraba con entusiasmo las ventajas del nuevo y audaz sistema. De hacerle caso, en los tubos, supresión de la irritante trepidación, gracias a la superficie interior de acero pulido; igualdad de la temperatura, con las corrientes de aire cuyo calor se podía modificar según las estaciones; inverosímil baratura de las plazas, motivada por la economía de la construcción y de la explotación. Y, sobre este punto, olvidando que a pesar de los mil setecientos sesenta y seis kilómetros que la rotación diurna le hace recorrer por hora, los cuerpos situados en el Ecuador todavía están sometidos a las leyes de la gravedad, olvidando que necesitarían, para sustraerse a ella, una velocidad diecisiete veces mayor, ¿no se atrevía a pretender que los trenes, en razón de la rapidez de su marcha y de la curvatura de la Tierra tenderían a apartarse siguiendo la tangente, y no harían más que sentir un ligero roce en la superficie superior de los tubos? Partiendo de ahí, ¿no llegaba a la conclusión de la ausencia de desgaste para la obra proyectada, es decir de su eternidad?

Todo esto volvía ahora a mi mente.

Así pues, aquella utopía se había vuelto realidad, y los dos cilindros de hierro que yo veía nacer a mis pies, ¿iban más allá del Atlántico a soldarse con la costa de Inglaterra? A pesar de la evidencia, no lograba convencerme de todo aquello. Que se colocaran los tubos, de acuerdo, pero que los hombres pudieran viajar por esa ruta, ¡eso nunca!

—Por otra parte, ¿no era imposible obtener una corriente de aire de esa longitud? —formulé yo en voz alta.

—Al contrario, es muy fácil —protestó el coronel Pierce—. Para eso basta con un gran número de fuelles de vapor, análogos a los que se utilizan en los altos hornos. El aire es rechazado por ellos con una potencia por así decir sin límites, y es arrastrado en un espantoso torbellino animado por una velocidad de mil ochocientos kilómetros por hora —¡casi la de una bala de cañón!—, de modo que nuestros vagones y sus viajeros devoran en dos horas y catorce minutos los cuatro mil kilómetros que se extienden entre Boston y Liverpool.

—¡Mil ochocientos kilómetros por hora! —exclamé.

—Ni uno menos. ¡Y qué extraordinarias consecuencias las de semejante velocidad! Como la hora de Liverpool avanza 4 horas 40 minutos sobre la nuestra, un viajero que salga de Boston a las nueve de la mañana llega a Inglaterra a las 3 horas y 54 minutos de la tarde. ¿No es realmente una jornada que pasa deprisa? En el otro sentido, en cambio, nuestros vagones, bajo esa latitud, ganan sobre el Sol más de novecientos kilómetros por hora; batirá a ese astro por la mano, y dejando Liverpool a mediodía, por ejemplo, desembarcará en esta estación a las 9 horas 34 minutos de la mañana, es decir, antes de haber partido. ¡Eh, eh!, eso sí que es endiabladamente original. ¡Antes de haber partido! Imposible ir más deprisa, en mi opinión.

Yo no sabía qué pensar. ¿Tenía que vérmelas con un loco? ¿Debía por el contrario prestar fe a esas fabulosas teorías, cuando las objeciones se agolpaban en mi mente?

—¡Bien, de acuerdo! —dije—. Quiero admitir que los viajeros toman esa ruta insensata y que usted consigue esa increíble velocidad. Pero ¿cómo consigue interrumpir esa velocidad? En el momento de parar, ¡todo debe quedar hecho trizas!

—De ninguna manera —me respondió el coronel encogiéndose de hombros—. Entre nuestros tubos, uno sirve para la ida, otro para la vuelta, y recorridos en consecuencia por corrientes de aire opuestas, en los accesos a cada orilla existe una comunicación. Cuando un tren se acerca, la chispa eléctrica nos advierte, y vuela a Inglaterra a fin de paralizar la fuerza que lo impulsa. Abandonado a sí mismo, continúa su ruta en razón de la velocidad adquirida, pero nos basta con maniobrar una válvula para que la corriente contraria del tubo paralelo se precipite a su encuentro, y, retardándolo poco a poco, sirve en última instancia de tapón que amortiza el último choque.

»Además, ¿para qué estas explicaciones? ¿No es cien veces mejor la experiencia?».

Y, sin esperar mi respuesta, el coronel Pierce tiró bruscamente de una palanca cuyo cobre brillaba en el costado de uno de los tubos. Un panel se deslizó en sus ranuras y, por la abertura así hecha, percibí una sucesión de banquetas, en cada una de las cuales habrían podido sentarse juntas dos personas.

—El vagón —explicó el coronel—. ¡Vamos, venga!

Le seguí, dócil, y acto seguido el panel volvió a cerrarse.

A la luz que una lámpara Edison dejaba caer del techo, examiné lleno de curiosidad el lugar en que me encontraba. Nada más simple. Un largo cilindro de lienzos cortados, confortablemente acolchado en todas sus caras, sobre el que había medio centenar de sillones unidos de dos en dos y alineados en veinticinco filas paralelas. En cada extremo, una válvula regulada por la tensión de una atmósfera, la de la parte trasera, dejaba penetrar el aire respirable, mientras la de la parte delantera le ofrecía una salida en cuanto superaba la presión normal.

Tras unos instantes pasados en este examen, me impacienté.

—Bueno —pregunté—, ¿por qué no partimos?

—¿Partir? Pero si ya lo hemos hecho —exclamó el coronel.

—¿Cómo, sin la menor sacudida? ¿Era realmente posible?

Presté atención tratando de percibir algún ruido que pudiera informarme. Si en realidad habíamos partido, si el coronel no me había engañado hablándome de mil ochocientos kilómetros por hora, ya debíamos encontrarnos lejos de toda tierra, bajo las olas. Por encima de nuestras cabezas las ondas entrechocaban sus crestas ruidosas, ¡y quizá incluso en ese momento, tomándola por una monstruosa serpiente de una especie desconocida, las ballenas golpeaban con sus potentes colas nuestra larga cárcel de hierro!

Pero yo sólo oía un zumbido sordo, producido sin duda por los rodillos de nuestro vagón, y, sumido en un asombro sin límites, pues no podía creer en la realidad de todo lo que me rodeaba, dejé que transcurriese el tiempo en silencio.

Poco más o menos había pasado una hora cuando un súbito frescor en la frente vino de golpe a sacarme del torpor en el que me iba hundiendo gradualmente. Me llevé la mano a la cara: estaba mojada.

¡Mojada! ¿Por qué? ¿Acaso había reventado el tubo bajo la presión de las aguas, presión que debía ser formidable, pues aumenta una atmósfera cada diez metros de profundidad? ¿El Océano iba a invadirlo?

De mí se apoderó el miedo. Enloquecido, quise llamar, gritar, y…

Y me encontré en mi apacible jardín, generosamente regado por un aguacero cuyas gordas gotas habían interrumpido mi sueño.

Simplemente me había dormido leyendo aquel artículo consagrado por un reportero americano a los fantásticos proyectos del coronel Pierce, quien, mucho me temo, también él no habrá tenido más que un sueño.

DISCURSOS DIVERSOS



INAUGURACIÓN DEL CIRCO MUNICIPAL DE AMIENS[189]

Señoras, señores:

Quizá no sin sorpresa ya han leído en el programa de una velada musical el nombre de…, el artista que se presenta en este momento ante ustedes. En efecto, no hará un gran papel en este concierto organizado por el señor Gontier, presidente de la *Harmonie*, con la cooperación fraternal de las demás Sociedades líricas de la ciudad. ¿Por qué este intruso se aventura en medio de este estrado ante una asamblea tan numerosa e imponente? Carece de todo, del gesto, de la dicción, de la costumbre de hablar en público. ¡Su voz apenas llegará a los últimos límites de este recinto! ¡Es temerario de su parte! Por eso, les ruega que le escuchen con indulgencia, si lo tienen a bien, y traten de entenderle, si es posible. Va a tener el honor de ejecutar ante ustedes algunas variaciones sobre el nuevo Circo Municipal, incluso sin la ayuda de un pianista acompañante. Se hacen, al parecer, romanzas sin palabras[190]; esta vez no serán más que palabras sin romanza.

Si no les desagrada, transportémonos por el pensamiento a través del campo de las visiones y los sueños, donde la imaginación puede correr libremente. Un buen día, Amiens se ha despertado tras un largo sueño de dieciocho meses. La muchedumbre se dirige hacia la plaza Longueville un hermoso domingo de junio. Llega a los barrios más excéntricos. Los suburbios de Beauvais y de Saint-Pierre han proporcionado su contingente, igual que los suburbios de Hem y de Saint-Maurice. Todo este mundo ha seguido los admirables bulevares, con su cuádruple hilera de árboles, que, en un arco de cuatro kilómetros, ponen en comunicación treinta y ocho calles, cinco plazas y dos estaciones, uniendo río arriba y río abajo del Somme.

¡Esto es lo que nosotros, buenos amienenses, amamos, nuestra plaza de Longueville, algo demasiado cálida en verano, algo demasiada fría en

invierno! Amamos su cuadro florido de lilas y de tilos, su desierto arenoso, sobre el que nuestro excelente jardinero jefe, el señor Laruelle, se prepara para disponer los arriates y los macizos de césped de un nuevo oasis. Amamos las revistas que en ella se pasan, las fiestas que en ella se dan. Amamos su fuente hidrófuga, y los torbellinos de vapor blanco, con demasiada frecuencia sucio de humo negro, que empenachan los dos extremos de su túnel. ¡Amamos su viejo circo de madera, cuyo techo grisáceo se redondea como el casquete de un colosal champiñón!

¡Pero qué cambio se ha operado! ¡Qué sorpresa! El aspecto de la plaza se ha modificado por completo. Ya no es el Sahara en miniatura de los antiguos días. ¡Ya no hay fuente! La nodriza seca y sus niños de pecho sedientos han huido hacia otros boscajes. ¡Ya no hay circo de madera! En lugar de la enorme criptógama que se enmohecía en su rincón se alza —perdonen esta comparación fantasiosa—, se alza una especie de gigantesco y soberbio narguile en el centro de un panorama de verdor; su tubo cincelado, rematado por un ramillete de metal, deja incluso escapar un humo ligero, y su cazoleta, muy brillante, resplandece bajo el cielo amienense.

¿De dónde viene este prodigio, y quién es el mago cuya varita lo creó como por encantamiento?

Antes de decirlo, señoras y señores, séame permitido ofrecer un recuerdo, si no una añoranza, de nuestro antiguo Circo. Tuvo sus bellas veladas y sus bellos día. Se prestó de forma complaciente a los repartos de premios de las Escuelas, de las Sociedades de tiro, a las reuniones públicas, a las conferencias memorables, entre otras las del señor Jules Simon y del señor Ferdinand de Lesseps[191]. En él tuvieron lugar fiestas escolares, sesiones de gimnasia y de esgrima, brillantes conciertos, donde la *Harmonie* del señor Gontier, la *Société Symphonique* del señor Thorel, los orfeonistas del señor Janvier, triunfaron bajo la dirección de los señores Blanckeman y Bulot, del señor Dottin, del señor Grigny, sus valientes jefes de orquesta. En él, las músicas militares con los señores Tourneur y Dovin, la fanfarria de los Bomberos de Amiens con el señor Longy, y las fanfarrias rurales, se hicieron aplaudir a menudo y con justicia. En él hemos oído artistas de gran talento, instrumentistas y cantantes, y, entre ellos, compatriotas de los que estamos orgullosos, Auguez, Delacroix, Désiré Mohr, Goudroy, Desaint, Niquet, Génin, Cuny, Fusier, Serrassaint, Huc, Brau, Douville, Jones y muchos otros. En fin, parece que el festival Gounod, para el que el señor Thorel había invitado a nuestras Sociedades musicales a fusionar sus acordes en honor del maestro francés, ha sido como la coronación de su carrera.

Ya lo ven, este circo de madera, edificado con tanta audacia por el señor Schytte sobre planos del señor Gaudelette, ha sido importante para la Ciudad. Inaugurado el 23 de junio de 1874 habrá vivido…, lo que viven las construcciones de este tipo. Sin duda estaba deteriorado, decrépito, caduco; se doblaba sobre sus piernecillas; el viento y la lluvia pasaban a través del colador de su tejado; pero ese tejado, lo llevaba alegremente, ¡un poco ladeado, tal vez! Y precisamente porque sólo era provisional, habría podido vivir mucho tiempo todavía, si no hubiera debido ceder el sitio a su sucesor, quince años, día por día, después de su nacimiento.

Por lo tanto, recuerdo de agradecimiento al antiguo Circo, y salud al nuevo.

Cuando se trató de reconstruirlo, uno de nuestros más distinguidos conciudadanos dijo: «¡Si construís en la plaza Longueville, no podéis construir más que un monumento!».

La Administración municipal lo comprendió. No ha vacilado ante el gasto. Abandonando la estrecha idea de un Circo barato, el señor Frédéric Petit decidió hacerlo grande y bello. Se dirigió al Artista amienense al que ya se deben algunas de las viviendas más pintorescas de la Ciudad, el Palacio de correos y telégrafos, la fachada del Liceo femenino, las nuevas salas del Museo de Picardía, la Escuela normal de maestros, el Hospicio de alienados, al señor Émile Ricquier, arquitecto jefe del Departamento. Me apresuro a añadir que cometería una descortesía, además de una injusticia, si olvidara saludar a sus colegas, que tanto han hecho también por el embellecimiento de nuestro viaje Samarobriva.

Señoras y señores, ustedes conocen la obra, y no le han escatimado sus aplausos. Este programa complejo: entretener e instruir, podría ejecutarse cómodamente en esta amplia nave, tan inteligentemente dispuesta para los conciertos y los juegos como para esas conferencias cuyo éxito está siempre asegurado ante un público de élite. ¿No supone eso justificar el viejo dicho latino, que conviene a los edificios de este tipo: *Ad ludum, ad lucem*[192]?

Ha llegado el momento, señoras, de proponerles un viaje de algunos minutos alrededor, dentro, digo incluso por encima de nuestro nuevo Circo. Sólo invito a nuestras amables espectadoras, sabiendo bien que los señores son demasiado galantes para no seguirlas. No teman ni fatiga ni vértigo. Se trata simplemente de un paseo ideal. Ya que estamos en pleno sueño, imaginen que unas alas han crecido en su corpiño, y que están ustedes dispuestas a desplegarlas.

Detengámonos, en primer lugar, ante el pórtico de este monumento, en el que el arquitecto ha mezclado con tanta fortuna el estilo románico y el estilo del Renacimiento italiano. Ocho columnas acanaladas con capiteles compuestos, de una notable delicadeza de ejecución, sostienen un entablamento bordado con un ligero toro, y cuyo friso lleva en letras doradas: Circo Municipal. Una cornisa, adornada con modillones y dentículos, se desarrolla en la base de un frontón artísticamente trabajado. En el centro de ese frontón se muestra la máscara antigua, gesticulante y feroz, con cintas de arabescos de curvas graciosas. Quizá esa máscara grita por su amplia boca en el lenguaje pagano: *Évohé! Évohé!*[193], a menos que no diga simplemente en la lengua de verbena: «¡Compren sus entradas y moléstense en entrar!». Sea como fuere, no llega a turbar la tranquilidad serena de las dos panteras aladas, fieramente instaladas en los ángulos del frontón, la pata sobre una bola con el tirso y los racimos de vid por atributos. Con gusto se las llama quimeras… ¡De acuerdo! Pero la quimera, si es el monstruo, ha dicho en alguna parte Victor Hugo, también es el sueño, y estos animales simbólicos se encuentran perfectamente en su sitio en el umbral de un edificio que no está destinado únicamente a las proezas de la equitación franconiana.

Empecemos nuestro paseo circular. Dos bares, dos cafés, enriquecidos con tarjetas con las armas de la Ciudad, revestidos con mármoles rojos de Flandes, muestran sus elegantes armaduras vítreas donde el hierro y el bronce combinan armoniosamente. Esta disposición arquitectónica, ampliando la fachada, era la única que podía darle un aspecto monumental. En efecto, esos bares están coronados por amplias terrazas, cuyo cordón de balaustres, continuado por balcones y anexos, imprime al conjunto un gran carácter de unidad. Los muros sostenidos por robustos pilares en cada esquina de un polígono de dieciséis lados, ofrecen un verdadero espécimen de la construcción, tal como la comprenden los arquitectos de nuestro tiempo. El hierro, la piedra, el cobre, el bronce, el mármol, el cemento, el yeso, el ladrillo y la madera, se asocian en ellos en una fraternidad totalmente democrática.

Si estos materiales faltan en la mayor parte del suelo de nuestra Picardía, si esas piedra han venido de las explotaciones de Savonnière, en el Meuse, si esos hierros han sido proporcionados por las minas de Haumont en el Norte, si esa pilastra ha sido extraída de las yeserías de París, y este cemento de las canteras de Vassy y de Bolonia, por lo menos los obreros que han trabajado en ellos pertenecen casi todos a nuestra ciudad. Dado que esta noche, gracias a la benévola invitación del señor Alcalde, asisten a esta sesión de inauguración, felicitémoslos públicamente por el celo no menos que por la

habilidad de que han dado muestra. Gracias a la prudencia de su arquitecto, de sus patronos y capataces, no se ha producido ningún accidente durante los trabajos, y ninguno ha faltado a la llamada. Bajo la dirección del señor Tellier para los yesos, del señor Bouchard para los cementos, del señor Chatelain para la fontanería y los trabajos de cinc, del señor Drobecq para la armazón, del señor Loleu y del señor Mercier para la albañilería, del señor Rouillard para la pintura, del señor Birschler para la tapicería, del señor Lemel para la carpintería, del señor Waymel para la calefacción, del señor Schupp y del señor Triaud para la cerrajería, del señor Payen para el barnizado, estos obreros han sido los fieles colaboradores de Émile Ricquier, tan inteligentemente secundado por el infatigable personal de sus oficinas. Finalmente, el señor Blondel, ingeniero mecánico, los señores Velliet y Lescure, constructores de calderas, el señor Cance, electricista, el señor Bèges, ornamentista, le han aportado su precioso concurso.

En cuanto al motivo del frontón, se debe a un amigo del señor Ricquier, a un artista de gran talento, el señor Germain[194], autor de las esculturas del castillo de Chantilly y del Palacio de Justicia de París.

Detrás pueden ver los anexos del Circo. En el subsuelo del antiguo espolón, tan frecuentado en el pasado por los niños de la ciudad, se abre una cueva donde ochenta caballos de vapor, desarrollados por potentes aparatos evaporatorios, accionan dos dinamos, que alimentan las lámparas eléctricas de la cúpula y de la fachada. Un poco más allá, sobre su pórtico de cuatro pies, se alza, como uno de los hijos de la torre Eiffel, una chimenea de un empuje audaz y magnífico.

Esa chimenea, ¡gran materia de discusión! ¿Había que disimularla, retirarla a algún rincón de la plaza, trasladarla a una de las calles adyacentes? El señor Émile Ricquier no lo pensó. ¿Y no es esto más práctico? En efecto, ¿no conviene admitir en el plan de las construcciones modernas la yuxtaposición de esos indispensables apéndices desde el momento en que se quiere sacar la luz de fuentes eléctricas? El futuro decidirá.

Continuemos siguiendo la base del polígono, cuya periferia no mide menos de 150 m. Una mirada a su zócalo, realzado por almohadillas muy pronunciadas, a sus muros estriados por molduras lapidarias, a sus ventanas de gran estilo, a sus triples vanos por los que penetran en abundancia los rayos del día, y por los que escapan a oleadas las luminosas fluencias de la noche. Más arriba corren las molduras de una cornisa trazada con limpidez, y el canalón, rematado por dieciséis pináculos, que comunican con el pozo interior de los pilares para la aireación de la sala.

Vamos, señoras, es el momento de abrir sus alas, de planear por la superficie de esta vasta cúpula. Hagan sin temor lo que nuestros obreros no han hecho sin peligro sobre sus vacilantes zancos. Revoloteen graciosamente a lo largo de las limas hasta la lucernaria central. ¡Con qué seguridad descansa sobre sus consolas de apoyo! ¡Con qué delicadeza se enrolla su collar de antefijas con cabeza de león! ¡Con qué elegancia se recorta su pináculo, donde la brisa despliega la bandera francesa que todos saludamos con nuestros hurras!

Y, antes de volver a bajar, ¡miren! Alrededor de ustedes emergen los monumentos de la ciudad, la Catedral, las campanas de diez iglesias, el campanil del palacio Vagniez-Fiquet, la cúpula del Museo, el techo ampuloso del Campanario municipal, conjunto curioso y variado al que el Circo de Émile Ricquier mezcla su nota tan moderna. Luego, déjense deslizar suavemente hasta el suelo. Y, tras las maravillas del exterior, las maravillas del interior.

Franqueemos los escalones de granito bretón del pórtico, cuyo techo esculpido, los bajorrelieves laterales y el pavimento de mosaico, obra de los italianos Zanussi, completan la ornamentación. Más allá se redondea un amplio vestíbulo que cubren los pliegues tan decorativos del terciopelo de ramio, fabricado por la industria picarda. Bajo nuestros pies se dibujan cinco estrellas de piedras multicolores, luego una fecha: 1889. Es la fecha de construcción del Circo, que coincide con la del Centenario. Observemos, de pasada, que los mil ciento setenta y dos miembros de los tres órdenes que constituyeron, hace un siglo, la Asamblea de los Estados Generales, se hubieran sentido a gusto en este recinto.

A derecha e izquierda, bajo las bóvedas que sustentan el anfiteatro, se han dispuesto esas instalaciones necesarias para los ejercicios olímpicos, los almacenes de accesorios, los palcos para todo un mundo de artistas de dos pies, las cuadras para todo un escuadrón de artistas de cuatro patas. Tres colores, prolongados hasta la pista, comunican las plazas reservadas y el primer piso. Dos escaleras exteriores y dos escaleras interiores, desdoblándose en el primer piso, permiten acceder fácilmente a los pisos segundo y tercero. ¡El público no tendrá que aplastarse ni para entrar ni para salir! Las salidas están ampliamente abiertas. A cada uno, además, la administración municipal, justa pero severa, le ha garantizado cincuenta centímetros de anchura por plaza, media concienzudamente establecida entre los espectadores demasiado gordos y los espectadores demasiado delgados. Desde cualquier lugar, la vista no tiene ningún obstáculo que le impida

abarcar el escenario, ocupado esta noche por nuestras sociedades líricas, y la tribuna, en saledizo, reservada a los músicos de las compañías ecuestres. Mediante un ingenioso mecanismo, este escenario es susceptible de levantarse siguiendo la línea oblicua de las gradas y transformarse en anfiteatro. Entonces tres mil personas pueden encontrar plaza en las diecisiete filas ininterrumpidas de las banquetas.

Miren, por encima de las paredes de fondo rojo viejo decoradas con guirnaldas, el friso polícromo donde sonríen graciosas figuras de mujeres entre cabezas de hombres repelentes. Este friso une las potentes consolas, sobre las que las limas que las forman toman su punto de apoyo, irradiando desde el centro de la cúpula. ¿No admiran ustedes ese maravilloso techo, sus artesones dobladillados con una moldura de oro, sus almocárabes de finos arabescos, los caprichosos semilleros de sus florecillas, los tupidos rosetones de sus rombos, y las doce lunas voltaicas que derraman sobre nosotros los rayos de sus arcos, mezclados con esta constelación de lámparas incandescentes? Rayos brillantes, pero sin calor, señoras, y que no marchitarán ni las flores ni las hojas de sus sombreros. No teman que esta floración cefálica se aje en medio de una atmósfera demasiado cálida. Sólo con la presión de la mano, un pequeño aparato permite levantar la placa vítrea del lucernario, y el aire renovado se distribuye a todas las zonas de esta sala, ¡iba a decir a este arriate artificial!

Señoras y señores, hemos terminado nuestro paseo. Ha llegado el momento de que yo ceda el sitio a los artistas que ustedes están impacientes por aplaudir.

Esta alocución sólo tiene por disculpa expresar la muy sincera admiración debida a nuestro nuevo Circo. ¡Sí! Amiens puede enorgullecerse de poseerlo. Sobre lo que costará, ¡no sé nada! Pero lo que sé, es que valdrá su precio, es que devolverá ampliamente a la ciudad el interés de lo que le haya costado.

Y, además, ¿se ha inquietado alguna vez el presente por saber si los arquitectos del pasado habían permanecido fieles a sus presupuestos, y se quejará el futuro si los arquitectos del presente los han superado más o menos? ¡No! El deber del presente consiste en ser el benefactor del futuro. Un monumento se imponía en esta plaza, y si nuestros tataranietos no se muestran agradecidos hacia la administración amienense, ¡es que el agradecimiento ya no existirá en este mundo! Nuestra Municipalidad ha construido aquí un edificio útil, indispensable a toda gran ciudad, y, alentada por este éxito, esperamos que quiera completar su obra dándole su pareja natural.

¡Después del nuevo Circo, el nuevo Teatro!

Ahora, señoras y señores, alcen una vez más las miradas hacia ese techo resplandeciente, hacia esa cúpula tan ligera, tan aérea, aunque su peso se cifre en 250 000 kg. ¿No parece como un trozo del firmamento, todo sembrado de estrellas? Rodeada por un triple cinturón metálico, ligada por piezas que resisten la separación de las limas, ¡es sólida! ¡Ya ha desafiado más de una ráfaga! Desafiará incluso las que se producen en forma de críticas malévolas inventadas por la envidia y que repite la estupidez.

¡Sí, sólida! Y si los galos decían antaño: «¡No tememos nada, salvo que el cielo nos caiga sobre la cabeza!», pueden estar más tranquilos de lo que lo estaban sus antepasados… ¡El cielo de Ricquier no caerá sobre ustedes!

Y sin embargo, reporteros evidentemente mal informados han creído que debían propagar una noticia que ha encontrado eco, según dicen, hasta en las secciones rurales e incluso más allá. Boves ha temblado en su colina histórica, ilustrada por los recuerdos de Gabrielle**[195]**, y Camon**[196]** ha podido creer que por fin había llegado la hora de proclamarla capital de la Picardía en vez de Amiens, sepultaba bajo sus ruinas municipales.

¡Es que la noticia era seria! Los terribles rumores de los bulevares Fontaine y del paseo público la comunicaban en voz baja, alzando los brazos hacia el cénit:

—¡Parece que eso apenas se sostiene! —decía uno.

—¡Parece que los muros están agrietados! —decía otro.

—¡Vaya! El tejado era demasiado pesado —repetía aquél.

—¡Cuánta pobre gente morirá aplastada debajo! —murmuraba éste.

En resumen, antes o después debía producirse un derrumbamiento, quizá incluso el día de la inauguración, y esa catástrofe figuraría entre las más memorables del siglo XIX.

—¡No vayáis al Circo! ¡No vayáis al Circo!

Este grito amenazaba con convertirse en el grito general.

Esto no dejaba de impresionar a la gente, y de modo más especial a los dignos internos de Saint-Charles, reunidos en conciliábulo en los bancos del bulevar. ¡Yo mismo, al entrar esta noche en esta sala condenada a una caída tan próxima, no dejaba de tener ciertas inquietudes!

Y me decía:

«Aunque no sea Josué el que dirija la orquesta, seguro que las trompetas de la *Harmonie* y de la *Société Symphonique* van a hacer derrumbarse estas murallas como antaño las murallas de Jericó**[197]** bajo las fanfarrias de los hebreos».

Émile Ricquier ha dejado que hablen. Basado en cálculos indiscutibles, guiado por la experiencia, ha proseguido su audaz trabajo sin cambiar nada. Y cuando las cuñas superiores del andamiaje sobre las armaduras del techo se han retirado, el rebajamiento previsto de 20 mm no ha alcanzado los 5. ¡Parece incluso que ese andamiaje, liberado de sus cuñas, se ha levantado un poco en ese psicológico momento!

Señoras y señores:

El nuevo Circo es una obra de arte que la Administración municipal ha querido dotar de todos los perfeccionamientos de la industria moderna. Es el más bello, sin discusión, es también el más completo por su acondicionamiento y su instrumental, que se haya edificado en Francia y en el extranjero. Está sólida y correctamente construido. Sabrá resistir las sacudidas de los gimnastas, cuyos trapecios se balancearán en sus armaduras del techo. Resistirán incluso las sacudidas mucho más temibles de los mítines, si —Dios no lo quiera— alguna vez debiera servir de teatro a las luchas de la política contemporánea. El talento de su arquitecto le asegura toda esa longevidad que la naturaleza otorga, en el orden material, a los trabajos más perfectos del hombre.

¡No! No se derrumbará, ¡y qué mejor prueba, qué garantía más irrefutable podría exigirse ya que no se ha derrumbado esta noche bajo los aplausos con que ustedes han saludado su clamorosa inauguración!

¡DEMASIADAS FLORES[198]!

Charla por el señor Jules Verne

Señoras, señores:

Pronto hará dos meses que me sucedió una de esas aventuras que tienen su importancia en la vida de un hombre. Tuve a la vez la suerte y la desgracia de encontrarme frente a frente con el señor Decaix-Matifas[199], adjunto del alcalde de Amiens. Si sólo fuera adjunto, siempre sería una suerte encontrar al señor Decaix-Matifas. Pero, por desgracia, es al mismo tiempo presidente de la Sociedad de Horticultura de Picardía. Y ese día, al parecer, totalmente entregado a esas funciones que desempeña con tanto celo para mayor provecho de esa Sociedad, creyó que debía decirme a quemarropa:

—Mi querido señor, tendremos una Asamblea general pública el próximo 22 de febrero, y estaría encantado si usted quisiera gratificarnos con una lectura.

—¿Una lectura? —exclamé dando un paso atrás.

—Sí…

—¿Una lectura sobre las flores…, los arbustos…, los jardines? —añadí retrocediendo dos pasos más.

—Exactamente.

—Pero mi querido señor, de eso yo no entiendo nada —respondí—. Ni siquiera sé distinguir el geranio de la borraja, ni las campanillas del rododendro.

—Eso no importa —continuó el señor Decaix-Matifas en un tono algo burlón—. No es necesario que hable usted como profesor de botánica. Sólo como aficionado…

—Aficionado…, no lo he sido jamás y sería incapaz de serlo.

—Además, el señor prefecto presidirá la sesión —observó el señor Decaix-Matifas como para tentarme más.

—¿El señor prefecto?

—¡Y habrá damas!

—¡Damas!… Damas con mangas subidas hasta las orejas.

Y con este último golpe quedé literalmente apabullado.

Alphonse Karr[200] ha dicho en una de sus divertidas cartas, datadas en su jardín: «Me gusta mucho ver las rosas, pero no me gusta hablar de ellas». ¡Si hubiera ampliado esa opinión a todas las producciones del reino vegetal, el ingenioso escritor nunca habría proclamado nada más justo!

Hablar de flores cuando mirarlas debería bastar, ¿para qué? Y sin embargo, Alphonse Karr habría podido disertar sabiamente sobre ellas, porque era un tema que conocía a fondo. ¡Pero yo, ignorante, *ignorantin, ignorantissime*! ¡Ah!, señor Decaix-Matifas, ¿qué le había hecho yo?

* * *

Durante varios días traté inútilmente de asimilarlo. El pensamiento de que habría damas en aquella sesión pública no me tranquilizaba, todo lo contrario. Estaba firmemente decidido a no compararlas con las flores naturales, cosa que está demasiado usada, ni con las flores artificiales, cosa que ellas no me hubieran perdonado nunca, a no transformar, en fin, aquella sala del Ayuntamiento en un arriate esmaltado por nuestras amienenses más elegantes.

¿Qué decir entonces? ¿De qué hablar durante los treinta minutos que suelen reservarse para ese tipo de charla? Si este tiempo resulta corto para los entendidos, ¡es demasiado largo para los que no entienden!

Tengo la costumbre de pasear todos los días con mi viejo amigo Édouard Gand. Hablamos de algunas novelas que van cociéndose a fuego lento en mi cerebro. Estaba precisamente centrado en un *Viaje extraordinario a través de Asia Central*[201], con gran complicación de aventuras. Por eso, cuando me encontré con él, Gand vio claramente que yo estaba preocupado. Había pensado en pedirle consejo. Pero, en materia de botánica, él es de mi cuerda. Apenas ha estudiado otra cosa que esas flores tan maravillosamente tejidas por las mecánicas Jacquard[202], o las estrellas, esas flores del firmamento que se abren después de la puesta del sol… Decididamente, no era el consejero que yo necesitaba.

Cierto, yo tenía un profesor de agricultura… ¡Sí, de agricultura! Lo veo incluso en medio de esta asamblea, su cabeza blanca con todo su cabello, su rostro amable, su mirada viva, su fisonomía de hombre bueno y excelente; es el señor Auguste Dewailly. ¡Cuántas veces su amplio coche nos ha llevado a los dos por la ruta de Saint-Fuscien hasta su granja! Se trata de un curioso

conjunto de bosque, piedras, ladrillos, con sus cobertizos, sus establos, su palomar. Luego, más allá, ¡qué paisaje! Los campos inmensos, la flecha de la Catedral, cortada por la línea de los tejados; a un lado, el asilo de Dury y la Escuela Normal de maestras; al otro, el arbolado valle de Longueau; en el horizonte, los macizos de Allonville y las ruinas del castillo de Boves. Sentados los dos al abrigo de un almiar, mirábamos y hablábamos. El señor Dewailly me inició en los misterios de los cultivos. He llegado a distinguir, no sin esfuerzo, el centeno de la cebada, la alfalfa de la esparceta, y me creo muy ducho en la *sanve*, esa mostaza silvestre que reviste los campos de un color amarillo dorado tan hermoso. ¡Sí!, muy ducho, pero a condición de que mi maestro esté a mi lado, porque, en cuanto se da la vuelta, ya estoy confundiendo el trigo con la avena y el trébol con la alfalfa lupulina. Y, mientras tanto, mi perro brinca entre los trigos sarracenos, y pueden estar ustedes seguros de que no sabe más que yo de los productos de la tierra.

Qué quieren, señoras y señores, no tengo vocación. Cuando me remonto en la escala de mis antepasados, veo militares, magistrados, marinos, abogados, pero ningún horticultor, ni siquiera un aficionado a los jardines. ¡A ellos no habría podido aplastarlos el oso de La Fontaine**[203]** con su pedrusco insecticida! Y sin embargo… Quizá haya tenido un pariente en la familia de mi mujer, mi suegro, el señor De Vianne, que se ocupaba de cultivos. Tenía un jardín, de este tamaño, en las alturas del suburbio de Beauvais. Allí era adonde iba a sudar sangre y agua para cosechar más piedras que frutos y más ortigas que verduras. Además tenía una forma muy singular de acelerar el crecimiento de sus plantas. Impaciente, como antiguo capitán de coraceros que era, todas las mañanas las tiraba de los tallos, para que se elevasen más deprisa, y, por lo general, las plantas morían a consecuencia de esos tirones intensivos. ¡Convendrán conmigo en que un atavismo como éste —por parentesco político— era insuficiente para convertirme en un enamorado de la diosa Flora**[204]**!

* * *

Pero, en fin, había que hacerlo, porque no había sabido responder con un rechazo motivado las proposiciones del señor Decaix-Matifas. Tuve entonces la idea de recurrir a los *Bulletins de la Société d’Horticulture*. Me dije:

«Se han hecho muchas lecturas… ¿Por qué no utilizar una de las mejores, quizá ya olvidada?… ¡Será fácil apropiármela, plagiándola con tanta deslealtad como inteligencia!…».

Sí, en mi angustia, había llegado a ese punto.

Pero resulta que, releyendo las alocuciones reglamentarias, y de modo más particular las de los presidentes de las Asambleas generales, apenas encontré, en materia de flores, otra cosa que flores de retórica. E incluso los personajes de rango elevado que las pronuncian parecen no saber mucho más que yo sobre las delicadezas de la jardinería.

Debo confesar que hoy el señor prefecto no ha creído que debía emplear esa precaución oratoria. Pero en la sesión del 24 de febrero de 1889, su predecesor, el señor Ligier, empieza diciendo que es un profano en horticultura; invoca su ignorancia hortícola y no lamenta demasiado su incompetencia, dejando a los oradores especiales la tarea de pronunciar discursos.

«Muy bien —me dije—, pero, si un prefecto que debe saber de todo por sus funciones, y que en realidad sabe de todo, se declara incompetente sobre la flora, también yo, simple viandante sin aureola oficial, tengo derecho a declararme igual que él».

Y anteriormente, en la sesión del 26 de febrero de 1888, el señor Frédéric Petit[205], se expresó en estos términos:

«Señoras y señores, deben ustedes a la insistencia de su Presidente, por lo general mejor inspirado, la mala fortuna de ver hoy este sillón ocupado por un hombre tan ajeno como puede serlo a las cosas de la horticultura…».

¡No tanto como yo, señor Alcalde, no tanto como yo!

En cualquier caso, por ajenos que sean a ella, un prefecto y un alcalde se encuentran en una situación muy superior a la mía. Les permite afrontar sin temor a esta temible asistencia, puesto que se presentan, uno con una asignación del departamento, el otro con una subvención municipal. Eso previene en su favor y redime su incompetencia. Llegan aquí con los bolsillos llenos, mientras que los míos están vacíos, vacíos como mi pobre cerebro, cuando se trata de hablar de cosas de las que no entiendo nada.

Luego, hojeando esos boletines, veo que los temas más interesantes ya han sido tratados por especialistas verdaderamente aplaudidos, tales como «Las Flores en la intimidad, —¡qué título tan encantador!, por el señor Dybowski—, Las Plantas carnívoras», ¡qué título tan seductor!, por el señor Bertrand. ¡Y esa charla tan espiritual sobre las crucíferas del señor de Franciosi!

¡No!, no me quedaba nada. No sabía qué hacer. No me atrevía siquiera en venir al Ayuntamiento, a la sala de Adjuntos, a menos que alguna comisión me obligase. Y entonces me escondía por los rincones, bajaba los ojos ante la

mirada penetrante del señor Decaix-Matifas, intentaba rehuir a ese hombre intratable; pero él sabía encontrarme.

—No se olvida de mí, ¿verdad? —me decía.

—¡Oh, ni mucho menos!

—Contamos con usted.

Era yo el que no contaba conmigo.

Y llegó un día en que el señor alcalde me dijo amistosamente:

—Parece que dará usted una lectura en la sesión del 22 de febrero…

—Eso parece, señor alcalde.

—¡No dudo de que será muy interesante! —añadió con una benevolencia que me pareció algo irónica.

Y creo de buena gana que al señor alcalde no le molestaba ver a uno más ignorante que él arrinconado en ese callejón sin salida de una alocución botanográfica.

* * *

Para colmo de desgracias, señoras y señores, estábamos en pleno invierno. ¡Y qué invierno! Helaba desde Santa Catalina. 70 cm de hielo en el suelo. Todas las plantas perdidas hasta las raíces. Ni un solo tallo fuera de tierra.

Entonces me vino este pensamiento:

«Después de un periodo como este de fríos excesivos, es muy evidente que la primavera no verá crecer ni hojas ni flores. A partir de entonces, ¿de qué sirve una Sociedad de Horticultura y una Asamblea general como ésta? Incluso si el gobierno, que es todopoderoso, decretase que las plantas deberán renacer en la nueva estación so pena de ser perseguidas de acuerdo con las leyes…, de la naturaleza, ¡es el fin del reino vegetal!».

Sí, pero mientras tanto, no había que dejar de pensar en la fecha del 22 de febrero, y, ya que no podía estudiar las flores *de visu*, decidí estudiarlas en los libros.

Me procuré pues uno de esos libracos formidables; ¿y qué es lo que leí en el primer capítulo?… Que en la actualidad se cuentan 250 000 géneros de plantas, subdivididas en especies y variedades, 250 000, entre las que me bastaría con elegir el tema de esta charla. ¡Elegir!…

«¡Ah!, decididamente demasiadas flores, demasiadas flores —exclamé como el adivino Calcas de una célebre opereta[206], y quizá con más razón que él».

Y ahí me tienen, estudiando esa interminable nomenclatura. ¡Qué desencanto! En lugar de nombres amables, de rosas, jazmines, anémonas,

acianos, violetas, pensamientos, resedas, que tantas rimas deliciosas han proporcionado a los poetas, ¿qué se ofrece a mis ojos? Jumariés, embrioteges, vasiductos, infundibuliformes, quinqueloculares, siconos, apicifixes, fulcráceos, cuatripartitos, antítropes, pennivervios, espinescentes, sarcocarpos, decombatantes, etcétera. ¡Oh, estos fabricantes de palabras científicas en las que el griego y el latín se acoplan de forma tan deplorable! ¡Para ellos los *vergiss-mein-nicht*[207] son escorpioides, y si una de ustedes, señoritas, se llama Margarita, ellos la llamarán en su infame lenguaje señorita Aster[208]!

Y, mejor aún, escudriñando ese libraco de botánica, constato que esos sabios no buscan en una planta ni su perfume ni su color. La flor existe en su clasificación salvaje por la forma, por la disposición de sus hojas, por el número de sus pétalos. Por eso cuando han dicho, cuenta maliciosamente Alphonse Karr: el cáliz es monosépalo, las anteras son reniformes y uniloculares, el pistilo se compone de varios carpelos a menudo verticilados, los frutos forman una cápsula plurilocular, las semillas por lo general carecen de endosperma con los cotiledones foliáceos, esa definición se aplica, al parecer, tanto al modesto malvavisco —¡oigan bien, señoras y señores!— como a un gigantesco baobab de los bosques del Nuevo Mundo.

Ante estas desconcertantes revelaciones no sabía qué iba a ser de mí. Mis días transcurrían en medio de la mayor angustia, mis noches en pesadillas. Esta sala del Ayuntamiento me parecía como una sala del Tribunal de lo Criminal donde yo iba a comparecer en el banquillo de los acusados, expuesto a las burlas del pretorio.

¡Y qué jueces para juzgarme! Un doctor Richer, uno de nuestros maestros en historia natural, un profesor Raquet, tan competente en las cosas de botánica, un Catelain hijo, tan perfecto conocedor. ¡Y, además, los miembros de esos terribles comités de arboricultura, de cultivo hortelano, de floricultura, de arte, de industria y de enseñanza hortícola, los señores Laruelle, Rivière, Florin, Mille-Coulon, Maille, Régnier, Benoist-Galet, Roger, Tabourel, Lefebvre, Digeon! ¡No me perdonarían! ¡Estaba condenado de antemano! Sería ejecutado inmediatamente, y, como en los circos de Roma, las damas mismas volverían hacia abajo su bonito pulgar finamente enguantado para aprobar la muerte del gladiador…, ¡a su pesar!

* * *

Señoras y señores, esa era mi existencia desde aquel funesto encuentro con el señor Decaix-Matifas. Deambulaba por la ciudad como un alma en

pena. Mi amigo Gand caminaba a mi lado, y, como Terámenes dijo de los caballos de Hipólito:

L'œil morne maintenant et la tête baissée
semblaient se conformer à ma triste pensée[209].

Seguíamos los bulevares, bordeando los pequeños jardines cuyos árboles y arbustos no tenían ya ninguna hoja. Yo tenía vagas visiones de dríades y de hamadríades, heladas en el fondo de los matorrales bajo los mordiscos del clima picardo.

Un día, estando solo, voy más allá del bulevar Saint-Jacques, a orillas del Somme, donde ya no me quedaba más que arrojarme si quería escapar al desastre de esta lectura. Maquinalmente voy por la izquierda, una vez pasado el puente. Más abajo había ruedas hidráulicas que giraban en la corriente de los canales, y pensé que el infortunado Ixión[210], rey de los lapitas, atado a la suya en los remolinos del Tártaro, era menos digno de lástima que yo. Después me aventuro por un camino bordeado de álamos calvos. A la derecha se extiende un amplio jardín, cuyos bancales apenas se esbozan bajo la capa uniforme de las nieves.

Hay una verja abierta, la franqueo, y me aventuro a través de las alamedas de ese jardín. Pero ¿qué crece en aquellos bancales? Se diría que han sembrado en ellos semilla de bayonetas. Veo, por millares, tallos que salen del suelo con una hoja única en su extremo. Me acerco, ¡y qué sorpresa la mía! El nombre de esas singulares plantas está inscrito en su hoja. ¿Es por lo tanto la complaciente naturaleza la que las ha etiquetado así para acudir en ayuda de los ignorantes? ¡No, por desgracia! Allí no hay más que tallos metálicos que llevan el nombre de la raíz enterrada en el suelo, y que germinará en primavera…, ¡si germina! ¡Una nueva desilusión!

—Buenos días, señor Verne. Es la primera vez que tengo el placer de verle en el Botánico.

Estas palabras fueron pronunciadas por una voz bien timbrada, a unos pasos a mi espalda.

Me vuelvo… Hay un hombre, un hombre en la fuerza de la edad, fisonomía inteligente, ojos francos, mirada observadora, con una barba oscura y todos sus cabellos que aún no blanquean.

Reconozco al director de las plantaciones de la Ciudad, el jardinero jefe señor Laruelle. Cuando digo jardinero, me equivoco, no es un jardinero, no es un hombre, es un ángel, el ángel de la horticultura, con alas de hojas de bananero. Sí, un ángel que la Providencia me envía. Él me instruirá, me enseñará una parte de lo que tan bien conoce, me dirá los nombres y las

virtudes de las plantas cultivadas por sus cuidados. No podía encontrar mejor doctor en ciencia floral.

Le doy, pues, a conocer mi situación desesperada. La compadece, porque es el mejor de los hombres, el más instruido en las cosas de su arte, a la vez que es tan modesto como servicial.

Y heme aquí convertido en su discípulo, pidiéndole sólo que derrame en mí un poquito de su saber, lo justo para no terminar afrontado durante mi comparecencia ante la Sociedad de Horticultura de Picardía. Y entonces el señor Laruelle se consagra sin reserva a la ingrata tarea de hacerme distinguir una planta de otra planta… ¿Lo ha conseguido?… Creo que él conserva algunas dudas a este respecto.

Y sin embargo, el señor Laruelle es un botánico de gran mérito, y lo ha demostrado. Jardinero durante dos años al servicio de la Ciudad de París, es de los que dieron el primer golpe de azada en el parque Monceau en espera de ser destinado a los jardines de Meudon, luego al huerto del parque de Versalles. Entró luego en la magnífica propiedad del barón James de Rothschild[211] en Boulogne-sur-Seine, y ahí es donde acaba su aprendizaje para convertirse en Compiègne en jardinero jefe del marqués de Laigle[212], cuyos maravillosos invernaderos pueden rivalizar con los del Château.

Fue en 1877 cuando el señor Laruelle fue llamado a Amiens, donde, desde esa época, dirige con un gusto tan apreciado por todos las plantaciones de la ciudad. Ha sido él quien ha rehecho la Petite-Hotoie, ese delicioso recinto de árboles magníficos, de arbustos y plantas notables por su magnificencia o su rareza, entre ellas la *araucaria*, el *liquidambar gymnocladus*, el olmo *monumentalis*, el *Cedrela cinensis*, los *bambusas Simonii*… Como pueden ver, gracias a las lecciones de mi eminente profesor, puedo en caso de necesidad emplear las palabras técnicas. Fue él quien dispuso de forma tan agradable la plaza Saint-Roch, donde los cronistas que se burlan de ella se sentirán demasiado felices al encontrar un día frescor y sombra. Ella ha sido la que ha hecho las plantaciones de plátanos del bulevar Thiers, los tresbolillos de la Grande-Hotoie. A él se le debe la creación de la plaza Saint-Denis, con su colección de palmeras, de bananos de Abisinia, sus *Chamœrops*, sus *Phénix*, sus *Dracœna*, sus *Ficus*: allí, bajo sus órdenes, trabajan ahora ayudantes inteligentes, y no esos mozos-jardineros, o más bien esos torpes Fígaros que cortaban los arbustos tan cerca de la raíz que la nueva primavera nunca los veía volver a florecer. ¿Debo citar también los pequeños jardines, cuyos movimientos ha modificado el señor Laruelle, cuyos arriates ha vuelto a cubrir de césped, y cuyos macizos ha renovado? ¿No es él quien,

bajo la inspiración del señor Frédéric Petit, sacrificando los castaños poco apropiados de los bulevares exteriores, ha hecho en nuestra ciudad un cuádruple cinturón de árboles, plátanos en lo bulevares de Pont-Noyelles y de Châteaudun, tilos de Holanda en los bulevares de Bapaume y de Dury, tilos argentados en el bulevar de Saint-Quentin, sicomoros en el bulevar de Estrasburgo, por no hablar de los álamos de Italia cuyo ramaje sombrea la tumba de los patriotas picardos?

He ahí la obra de nuestro jardinero jefe, y la continuará, la completará. Bajo su dirección, el nuevo bulevar de Beauvillé ya está plantándose en las inmediaciones del hospicio. ¿Y no soy el intérprete del agradecimiento público al conceder al señor Laruelle estos elogios tan merecidos? Además, le debo el haber podido aportar una nota más seria a esta lectura. Él me ha paseado a través de los invernaderos y los bancales de este jardín, de los que saca anualmente 50 000 plantas, entre otras 8000 geranios, que sirven al embellecimiento de nuestras plazas. Ha hojeado para mí las páginas de su voluminoso repertorio de botánica. Me ha hablado de los *sedum*, empleados en los mosaicos de los macizos, inutilizados antes de él. Me ha dicho que este año plantaría en los céspedes de la Petite-Hotoie la *Nicotiana colossea* de hojas gigantescas. ¡Cómo no volverse un poco sabio con semejante maestro! Me ha contado además muchos hechos curiosos, relativos a ciertas plantas: esas *fraxinellas*, cubiertas de una materia resinosa, que se pueden encender sin que sufran; esas *Hedysarum gyrans*, cuyas hojas se mueven como los brazos del telégrafo durante la estación cálida; esas *Dioneas* que se cierran sobre los insectos; esas *Momordica elaterium*, auténticas pilluelas, que lanzan un chorro de agua a la cara de quien las toca; esas *valisneria spiralis*, que van a depositar sus huevos en la superficie de las aguas y vuelven a cogerlos para incubarlos en las profundidades acuáticas. ¿No me ha contado la novela de esas flores de dos sexos, que tienen el mismo domicilio conyugal, es decir, la misma corola? ¡Y esas historias extraordinarias de plantas, esas *Caladium colocasia odorata* del Brasil, de largos pecíolos, que paralizan la lengua con sólo su contacto! ¡Y esa *Mimosa pudica*, cuya flor se marchita con sólo la mirada de una mujer, a poco que esta mujer tenga en la conciencia la más venial de las faltas! Pero tranquilícense, señoras, ¡aquí no hay ni una sola de esas sensitivas reveladoras! Y, además, estoy seguro, son ustedes tan perfectas que la *Mimosa pudica* podría soportar sus miradas…, ¡sin marchitarse!

Estos son los estudios que he seguido bajo la dirección del señor Laruelle, y puedo decirles de su parte que, a pesar de los rigores invernales, sus plantas

han resistido los caprichos del termómetro, salvo algunos rosales de té, y ciertos arbustos de hojas perennes que no aguantaron, como los *Aucuba*, los *Cotoneaster* y la *Eriobothrya Japonica*.

* * *

Comprenderán, señoras y señores, que cuando uno es capaz de pronunciar los nombres de estos vegetales, ya es un experto en botánica. Tenía pues derecho a creerme un sabio cuando dejé la hospitalaria morada del señor Laruelle. Por eso, al volver a la ciudad, tenía otro aspecto. Ni mi amigo Gand me habría reconocido. En lugar de estar absorto en las combinaciones fantasiosas de los *Viajes extraordinarios*, llevaba la cabeza alta, miraba a los árboles como a antiguos amigos, saludaba a las plantas como a antiguas conocidas. Las llamaba por sus nombres inverosímiles. A una le decía: ¡Tú darás flores en mayo! A otro: Tú darás frutos en septiembre. A todos: ¡Hola, hola pequeño! ¡Hola, pequeña! Estaba metamorfoseado y me proponía sorprender al señor Auguste Dewailly cuando volviéramos juntos a su granja.

Ocurrió tres días después. Mi amable compañero, ¿se dio cuenta de que había algún cambio en mi actitud, que yo hablaba de los vegetales y de la vegetación con un aplomo no menos singular? Por lo que a mí respecta, no tengo la menor duda. No podía contenerme. El saber me desbordaba, como un bachiller que acaba a aprobar. Habría dado lecciones a Teofrasto, a Plinio, a Dioscórides, los más célebres botanófilos de la Antigüedad[213].

Y mientras bajábamos por el camino de Saint-Fuscien, señalo uno de los árboles de la hilera de la derecha, diciendo:

—¡Eh, señor Dewailly, qué hermoso plátano!

—¡Un plátano! —me responde.

Y, sonriendo con esa buena sonrisa que le arruga las mejillas hasta los ojos:

—No quisiera disgustarle —añade—, pero no es un plátano.

—¿Y qué es entonces?…

—¡Un olmo!… ¡Simplemente un olmo!

Volví a caerme en el fondo del coche. ¡Aquello era el resultado del señor Laruelle! A la primera ocasión, no dejo de decir una tontería. ¡Ah, al diablo con los árboles, las plantas y los vegetales de toda clase! ¡Al diablo con la diosa Flora y la florimanía! Si volviéramos a los tiempos mitológicos, no sería yo quien rehiciese los milagros de los dioses del Olimpo. No sería yo quien cambiase a la ninfa Dafne en laurel, a la ninfa Clitia en girasol[214]. ¡No! ¡Demasiadas flores ya!… ¡Demasiadas flores!

* * *

Tal es, señoras y señores, el hombre que se presenta ante ustedes, en toda la ridiculez de su incompetencia. El 22 de febrero de 1891, fecha fatal, ha llegado. Esta misma mañana, la Sociedad de Horticultura ha tenido a bien enviarme algunas plantas de gran valor, y se lo agradezco…, pero ni siquiera me he atrevido a mirarlas, porque me parecía que iban a gritarme: «¡No sabes nuestro nombre! ¡No sabes nuestro nombre!». ¡Y ahora me veo en esta sala del Ayuntamiento, sobre un estrado, de uniforme, corbata blanca y frac negro, tan correcto como apurado! ¡Ah, por qué antes de comenzar esta lectura no habré mordido los pecíolos de la *Caladium colocasia odorata*! Mi lengua habría quedado paralizada, no habría podido tomar la palabra, y no habría visto lo que no es sino demasiado evidente: las damas me miran con compasión, los hombres con desdén, el doctor Richer con malicia, el señor Laruelle con desencanto, el señor Decaix-Matifas con pesar por haberme confiado esta charla. El señor alcalde, con la preocupación de que algo desagradable puede ocurrirle a un miembro de su Consejo municipal, y al señor Allain-Targé, por último, con la indignación demasiado justificada de ver una asamblea que preside comprometida por los errores de un ignorante. Y todo ello, en presencia de esta Sociedad de Horticultura de Picardía, cuya importancia crece a diario y que se afirma por sus continuos éxitos en las Exposiciones departamentales y nacionales. Ustedes han podido juzgarlo al oír el elegante discurso del señor Prefecto y el interesante informe del señor Lefebvre, tan justamente aplaudidos en esta sección… Mientras que yo, durante media hora, yo, alumno indigno de los señores Dewailly y Laruelle, habré hablado para no decir nada.

Señoras y señores, todo esto es culpa de nuestra madre Eva. En la época en que la Biblia la hace vivir, ¿qué era el Paraíso terrenal? Un bello jardín de Mesopotamia, entre el Tigris y el Éufrates, donde crecían vegetales que no se adornaban todavía con ningún nombre científico-bárbaro. Adán era jardinero jefe; pero el pobre hombre no tuvo buena mano para sus plantaciones. En efecto, en aquel jardín, había árboles frutales, entre esos árboles frutales había manzanos, y en esos manzanos, manzanas, y quizá, señoras, les parezca totalmente natural que su golosa abuela haya mordido alguna con sus bonitos dientes. Sin embargo, de ahí, como ustedes saben, ¡hemos llegado a todos los males sublunares, a todos los sinsabores terrenales!… Y ¿hay uno mayor que haber venido un hermoso domingo a encerrarse en esta sala, yo para hablarles de lo que no sabía, y ustedes para oírme?

EL PRESIDENTE A SU PESAR. DISCURSO DEL SEÑOR JULES VERNE, CONSEJERO MUNICIPAL[215]

Señoras, señores:

Se ha abierto la Sesión, se ha levantado la Sesión, ¿no es al enunciado de estas dos fórmulas simples, nítidas, claras, racionales, prácticas, a lo que debería limitarse la alocución de todo presidente de una asamblea cualquiera? Y si a veces ocurre que la primera de estas fórmulas es esperada con cierta impaciencia, ¿no espera el auditorio con más impaciencia todavía la segunda, porque tanta es la prisa que tiene en recobrar su libertad?

Admitidos estos hechos, dado que las funciones de un Presidente consisten únicamente en abrir y levantar una sesión, ¿por qué obligarle por añadidura a hablar al principio, a prolongar la duración de estas ceremonias ya largas? Por eso, no está lejos el tiempo en que ya no será posible acudir a presenciarlas, ¡pues Dios sabe si no se hace un prodigioso consumo de ellas en nuestro locuaz e ingenioso país! Se presiden los cursos y los tribunales; se presiden las comisiones y las investigaciones; se presiden los consejos de administración, los consejos generales, los consejos de distrito, los consejos municipales; se presiden las reuniones electorales y los escrutinios de votos; se presiden los sorteos de la clase y el sorteo de la lotería; se presiden las sesiones del Institut y los concursos de los Conservatorios; se presiden las cámaras de comercio, los sindicatos, las fábricas, las oficinas de higiene y las oficinas de beneficencia; se presiden las reuniones de tiro, de gimnasia, de carreras hípicas, náuticas, gimnásticas y velocipédicas; se presiden las Sociedades armónicas, sinfónicas, filarmónicas, de corales y fanfarrias; se presiden las conferencias, los repartos de premios de los liceos y de las escuelas; se preside el consejo de Estado; se preside el Tribunal de cuentas; se preside la Cámara de diputados; se preside el Senado; se preside el Gabinete

de ministros; se preside… Me detengo porque la nomenclatura es interminable, y ya oigo los gritos carnavalescos de la tradicional media docena de máscaras que os llaman a la calle de los Trois-Cailloux. Pero hago observar que, si esto continúa, ¡el siglo XX contará en Francia con más presidentes que presididos!

Perdónenme esta ocurrencia, señoras y señores. ¿No está permitida al pobre hombre al que la fatalidad conduce a este sitio? ¿No se necesita una enorme dosis de valor y una no menos enorme dosis de abnegación para consentir en ocuparla? Que el puesto sea honorífico, lo admito, pero envidiable, ¡no, desde luego! Por eso la penuria de presidentes empieza a dejarse sentir, incluso en nuestra buena ciudad de Amiens. ¿Y cómo sorprenderse, si se desgastan rápidamente en esta tarea devoradora? Dentro de poco tiempo se impondrá la necesidad, si su supresión no está cercana, de ir a reclutarlos entre los colegiales del Institut de sordomudos… Después de todo, ¿quién pensaría en quejarse? Éstos por lo menos no hablarían…, ¡o muy poco!

Y es que, en realidad, se exige demasiado de las víctimas de esta epidemia corriente y perorante que Charles Dickens llama en broma el «cotorroparloteo». Si como debiera ser —perdonen la vulgaridad de la comparación a favor de su exactitud— un presidente no fuera más que una especie de conserje, superior y bien vestido, únicamente encargado de abrir una sesión como se abre una puerta, las cosas irían mejor. Sería, créanme, a mayor satisfacción de los oyentes de toda edad y todo sexo… Pero no sirve de nada hacer recriminaciones, prevalece la costumbre, hay que someterse cuando ya no puede uno abandonar, y ése es precisamente el caso de su servidor.

Hace dos años aproximadamente, el honorable señor Decaix-Matifas me rogó hacer una lectura en la Sesión solemne de la Sociedad de Horticultura de Picardía. Al principio, aunque acepté, no fue sin dudas, lo confieso, porque una lectura es muy distinto de una alocución. Me habían dado carta blanca. Podía elegir mi tema. Me estaba permitido dejarme llevar por mi fantasía. Lo hice, abusé incluso de ella en esa lucubración felizmente olvidada, y que se titulaba: *¡Demasiadas flores!* Por otro lado, al hacer esa lectura, me preciaba de demostrar victoriosamente mi ignorancia absoluta, mi notoria incapacidad, mi innegable incompetencia en materia de horticultura teórica y práctica. Por lo tanto tenía derecho a creerme, hasta el final de mi existencia, a salvo de un nuevo ataque de «presidentitis aguda». Parecía inverosímil que me llamasen alguna vez más ante esta asamblea. Era suficiente con una vez. Era demasiado

incluso, y, sin embargo, ustedes me ven de pie en este sitio. De donde se deduce que, respecto a mí, se impone uno de esos dilemas tan de moda: o el señor Decaix-Matifas no quedó convencido de mi insuficiencia, o quiso proporcionarme la ocasión de rehabilitarme ante los aficionados a las plantas, los jardineros y los hortelanos amienenses. Que Vertumno[216], el dios de los jardines, y su mujer la diosa Pomona, sus mitológicos antepasados, le perdonen por haberme infligido esta segunda prueba, más peligrosa que la primera. Lo cierto es que, sea cual fuere el móvil que le inspiró, me ofreció, hace un mes, intentar la aventura, y esto en términos que no dejaban lugar a una negativa.

Además, usted no tendrá —me repitió con ese tono insinuante del que yo hubiera debido desconfiar—, usted no tendrá más que presidir…, por así decir, en efigie. Al principio, declarará usted abierta la Sesión, y le dejaremos en paz.

Yo, ingenuo —¡a mi edad!— me dejé llevar. Pero, después de haber aceptado, se me hizo comprender que sería conveniente arreglar con una ligera salsa la fórmula sacramental del principio, rodearla con algunas frases amables para el auditorio, una docena como máximo, a condición de que fuesen largas. ¡Y yo que tengo la costumbre de hacerlas cortas! Luego se pronunció la palabra alocución, ¡oh!, una alocución de tres minutos solamente… En fin, estaba pillado, no podía librarme, y he aquí, señoras y señores, por qué circunstancias, en las que mi complacencia sólo puede compararse con mi debilidad, he terminado disfrazado de Presidente de esta Asamblea disfraz que hasta cierto punto puede justificar este domingo de mediados de cuaresma.

Al parecer, esta Sesión es la quincuagésima desde la fundación de su Sociedad, que, este mismo año va a celebrar su Cincuentenario. Lo cual equivale a decir que ya se han sucedido cuarenta y nueve Presidentes en estas funciones penosas, por temporales que sean. ¡Oh, qué desdichados, y cuánto los compadezco con la esperanza de que ustedes me compadezcan también a mí!

Tras reflexionar, es posible que yo, el quincuagésimo, más afortunado que mis antecesores, pueda salir más o menos del aprieto. En efecto, debo reconocerlo, en cierta forma he sido favorecido. Hasta ahora las Sesiones de la Sociedad de Horticultura de Picardía se celebraban en una de las salas del Ayuntamiento. Y esa sala, relativamente restringida, sólo se prestaba de forma imperfecta a las exigencias de una puesta en escena, y el programa no podía modificarse.

Hoy es en nuestro enorme Circo Municipal donde se desarrollan las pompas de esta ceremonia. Las puertas han sido liberalmente abiertas a los invitados y a todo el público. La Fanfarria de nuestros Zapadores-Bomberos y los coros de nuestros Orfeonistas van a unirse en un mismo concierto bajo la dirección de los señores Salle y Dupuis, que tan bien se entienden. Además, tema de gran atractivo, esos macizos de flores, artísticamente dispuestos por el señor Laruelle, no tardarán en vaciarse en provecho de las encantadoras espectadoras, deseosas de respirar su perfume. Es casi un primor ese ramo de violetas, símbolo de la modestia femenina, adornada con esa anémona milagrosa que Venus hizo nacer de la sangre de Adonis a la que ella quiso mezclar sus lágrimas[217]. En verdad, yo sería injusto en esta ocasión si gritase: ¡demasiadas flores!, como el célebre Calcas de *La Bella Helena*. Demasiado no es siquiera bastante, señoras, cuando se trata de adornar sus cinturones Imperio y sus corpiños en gavillas, última palabra de la moda del día.

Por lo tanto, gracias a este programa, lleno de seductoras promesas, un Presidente está en su derecho a creer que su alocución no tiene ninguna importancia. Está en su derecho a hacerla breve, a reducirla a la docena de frases que le han sido impuestas. Por eso, tengo cuidado de contarlas a medida que escapan de estas hojas. ¿No veo acaso las seis mil orejas de este auditorio impacientemente tendidas hacia nuestro proscenio?

Más de una vez, y ésta será la última, eso espero, he sostenido, señoras y señores, esta tesis relativa a los Presidentes de las ceremonias de este tipo, aunque por lo demás sin ningún éxito. Por eso, quizá vuelva a incurrir en el reproche de repetirme. Pero hoy, ¡es tan tentadora la ocasión de demostrar la inutilidad de sus funciones, de probar hasta la evidencia que deberían resignarse al papel de personajes mudos! En efecto, basta lanzar la vista sobre este programa para reconocer la exactitud de mi afirmación. Veamos más de cerca: el número dos es el discurso que me ha correspondido. El número cuatro es la reseña de los trabajos de 1893, por el señor Félix Pancier, su secretario general. El número seis es la alocución del señor Decaix-Matifas. Luego viene el reparto de las recompensas a los laureados de la Sociedad.

Pues bien, ¿cuáles son los números indispensables de este programa? El cuarto y el sexto, no hay la menor duda. En cuanto al segundo, del que estoy encargado, sobra. Entre nosotros, ¿de qué podría hablar sin correr el riesgo de desflorar el informe del Secretario general? ¿No sería inoportuno para el señor Félix Pancier si yo le usurpase, si yo hiciese mella en sus documentos, si, como él va a hacer, yo citase las cifras que confirman la creciente

prosperidad de la Sociedad de Horticultura de Picardía, si yo proclamase el número de nuevos miembros que ha reclutado desde la última Sesión solemne, si yo les hablase de la próxima Exposición que organiza para el mes de septiembre de este mismo año?

Y, por otro lado, ¿puedo competir con el señor Decaix-Matifas, anticipar los cumplidos que debe dirigir a los Miembros del Bureau, robarle los agradecimientos que quiere ofrecer a las autoridades, a las notabilidades reunidas en este estrado, a sus fieles colaboradores, a los artistas cuya amable ayuda ha reclamado?

No, no sería ni delicado ni justo. Por eso, ¡que esos señores se tranquilicen! No cometeré semejante inconveniencia, y, para emplear una doble imagen de circunstancia, no cortaré la hierba bajo los pies del señor Decaix-Matifas, y no andaré sobre los arriates del señor Pancier. Les dejo todo lo que tiene su sitio legítimo en su informe y en su alocución.

Muy bien pensado, me dirán ustedes sin duda, señoras y señores, pero quizá habría debido hacer usted algún esfuerzo intelectual, encontrar un tema que no invadiese el terreno reservado a los números cuatro y seis del programa, por ejemplo, un viaje imaginario a través de la flora de los dos mundos…

De hecho, es una idea excelente ese paseo por medio de los jardines célebres de la Antigüedad, del Renacimiento y de los tiempos modernos. ¿Cómo no he pensado antes en una exploración tan interesante? Me parece que la hacemos juntos en este momento, con pie ágil y sin fatiga, en el punto de partida, los jardines del Paraíso terrenal entre el Tigris y el Éufrates. De ahí no hay más que un paso para alcanzar los jardines, colgados o no, de Semíramis en Babilonia, luego los de Asiria y de Persia, tan renombrados, luego los de Antioquía, tan famosos, luego los de Alcínoo, cantados por Homero, en los que se refugió el sabio Ulises.

Entonces, pasando a Italia, recorremos los jardines de Salustio, la villa Laurentia de Plinio el joven, la villa Borghese, los bosquecillos de Tívoli[218]. En Francia, qué delicioso alto bajo las umbrías de Saint-Cloud, de Marly, de Trianón y de Versalles. Un salto, y estamos en Gran Bretaña, en Kew y en Hampton-Court. Otra etapa nos lleva a España, con Carlos Quinto, a los jardines de Aranjuez, con los reyes moros, bajo esos bosques de naranjos de los jardines del Alcázar. Un salto, y alcanzamos los jardines de Mehemet Alí[219], en Egipto, luego los verdes campos de césped del sultán, bañados por las olas del Bósforo. Un último salto, por fin, y franqueamos las fronteras del

Celeste Imperio, donde Chi-Hang-Tsi, de la dinastía de los Tsin, inventó los jardines ingleses mucho antes que Inglaterra.

¡Qué itinerario humorístico e instructivo en tan buena compañía, con la guía Joanne[220] en la mano y el Larousse en las maletas!… Pero, por desgracia, esa idea magnífica llega un poco tarde. He perdido el tren. Se ha ido sin nosotros para ese viaje circular y gratuito a través del mundo de las flores. ¡Hubiera sido mucho más hábil consagrándole los pocos minutos de los que disponía al principio de esta sesión! Lego, pues, no sin pena, este tema magnífico a mi sucesor del próximo año.

Y ahora, señoras y señores, tengan a bien perdonarme si he retrasado la ejecución de este programa, en el que los discursos alternan felizmente con esos fragmentos de música firmados por nombres ilustres de Ambroise Thomas[221] y de Massenet[222]. ¡Dígnense disculparme si he hecho esperar a esos feroces romanos de Herodías, que, a una señal de su director de orquesta, van a invadir esta pista! ¡No me miren mal si he alejado el instante en que nuestra Fanfarria Municipal y nuestro Orfeón van a reunir sus instrumentos y sus voces para cantar los recuerdos del país y el himno de Francia! Y, sobre todo, no me maldigan si he alargado en un cuarto de hora largo ese reparto de ramilletes a las damas y de premios a los laureados, unidos en una común impaciencia. ¿Qué quieren? Me doy cuenta demasiado tarde de la longitud de este discurso, que debía ser tan breve, y cuya insuficiencia no puede compensar la fantasía. El señor Decaix-Matifas sólo me había pedido una docena de frases, y, después de contarlas todas, resulta que pongo fin a la centésimo decimocuarta.

Sólo le añadiré otras dos, señoras y señores, y, completando mi fórmula del principio, doy la palabra al señor Dupuis. Al Orfeón, luego, y tras él, a la Fanfarria de los Zapadores-Bomberos, para que cumplan la tarea demasiado fácil de hacer olvidar esta humorada…, de un presidente a su pesar. (*Aplausos prolongados*).

BRINDIS POR LOS «HIJOS DEL NORTE[223]»

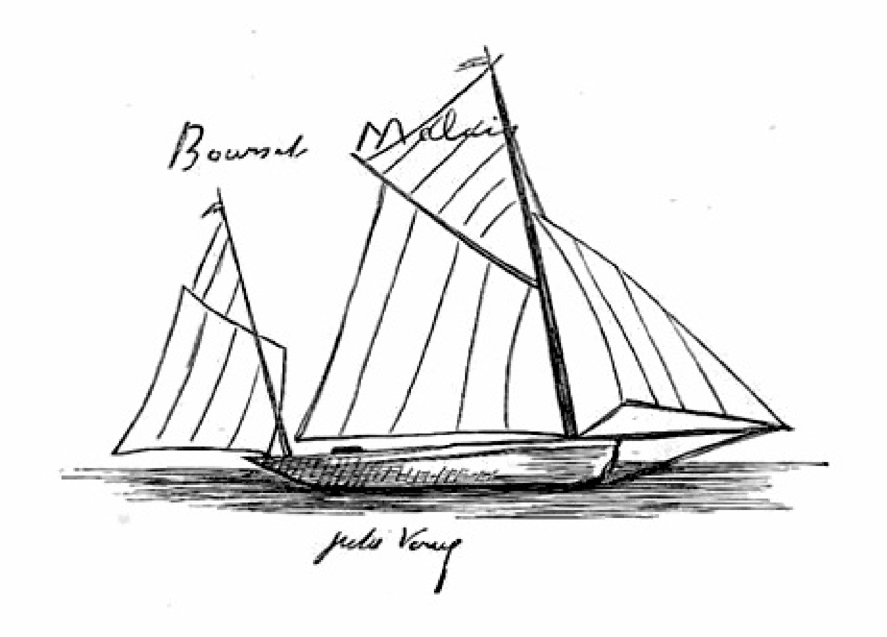
Señores:

Ha llegado el momento en el que, hacia el final de los banquetes, se produce un fenómeno que, aunque no sea cósmico, no deja de manifestarse con una regularidad completamente newtoniana. En ese momento, ante los maravillosos confites del postre, se ven aparecer pequeños trozos de papel fuera del bolsillo de ciertos invitados de aspecto serio. Esos trozos de papel contienen las frases de los tradicionales brindis, que por lo general son acogidos con bravos entusiastas.

Como la presidencia de este banquete me ha sido atribuida de una forma totalmente fortuita, no he podido prepararme para la manifestación de este fenómeno «epulatorio[224]». Si tuviéramos entre nosotros a Carolus-Duran[225], cuya llegada habían anunciado los periódicos de esta ciudad, la presidencia hubiera correspondido a ese gran artista. En su ausencia, tan lamentable como lamentada, me limitaré a hacer un brindis en honor de esta fiesta artística y literaria, del señor Carnoy, tan sacrificado a la simpática obra de todos ustedes, a los señores delegados de París y del Norte, a todos los invitados parisinos y departamentales que han tenido a bien juntarse alrededor de esta mesa. Si les reúno en un brindis único, señores, es porque mi cabeza no tardaría en ahogarse en el champán si tuviera que vaciar mi vaso haciendo justicia a cada uno de ustedes.

Así pues, a la salud de todos los Hijos del Norte, escritores, pintores, escultores, sabios, periodistas, que concurren a representar las artes, las ciencias y las letras en este fraternal banquete picardo.

ENTREVISTAS Y PALABRAS



JULES VERNE EN CASA

Por Marie A. Belloc[226]

El autor de *Viaje alrededor del mundo en ochenta días*, de *Cinco semanas en globo* y de tantas otras historias que han hecho la alegría de centenares de miles de lectores en todas las partes del mundo, pasa su vida laboriosa en Amiens, una tranquila ciudad de provincias situada en la ruta directa de Calais-Boulogne-París.

El más modesto de los amienenses puede ver la casa de Jules Verne, en el número 2 de la calle Charles-Dubois, una deliciosa y bella mansión situada en la esquina de una calle que lleva a un amplio bulevar.

Tras hacer sonar la campanilla, la pequeña puerta, practicada en un muro cubierto de hiedra, fue abierta por una vieja criada de aspecto amable que me guió a la casa por un camino bordeado de viejas construcciones y flanqueado por una torrecilla como las que suelen verse en las casas de campo en Francia. Tuve tiempo de echar una rápida ojeada al jardín de Jules Verne, a su prado adornado de macizos de flores. Aunque estemos en otoño, todo está despejado, limpio, ninguna hoja seca mancha las alamedas de grava sobre las que nuestro novelista da su paseo cada día.

Una escalinata de piedra amarilla lleva a un vestíbulo adornado con palmeras y plantas floridas que forman una agradable antecámara para un bellísimo salón en el que aguardo unos instantes a mi anfitrión y a mi anfitriona.

A primera vista, Jules Verne no presenta el aspecto que la gente se hace de un gran autor. Parece más bien un *gentleman farmer*[227] cultivado, sobre todo cuando se presenta vestido de negro, como es la costumbre de las personas que pertenecen al cuerpo profesoral. Lleva en su ojal el pequeño botón rojo que prueba que Jules Verne está revestido con la alta dignidad de la Legión de Honor. Cuando se sienta, no parece tener sesenta y ocho años, y

de hecho apenas si parece de más edad que la que tiene en el retrato colgado en el salón frente al de su mujer, y que fue pintado hace veinte años.

Como nuestro famoso autor es el primero en reconocer, su esposa ha desempeñado un gran papel en la vida del escritor, ha contribuido a sus éxitos. Al verla todavía tan joven, tan llena de vivacidad, de *French-espièglerie*[228], apenas se puede creer que haya logrado celebrar el año pasado sus bodas de oro[229].

El señor Jules Verne es muy modesto y parece poco dispuesto a hablar de su obra o de él mismo. De no ser por la presencia de su mujer, orgullosa del genio de su marido, yo no habría conseguido las informaciones que había ido a buscar ni aprendido nada de su carrera literaria ni de su método de trabajo.

Finalmente, él se decidió a responder a mis preguntas.

—No recuerdo —dijo— la época en que esperaba convertirme en un autor célebre, y pronto verá usted que muchas cosas conspiraban contra eso. Soy, como usted sabe, bretón de origen, por haber nacido en Nantes. Pero mi padre era parisino de educación y de gusto, enamorado de la literatura, poeta en sus ratos libres, aunque su modestia le impedía publicar sus versos. Por eso, sin duda, empecé mi carrera escribiendo versos. Como en muchos de mis contemporáneos, esos versos adoptaron la forma de una tragedia en cinco actos —añadió con una sonrisa maliciosa.

»Mi verdadera primera obra de teatro —continuó tras una pausa—, fue una pequeña comedia escrita en colaboración con Alexandre Dumas hijo, que era y sigue siendo uno de mis mejores amigos. Nuestra comedia se titulaba *Las pajas rotas*[230] y fue representada en París, en el Gymnase. Siempre he sentido mucho gusto por la escena y por todo lo que tiene relación con el arte teatral. Una de las mayores alegrías de mi vida de escritor me la aportó el éxito que han obtenido en los escenarios varias novelas mías, en particular *Miguel Strogoff*.

»A menudo me han preguntado qué fue lo que me llevó a hacer lo que, a falta de un término mejor, se designa como novelas científicas. Siempre he amado la geografía, como otros se especializaban en las investigaciones históricas. Es cierto que fue mi afición a los mapas y a las grandes exploraciones del globo la que me llevó a escribir esa larga serie de novelas geográficas.

»Cuando escribí mi primera obra, *Cinco semanas en globo*, elegí África por la sencilla razón de que era el continente menos conocido, y me pareció que la forma más ingeniosa en que podía ser explorado era en globo. Escribí esa novela con mucho entusiasmo, rodeado de la mayor cantidad posible de

documentos, porque en ese libro como en los demás he tratado de ser todo lo verídico y todo lo exacto posible.

»Tan pronto como esa novela estuvo terminada, llevé el manuscrito al editor de París muy conocido señor Hetzel[231]. El manuscrito le interesó, me hizo una oferta que acepté al instante. Debo añadir que el señor Hetzel y su hijo fueron y siguen siendo mis mejores amigos. El señor Hetzel va a publicar mi septuagésima novela».

—¿Pasó usted momentos de ansiedad esperando la fama? ¿Se hizo popular enseguida su novela en Francia y en el extranjero?

—Sí —responde en tono modesto—. *Cinco semanas en globo* sigue siendo una de mis novelas más leídas. Cuando esa novela se publicó, yo ya era un hombre de treinta y cinco años y hacía ocho que estaba casado —añadió volviéndose hacia su esposa, con un aire *of old fashioned gallantry*[232].

—¿Su amor por la geografía no le ha apartado demasiado del estudio de otras ciencias?

—Nunca he pretendido ser un sabio, pero me siento feliz por haber venido al mundo en un momento de descubrimientos notables y de invenciones maravillosas.

—Sin duda usted sabe —interrumpió con orgullo la señora Verne— que muchas de las «anticipaciones» de mi marido, que se suponían imposibles, se han convertido en realidades.

—¡Chist, Chist! —exclama el señor Jules Verne—. Es una simple coincidencia, y sin duda se debe al hecho de que, cuando yo inventaba de principio a fin una «anticipación» científica, me esforzaba por hacerla todo lo sencilla y verosímil que era posible.

»En cuanto a la exactitud de mis descripciones, se debe a un hecho: desde hace mucho tiempo, mucho antes de escribir novelas, tenía la costumbre de recoger numerosas notas de los libros, los periódicos y las revistas científicas de todo tipo. Esas notas, clasificadas por orden de materia, me han proporcionado un arsenal de un valor incalculable para mí.

»Después, me suscribí a una veintena de periódicos. Soy un lector muy asiduo de publicaciones científicas, y, naturalmente, estoy al corriente de todos los descubrimientos o invenciones que se producen en todos los campos de la ciencia, astronomía, fisiología, meteorología, física o química».

—¿Son esas lecturas variadas las que le sugieren ideas nuevas para sus novelas, o bien estas eclosionan por sí solas en su imaginación?

—Me resulta imposible decirle qué es lo que me proporciona el esquema de una novela, unas veces una cosa, otras veces otra. A menudo he guardado en mi mente una idea durante varios años antes de tener ocasión de ponerla sobre el papel. Puedo, desde luego, encontrar el origen de varios de mis libros. *La vuelta al mundo en ochenta días* fue el resultado de la lectura de un anuncio de turismo en un periódico. Atrajo mi atención un párrafo. Afirmaba que ahora era posible dar la vuelta al mundo en ochenta días, e inmediatamente germinó en mi mente esa idea de que, aprovechando la diferencia de horas durante los meridianos, el viajero podía ganar o perder un día según se dirigiese hacia el este o hacia el oeste. Fue ese único pensamiento inicial el que se convirtió en el eje a cuyo alrededor gravitó todo el relato. Como recordará, es esa circunstancia la que permite a Phileas Fogg llegar a tiempo todavía y ganar su apuesta cuando creía haberla perdido.

—Ya que hablamos de Phileas Fogg, señor, parece, contrariamente a muchos autores franceses, que usted escoge sus héroes sobre todo en Inglaterra, o en naciones extranjeras.

—En efecto, sí, considero a los ingleses como excelentes protagonistas cuando se trata de aventuras extraordinarias o científicas. Admiro las cualidades de una nación que ha plantado la bandera de la Union Jack[233] en una parte tan grande del universo.

Me aventuré a decirle:

—Sus historias difieren mucho de las de sus colegas, en el sentido de que el «bello sexo» ocupa en ellas un espacio muy pequeño.

Una seña de la amable señora Verne me mostró que aprobaba la exactitud de mi observación.

—Niego eso *in toto* —dijo el señor Verne con calor—. Lea *Mistress Branican*[234], y enumere todas las graciosas muchachas de mis novelas. Cuando era necesario introducir el elemento femenino, era introducido, siempre era introducido.

Luego, sonriendo, añadió:

—El amor es una pasión demasiado absorbente que no deja sitio a los demás sentimientos en el corazón humano: mis héroes tenían necesidad de todas sus fuerzas, de todas sus energías, y la presencia a su alrededor de una encantadora joven les habría impedido con frecuencia realizar sus gigantescos proyectos. Y, además, siempre he intentado que mis novelas pudieran ser puestas, sin la menor vacilación, en manos de los jóvenes, y siempre he evitado cualquier escena «que un muchacho no pudiera leer con su hermana».

Luego subimos al piso en el que el señor Jules Verne tiene su gabinete de trabajo. En las escaleras vi grandes mapas, testimonio de que el demonio de la geografía poseía al amable propietario de aquella casa.

La señora Verne abrió una puerta que daba a una pequeña habitación, especie de celda, y dijo:

—Este es el lugar en el que mi marido trabaja todas las mañanas. Como usted sabe, mi marido se levanta todos los días a las 5, y, salvo el rato del almuerzo que tiene lugar a las 11, mi marido trabaja todo el tiempo: escribe o corrige pruebas, o consulta sus notas, pero como no hay que quemar la vela por los dos extremos, a menudo se acuesta a las ocho o a las ocho y media.

La mesa de trabajo está situada delante de una amplia ventana, enfrente de un pequeño catre. En los intervalos de sus trabajos matinales el señor Verne puede ver cómo la aurora ilumina la magnífica flecha de la catedral de Amiens.

El despacho tiene pocos adornos, se ven en él los bustos de Molière y de Shakespeare y algunos cuadros, entre otros una bellísima acuarela del yate *Saint-Michel*[235], un espléndido barquito en el que los señores Verne han disfrutado, hace algunos años, las horas más felices de su vida conyugal.

Frente al dormitorio se encuentra la biblioteca de Jules Verne. La habitación está provista de casilleros, llena de libros y, en medio, una gran mesa sobrecargada por una masa de periódicos, revistas, folletos científicos, es decir, la colección de revistas científicas de Inglaterra y Francia. Cierto número de pequeños ficheros sólo ocupan un lugar restringido, guardando las veinte y pico mil notas reunidas por el autor durante su larga vida.

Díganme qué libro leer y les diré que tipo de hombre es usted, viejo refrán del que la vida de Jules Verne es una elocuente paráfrasis. Su biblioteca está compuesta estrictamente en función de sus necesidades, y no para mostrarla, y de algunos libros muy usados de sus amigos intelectuales: Homero, Virgilio, Montaigne, Shakespeare, tanto más apreciados por su propietario. Las ediciones de Cooper[236], Dickens y Walter Scott revelan un uso frecuente, y también muchas novelas inglesas nuevas ocupan un lugar destacado.

—Estos libros le muestran —observa Jules Verne, con buen humor— mi sincero afecto por Gran Bretaña. Toda mi vida me he deleitado en las obras de Walter Scott, y durante un viaje a las Islas Británicas, viaje que no olvidaré nunca, mis días más felices fueron los que pasé en Escocia. Vuelvo a ver como en una visión la bella y pintoresca ciudad de Edimburgo, los Highlands-Sona y las salvajes Hébridas. Para un aficionado a las obras de Walter Scott,

apenas hay lugar de Escocia que no pueda identificar con los escritos del célebre escritor.

—¿Y qué impresión le produjo Londres?

—Buena, me considero como un *devotee*[237] del Támesis. Pienso que el gran río es el rasgo más característico de esa extraordinaria ciudad.

—Quisiera pedirle su opinión sobre nuestras obras inglesas para niños y sobre nuestras novelas de aventuras. Como usted sabe, Inglaterra siempre ha estado a la vanguardia de esa literatura.

—Sí, en efecto, sobre todo por ese clásico amado tanto por viejos como por jóvenes: *Robinson Crusoe*. Pero quizá voy a escandalizarla diciendo que prefiero el *Robinson suizo*[238]. Se olvida demasiado que el episodio de Robinson y su fiel Viernes pertenece a una obra en siete volúmenes. Mi opinión es que el gran mérito de esa obra es ser la primera de ese género. Todos nosotros hemos compuesto «Robinsones» —añadió riendo—, pero la cuestión es saber si esos Robinsones habrían visto la luz en caso de que su famoso prototipo no hubiera existido.

—¿Y qué lugar concede usted a nuestros escritores ingleses de novelas de aventuras?

—Por desgracia, sólo puedo leer esas obras cuando están traducidas al francés. Nunca me he cansado de Cooper, cuyas novelas merecen pasar a la posteridad. Como no puedo leer el inglés, no estoy tan familiarizado como desearía con las obras de Mayne[239] Reid o de Robert-Louis Stevenson: de él he leído con gran placer *La isla del tesoro*, que poseo en una buena traducción. Me parece, cuando lo leo, que tiene una gran frescura de estilo y un enorme poder de evocación.

»Y aún no le he dicho que el escritor inglés al que considero como maestro de todo es Charles Dickens, el rey de los narradores. Considero que el autor de *David Copperfield*, de *El grillo del hogar*, posee todos los dones: humor, intriga, composición, poder descriptivo, y cada uno de esos dones puede hacer famoso a un mortal peor dotado».

Mientras su marido hacía todas estas observaciones, la señora Verne llamaba mi atención sobre unos grandes compartimentos llenos de libros recientemente encuadernados, y que no parecían haber sido leídos a menudo. Allí están reunidas las traducciones de las obras de Jules Verne, en alemán, portugués, holandés, sueco, ruso, y además una traducción japonesa y otra árabe de *La vuelta al mundo en ochenta días*; y la bondadosa anfitriona saca el libro de extraños caracteres en el que los pequeños árabes podrán interesarse en las variadas aventuras de Phileas Fogg, *Esq*.

—Mi marido —añadió ella—, nunca ha releído un solo capítulo de sus novelas. Una vez corregidas las pruebas, su interés por sus héroes cesa de inmediato, aunque a menudo haya llevado durante años una intriga, una invención antes de utilizarlas en sus novelas.

—Y ahora —pregunté—, ¿cuál es su método de trabajo? Espero que no ponga usted ninguna objeción a confiarnos su receta.

—No veo —respondió Jules Verne con una sonrisa bondadosa— qué interés puede tener el público en todo esto. Pero voy a iniciarle en los secretos de mi cocina literaria, aunque no recomendaría a nadie que proceda de esta forma, porque siempre he pensado que cada uno de nosotros tiene su método particular de trabajo y que, instintivamente, siempre se elige el mejor. Siempre empiezo por hacer un plan de mi nueva novela. No empiezo nunca un libro sin saber cuál será el principio, el medio y el final. Por otra parte, siempre he sido lo bastante afortunado para contar no con un esquema, sino con una media docena de esquemas flotando en mi cabeza. Si siento que eso resulta demasiado duro, soy de la opinión de abandonar el trabajo y dejar la continuación para más tarde. Tras haber completado el plan primitivo, ataco el plan de los capítulos y escribo la redacción real *a lápiz*, sólo en la mitad de la página, reservando la otra mitad para los añadidos y las correcciones. Releo todo, y todo lo que está hecho vuelvo a copiarlo a tinta. Considero que mi verdadera labor empieza con la primera corrección de pruebas, pues no atiendo sólo a la elegancia de la frase, sino que a veces rehago capítulos enteros. No tomo realmente contacto con mi tema hasta que no lo veo impreso. Por suerte, mi excelente editor me deja manga ancha para las correcciones, y a menudo he tenido hasta ocho o nueve pruebas. Envidio, sin tratar de imitarla, la facultad de los autores que pueden escribir desde el capítulo primero hasta la palabra *Fin* sin tener necesidad de añadir o eliminar una sola palabra.

—Ese método de composición retardará mucho el trabajo, ¿no?

—No lo creo. Gracias a mis hábitos de regularidad, produzco invariablemente dos novelas al año. Mis novelas siempre se me adelantan. De hecho en este momento, redacto una historia que no aparecerá hasta 1897, en otros términos, tengo cinco manuscritos preparados para la impresión.

»Todo esto —añadió pensativo—, no se hace sin grandes sacrificios. A menudo he pensado que este trabajo encarnizado, esta producción intensiva, es incompatible con los placeres de la sociedad. Cuando éramos jóvenes, mi mujer y yo hacíamos mucha vida de sociedad.

»Desde hace doce años me he convertido en amienense, mi mujer es amienense de nacimiento. Fue aquí donde la conocí, y poco después todos mis intereses, todos mis afectos se concentraron en Amiens. Muchos amigos míos le dirán que estoy más orgulloso de ser consejero municipal de Amiens que de mi reputación literaria. Confieso que hago las tareas de mi cargo de consejero municipal con mucha satisfacción».

—Y ahora, ¿ha seguido usted el ejemplo de muchos de sus personajes y ha viajado mucho?

—Sí, en efecto, soy muy aficionado a los viajes y he dedicado a menudo una parte del año a viajar en mi yate el *Saint-Michel*. Rindo culto al mar y no imagino vida más bella que la del marino, pero por desgracia con la edad me ha venido el gusto por la tranquilidad, por la paz, y —añadió tristemente— ahora sólo viajo con la imaginación.

—Creo, señor, que ha añadido usted los laureles dramáticos a sus demás triunfos.

—Sí, ya conoce el refrán francés: «Siempre se vuelve a los primeros amores». Pues bien, como ya le he dicho, siempre he amado mucho el arte dramático, mis inicios literarios fueron una obra de teatro y nada podía ser más agradable para mí que una vuelta a los escenarios.

—¿Y qué novelas suyas han conseguido el mayor éxito en el teatro?

—*Miguel Strogoff* quizá fue el más popular, se representó en todo el mundo. *La vuelta al mundo en ochenta días* tuvo gran éxito en París y un mayor número de representaciones que *Michel Strogoff*. Quizá le sorprenda saber que mi *Doctor Ox*[240] sirvió de pretexto para una opereta que se estrenó hace unos dieciséis años.

—Supongo —hice observar a la señora Verne— que su marido recibe una voluminosa correspondencia de sus amigos y lectores desconocidos que habitan el universo.

—Oh, sí —exclamó ella—, ¡y las solicitudes de autógrafos! Querría que pudiera usted verlo. Si no estuviera yo ahí para defenderlo de los amigos, se pasaría todo el tiempo escribiendo su nombre en trozos de papel. No creo que nadie en el mundo haya recibido tantas cartas del extranjero como mi marido. Le escriben a propósito de cualquier cosa… Algunos le sugieren planes de novelas, otros le escriben sus penas, otros le cuentan sus aventuras, otros, en fin, le envían sus libros.

—Y, entre esos corresponsales desconocidos, ¿hay algunos que planteen al señor Jules Verne cuestiones indiscretas sobre sus futuras novelas?

Mi amable y muy cortés anfitrión respondió por ella.

—Muchos son lo bastante bondadosos para interesarse por mi nueva novela. Si quisiera usted satisfacer su curiosidad, anuncie —cosa que aún sólo he dicho a mis amigos íntimos— que mi próximo libro se titulará *La isla de hélice*[241]. Ilustrará y hará realidad cierto número de ideas que corretean por mi cabeza desde hace varios años. La acción se desarrollará en una isla creada por el genio del hombre, una especie de «Great-Eastern», magnificada diez mil veces y que contiene naturalmente todas las máquinas más perfeccionadas capaces de poner en movimiento una isa de esa importancia. Esa es mi intención —dice Jules Verne a modo de conclusión— completar, antes de que las fuerzas me abandonen, mi historia de la superficie de la Tierra y de los cielos. Todavía hay muchos rincones del mundo a los que mi imaginación aún no ha conducido a mis héroes. Los he llevado a la Luna y sobre un cometa, pero todavía quedan muchos lugares que explorar, y si mis fuerzas me lo permiten realizaré mi tarea hasta el final.

Sólo media hora nos separaba del tren de Calais-Paris (¡descrito con tanta elocuencia por Rosetti!)[242], y la señora Verne, con la graciosa cortesía que es patrimonio de las francesas de buena sociedad, quiso acompañarme y me llevó a la magnífica catedral de Amiens, un verdadero poema de piedra que data del siglo XII[243]. En esos muros venerables, el inglés de paso puede tener la suerte de encontrar un domingo a aquél cuya pluma le ha hecho pasar tantas horas agradables en la época de su juventud o de su edad madura.

EL SEÑOR JULES VERNE EN SU BUENA CIUDAD[244]

El año pasado sentí un gran asombro cuando fui a visitar, en su buena ciudad de Amiens, al señor Jules Verne. Deseando documentarme sobre mi tema, había llevado un antiguo número del *Musée des familles* donde se encontraban detalles íntimos sobre el novelista. Me acomodé en mi vagón. Saqué el periódico de mi bolsillo y leí las líneas siguientes:

«¿Quieren conocer ustedes el *Saint-Michel?* —dice el señor Ch. Raymond—. Es un pequeño yate de ocho a diez toneladas, aparejado como los barcos de pesca de la bahía de Somme, de donde él es, porque vio la luz en los astilleros del Crotoy[245]: un agujero en la proa para la tripulación, un cuarto en popa para el capitán y los pasajeros, si es que puede darse el nombre de cuarto a una cabina de cuatro pies y medio de alto por seis de largo y cinco de ancho, con dos literas, una enfrente de otra, adosadas a las bordas y que, gracias a sus colchones de algas marinas, resultan dos camas de una blandura muy relativa. Detrás de la escalera, o más bien de la escala que baja del puente al cuarto en cuestión, un amplio armario que contiene la biblioteca de a bordo, es decir el Anuario de las mareas, algunos mapas marinos y tres o cuatro gruesos diccionarios y volúmenes de viajes. En el puente, un cañón que nunca se dispara sin encomendar su alma a Dios, tanto es el temor a que estalle.

»En cuanto a la tripulación, la componen dos valientes marineros del Crotoy, Alexandre Dulong y Alfred Berlot, que todos los veranos dejan sus redes para seguir la fortuna del *Saint-Michel*. Ambos han sido marineros del Estado: Alexandre, vulgarmente llamado Sandre, hizo las campañas de Crimea y de Italia; alcanzó el grado de contramaestre de cañones. Alfred pasó dos años en Nueva Caledonia; comió canacos[246] o fue comido por ellos, no sé exactamente; pero, como Alfred me parecía dotado de una dentadura formidable y de todos sus arreos, me inclino por la primera hipótesis.

»En fin, el capitán no es otro que Jules Verne, el autor de *La vuelta al mundo en ochenta días*, una de las figuras más simpáticas de la literatura contemporánea, y uno de mis mejores amigos, por añadidura.

»Jules Verne siente una verdadera pasión por el mar y pasa en él todo el tiempo que puede robar al trabajo. Incluso esa biblioteca, de la que he hablado más arriba, por incompleta que sea, le permite continuar las búsquedas que necesita para su obra. Ustedes saben tan bien como yo que, incluso cuando la mano no ennegrece el papel, el cerebro es un crisol en el que el pensamiento se elabora de manera incesante, preparando, reuniendo, combinando los materiales múltiples del libro futuro. Por tanto es a bordo del *Saint-Michel*, sea que ordene una maniobra, sea que su mente se extravíe a través de los mundos que pueblan el firmamento estrellado, es a bordo del *Saint-Michel*, digo, donde Verne ha concebido la mitad larga de sus obras.

»Vestido con un chaquetón de grueso paño azul o de un chaleco de punto de rayas paralelas, con la cabeza cubierta, según el tiempo, con un sombrero encerado o una boina sin visera, unas veces está en el timón, otras, ayudando a la maniobra, recoge un rizo de vela o levanta un foque, capitán y marinero sucesivamente, porque sabe que nada sustituye la vieja experiencia de Sandre, y, en los momentos críticos, siempre le entrega el timón.

»A pesar de su escaso tonelaje, el *Saint-Michel* no se limita a recorrer bordadas desde el Crotoy al Havre. A veces embarca sus provisiones y gana alta mar. Ha mostrado su pabellón en Inglaterra, en las costas de Normandía y de Bretaña. Por desgracia, sus dimensiones demasiado restringidas le prohíben largos viajes, y más de una vez Verne ha pensado en darle un sucesor. Sea este corbeta o bergantín, yo siempre echaré de menos el *Saint-Michel*, donde he pasado tan buenas horas».

* * *

Nunca había visto al señor Jules Verne. Pero, después de haberme impregnado de este relato, imaginé con toda claridad su fisonomía: una especie de lobo de mar, audaz, decidido, algo brusco, que ha conservado el hábito del mando, curtido en todos los deportes, viajero insaciable, devorado por una sed inextinguible de movimiento; una mezcla del capitán Hatteras[247] y de Miguel Strogoff… Me apeé en la estación y pregunté por el domicilio del escritor. Cuando el empleado a quien pedía esa información supo qué persona me esperaba, adoptó una actitud respetuosa, y auguré por su diligencia que el padre de *Cinco semanas en globo* gozaba, en aquel lugar, de una alta consideración, y que su popularidad igualaba por lo menos la de las

torres góticas, la de los lienzos de Puvis[248] y la de los patés de pato de los que se enorgullece la capital de la Picardía.

—Calle Charles-Dubois. Una bella casa con un muro y un pórtico. No tiene más que seguir la vía del ferrocarril.

Y heme aquí deambulando rumbo a la calle Charles-Dubois.

Tras tocar la campanilla, la puerta se entreabre y me permite acceder a un patio enarenado que prolonga, por la izquierda, un risueño jardín. Delante de mí se abre una cocina de cobres relucientes, de la que se exhalan unos olores que alegran. A la derecha, una veranda en forma de invernadero. Alguien se apresura y baja los peldaños de la escalinata. Es él… Y quedo sorprendido por la exigüidad de su estatura. No tiene en absoluto el aspecto que yo me había imaginado. Me introduce en el salón donde la señora Verne viene a reunirse con nosotros, y allí me siento a gusto, reanimado por esa atmósfera de simpatía. La señora Verne me hace con gracia los honores de su casa, que decoran muebles y objetos valiosos, y me guía hacia una minúscula habitación donde está lista la mesa del almuerzo.

—Nuestro comedor es demasiado grande; aquí comemos a solas. Hemos añadido su cubierto.

El señor Verne se alimenta de huevos y verduras, todo como si fuera vegetariano. La señora Verne tienen un apetito de pájaro. Y mientras que, por cortesía y también por glotonería, me apresuro a paladear las cosas exquisitas que han sido preparadas sólo para mí, mis anfitriones me hablan del presente y del pasado, de la municipalidad amienense y de los recuerdos ya lejanos de París. El señor Jules Verne ha sido elegido consejero municipal: es un edil muy apasionado que nunca ha faltado a las sesiones. La señora Verne reparte su tiempo entre los deberes de la caridad y los placeres del teatro; tiene un palco que rara vez deja sin ocupar, y saborea los abundantes espectáculos que el empresario reserva a sus abonados y que se componen por lo menos de doce a quince actos variados: *La torre de Nesle*, *Bebé*, *La Mascota*[249]. A la mañana siguiente, a las cinco, el señor Jules Verne vuelve a sentarse ante su mesa de trabajo. Su existencia transcurre sin problemas, sin fiebre, entre esos entretenimientos y esos trabajos. Pronto hará medio siglo que esa quietud perdura. Y esperan que ningún accidente venga a turbarla. Dos horas apenas separan Amiens de París, y no sienten el deseo de hacer ese trayecto para contemplar la cúpula de la torre Eiffel.

—¿Para qué? —exclama riendo el señor Jules Verne—. El aire que aquí se respira es saludable, aplaca los nervios y fortalece el cerebro. Además, ¡si usted supiera lo poco ambicioso que soy!

Observo al señor Jules Verne mientras se expresa de esa forma. Me sorprende la extrema dulzura que se difunde por sus rasgos. Casi llega a la timidez. Decididamente este hombre, que ha imaginado tantas historias extraordinarias, se parece cada vez menos a Bas-de-Cuir[250]. Tiene unos ojos azules, muy tiernos, una voz discreta, gestos atentos y breves, el aspecto de un ingeniero distinguido que no ha salido de su gabinete de trabajo o de un dignatario de la administración de las finanzas.

* * *

Su carrera ha sido feliz y fácil, ningún accidente grave ha venido a complicarla. Era estudiante; había escrito media docena de tragedias cuando abandonó Bretaña, su provincia, por la capital, donde pensaba vagamente con hacer fortuna. Tenía un gusto mediocre por el derecho, pero amaba la música y la poesía. El caballero d'Arpentigny[251], quiromántico célebre, el émulo de Desbarolles[252], lo presentó a Alexandre Dumas. De Bréhat[253] le abrió la puerta del editor Hetzel. Era un doble camino para llegar a la fama. El señor Jules Verne escribió, en colaboración con Dumas hijo, un acto titulado *Las pajas rotas*, que fue representado por los cuidados de Dumas padre en el Théâtre Historique y recibió una acogida muy honorable. Esa obra se escribía en los jardines de Monte-Cristo, adonde se veía llegar, en el momento de comer, a unos comensales famélicos. Dumas bajaba a la cocina y preparaba, entre dos capítulos de folletón, excelentes mayonesas. Carecían de vajilla, cosa que no parecía sorprender a los invitados; pero el campo centelleaba, las mujeres eran guapas y nadie se quejaba por verse obligado a beber en el mismo vaso que su vecino. El señor Jules Verne se hizo nombrar, bajo la dirección de Émile Perrin[254], secretario general del Théâtre-Lyrique: no cobraba honorarios, pero tenía la alegría de encontrarse cada día con autores y compositores ilustres: Scribe, Adolphe Adam, Auber, Clapisson[255]; se proponía encuadernar libretos de óperas cómicas y de óperas. Mientras tanto, se probaba escribiendo breves relatos, imitados de Edgar Poe, que imprimía benévolamente el *Magazin pittoresque*[256]. Uno de ellos, *Un drama en los aires*[257] consiguió llamar la atención. Se trataba de un loco embarcado por error en la barquilla de un aerostato y que intentaba matar a su compañero. Viendo que los globos tenían fortuna, escribió su primera novela: *Cinco semanas en globo*, que consiguió un éxito clamoroso. Jules Verne se aturdió con él: concebía enormes empresas, aspiraba a los triunfos de Balzac y pensaba en sacudir hasta sus cimientos la sociedad moderna mediante la

audacia y la crueldad de sus pinturas. Su editor, el señor Hetzel padre, intervino y le dirigió unas palabras llenas de sensatez:

—Hijo mío —le dijo—, haga caso de mi experiencia. No derroche sus fuerzas. Venga, si no a fundar un género, al menos a renovar, de una forma estimulante, un género que parecía agotado. Trabaje este surco que el azar o su genio natural le hace descubrir. Gracias a él recogerá mucho dinero y gloria, a condición de no extraviarse por atajos. Esto es lo pactado: usted me da, a partir de hoy mismo, dos novelas al año. Mañana firmaremos…

El señor Jules Verne firmó el trato, y no ha dejado de cumplir con sus cláusulas. Su producción es tan regular como la de los manzanos de su tierra natal; es incluso más abundante, porque proporciona en primavera y en otoño doble cosecha. Ningún accidente la ha suspendido. La guerra y la revolución han abrumado a Francia, pero no han arrancado la pluma de esa mano valiente e infatigable. *El soberbio Orinoco*[258], que acaba de aparecer, es el septuagésimo séptimo volumen del señor Jules Verne. El septuagésimo octavo florecerá con las rosas; el septuagésimo noveno madurará con las uvas, y, si Dios quiere, el centésimo, dentro de unos doce años, coronará la serie. Ese día, los monumentos de Amiens serán engalanados y, también sin duda, los almacenes del señor Hetzel que deben a esa sorprendente fecundidad la mayor parte de sus riquezas.

* * *

La Academia francesa cuenta en «su seno» con un matemático, generales, almirantes, un ingeniero, un propietario rural y algunos aficionados desocupados. Es extraño que no haya pensado en sumar a sus filas al señor Jules Verne, que hubiera hecho, al parecer, tan buen papel como el señor Camille Rousset y Xavier Marmier[259] (por hablar sólo de los muertos). El narrador del *Viaje alrededor de la Luna*[260] no es un gran escritor, pero es un buen escritor. Une a sus cualidades de invención el atractivo de una forma sana y pulida. Y sin duda se le puede reprochar haber modelado cierto número de personajes que reaparecen en todas sus novelas: el inglés egoísta y con prisa, el francés generoso y atolondrado, el marinero fiel, el criado cobarde expuesto a las pruebas más crueles y que se transforma en héroe bajo el aguijón del peligro. Los enamorados que saca a escena y que se casan en el desenlace después de interminables noviazgos no están marcados por una originalidad pasmosa. Pero ¡cuántas son las cualidades que redimen esas debilidades! ¡Qué habilidad en estos relatos que son tan largos y que parecen

tan cortos! ¡Están tan llenos de sucesos y de catástrofes! Y, por más que pretendan los pedantes, están lejos de ser frívolos; están más cerca de la ciencia que las ficciones de Alexandre Dumas lo están de la historia. El señor Jules Verne me ha explicado su método de trabajo. Y debo admitir que revela un loable cuidado por la exactitud.

—Por lo menos —me repetía él—, no piense que mis obras son improvisadas.

Las pule, las copia, las recopia antes de entregarlas al impresor. Cada página de sus manuscritos está cargada de notas puestas en orden, trazadas a lápiz y repasadas a tinta con un cuidado minucioso. El señor Jules Verne rumia mucho tiempo sus novelas y sólo las inicia cuando ha encontrado la peripecia que las remata. Para que gusten, es preciso que ese desenlace sea, a la vez, optimista e inesperado, y que el joven lector no lo haya adivinado con demasiada facilidad. Las largas estancias del señor Jules Verne en el círculo industrial de Amiens, donde se reciben todos los periódicos del mundo, son para él, desde ese punto de vista, una ayuda valiosísima. Basta un suceso, un telegrama, un eco, para sugerirle combinaciones imprevistas. Fue de un anuncio de la Agencia Cook de donde sacó los materiales para *La vuelta al mundo en ochenta días*. Una vez fijado su plan, se procura todos los volúmenes técnicos relativos al rincón de tierra donde va a ocurrir el drama; se impregna de la geografía de Élisée Reclus[261]. Es la fase penosa de la gestación. El resto ya no es más que un juego…

Así es como el señor Jules Verne pasa su vida y como acaba de envejecer. Este conquistador que, gracias a un sorprendente esfuerzo de intuición, ha adivinado la navegación submarina y aérea, el teléfono, el fonógrafo y los grandes descubrimientos de nuestro tiempo, es un bebedor de leche, un soñador delicado, un filósofo ameno, un perfecto consejero municipal.

Y es amado por todos los viejos niños de Francia, ¡de catorce a sesenta años!

Adolphe Brisson



DECLARACIONES A *L'ÉCHO DE PARIS*[262]

Es la señora Verne la que me recibe en un salón espacioso y elegante —dice —. Y enseguida me doy cuenta de que no estoy —¡oh, claro que no!— en una casa de *viejo*. Una mujer de inteligencia despierta, de una amabilidad que seduce e incluso conmueve por su espontaneidad: eso es lo que me parece la digna compañera del gran vulgarizador.

Jules Verne no tardó en entrar en el salón. El alcalde, siempre muy derecho con su barba blanca, sus ojos de una viveza singular, está lejos de aparentar sus setenta y tres años.

La señora Verne cede el sillón a su marido y se instala en una silla cerca de mí. Es ella misma la que se toma la molestia de poner a su marido al corriente del objeto de mi visita.

—El señor ha venido para hablarte del viaje alrededor del mundo que ahora podrá hacerse gracias al Transiberiano.

—Sí —me dice Jules Verne—, en efecto, he leído que en varios periódicos franceses y americanos se proponían ver cuánto tiempo se necesitaría para dar *la vuelta al mundo*.

Creo que un señor que haya preparado su viaje por adelantado, puede hacer la apuesta —y ganarla— de hacer un círculo alrededor de la Tierra de París a París en treinta y tres o treinta y cuatro días, a condición de que no pierda ninguna correspondencia.

Mi héroe, Phileas Fogg, no tenía el Transiberiano a su disposición. Yo no disponía de esos elementos de velocidad y de confort en la época en que escribía, en 1872, *La vuelta al mundo*. Phileas Fogg no se limitó a correr alrededor de un círculo que, a medida que se encuentra cerca del polo Norte, se contrae y disminuye el camino a recorrer.

En Singapur se encontraba bajo el ecuador. Una vuelta al mundo implica la necesidad de no apartarse del ecuador. Dado que Moscú y Vladivostok se

encuentran en el grado 45º aproximadamente de latitud norte, sus colegas darán la vuelta a un círculo, pero no la vuelta al mundo. Desde el punto de vista de la ciencia geográfica, supongo que sus colegas no piensan en probar nada. El trayecto por ferrocarril y barco no puede tener más importancia que el encuentro de automóviles París-Amiens o la carrera París-Burdeos.

—¿Y si hoy, mi querido maestro, tuviera que escribir *La vuelta al mundo*?…

—¡Oh!, quizá haría que Phileas Fogg la hiciese en treinta días, tomando directamente el Transiberiano con serias variantes, por supuesto, dado que mi viaje constituye un verdadero viaje alrededor del mundo, y en una latitud más cercana al ecuador. Habría que recorrer 9000 leguas[263].

Recuerdo que hace una decena de años una joven reportera americana, *Miss* Bly[264], redactora del *Sun* de Nueva York, hizo la vuelta al mundo en dos ocasiones, la primera vez en setenta días y la segunda en sesenta y seis días.

Miss Bly, ya convertida en señora Stewart, vino a verme hace unos años cuando se encontraba en Boulogne-sur-Mer con su marido, un americano riquísimo. La felicité por haber batido el récord de Phileas Fogg, mucho antes de la construcción del Transiberiano. Hoy ya no es una aventura girar así, cómodamente instalado en un vagón, alrededor del mundo.

Después de haber hablado, y largo rato, de este asunto, me apresuré a preguntar al Maestro sobre sus trabajos. ¿Hay algo más natural?

—Mañana empiezo mi libro nonagésimo noveno.

—Es un gran récord. ¿Y el título?

—Todavía no lo sé exactamente. Sólo elijo el título cuando la obra está en vísperas de la impresión. Pero acabo de titular *El gran bosque* la obra que aparecerá el próximo mes[265].

—Y ¿de qué trata en él?

—Intento reconstruir la raza intermedia entre el más perfecto de los monos y el más imperfecto de los hombres.

—También el doctor Garnier quiso intentar la aventura haciendo hablar a los monos…

—Mi héroe será un rival del propuesto por el doctor Garnier. Este sólo estudió los monos de la parte de Libreville, en la costa africana. Yo, más fantasioso, trato la cuestión de una forma más amplia, y, en cualquier caso, estoy lejos de llegar a la conclusión de Darwin, cuyas ideas no comparto en absoluto.

Tampoco he dejado de preguntar al autor de *Cinco semanas en globo* —su primera obra, publicada en 1863— si conocía el proyecto del señor de La Vaulx[266] de atravesar el Mediterráneo en globo.

—Desde luego, estoy al corriente de ese proyecto cuyo interés científico es innegable y cuya ejecución seguiré con la más viva y más simpática curiosidad».

Me preocupaba fatigar al gran escritor, que sigue sin ser elegido para la Academia francesa.

—Soy demasiado viejo —me dice Jules Verne— para pensar en ello».

¿Por qué los académicos no piensan por él? Sin darme cuenta, acababa de dar con este mentor incomparable la vuelta al mundo. ¿No previó en *Claudius Bombarnac* el Transiberiano, y en *Veinte mil leguas de viaje submarino* nuestros modernos submarinos?

Y véase la coincidencia que me hizo encontrarme en la estación de Amiens con un viejo amigo del célebre escritor al que acababa de dejar. Me contó sobre él esta anécdota inédita:

—Cuando Jules Verne publicó *La vuelta al mundo en ochenta días*, en el folletón del periódico *Le Temps*, el mundo entero se interesaba a tal punto en las peripecias del viaje de Phileas Fogg que los corresponsales de los periódicos americanos e ingleses llegaban a mandar por cable a sus periódicos cada día la traducción de sus folletones. Al final, Phileas Fogg, obligado a quemar el puente del barco para activar la velocidad y poder llegar el día acordado, hace calentar al rojo las máquinas del barco. ¿Sabe usted que Jules Verne recibió de las compañías de navegación francesas, inglesas y americanas las proposiciones más seductoras para que eligiese uno de sus *steamers* para devolver su héroe a Europa? Jules Verne permaneció inquebrantable a estas ofertas, a cual más magnífica, y no respondió.

Este rasgo de honradez literaria, ¿no muestra bajo su verdadera luz el carácter incorruptible del escritor, y cómo no podía felicitarme a mí mismo por haber pensado en ir a ver a un hombre como él?

LA VUELTA AL MUNDO Y JULES VERNE[267]

En la inmovilidad de Amiens, que parece dormir en el blando engarce de los siete brazos del Somme, hay un bulevar más solitario y una pasión más silenciosa, una especie de claustro confortable cuyo recogido aspecto no turba ningún ruido humano, salvo los gruñidos de una criada sorda y las entonaciones discretas de una mujer abnegada.

En la calma de los seres y las cosas, sólo el pensamiento del Maestro representa el movimiento: viaja desde hace dos meses sin recobrar el aliento; ha montado en el Nord Express y en el Transiberiano, ha descendido por el Amur, atravesado el Pacífico, franqueado a todo vapor el continente americano y volverá dentro de un momento a la sombra de Stiegler para reanudar después de ese viaje la exploración platónica de los mundos imaginarios.

Es el pensamiento de Jules Verne, realizando, ya no en ochenta, sino en sesenta y tres días esta vez, la vuelta al mundo, radiante de alegría porque la realidad haya vencido a su imaginación y porque el paladín de *Le Matin* haya batido en diecisiete cabezas al campeón de Inglaterra y de la leyenda.

Si un poco de vértigo, un exceso de trabajo sobre todo, no le hubiera obligado ayer a meterse en la cama —porque este anciano de setenta y tres años trabaja desde las seis de la mañana a las once de la noche—, se habría ido a Boulogne a renegar de Phileas Fogg en brazos de Stiegler, y ese viaje hubiera sido tanto más meritorio cuanto que, por desgracia, sólo su sueño se desplaza.

El cansancio excesivo ha apagado casi sus ojos que han mirado demasiado en el infinito de la ciencia y del universo. Ya no puede leer, tampoco escribir, y es su compañera, una dulce y vigorosa picarda, a la que setenta años cumplidos no consiguen envejecer, quien ve por él y escribe a su dictado la

incesante madeja de las nuevas aventuras. La próxima ceguera no influye, por lo demás, en el vigor de su vagabundo cerebro.

El pueblo aéreo, aparecido la semana pasada, era su nonagésimo noveno volumen. Trabajaba en el centésimo cuando una crisis le ha obligado a guardar cama por unas horas, y su único sueño es haber acabado, antes de que la noche termine, este ciclo inmenso que le dará, a falta del récord ficticio del mundo, el récord seguro del trabajo y de la producción.

Ni siquiera la enfermedad cuenta demasiado para él, le prohíbe ir a Boulogne, pero no le impedirá levantarse para ir, o hacerse llevar en caso necesario, al paso del rápido, e imagino que el viajero no encontrará en el abrazo de Jules Verne su menor emoción ni su recompensa menos apreciada.

Durante los intervalos en que la cabeza le duele menos, hablamos; rehacemos juntos, en una especie de peregrinación retrospectiva, todo su largo pasado laborioso, desde sus treinta años cuando sufría el atractivo de las candilejas y durante algún tiempo fue el secretario general del Théâtre Lyrique, hasta la serie ininterrumpida de sus triunfos como novelista. Pero, en razón de las circunstancias, es el viaje alrededor del mundo, su desarrollo y su génesis, los que tientan mi curiosidad.

Hace quince años, fue un artículo de *Le Siècle*, que cayó por casualidad ante sus ojos, el que le suministró la idea generadora. El autor demostraba en él la posibilidad teórica de la vuelta completa en cuarenta y ocho horas; pero esa demostración sólo parecía dar lugar, en principio, a una serie algo monótona de capítulos geográficos. Ya no pensaba en ello cuando, durante unas investigaciones para alguna otra novela análoga, se dio cuenta de que un viajero describiendo de este a oeste un radio completo alrededor del globo ganaría veinticuatro horas a la fecha del calendario.

Era su principio de Arquímedes, la intriga necesaria y el interés de la aventura: su trotamundos volvería, después de fabulosas peripecias, vencido y arruinado en apariencia, rico y triunfante en realidad, y sólo se daría cuenta en el último minuto de su feliz error.

Sólo quedaba elegir a un inglés por héroe. Pues antes de que *Le Matin* hubiera hecho de esa carrera mundial una experiencia práctica, sólo un inglés era capaz de semejante insensatez y locura. Dos meses después, Phileas Fogg, escoltado por la gracia de Auda y del buen humor de Picaporte[268], salía de su casa en dirección a la imprenta y al éxito.

Si se ha dejado vencer por Stiegler es que éste ha sabido unir a toda la sangre fría de su imaginario competidor la ventaja del Transiberiano como

travesía de Asia, de Vancouver como puerto de desembarco y de la soledad como forma de viaje.

Por otra parte, Stiegler encontrará a su vuelta Audas compensadoras: la mujer siente demasiada pasión por las novelas para no enamorarse un poco del hombre que tiene la audacia de vivirlas.

En este punto de nuestra conversación, mi interlocutor se entristece súbitamente al recordar una anécdota reciente de su vida, y, por primera vez, deplora el mal de ser viejo.

Hace unos meses, cuando se conoció la decisión de *Le Matin*, el *New York Journal* fue a pedirle que diese por su cuenta la vuelta el mundo. Cuando alegaba sus debilidades y su edad:

—No es su vigor, es su nombre lo que necesitamos, —replicó el emisario —. Firme, y nosotros nos ocupamos del resto.

Como seguía negándose, el americano continuó:

—Fije usted el precio que quiera. Estoy autorizado a firmar lo que pida.

—Bien, entonces, ¡deme unos ojos! —respondió Jules Verne.

Pero ante esa evocación, por su sonrisa ha pasado un poco de amargura. Se nota que, después de tantas aventuras cerebrales, también él hubiera querido ver emociones más vibrantes. Su pensamiento mismo ya no está allí: ha ido en busca de Stiegler y tal vez trate de batir su récord cuando, muy dulce, la señora Verne ha dicho:

—Hay que ser sensato y dormir, si quieres poder ir mañana a darle un abrazo en la estación.

Y suavemente Jules Verne cierra sus párpados brumosos, mientras yo admiro el destino armonioso que da a este viejo Homero del espacio una Antígona[269] para guiarle.

LA NOVELA DESAPARECERÁ PRONTO[270]

Jules Verne, el venerable novelista cuyas historias sobre el mundo futuro han resultado verificadas con tanta frecuencia, ha dicho cosas particularmente interesantes sobre el futuro de la novela, así como sobre sí mismo y su obra actual.

El autor de *La vuelta al mundo en ochenta días*, y, tras ella, cien obras más, declara:

—No creo que de aquí a cincuenta o cien años sigan publicándose novelas todavía, al menos en volúmenes. Serán suplantadas completamente por el periódico diario, que ya tiene tal influencia sobre la existencia de las naciones que progresan.

»Las novelas —prosigue Jules Verne—, no son necesarias y a partir de ahora su mérito y su interés se debilitan. A manera de reseñas históricas, la gente conservará y clasificará sus periódicos. Los periodistas han aprendido también a dar de los sucesos de cada día un relato coloreado que, leyendo lo que han descrito, la posteridad encontrará en ellos un cuadro más exacto que el que podría dar una novela histórica o descriptiva; en cuanto a la novela psicológica, pronto dejará de existir y morirá de inanición en el curso de la existencia de usted.

»Ningún hombre vivo —continuó el novelista—, admira más que yo al mayor psicólogo que haya conocido jamás el mundo: Guy de Maupassant. Como todos los verdaderos genios, previó la tendencia de las ideas y de las necesidades humanas, escribió sus historias de la forma más condensada posible. Cada estudio de carácter de Maupassant es un condesado de psicología. Los Maupassant que, en los años venideros, hagan las delicias del mundo lo harán en los periódicos del día, y no en volúmenes, y según la expresión de sus periodistas, cristalizarán la psicología del mundo en que viven al dar cuenta de los hechos diarios. La verdadera psicología de la vida

está en las novelas cortas, y se puede extraer más Verdad con una V mayúscula de una historia de tribunales, de un accidente de ferrocarril, de los actos cotidianos de la multitud, de las batallas del futuro que de un intento por vestir una moral psicológica con un travesti de ficción.

»Pienso que la novela fantástica lanza sus últimas llamas. El escritor del futuro, incluso si puebla Marte, la Luna y otros planetas, sólo puede trabajar sobre documentos humanos. Los hombres de la Luna serán seres humanos disfrazados, eso es todo. Un día, tal vez, se vuelva posible la comunicación con otros panetas, y entonces usted tendrá, no novelas sobre Marte y sobre la Luna, sino sus corresponsales lunares y marcianos.

»Los libros en los que he insertado profecías sobre los descubrimientos más recientes de la ciencia —prosigue Jules Verne—, no han sido en realidad más que medios que apuntan a un fin. Quizá le sorprenda saber que no he sentido un orgullo particular por haber escrito sobre el automóvil, el submarino, el dirigible, antes de que entren en el terreno de las realidades científicas.

»Cuando he hablado de ellos en mis escritos como de cosas verdaderas, ya estaban inventados a medias. Simplemente he sacado una ficción de lo que luego debía llegar a ser un hecho, y mi objetivo, al proceder así, no era profetizar, sino difundir el conocimiento de la geografía entre la juventud revistiéndola de la manera más atractiva posible. Cada hecho geográfico o científico contenido en cualquiera de mis libros ha sido examinado con mucho cuidado, y es escrupulosamente exacto. Si, por ejemplo, no hubiera deseado subrayar el hecho de que un viaje alrededor del mundo provocaba la pérdida de un día entero, mi *Vuelta al mundo en ochenta días* nunca hubiera sido escrita. Y *La isla misteriosa*[271] debe su nacimiento al hecho de que deseaba decir a los jóvenes de todo el mundo algo sobre las maravillas del Pacífico.

»Mi 84.º libro, que acaba de publicarse, es una descripción de la vida familiar del Eslabón Perdido, porque imagino que un día se descubrirá la existencia del extraño lazo que une el mono al hombre. He situado mi eslabón perdido en un bosque africano, en un lugar en el que sería muy verosímil encontrarlo, pues ése es uno de los raros rincones del globo que aún no han sido totalmente explorados[272]».

Jules Verne tiene en la actualidad setenta y cuatro años. Sus cabellos son de una blancura de nieve, pero, viendo su rostro colorado y comprobando su energía, nunca se pensaría que sufre de cataratas desde hace años; en cuanto a

su cojera, la debe a una bala que un loco le disparó en la pierna hace cierto tiempo[273].

«—Supongo —dice— que puedo considerar la obra de mi vida como casi terminada. Trabajo en mi centésimo volumen, y en el punto en que están las cosas me pregunto si escribiré otra alguna vez. En realidad, la debilidad de mi vista me impide escribir actualmente más de una o dos páginas diarias, si al mismo tiempo deseo estar al corriente de las noticias mundiales. Hasta ahora, han aparecido ochenta y cuatro de mis cien volúmenes, y van a seguir apareciendo con seis meses de intervalo aunque, naturalmente, diez o veinte tienen todas las probabilidades de ser póstumos. Trabajo extremadamente de prisa cuando mi salud es buena, y si la operación de cataratas que debo sufrir dentro de poco me devuelve la vista, como espera mi médico, podré después de todo iniciar mi segundo centenar de volúmenes. Porque estoy absolutamente cansado y el trabajo, sea en mis libros o en los asuntos de la municipalidad de Amiens, constituye mi entretenimiento preferido».

JULES VERNE RECOBRADO[274]

por Robert H. Sherard[275]

Desde hace muchos meses, rumores crueles se repiten en los oídos alarmados del público de Jules Verne. Se decía que se había vuelto totalmente ciego. Se sabía que, para él, vivir es trabajar, por avanzada que sea su edad, y esa situación parecía extremadamente lamentable.

Permítame decir de entrada que su situación no es tan mala como se ha creído. Si, de hecho, ha perdido todo uso de un ojo, aún ve un poco por el otro.

—La catarata ha afectado a mi ojo derecho —me ha dicho esta mañana en el salón de su casa del número 44 del Bulevar de Longueville, en la ciudad gris y tranquila de Amiens—. Pero el otro ojo todavía está bastante bien. No quiero arriesgarme a una operación mientras todavía veo lo bastante para hacer el poco trabajo, la poca escritura y la poca lectura que todavía me resultan posibles; porque, recuerde, señor, que ahora soy un viejo, con más de setenta y seis años. Desde que se habló de mi ceguera, se ha despertado la comprensión de todo el mundo. He recibido numerosas cartas de todas partes. Mucha gente me ha enviado recetas para las cataratas, remedios maravillosos. Me aconsejan no permitir que me operen; afirman que el remedio que me proponen me curará sin peligro. Es muy amable de su parte. Me ha conmovido mucho, pero sé con toda seguridad que una operación es el único cuidado posible.

Una vida familiar confortable.

No había visto a Jules Verne desde hace catorce años. La última vez que estuve en su presencia se remontaba al día en que llevé a Nellie Bly[276] a su casa, durante su famosa vuelta al mundo en un tiempo récord. Pero no me pareció de edad tan avanzada como había temido. Tenía el aspecto regordete y tranquilo en su traje de alpaca negro, y su bello rostro, rodeado de cabellos

blancos y de una barba blanca y estaba sereno y animado sucesivamente. Sus ojos finos no revelaban de ningún modo el mal que los poseía.

Ahora vive en una casa más pequeña, pero opulenta y *acomodada*, rodeado por una vida familiar confortable. Cada vez que nuestra conversación le hacía reconocer alguna derrota ante las circunstancias o la inevitable ley de la Naturaleza, pasaba por encima enseguida, con su entusiasmo natural, y encontraba en ello alguna compensación. Por ejemplo:

Años adelantado sobre los editores.

—Aunque ahora ya no pueda trabajar mucho —terriblemente poco en comparación con los días del pasado—, me he adelantado años sobre las máquinas de imprimir. Mi nonagésimo séptimo libro de la serie *Viajes extraordinarios* debe aparecer dentro de poco, con el título de *Bolsas de viajes* y hay trece manuscritos completos de la misma serie listos para la impresión. Como usted sabe, publico dos volúmenes al año, que aparecen primero en folletón en el *Magasin de Récréation*, del que fui uno de los fundadores. Ahora trabajo en mi centésimo primer libro, que los editores no querrán antes de 1910 aproximadamente. *Tengo mucho adelantado*, por lo que no es tan grave que tenga que trabajar despacio, muy despacio. Me levanto como de costumbre a las 6 de la mañana y estoy ante mi mesa de trabajo hasta las 1. Por la tarde, como siempre he hecho, me dirijo a la sala de lectura de la Société Industrielle, y leo mientras mis ojos me lo permiten.

Las historias vienen pero los títulos llegan con dificultad.

—No puedo decir cuál es el título del libro que escribo. *No sé nada sobre él*, tampoco tengo título para las otras trece historias que esperan su turno. Todo lo que puedo decir sobre mi libro centésimo primero es que habla de *Un drama en Livonia*[277] y que en él he introducido…, bueno, no, no hay que hablar de él, o algún otro escritor podría copiarme la idea…

Era inevitable, como Jules Verne hace notar, que le hable de Wells[278].

—Estaba seguro de que me iba a preguntar usted eso, dijo. Me han mandado sus libros y los he leído. Es muy curioso, y añadiré, muy inglés. Pero no veo posibilidad de comparar su obra y la mía. No procedemos de la misma manera. Me parece que sus historias no se apoyan sobre bases muy científicas. No, no hay ninguna *relación* entre su obra y la mía. Yo utilizo la física. Él la inventa. Yo voy a la Luna en una bala de cañón lanzada por un cañón. Eso no es una invención. Él va a Marte[279] en una aeronave que construye con un metal que suprime la ley de la gravedad. *Eso es muy bonito*

—exclamó el señor Verne entusiasmado—, pero muéstreme ese metal. ¡Que nos lo muestre!

La ficción como hecho real.

Era asimismo inevitable que le hablase del hecho de que gran número de sus invenciones científicas se han convertido en invenciones reales. En este punto, la amable señora Verne compartió mi opinión.

—La gente tiene la amabilidad de decir eso —dice Jules Verne—. Es halagador, pero de hecho no es cierto.

—Pero, vamos, Jules —dice la señora Verne—, ¿y tus submarinos?

—*¡Ninguna relación!* —replicó Verne apartando los halagos con un gesto de la mano.

—*Pues claro que sí.*

—*Pues claro que no*. Los italianos han inventado barcos submarinos sesenta años antes de que yo haya creado a Nemo y su navío. No hay ninguna relación entre mi barco y los que existen ahora. Estos últimos funcionan de forma mecánica. Mi héroe, Nemo, como era misántropo y deseaba no tener nada que ver con la tierra, saca su fuerza motriz, la electricidad, del mar. Esto posee una base científica porque el mar contiene reservas de fuerza eléctrica, igual que la tierra. Pero nunca se ha descubierto cómo captar esa fuerza, y yo no he inventado nada.

Abordamos el tema de la importancia de los nombres en la ficción.

—De hecho les doy cierta importancia —dice—, y cuando encontré *Fogg*, estuve muy contento y orgulloso. Y tuvo mucho éxito. Se ha considerado como un verdadero *hallazgo*. Y sin embargo Fogg… —Fogg no significa nada más que niebla. Pero es particularmente el nombre Phileas el que ha dado todo su valor a esa creación. Sí, los nombres tienen importancia. Mire los maravillosos padrinazgos de Balzac.

Habíamos tenido esta conversación en los suntuosos salones del primer piso, dos salones unidos, seguidos del comedor, y fuera un jardín lleno de flores sobre el que brillaba el sol. Salas lujosas, con pesadas colgaduras de terciopelo, grandes relojes de péndulo y grandes espejos, retratos de pie, cristal veneciano y un montón de objetos de lo más raro. Era natural que llegase el momento de subir los dos pisos para acceder a los despachos del hombre de letras.

Los despachos: uno para la lectura, donde se encuentra la mayor parte de la biblioteca; uno para la escritura, donde están la mesita, la pluma y la tinta.

Ningún lujo.

Aquí todo es muy sencillo. Ningún lujo. Mapas en la pared, y en el despacho de escritura, algunos grabados, entre ellos una acuarela del *Saint-Michel*, el yate en el que, en los días de libertad y de sol de su turbulenta juventud, Jules Verne recorrió los mares del mundo.

Acabábamos precisamente de hablar del «reportaje americano» y, para seguir en esa onda, observé:

—¡Debe de tener tres metros!

Rió de buena gana e hizo ademán de medir la estantería.

—Pues claro —dijo—, he escrito tres metros por lo menos. Y mire todos esos metros de traducciones. Inglés, danés, italiano, todas las lenguas.

Ocho largas estanterías estaban llenas de libros llevando el mismo nombre en la cubierta.

En la sala interior, donde reina la penumbra, se encuentra, delante de la ventana, la mesita de madera blanca sobre la que se han escrito casi todos los libros. Un obús, colocado en el borde de la ventana, sirve de pisapapeles. Justo detrás de la silla, pegada a la pared, hay un porta-pipas.

—Pero ahora ya no me dejan fumar —dice Jules Verne con el mismo acento de George Meredith[280] cuando expresa la misma tristeza.

En esa pequeña salita se encuentran los libros preferidos, los libros sobre los que se debe poner la mano inmediatamente.

—Encontrará ahí todo Dickens —declara Jules Verne con calor en la voz —. Como sabe, soy un admirador apasionado de Dickens. Me parece que tiene todo: el espíritu de Sterne, al que igualmente leyó mucho y del que también soy gran admirador; el patetismo y el sentimiento de buena ley, y personajes, personajes, personajes, *para no saber qué hacer con ellos*. Pródigo, pródigo, era como nuestro Balzac, que creó un mundo sobre el que la sociedad que vino luego se modeló.

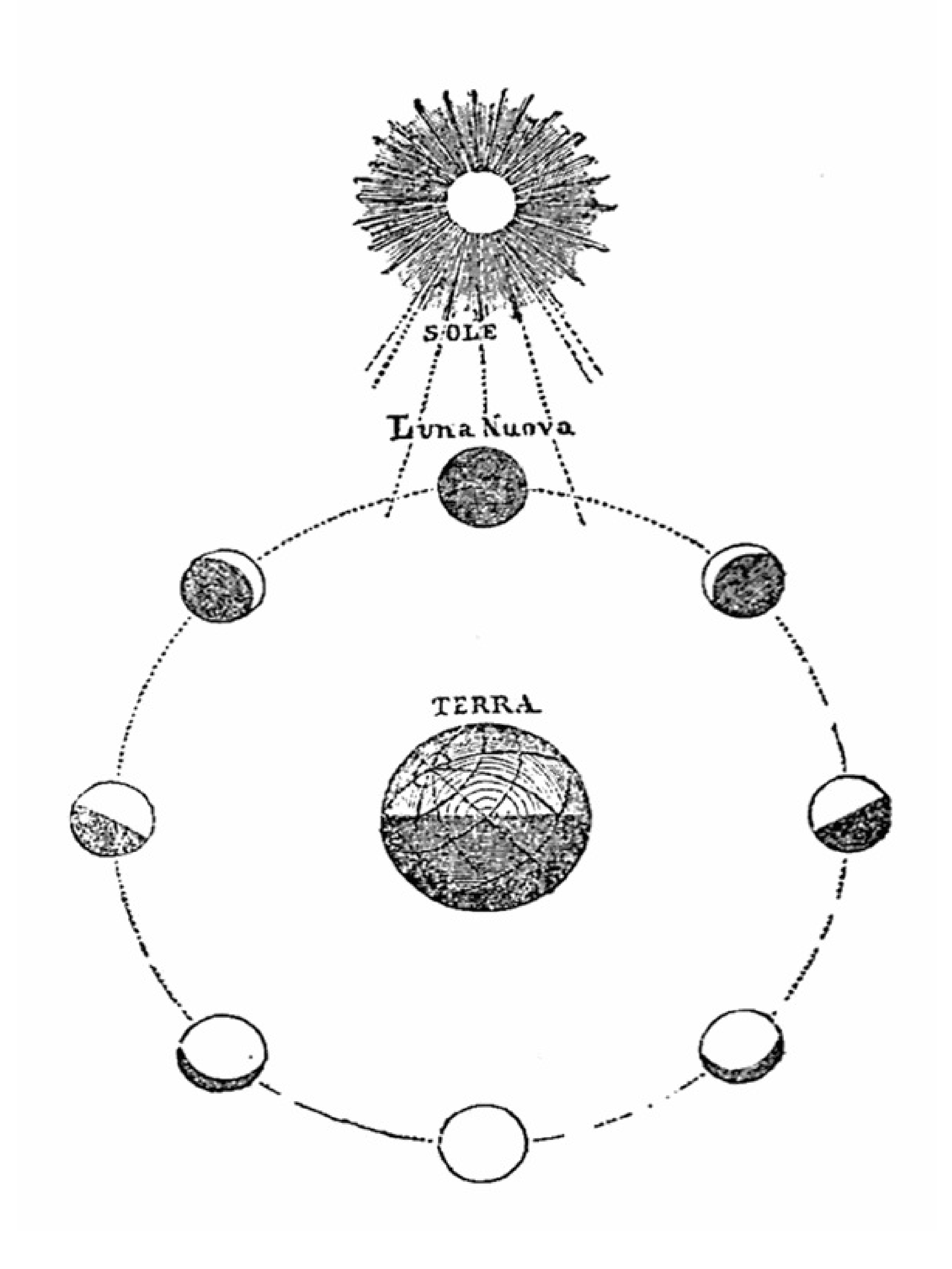
Habíamos ido para lamentarnos; y era más bien con envidia como volvíamos al mundo gris y solitario. Porque allí, detrás de las colgaduras de terciopelo, estaba la mesa, impecablemente ordenada, al lado de unas ventanas pintadas de color iris que daban al soleado jardín lleno de flores. Y junto a la chimenea esculpida, sobre cuya parte superior un samovar de colores resplandecientes cantaba en una nota de confort íntimo y familiar, dos sillones descansaban uno al lado del otro.

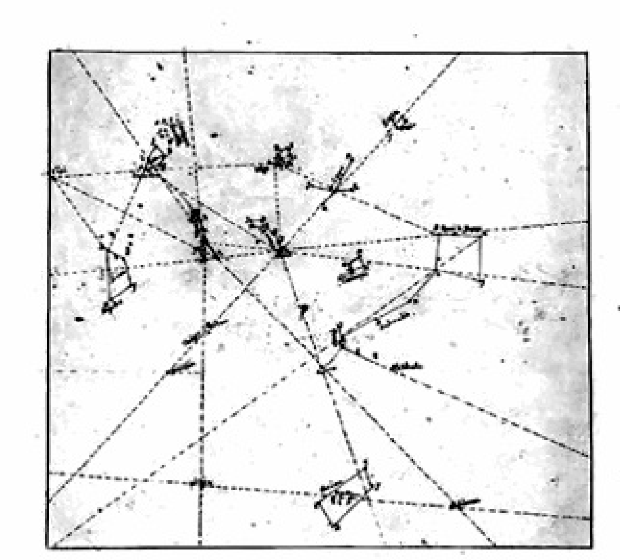
des serpents de mer, des « Moby Dick » et autres élucubrations de marins en délire. Enfin, dans un article du Figaro, le plus-aimé de ses rédacteurs, brochant sur le tout, poussa au monstre comme Hyppolite, lui porta un dernier coup et l'acheva au milieu d'un éclat de rire universel. L'esprit avait vaincu la science.

Pendant les premiers mois de l'année 1867, la question parut être enterrée, et ne semblait pas devoir renaître, quand de nouveaux faits furent portés à la connaissance du public. Il ne s'agit plus alors d'un problème scientifique à résoudre mais bien d'un danger réel à éviter. La question prit une toute autre face. Le monstre redevint îlot, rocher, écueil, mais écueil fuyant, indéterminable, insaisissable.

Le 5 mars 1867, le Lafayette, de la Compagnie transatlantique, chargé du service postal entre Saint Nazaire et Vera-Cruz, se trouvant pendant la nuit par 27° 30' de latitude, 72° 15' de longitude, heurta sa hanche de tribord un roc qu'aucune carte ne marquait dans ces parages. Son déplacement en charge était alors de cinq mille huit cents tonneaux, et sous l'effort de ses douze cents chevaux-vapeur, il marchait à la vitesse de treize noeuds. Nul doute que sans la




SOLE
Luna Nuova
TERRA



Distances en astronomie.

Du centre de la Terre à la surface 6,371 Kilomètres
A pied = ([illegible]) = 50 jours [illegible]
Express ([illegible]) = 105 heures
Lumière = 1/50 de seconde

—

Terre à Lune (384 000 Kil.)
A pied = 8 ans 332 jours
Express = 9 mois.
Lumière = 1 seconde [illegible]

—

Terre au Soleil (150,000,000 Kil.)
A pied = 34 Siècles ([illegible])
Express = 3 Siècles ([illegible])
Lumière = 8 minutes 13 Secondes

—

Terre à étoile la plus voisine (42 000 milliards Kilom.)
A pied = 350 millions d'années
Express = 800 000 Siècles
Lumière = 4 ans et 4 mois

« Forüt »...

— En avant » répondit mon oncle.

Voyage au Centre de la Terre. p. 136.

Ce doit être la devise de l'humanité.

Jules Verne

6 mars 1881


5
SEMAINES
EN
BALLON


Première Année. — N° 44. 15 CENTIMES Dimanche, 15 Juin 1884.

L'ALGÉRIE COMIQUE & PITTORESQUE

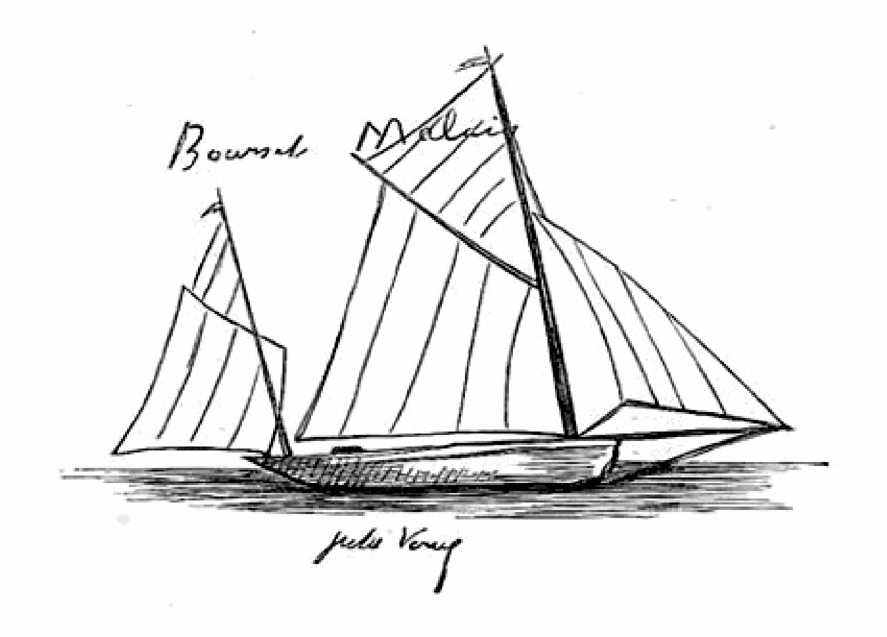
ABONNEMENT
3 MOIS
2 Fr
ADMINISTRATION
& RÉDACTION
PLACE de la RÉPUBLIQUE
(Palais Consulaire)
ORAN

INSERTIONS
S'ADRESSER AU
BUREAU DU JOURNAL
PLACE de la RÉPUBLIQUE
(Palais Consulaire)
BUREAU
DU PETIT FANAL
ORAN

M. JULES VERNE









JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en 80 días* (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelanto con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo XX. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

NOTAS

[1] Arago había dado la vuelta al mundo en 1817 a bordo del *Uranie,* en calidad de dibujante; además de *Promenade autour du monde*, que incluye sus ilustraciones, publicó la memoria de sus viajes en dos volúmenes: *Souvenirs d’un aveugle* (1839, 1845). <<

[2] Según traduce la propia ciudad de Nantes: «Neptuno favorece a los que viajan». <<

[3] *Souvenirs d’enfance et de jeunesse*, en *Cahier de l’Herne* dedicado a Jules Verne, n.º 25, pp. 60-61, París, 1974. <<

[4] Verne transcribe siempre el nombre, Edgard, como Edgar. <<

[5] En «Mi primera novela», carta de respuesta a un cuestionario; véase más en la pág. 147. <<

[6] Véase en la pág. 315. <<

[7] *Sodoma y Gomorra*, II parte, cap. iii, pág. 898 del volumen II de *A la busca del tiempo perdido*, edición de M. Armiño, Valdemar, 2002. **<<**

[8] Las posiciones políticas del Verne novelista, partidario del progreso científico, y creador de un legendario de lucha contra la injusticia, contrastan con su actividad ante hechos concretos, como la Comuna de 1870, que rechaza frontalmente, o el caso Dreyfus, en el que defendió las posturas que condenaban a ese capitán judío por una traición que nunca cometió. Sobre el pensamiento político expresado por los *Viajes extraordinarios*, puede verse Jean Chesneaux: *Jules Verne, une lecture politique* (1971), refundido como *Jules Verne, un regard sur le monde* (2001). **<<**

[9] Los artículos, entrevistas, discursos, notas, etcétera, recogidos en este volumen han sido seleccionados a partir de Jules Verne, *Textes oubliés* (10/18, París, 1979), volumen que pertenece a la serie «Jules Verne inattendu», dirigida por Francis Lacassin. <<

[10] *Edgar Poe et ses Œuvres*. Estudio aparecido en *Le Musée des familles* en 1864, sobre la obra del novelista norteamericano, que permite apreciar su influencia sobre distintas obras de Verne. En la tercera parte, señalamos algún error derivado de la traducción seguida por Verne en el caso del cuento *Tres domingos por semana*, la de William L. Hugues (1822-1887): *Contes inédits d'Edgar Poe* (1862,aunque habían ido apareciendo en periódicos desde 1857). También corregimos, siguiendo el original de Poe, el mensaje cifrado y el cuadro en la mayoría de los textos, Verne sigue la excelente traducción de Baudelaire, que no evita algún desliz; me he permitido anotar dos observaciones a ellos. <<

[11] Gilbert de Portier, marqués de La Fayette (1757-1834), actor de primera magnitud en la política francesa desde su participación en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. <<

[12] El poeta lord Byron (1788-1824) fue la personalidad más notable del romanticismo inglés, creador de figuras malditas y de personajes como Childe Harold, al que tiñe de un color algo satánico lo mismo que a sus protagonistas de *El corsario, Manfredo, El prisionero de Chillon*. Con *Don Juan* escribió una sátira épica, en la que Byron se miraba en un espejo muy distinto al que había utilizado en *Childe Harold*: ahora es realista, burlón, despiadado ante la estupidez, la injusticia y la hipocresía. Viajó por toda Europa, para ir a morir en Missolonghi, junto a los combatientes griegos que trataban de liberar Grecia de la dominación turca. <<

[13] Virginia Clemm (1822-1847), prima de Poe, tenía 13 años (aunque en la documentación del matrimonio aseguraba que tenía 21) cuando se casó con Poe, de 27. En 1842 contrajo una tuberculosis que la llevaría a la muerte con 24 años de edad. <<

[14] Ann Radcliffe (1764-1823), novelista británica, una de las primeras autoras de narraciones góticas, conocida sobre todo por novelas negras como *El italiano, o el confesional de los penitentes negros* (1797), *El siciliano* (1790) y, especialmente, *Los misterios de Udolfo* (1794). Su mundo sobrenatural tiene una explicación compatible con la religión. Influyó en las primeras novelas de la juventud de Balzac y, sobre todo, en el movimiento romántico. **<<**

[15] Queriendo ayudar al texto de Poe, Baudelaire añade esta frase: «La noche era su pasión», desnaturalizando el sentido, dado que en Poe la pasión es incompatible con la imaginación. <<

[16] «Rareza»; en francés en el original de Poe. <<

[17] En el original inglés, «mentales». <<

[18] El Théâtre des Variétés, inaugurado en junio de 1807, sigue existiendo en el número 7 del bulevar Monmartre de París. En sus inicios, dotado de un gran plantel de actores y actrices, se dedicó sobre todo a la ópera bufa y el vodevil. <<

[19] Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762), conocido como «el padre» para distinguirlo de su hijo, Claude Prosper Jolyot de Crébillon (1707-1777), también escritor y excelente novelista; se dedicó al género trágico, con temas sacados principalmente de la historia de Roma y de la mitología: *Idomenée*, *Atrée et Thyestes*, *Électre*, *Pyrrus*, *Catilina*, *Le Triumvirat*, *Xerxès*, etcétera, no consiguieron triunfar frente a las de Voltaire. Obtuvo sin embargo una pensión real, además del puesto de bibliotecario del rey. <<

[20] Epicuro (342-270 a. C.), filósofo griego fundador de la escuela epicúrea; según sus teorías, y siguiendo a Demócrito, sostuvo que todo lo que existe está formado por átomos indivisibles que se mueven aleatoriamente en el vacío y pueden formar, combinándose, agregados de materia, como el alma, por ejemplo, a la que negaba su entidad espiritual. <<

[21] «La primera letra perdió el sonido antiguo». Verso de *Los fastos* (V, v. 544). De hecho, la idea de Ovidio (Urión > Orión) es una etimología cuya falsedad Poe conoce, y utiliza en tono burlón: compara al remendón de apellido exquisito, Chantilly, con el mitológico gigante que, nacido de la orina —es lo que significa su nombre—, termina siendo una constelación. <<

[22] Victorien Sardou (1831-1908), prolífico dramaturgo francés, autor de dramas y comedias tanto en prosa como en verso, que dejó una producción inmensa; dotado para la carpintería escénica, utilizaba atmósferas y temas pseudohistóricos, situaciones propias o ajenas, con momentos muy brillantes que eran un regalo para los intérpretes. El paso del tiempo ha respetado algunas de sus comedias como *Madame Sans-Gêne* (1893), dejando en el olvido otras como *Les pattes de mouche* (1877), *Las mujeres fuertes*, etcétera, así como sus dramas históricos, entre los que figuran *Teodora* (1884), *La Tosca* (1887), *Fedora* (1888), *Cleopatra* (1890), *Thermidor* (1891), *Robespierre* (1899), varios de ellos interpretados por la actriz más prestigiosa del momento, Sara Bernhardt. <<

[23] El Théâtre del Gymnase, construido en 1820 en el número 38 del bulevar Bonne-Nouvelle, se especializó en comedias de bulevar, sirviendo de escena a piezas de Dumas y de Aubier. También llevó el nombre de Théâtre Historique. <<

[24] La antigua medida de longitud conocida como pie correspondía a la longitud de un pie humano, pero difería en los distintos países; en Francia equivalía a poco más de 30 cm; el pie español medía 27,8 cm. <<

[25] La yarda equivale a algo menos que el metro, 0,91 cm. <<

[26] William Kidd (c. 1645/1654-1701), pirata inglés. Se estableció en Estados Unidos, donde empezó como respetable comerciante hasta que se le propuso convertirse en corsario para atacar piratas y navíos franceses; la operación fue sugerida y financiada por los más poderosos personajes de Inglaterra. De corsario pasó a pirata; aunque no fueron muchas sus fechorías, la leyenda lo convirtió en el pirata más perseguido por la corona inglesa debido al apresamiento de un navío inglés, el *Quedah Merchant*. A su regreso a Nueva York, fue capturado y enviado a Londres, donde sería juzgado y ahorcado. A esa leyenda de gran pirata colaboraron desde este relato de Edgar Allan Poe hasta Robert Louis Stevenson (*La isla del tesoro*), Washington Irving (*Kidd el pirata*) y Marcel Schwob (*Vidas imaginarias*). **<<**

[27] Invento atribuido al matemático griego Arquímedes (s. III a. C.), consistente en un tornillo que gira dentro de un cilindro hueco colocado en un plano inclinado; lo habría inventado durante un viaje a Egipto para facilitar el riego de los habitantes de las orillas del Nilo; sin embargo, ese tornillo ya era conocido por ingenieros asirios (los Jardines colgantes de Babilonia) y griegos anteriores. Leonardo da Vinci se inspiró en él para su tornillo aéreo, aeronave con hélice de vuelo vertical, precursor del helicóptero moderno. <<

[28] Unidad de medida francesa en vigor antes de la adopción del sistema métrico, equivalente a poco menos de dos metros (1,946 m). <<

[29] La milla es una unidad premétrica de medida de valor variable, usada antiguamente en distintos países. Verne parece medir por la milla náutica, equivalente a 1852 m; por tanto el globo estaría a una altura de 17 594 m aproximadamente. <<

[30] A una altura de 31,484 m. <<

[31] A 46 300 m. <<

[32] 13 434 km. <<

[33] 429 515 km. <<

[34] 46 300 km según la cuenta de Poe. La ciencia actual la mide en 40 075 km en el ecuador y 40 007 km en los polos. <<

[35] Según Poe, la velocidad de rotación sería de 1852 km/h. Según la ciencia actual, es de 1700 km/h en el Ecuador, y 850 km/h a 60º de latitud, mientras que en los polos sería nula. <<

[36] Verne lee *Aventura de un tal Hans Pfaal* en la traducción de Hugues (véase nota 11 en la pág. 23, y nota 99 en la pág. 135) que, por error, confunde oeste por este, y este por oeste líneas más abajo.

Nota 11: Gilbert de Portier, marqués de La Fayette (1757-1834), actor de primera magnitud en la política francesa desde su participación en la Guerra de Independencia de Estados Unidos.

Nota 99: 17 de abril de 1793. <<

[37] Hacia el oeste. <<

[38] Alusión al cuadro *La balsa de la Medusa* de Théodore Géricault (1791-1824), presentado en el Salón de 1819. De grandes dimensiones, representa un episodio trágico de la historia de la marina francesa; el naufragio de la fragata *Medusa*, que encalló en un banco de arena en julio de 1816, en las costas de la actual Mauritania; de las ciento cuarenta y siete personas que iban a bordo, sólo diez lograron sobrevivir. El cuadro se convirtió en un icono de la pintura romántica. <<

[39] James Weddell (1787-1834), navegante británico, explorador y cazador de focas, realizó una expedición a la Antártida (1821-1825) en busca de una tierra entre las islas Shetland del Sur y las islas Orcadas del Sur; resultó infructuosa y le convenció de la inexistencia de tierra hasta el Polo Sur. Organizó otra expedición por su cuenta en 1829, pero su barco naufragó y supuso su bancarrota. <<

[40] Jules Dumont d'Urville (1790-1842), explorador francés que dirigió numerosas expediciones, sobre todo a bordo del *Astrolabe*. En 1819, durante una expedición al Mar Negro y a las islas griegas indicó al embajador en Constantinopla el valor artístico de una estatua recién exhumada, la *Venus de Milo*, inmediatamente comprada en nombre de Francia por el diplomático. Realizó un viaje de exploración científica (1822-1825) en *La Coquille*, de carácter botánico y entomológico; pero su exploración más importante como comandante de ese mismo barco, renombrado *L'Astrolabe* y *La Zélée*, recorrió las costas de Nueva Guinea, Nueva Zelanda y otras islas durante treinta y cinco meses, durante los que recogió una cantidad inmensa de especies de todo tipo además de contribuir a la cartografía de esa región; tras la Monarquía de Julio, que lo mantuvo en desgracia, en 1837 emprendió una expedición a las regiones del Océano Ártico, en las que exploró los mares australes, en espacios que nadie había recorrido antes. Nombrado a su regreso contralmirante (1840), pereció en un accidente ferroviario cuando preparaba su obra *Viaje al Polo Sur* (1841-1845). <<

[41] *Les Révoltés de la «Bounty»*. Aparecido en el *Magasin d'Éducation et de Récréation*, fue recogido en libro a continuación de la novela *Los quinientos millones de la Begum* (1879). También apareció en ese año dentro de la «enciclopedia» de su editor Hetzel *Les Grands Navigateurs du* XVIII *siècle*, precedido de la siguiente nota: «Creemos conveniente advertir a nuestros lectores que este relato no es una ficción. Todos los detalles están sacados de los anales marítimos de Gran Bretaña. La realidad proporciona a veces hechos tan novelescos que la imaginación misma no podría añadirles nada». De hecho, Verne sigue el relato escrito por el geógrafo Gabriel Marcel (1843-1909) —con quien había colaborado en *Les Grands Navigateurs du* XVIII *siècle*—, cuyos derechos había adquirido, releyéndolo, corrigiéndolo y tomándose algunas libertades con los hechos.

La fragata británica *Bounty* ha entrado en la historia por el amotinamiento de una parte de su tripulación, ocurrido el 28 de abril de 1789. Su misión consistía en aprovisionar de frutos del árbol del pan —una vez cocidos proporcionaban una carne blancuzca semejante a la miga de pan— a los esclavos de las plantaciones de las Antillas; el plan de introducir y aclimatar ese árbol hizo a la Royal Navy comprar un navío carbonero bautizado como la *Bounty*, y entregar su mando al teniente William Bligh, que había navegado con el capitán Cook, en agosto de 1787; Bligh apareja en diciembre y se hace a la mar para sufrir enseguida una tormenta; en Tenerife, donde tienen que amarrar para reparar y avituallarse empiezan a producirse los primeros conflictos entre Bligh y la tripulación; en el cabo de Hornos, una tempestad insuperable obliga al capitán a dirigirse a Tahití pasando por el cabo de Buena Esperanza (mayo de 1788). El 28 de abril de 1789, tras dejar Tahití, Fletcher Christian se amotina con once de los 46 miembros de la tripulación y embarcan al capitán en una canoa con 18 de sus fieles; el resto es obligado a quedarse para ayudar a la navegación. Bligh recorre en la canoa 6700 km y llega a Timor en cuarenta días, mientras los amotinados navegan entre las islas buscando un refugio contra la presumible persecución de la Royal Navy. Desembarcan en la isla Pitcairn, mal repertoriada en los mapas, y queman la fragata el 23 de enero de 1790. Después de matar a los tahitianos varones de la isla, y mientras algunos de los amotinados mueren en peleas entre sí, se disponen a vivir entre los indígenas hasta 1808, fecha en que el ballenero *Topaz* se acerca a la isla para aprovisionarse de agua: sólo queda vivo uno de

los amotinados; el resto, que se había quedado en Tahití había sido capturado en 1791 por el navío Pandore, que naufragó cuando se dirigía a Gran Bretaña. Algunos murieron en el naufragio; los supervivientes fueron juzgados y condenados a la horca, de la que algunos se libraron por gracia real. **<<**

[42] Bligh (1754-1817), que en 1762 se había alistado como grumete, terminaría alcanzando el grado de vicealmirante en 1814; tras el motín de la *Bounty*, fue nombrado gobernador de Nueva Gales del Sur, donde tuvo que sofocar una nueva insurrección, la Revuelta del Ron (1808). En 1792 había publicado su memoria de los hechos ocurridos en la *Bounty (A Voyage to the South Sea)*. El episodio inspiró a numerosos autores, desde lord Byron a Verne, y cuatro películas, entre las que destacan las dirigidas por Lewis Milestone (1962), con Marlon Brando y Trevor Howard, y por Roger Donaldson (1984), con Mel Gibson y Anthony Hopkins. <<

[43] Término inglés que designa a un oficial de marina en formación o a un oficial del grado más bajo en la Royal Navy. <<

[44] Unidad de peso, dieciseisava parte de la libra de París, equivalente a 30,59 g. Se utilizaba en distintos países, con un valor comprendido entre los 24 y los 33 g. En España equivalía a 28,75 g. <<

[45] Antigua unidad de peso, variable según los países y provincias; en Francia, después de la Revolución equivalía a 0'50 kg. La libra comúnmente utilizada en nuestros días es la libra inglesa, (0,4535 kg). <<

[46] Suboficial de la marina, cuyo grado es intermedio entre el contramaestre y el cabo; su cometido se centraba especialmente en el cuidado de cables, maromas, anclas, boyas, etcétera. <<

[47] Antigua medida de longitud que ha variado según épocas y países; en la actualidad equivale internacionalmente, por su uso anglosajón (*inch*), a 2,54 cm; en Castilla equivalía a 2,3 cm. <<

[48] El reino de Tonga (Oceanía, la Polinesia) reúne más de 177 islas conocidas como Islas de los Amigos, de las que sólo unas 36 están habitadas. <<

[49] De Atalanta, heroína de la mitología griega, hay dos tradiciones mitológicas, la arcadia y la beocia. En ambas la joven rechaza el matrimonio. Presionada por su padre, decidió tomar por esposo a quien pudiera vencerla en la carrera; los que perdían, resultaban muertos por la jabalina de Atalanta. Hipómenes empezó a correr; ayudado por Afrodita, dejó caer tres manzanas de oro provenientes del jardín de las Hespérides; Atalanta se detuvo para recogerlas y fue vencida en la carrera. <<

[50] Medida de distancia anterior a la adopción del sistema métrico decimal, de 4 km aproximadamente, variable según los países y regiones; en España, cuando fue abolida por Felipe II equivalía a 4180 m. <<

[51] Antigua medida de capacidad de líquidos, variable según los países y regiones; en París, 0,93 l. <<

[52] Nombre histórico que tuvo la isla continente de Australia; cuando éste fue aplicado, el topónimo anterior se utilizó para referirse a la parte del continente que no había sido anexionada a Nueva Gales del Sur, la actual Australia occidental. <<

[53] Especie de molusco bivalvo; la concha de Santiago o vieira. <<

[54] El estrecho del Endeavour, nombrado así por el capitán Cook, une el continente australiano a la isla Príncipe de Gales. Tiene una longitud aproximada de 50 km y una anchura entre 3 y 10 km. <<

[55] Especie de ave. <<

[56] Goleta de dos o más mástiles. <<

[57] La bahía de Matavai se halla en Mahina, al norte de la isla de Tahití, en la Polinesia francesa. En la bahía fondeó la *Bounty* el 26 de octubre de 1788. <<

[58] Cabo de Tahití, en la Polinesia francesa, bordeado al oeste por la bahía de Matavai; recibió su nombre a raíz del desembarco del capitán Cook en previsión de la observación del tránsito de Venus en 1769. <<

[59] Según la mitología griega, Zeus, irritado contra la raza humana por el orgullo de Prometeo, encargó a Hefesto la figura en arcilla de una mujer a imagen de las diosas, que recibió el nombre de Pandora; a esta primera mujer, dotada por Atenea de todas las gracias, bellezas y seducciones, Hermes le confirió la maldad y la falta de inteligencia. Casada con el hermano de Prometeo, que había conseguido encerrar todos los males del mundo en una vasija, Pandora, pese a la prohibición de abrirla, picada de curiosidad levantó su tapa y todos los males se esparcieron por la tierra. Sólo la Esperanza quedó dentro de la vasija. Según otra tradición, la «caja» que Pandora abre contiene todos los bienes de la tierra, que vuelan hacia el Olimpo dejando en la tierra únicamente la Esperanza. <<

[60] La isla Chatham se halla situada a unos 800 km de la Isla del Sur (Nueva Zelanda), en el océano Pacífico Sur. Forma parte del archipiélago de las islas Chatham, de las que es la mayor y más poblada. <<

[61] El estrecho de Torres, atravesado por primera vez por el marino español o portugués Luis Váez de Torres (1565-1610/1613), separa Australia, al Sur, de la isla de Nueva Guinea al Norte. Su anchura aproximada es de 150 km. Une el mar del Coral al este con el mar de Arafura al oeste. Su escasa profundidad lo hace difícil para la navegación por sus arrecifes e islas. <<

[62] El archipiélago de las Tuamotu («conjunto de islas») está situado en la Polinesia francesa (océano Pacífico, Oceanía), y lo forman 78 islas; los mapas antiguos lo llamaron Dangereux («Peligroso» en francés) por la dificultad de aventurarse en él sin cartas marinas por sus arrecifes, peligrosos para la navegación. <<

[63] Philip Carteret (1733-1796), oficial de marina y explorador británico, que dio dos veces la vuelta al mundo (1764-1766, 1766-1769). <<

[64] Isla volcánica que da su nombre de Pitcairn a cuatro islas, de las que sólo Pitcairn, con 5 km^2, está habitada de manera permanente por una cincuentena de pobladores. Está situada en el Pacífico, a 2182 km de Tahití, al este-sudeste de Tahití. Fue descubierta por Philip Carteret en julio de 1767, y poblada por los amotinados de la *Bounty* a partir de enero de 1790. Las islas fueron anexionadas por Gran Bretaña en 1838. <<

[65] Francia, con Napoleón como Emperador, convertía Europa en campo de batalla. <<

[66] George Nobbs (1799-1884), misionero británico, que se instaló en las islas Pitcairn en 1828 y vivió con los descendientes de los amotinados de la *Bounty*, casándose con una descendiente de Fletcher Christian. <<

[67] En 2011, la población alcanzaba los sesenta y nueve habitantes, descendientes en su mayoría de polinesios y de los amotinados de *la Bounty*; hablan el *pitkern*, derivado del inglés con mezcla de elementos tahitianos. <<

[68] A mediados del siglo XIX, la revista mensual *Le Musée des Familles* solía incluir enigmas cuyas solución ofrecía al mes siguiente en forma de cuentos o relatos. Aunque no aparece firmada, la respuesta a este enigma de julio de 1851 y publicada en agosto fue *Un viaje en globo*, relato que Verne volvería a editar en 1872 con nuevo título, *Un drama en los aires*. **<<**

[69] *Encore un navire aérien*. En 1852 aparece en *Le Musée des familles* este texto sin firma, cuya paternidad se ha adjudicado a Verne con mucha probabilidad, dada su afición por la navegación aérea y por alguna referencia interna a *Un viaje en globo* aparecido en la misma revista en 1851. **<<**

[70] Término con el que durante la Monarquía de Julio se designaba al joven elegante que vivía en el lujo y la ociosidad, refinado de costumbres y de cuidada vestimenta. Equivalía al termino inglés *dandy*, que en Francia adoptó diversas formas según las épocas. <<

[71] Eugène Godard (1827-1890), aeronauta que realizó desde 1849 numerosas ascensiones en globo en Francia, Austria, Estados Unidos, Canadá, etcétera; llegó a contratarse con el gobierno austriaco para organizar compañías de aeronautas militares y realizar ascensiones de observación (1854). Participó en la guerra franco-austriaca (1859) al servicio de Napoleón III, que le encargó construir una caldera inventada por él y un globo, y que le valió el título de «Aeronauta del Emperador»; en 1870, durante la invasión prusiana, el Gobierno Provisional le encargó globos para el servicio de correo aéreo. El 28 de septiembre de 1873, ascendió en globo en Amiens, llevando en la barquilla a su hijo (Eugène II), y a Verne, que realizaba su primera y única ascensión. A lo largo de su vida Godard se elevó unas 1500 veces en globo en una docena de países de Europa y América. <<

[72] Columna elevada en 1831 en la plaza de la Bastilla de París para conmemorar las Tres Jornadas Gloriosas de julio de 1830 que culminaron con la caída de Carlos X y la instauración de la Monarquía de Julio, con Luis Felipe I como rey de los franceses. Diseñada por el arquitecto Jean Antoine Alavoine, se alza sobre una necrópolis donde están enterradas las víctimas de esas tres jornadas; en su fuste se hallan inscritos los nombres de todas ellas. La remata, a 50,33 m de altura, el genio de la Libertad, que despliega sus alas y sostiene una antorcha en una mano y hierros rotos en la otra. <<

[73] Alusión a una canción popular compuesta en 1709 tras la batalla de Malplaquet, quizá la más sangrienta de la Guerra de Sucesión española, entre ejércitos de Francia y de la Alianza (Austria, Inglaterra, Holanda); las tropas aliadas, mandadas por el inglés John Churchill, I duque de Marlborough (1650-1722), sufrieron pese a la victoria más del doble de bajas que las francesas (25 000 frente a 11 000). Los franceses, creyendo que el duque de Marlborough había muerto en la batalla, compusieron esta canción infantil y burlesca, para acompañar al juego de la rayuela, que se popularizó rápidamente durante el reinado de Luis XVI en la corte francesa; luego pasó a España, Alemania e Inglaterra, con deformación del apellido Marlborough, que en español dio Mambrú. La melodía de la canción es mucho más antigua. <<

[74] Jean-Pierre Blanchard (1753-1809), aeronauta francés, el primero en realizar el 7 de enero de 1785 una travesía del Canal de la Mancha en un globo hinchado con hidrógeno. Realizó nuevas experiencias, siendo la más importante el primer viaje aéreo a los Estados Unidos el 9 de enero de 1793; durante su sexagésima sexta ascensión (20 de febrero de 1808), su globo cayó desde una altura de algo más de 18 m; moriría un año más tarde, probablemente de las secuelas de sus heridas. <<

[75] Familia de peces, que reciben el nombre de pez globo (también puercoespín de mar o avestruz de mar) que se hinchan cuando son atacados o se asustan, impidiendo al atacante tragarlo. <<

[76] Véase nota 28 en pág. 54.

Nota 28: Unidad de medida francesa en vigor antes de la adopción del sistema métrico, equivalente a poco menos de dos metros (1,946 m). <<

[77] Louis-Bernard Guyton-Morveau (1737-1816), químico y político francés, que en 1784 realizó en Dijon dos experiencias aerostáticas.

Étienne-Gaspard Robert (1763-1837), personaje de múltiples oficios científico-estéticos, entre ellos la aeronáutica; el 18 de julio de 1803, realizó con dos compañeros el viaje de Hamburgo a Hannover a bordo de una *montgolfière* (globo aerostático), realizando observaciones sobre el magnetismo y la electricidad y alcanzando una altura de 7170 m. Hizo en San Petersburgo la primera ascensión en globo en Rusia (1804) y dos años más tarde, durante una ascensión muy breve, lanzó por encima de la borda un animal en paracaídas.

Pierre Testu-Brissy (¿1770?—1829), autor de dos experiencias aerostáticas los días 16 y 30 de octubre de 1708, que incluían colocar un caballo sobre una plataforma de madera ubicada debajo del globo.

El señor de Lennox proyectó un navío aéreo, *L'Aigle (El Águila)* de 50 m de longitud por 15 m de altura, con una barquilla de 20 m de largo para elevar a diecisiete personas. Trasladada con grandes esfuerzos al Campo de Marte, la nave no consiguió elevarse, y fue destruida por la multitud.

Abel Étienne Louis Transon (1805-1876), matemático y periodista francés, que pasó del pensamiento saint-simoniano al furierista para terminar convertido al catolicismo. En 1884 hizo experimentos sobre la dirección de los aerostatos reuniendo globos de dos en dos mediante una cuerda. Fue el primero en utilizar el término *aéronef* (aeronave).

Ernest Petin (1812-1878), mercero de profesión, inventó un especie de *barco aéreo*, dotado de hélice, al que profesó una estructura de alas de pájaro. Reunía, en ese barco, cuatro aerostatos movidos con gas hidrógeno, unidos por su base mediante una estructura de madera. Sobre ese puente, dos enormes bastidores sostenían las velas. Las experiencias prácticas no tuvieron éxito. Verne volverá sobre Petin en su novela breve *Un drama en los aires*.

Antoine Brémond-Julien (1759-1792), político de la Revolución Francesa y aeronauta; el 29 de mayo de 1784 realizó una ascensión, saliendo de Saint-Charles (Marsella); el globo subió 400 m antes de caer. <<

[78] Creado en 1795, el Institut de France agrupa las cinco academias (Francesa, de Inscripciones y Bellas Letras, de Ciencias, de Bellas Artes y de Ciencias Morales y Políticas); tiene su sede en el Quai Conti (distrito VI), en el colegio de las Quatre-Nations; en la actualidad dependen de él fundaciones, monumentos históricos, etcétera. <<

[79] Jacques-Étienne-Victor Arago (1790-1854), escritor y explorador francés, miembro de una familia de intelectuales y políticos; entre sus cinco hermanos, François (1786-1853), el mayor y más célebre, hizo su carrera en el Observatorio de París, que dirigió desde 1843 hasta su muerte; desarrolló importantes trabajos en el campo de la óptica. Se dedicó además a la política, llegando a ser ministro de la Guerra durante el gobierno provisional de la Segunda República. Tras el golpe de Estado de 1851 que daba paso al Segundo Imperio, dimitió de sus funciones. <<

[80] *Tissus incombustibles*. A continuación de *Otro navío aéreo, Le Musée des familles* ofrecía dos crónicas más, también sin firma, atribuidas a Verne por la misma razón que la primera de ellas, aunque esta paternidad es más cuestionada. <<

[81] Louis Joseph Gay-Lussac (1778-1850), químico y físico francés, famoso por sus trabajos sobre las propiedades de los gases. <<

[82] Émile de La Bédollière (1812-1883), nacido en Amiens, destacó como periodista y escritor, además de traductor de escritores alemanes (Hoffmann, sobre todo), ingleses y españoles (Teresa de Ávila). <<

[83] Personaje popular francés, ingenuo y tonto, que se lanza al agua para evitar la lluvia. Encarna a alguien que se mete por sí mismo en problemas. <<

[84] *Machines à labourer*. Crónica sin firma, aparecido como la anterior en agosto de 1852, a continuación de *Otro navío aéreo* en *Le Musée des familles*. <<

[85] Símbolo del más difícil todavía, Jean-Baptiste Nicolet (1728-1796) fue un actor y director de teatro, que en 1753 empezó con un espectáculo de marionetas al que más tarde añadió actores; seguidor del repertorio de la Comedia Italiana, abrió el Théâtre de Nicolet en 1763 para representar vodeviles; su compañía, que en 1792 se llamará Théâtre de la Gaîté, llegó a representar 9000 obras, y a emplear 30 actores, 20 músicos y 60 bailarines. <<

[86] John Adolphus Etzler (1791-1846), inventor americano de origen alemán, inspirador del furierismo; según sus teorías, si la ciencia mejorase las condiciones de vida del hombre, la raza humana podría desaparecer por los problemas creados por la producción y la distribución. Imaginó islas flotantes en los océanos que podían ser dirigidas, y anticipó la idea del avión como medio de transporte. <<

[87] Un área equivale a 100 m^2. <<

[88] *Locomotives sous-marines*. El texto, aparecido en *Le Musée des familles* en 1857, ha sido atribuido a Verne por la coincidencia con imágenes e ideas expuestas en *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870). Lo precedía esta especie de presentación: «Hemos de admitir que no ha sido muy brillante desde nuestra *Revue* de 1855. Su mayor empresa, el telégrafo submarino, ha sufrido inquietantes fracasos. Los cables se rompen aquí y allá, y de vez en cuando, de modo que los telegramas oceánicos resultan interrumpidos por las corrientes, lo mismo que los telegramas aéreos eran interrumpidos en el pasado por las nieblas». <<

[89] Género de peces (anabántidos) de respiración aérea que pueden andar por tierra y trepar a los árboles. <<

[90] Nemrod fue, según el Antiguo Testamento, nieto de Cam, uno de los hijos de Noé (Génesis, 10, 8-9); este héroe y cazador legendario, «el primero que se hizo prepotente en la tierra», tuvo Babel por núcleo territorial de su reino; desde ahí se extendió hacia Asur, hasta Nínive, ciudad que mandó construir. <<

[91] Roger Bacon (hacia 1215-1294), alquimista y monje franciscano inglés, conocido como *doctor mirabilis*; se le acusó de realizar prácticas mágicas. **<<**

[92] *À propos du «Géant»*. Esta crónica de 1863 repasa un viaje aeronáutico del famoso fotógrafo Nadar, que realizó seis ascensiones hasta 1867; amigo de Verne, su personalidad quedaría reflejada en la figura de Ardan (anagrama de Nadar), que aparece en dos de sus novelas: *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna*. <<

[93] Gaspard-Félix Tournachon (1820-1910), conocido como Nadar, fue fotógrafo, periodista, ilustrador y aeronauta. Es el gran fotógrafo artístico de la segunda mitad del siglo XIX: ante su objetivo posaron los grandes artistas de la época, desde Baudelaire a Verne, Sarah Bernhardt, Zola, George Sand, Dumas hijo, Théophile Gautier, etcétera. Apasionado por la aeronáutica, se asoció a los hermanos Godard para construir un gran globo, *Le Géant*, de 45 m de altura, desde el que hizo las primeras fotografías aéreas de la historia, a pesar de aterrizajes desastrosos; interesaron al ejército francés, que en 1870 lo nombró comandante de una compañía de globos que en cuatro meses (septiembre de 1870 a enero de 1871) construyó 66 aparatos; además de llevar pasajeros y palomas mensajeras en uno de ellos, se dedicó a tomar fotografías de las tropas prusianas que sitiaban París. <<

[94] Jacques Babinet (1794-1872), matemático, físico y astrónomo francés, famoso por su vulgarización de problemas científicos. Ayudó a Verne con datos científicos para la novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*. <<

[95] Gustave Ponton d’Amécourt (1825-1888), numismático y arqueólogo francés, amigo tanto de Nadar como de Verne; se le debe la creación de la palabra *helicóptero*; con Gabriel de La Landelle construyó un prototipo de helicóptero a vapor, que sirvió a Verne para su novela *Robur el conquistador*. <<

[96] Gabriel de La Landelle (1812-1886), oficial de marina y escritor de temas de esa materia, que figura entre los pioneros de la aeronáutica. Amigo de Verne, escribió en forma de folletones numerosas novelas de tema marítimo, y ensayos sobre la aviación, palabra que aparece por primera vez en 1863, en su libro *Aviación, o Navegación aérea (sin globos)*. **<<**

[97] *Les Méridiens et le calendrier*. La Société de Géographie francesa, fundada en 1821, la primera del mundo, que ya tenía sus raíces en el siglo XVIII, discutió el problema del meridiano en que se realiza el paso de un día a otro del calendario civil. Verne responde el 4 de abril de 1873 a las proposiciones ofrecidas en dos cartas sobre el tema por los ingenieros Hourier y Faraguet. <<

[98] Según el editor francés Francis Lacassin, la traducción errónea que Verne utiliza del texto de Poe (véase nota 11, pág. 23) —y que traduce *este* por *oeste* y viceversa—, «los marineros que han partido hacia el este han hecho dos almuerzos y dos cenas más que los otros».

Nota 11: Gilbert de Portier, marqués de La Fayette (1757-1834), actor de primera magnitud en la política francesa desde su participación en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. **<<**

[99] 17 de abril de 1793. <<

[100] Joseph Bertrand (1822-1900), matemático, economista e historiador de las ciencias francés. Verne le conoció a través de su propio primo Henri Garcet (1815-1871), autor de varios libros de enseñanza, algunos en colaboración con su colega Bertrand; ambos le ayudaron con los datos científicos que aparecen en sus novelas *De la tierra a la luna* y *Alrededor de la Luna*. <<

[101] *Aux lecteurs du Magasin d'Éducation et de Récréation*. Este texto precedía a la publicación en folletón de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en esa revista bimensual del editor Hetzel. <<

[102] Esta locución adverbial sirvió a Verne como título de una novela de anticipación publicada en 1889. El 14 de noviembre de ese año, en la revista *L’Écho de la Somme* aparecía una nota firmada por Adrien Villart criticando la ortografía adoptada por el novelista. La locución procede del siglo XV: *c’en dessus dessous* (abreviatura de «lo que está encima puesto debajo»); en francés, *sans* y *sens* suenan igual. A pesar de la opinión de Vaugelas, Mme. de Sévigné y Verne, la forma que ha terminado imponiéndose y goza de la preferencia del hablante francés es *sens dessus dessous*. Ninguna de las dos formas se considera falta. <<

[103] Carta fechada el 20 de abril de 1893 como respuesta a un cuestionario dirigido por *Les Annales politiques et littéraires* a diversos escritores célebres, entre ellos Émile Zola, Pierre Loti, Camille Flammarion…, uno más de los reportajes con que ese semanario quería festejar su décimo aniversario. <<

[104] Verne había aceptado apadrinar *L'Abri*, revista literaria que se publicaba en Amiens cada tres semanas; ya habían aparecido las adhesiones de otros escritores como Maurice Barrès o Jean Richepin. Un año más tarde, el 20 de diciembre de 1895, *L'Abri* anunciaba su obligada desaparición en un número que también contaba con condolencias de distintos escritores, entre ellas la de Verne. <<

[105] Maurice Barrès (1862-1923), antisemita, panfletario virulento y guía del nacionalismo más extremista francés, fue la cabeza intelectual de los antidreyfusistas. Antiparlamentario —pese a lo cual fue elegido diputado en 1906— y académico (1906), defendió los valores más tradicionales. En su época fue admirado como autor de *Le Culte du moi* (1888), *Déracinés* (1897) y *La Colline inspirée* (1913). **<<**

[106] Después de la muerte de Verne en 1905, el órgano de la Dickens Society, *The Dickensian*, publicó en facsímil una carta manuscrita del novelista francés a «J. W. T. Ley poco después del inicio de la Bristol and Clifton Dickens Society», precedida de una presentación. <<

[107] Alusión a *The Sketches of Boz,* el primer libro publicado en 1836 por el novelista inglés, que recoge textos aparecidos anteriormente en distintas revistas. Recoge, además de cuentos, escenas de la vida corriente y de la parroquia del autor, que explica bien el subtítulo: *Ilustraciones de la vida y de la gente de todos los días*. <<

[108] Véase esa entrevista más adelante, a partir de la pág. 357. La transcripción del fragmento no se corresponde exactamente con el original del *T. P’s Weekly*. <<

[109] *Vingt-quatre minutes en ballon*. Este relato apareció en el *Journal d’Amiens* en 1873. <<

[110] Théodore Jeunet fundó en 1857 *Le Journal d’Amiens*, periódico diario que empezó como anticlerical moderado y republicano prudente; inició en 1870 una segunda etapa que duró hasta 1944, cuando se convirtió en *Le Courrier picard* después de haber sido colaboracionista durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[111] Véase nota 72 en la pág. 107.

Nota 72: Columna elevada en 1831 en la plaza de la Bastilla de París para conmemorar las Tres Jornadas Gloriosas de julio de 1830 que culminaron con la caída de Carlos X y la instauración de la Monarquía de Julio, con Luis Felipe I como rey de los franceses. Diseñada por el arquitecto Jean Antoine Alavoine, se alza sobre una necrópolis donde están enterradas las víctimas de esas tres jornadas; en su fuste se hallan inscritos los nombres de todas ellas. La remata, a 50,33 m de altura, el genio de la Libertad, que despliega sus alas y sostiene una antorcha en una mano y hierros rotos en la otra. **<<**

[112] En 1873, Verne se instaló en el número 44 de esa calle que en la actualidad lleva el nombre de bulevar Jules Verne. <<

[113] *Dix Heures en chasse*. Charla dada por Verne el 18 de diciembre de 1881 en la Académie des Sciences, Belles-Lettres et Artes d'Amiens, de la que formaba parte desde 1872 y de la que sería director en los años 1875, 1881 y 1882. Se publicó a continuación de su novela sentimental *Le Rayon vert (El rayo verde*, 1882), título que alude a un fenómeno óptico: según unas leyendas escocesas, permite a quienes lo observan ver claro tanto en su corazón como en el de otros. <<

[114] El personaje de Joseph Prudhomme, creado por el caricaturista Henry Monnier (1799-1877), era un tipo de burgués solemne, ridículo y satisfecho de sí mismo, encarnación de la necedad sentenciosa. <<

[115] Véase la nota 91 en la pág. 126.

Nota 91: Roger Bacon (hacia 1215-1294), alquimista y monje franciscano inglés, conocido como *doctor mirabilis*; se le acusó de realizar prácticas mágicas. <<

[116] En Francia, «San Lunes» era una costumbre popular consistente en descansar, sobre todo en talleres artesanos o industriales, los lunes (o varios días más), que los obreros pasaban en tascas o ventorrillos; fue una reacción al «domingo cristiano» de las élites religiosas, económicas, etcétera; esa politización permitía desarrollar prácticas políticas y sindicales. A partir de 1871, y tras la Comuna, la costumbre fue desapareciendo con cierta rapidez. <<

[117] Alusión al término *hérisson*, erizo. Herissart es una comuna del departamento francés del Somme en la región Hauts-de-France, a 175 km de París en la actualidad. <<

[118] Término italiano que suele traducirse en español como «persona de mal agüero», «persona gafe». <<

[119] *Lièvre*, liebre. <<

[120] Sucesor de Moisés en la conducción del pueblo hebreo hacia la Tierra prometida, Josué aparece en los libros bíblicos del Éxodo y sobre todo de Josué: según éste, detuvo al sol en su carrera derrotando al frente del ejército israelita, a los amorreos: «Sol, detente en Gabaón, y Luna, en el Valle de Ajalón. Y el Sol se detuvo, y la Luna se detuvo, hasta que la nación se vengara de sus enemigos» (Libro de Josué, 10, 12-13). En la actualidad, expertos de Cambridge, después de analizar el texto original hebreo, afirman que ambos astros «se quedaron quietos»; la palabra hebrea que lo traduce tiene la misma raíz que la palabra babilónica que se utilizó para describir eclipses. <<

[121] El 14 de julio es la fiesta nacional de Francia, que conmemora la toma de la Bastilla, símbolo de la monarquía absoluta, ese día de 1789. <<

[122] Kenneth Anderson, cazador famoso por haber dado muerte a un oso que había matado a 36 personas y devorado a 3 en el estado de Karnataka (India). Eugène Pertuiset (1833-1909), viajero, escritor y pintor francés, participó en varias cacerías de fieras de África, y dirigió expediciones científicas a Tierra de Fuego por encargo de las autoridades chilenas en 1873. El pintor Edouard Manet, amigo suyo, dejó su retrato: *Eugène Pertuiset, cazador de leones*. **<<**

[123] Véase la nota 91 en la pág. 126.

Nota 91: Roger Bacon (hacia 1215-1294), alquimista y monje franciscano inglés, conocido como *doctor mirabilis*; se le acusó de realizar prácticas mágicas. <<

[124] Discurso de recepción del abogado Gustave Dubois en la Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts, durante la sesión del 8 de enero de 1875, año en el que Verne ejercía el cargo de Director. <<

[125] Esopo (siglo VII-VI a. C.), fabulista griego; en su juventud, fue comprado en un mercado por el filósofo Xanto, sorprendido por su ingenio; lo convirtió en su consejero y terminó dándole la libertad. Sus fábulas fueron popularizadas tanto por el fabulista francés La Fontaine como por el español Samaniego. <<

[126] Locución latina: «Pasar haciendo el bien y diciendo bien». <<

[127] Saint-Albin Berville (1788-1868) magistrado, periodista, político y literato francés; defendió en los tribunales al panfletario y novelista Paul-Louis Courier (1821) y al popular cantante Pierre-Jean de Béranger (1822), miembro de las academias de Caen y de Amiens y masón, gran maestro del Gran Oriente de Francia (1851-1852). Tradujo las *Bucólicas* de Virgilio y escribió algunas obras literarias de época. <<

[128] En Fleurus (Bélgica), el 26 de junio de 1794 se dio la batalla conocida con ese nombre que enfrentó al ejército francés mandado por el general Jourdan con el austro-holandés, que tenía al frente al príncipe Frederick Josias de Sajonia Coburgo; éste se vio obligado a retirarse. Fue la primera vez que se utilizó una aeronave, el globo *Entreprenant*, con fines militares.

En Jemmapes (Bélgica, cerca de Mons), el ejército revolucionario francés mandado por Dumouriez venció el 6 de noviembre de 1793 al ejército austriaco a las órdenes del duque Alberto de Sajonia-Teschen, que hubo de evacuar los «países bajos austriacos», dejándolos en manos francesas. <<

[129] En Wœrtz, comuna francesa del departamento del Bajo Rin (Alsacia), se dieron dos batallas desde la Revolución; Verne se refiere aquí a la derrota sufrida por el mariscal Mac Mahon el 6 de agosto de 1870 frente a los prusianos, que supuso la reanexión de Alsacia a la zona de influencia germánica. En Bazeilles (comuna francesa de las Ardenas) se dio los días 31 de agosto y 1 de septiembre de 1870, durante la guerra francoprusiana, la batalla de ese nombre; las tropas francesas resistieron hasta el heroísmo el asedio para terminar retirándose diezmadas ante un enemigo muy superior en número. <<

[130] Paul-Louis Courier (1772-1825), «el hombre más inteligente de Francia» según Stendhal, fue oficial de artillería, latinista y helenista; tras participar en las guerras italianas de Napoleón, se retiró como terrateniente a la Turena y participó en política como militante opuesto al régimen de los Borbones. Brillante panfletario, arremetió contra la corte, el ejército, la policía, la Iglesia y la burocracia, por lo que sufrió multas y persecuciones. Murió en su bosque de Larçay asesinado de un disparo por un guarda y varios criados a los que había despedido. Entre sus mejores obras figuran sus *Cartas de Francia y de Italia* (1822) y *Panfleto de panfletos* (1824). Atacó a la suscripción nacional propuesta por el gobierno para la compra de Chambord al duque de Burdeos con *Simple discurso de Paul-Louis Courier, viñador de La Chavonnière*, «a los miembros del Consejo de la Comuna de Veretz, Departamento de Indre-et-Loire, con motivo de una suscripción propuesta por su Excelencia el Ministro del Interior, para la adquisición de Chambord» (1821), al que se alude cinco párrafos más adelante. Llevado a los tribunales, el caso se cerró con una condena a Courier. <<

[131] Jean de La Bruyère (1645-1696) fue el gran moralista del siglo XVII francés gracias a *Los caracteres, o las costumbres de este siglo* (1688). A través de sus 16 secciones, La Bruyère consigue una obra maestra, primero por el estilo, de frase corta e incisiva, y por el vocabulario, de admirable propiedad; en segundo lugar, por el fondo de la obra, constituido por caracteres o pinturas de un tipo humano general, y por reflexiones o puntos de vista abstractos, presididos por la severidad y el pesimismo. <<

[132] Discurso de recepción del abogado Gédéon Baril en la Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts, durante la sesión del 25 de junio de 1875. Gédéon Baril se encargó de ilustrar el relato de Verne *Diez horas de caza* en su edición en libro, a continuación de *El rayo Verde*, con su firma habitual de «Gédéon». Véase nota siguiente.

Nota 133: Gédéon Baril (1832-1906), pintor, ilustrador y caricaturista amienense, colaborador de revistas como *Le Soleil* y *La Lune*; movilizado durante la guerra franco-prusiana de 1870 realizó 28 dibujos a la acuarela contra los prusianos bajo el título de *Nuestros vencedores*. **<<**

[133] Gédéon Baril (1832-1906), pintor, ilustrador y caricaturista amienense, colaborador de revistas como *Le Soleil* y *La Lune*; movilizado durante la guerra franco-prusiana de 1870 realizó 28 dibujos a la acuarela contra los prusianos bajo el título de *Nuestros vencedores*. **<<**

[134] Término picardo: locura, delirio, extravagancia; entusiasmo por ciertas cosas, manía de coleccionar ciertos objetos. <<

[135] François-Adrien Boieldieu (1775-1834), compositor francés influido por Rossini, autor de treinta y nueve óperas cómicas de gran popularidad durante el Imperio y la Restauración; es el principal compositor de óperas durante el primer cuarto de su siglo; *La Dame blanche* (1825) sigue siendo su obra más famosa. <<

[136] En español, *cupido* ha perdido el sentido latino, también desusado en el francés *cupide*, de «codicioso», «que está animado por un deseo violento e inmoderado de gozar de algo, de poseer algo». <<

[137] En Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, en el Somme, se descubrió en 1863 un yacimiento en el que se halló un fósil, medio maxilar inferior humano, dos hachas de sílex talladas y osamentas de especies desconocidas. Los debates de los arqueólogos franceses e ingleses sobre la autenticidad de la mandíbula terminaron por descubrir que se trataba de un fraude que sólo se admitió tras la muerte de su descubridor, Jacques Boucher de Perthes (1788-1868). <<

[138] Edouard Lartet (1801-1871), paleontólogo, uno de los fundadores junto a Boucher de Perthes de la prehistoria francesa. A sus descubrimientos (colección que lleva su nombre en el Museo de Toulouse) cabe añadir que su hijo Louis fue quien encontró el célebre Hombre de Cro-Magnon, en Eyzies-de-Tayac (departamento de la Dordoña, Nueva Aquitania). <<

[139] Discurso de recepción del profesor de física y química del liceo de Amiens señor Pacaut, en la Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts, durante la sesión del 21 de marzo de 1881, año en el que Verne también era Director de la Academia. El profesor dedicó su discurso al físico Jacques Rohault. <<

[140] Jacques Rohault (1618-1672), filósofo y físico francés que vulgarizó mediante experiencias notables la física cartesiana. Dejó dos obras mayores: *Tratado de física* (1671), que prestigia el valor de la experimentación, y *Conversaciones sobre la filosofía* (1671), en donde defiende las ideas de su maestro Descartes de los ataques de la Iglesia. <<

[141] Expresión latina: no publicar «hasta que sean corregidos». <<

[142] Véase nota 21 en la pág. 31.

Nota 21: «La primera letra perdió el sonido antiguo». Verso de *Los fastos* (V, v. 544). De hecho, la idea de Ovidio (Urión > Orión) es una etimología cuya falsedad Poe conoce, y utiliza en tono burlón: compara al remendón de apellido exquisito, Chantilly, con el mitológico gigante que, nacido de la orina —es lo que significa su nombre—, termina siendo una constelación. **<<**

[143] Discurso de recepción del arquitecto Émile Ricquier en la Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts, durante la sesión del 10 de junio de 1891. Ricquier había dedicado su discurso al anfiteatro romano de Arles. <<

[144] Émile Ricquier (1846-1906), arquitecto en jefe del departamento del Somme. Hijo de padre desconocido, fue legitimado cuando su madre se casó, dos años antes de su muerte, con Jacques Eugène Ricquier en 1860. Abrió su gabinete de arquitecto a los treinta años y pronto empezó a construir edificios oficiales del departamento del Somme y, sobre todo, de Amiens; el asilo de alienados (1884), el Circo Municipal de esa ciudad (1889) —inaugurado con el discurso de Verne que figura en la pág. 263—, el reloj rococó Dewailly (1896), una sala de hidroterapia, la escuela normal de magisterio, el liceo femenino, las iglesias de Saint-Vaast (1895) y Saint-Pierre de Cayeux-sur-Mer (1900-1902), etcétera. <<

[145] Cayo Mario (h. 157-86 a. C.), político y general romano, gobernador de varias provincias, entre ellas la Hispania Ulterior (114-113 a. C.), de donde pasó como legado a la guerra de Numidia, para combatir al sublevado Yugurta, su rey, al que venció en varias batallas sin llegar a derrotarlo. Elegido cónsul, volvió a pasar a África, y logró hacer prisionero a Yugurta gracias a la traición de su suegro Bocco, organizada por Sila. Posteriormente lucharía como cónsul al frente del ejército contra los teutones y otras tribus germánicas. Siendo cónsul por sexta vez, participó en la primera guerra civil enfrentándose como jefe de los populares a su antiguo aliado Sila, partidario de Octavio, y sembrando la destrucción entre sus enemigos (su ejército, mandado por Cina, ejecutó a unos cien nobles romanos). Nada más ser nombrado cónsul por séptima vez —caso insólito en la política romana—, murió repentinamente. <<

[146] Jacques Delille (1738-1813), abate y poeta francés, traductor de las *Geórgicas*, de *La Eneida*, de *El paraíso perdido* de Milton. Su lírica, de versificación preciosista, abundante en perífrasis y absolutamente impersonal, le hizo ser considerado como uno de los grandes poetas de su tiempo, pese a los ataques de poetas auténticos como Marie-Joseph Chénier. A partir de 1820, sin embargo, cayó en el olvido. <<

[147] Arsène Letellier (1833-1880), escultor francés, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Amiens. <<

[148] Jean-Baptiste Kléber (1753-1800), general francés que alcanzó la gloria durante la Revolución, nombrado por Napoleón I comandante supremo del ejército francés en Egipto; murió asesinado por un estudiante sirio. <<

[149] Charles Robert Pinsard (1819-1911), arquitecto y arqueólogo francés; se le deben restauraciones y construcciones de castillos, palacios particulares y edificios públicos; como arqueólogo, trabajó con Boucher de Perthes y realizó varias aportaciones rigurosas de carácter metodológico para la arqueología, que aplicó al pasado de la ciudad de Amiens. <<

[150] Bías de Priene, filósofo griego (siglo VI a. C.), uno de los siete sabios de Grecia, quizá el más destacado de ellos, a quien se atribuye un poema de dos mil versos sobre Jonia; en ellos enseñaba el mejor modo de ser feliz y alcanzar la prosperidad. De Bías sólo han quedado algunas citas que le atribuye Diógenes Laercio. <<

[151] Samarobriva («Puente sobre el Somme») fue el nombre de la ciudad de Amiens en la época galo-romana. <<

[152] Ese palacio, llamado «La Roseraie», fue terminado en 1866 en Sains-en-Amiénois; fue construido para Bénoni Vagniez-Fiquet (1800-1875), comerciante de textiles al por mayor de Amiens. Vagniez-Fiquet construyó también, en la salida de la ciudad, una gendarmería alquilada al Estado hasta 1887. <<

[153] Frédéric Petit (1836-1895), político del Somme, jefe de fila del partido republicano, interesado en las cooperativas obreras; fue alcalde de Amiens entre 1880-1881 y 1884-1895, y senador por su departamento desde 1886 hasta su muerte; durante su mandato como alcalde de Amiens, Verne fue consejero municipal de su ayuntamiento (1884-1895). <<

[154] Eugène Pelletan (1813-1884), escritor, político y periodista francés, adversario de Napoleón III. Fue padre del político radical-socialista Camille Pelletan (1846-1915), y del científico André Pelletan (1848-1910), director de la Escuela de Minas. <<

[155] Marco Vitruvio (80/70-15 a. C.), arquitecto, ingeniero y tratadista romano, cuya obra *De arquitectura* reúne lo esencial de los conocimientos sobre las técnicas de construcción de la Antigüedad clásica. <<

[156] Según la mitología griega, Cadmo introdujo en Grecia el alfabeto fenicio. Hermano de Europa, fue enviado por su padre el rey de Tiro en busca de su hermana, raptada por Zeus disfrazado de toro blanco; se enfrentó a un dragón, al que mató y arrancó los dientes, que sembró; de uno de esos dientes nacería la raza de la que descendía Tiresias, el adivino ciego de Tebas, ciudad que Cadmo construyó en el lugar donde había matado al dragón. A su boda con Armonía, hija de Ares y de Afrodita, asistieron todos los dioses; Hefaistos le regaló entonces un collar hecho por sus manos, que Cadmo entregó a su esposa junto con una capa. A través de su hija Sémele, convertida en diosa, fue abuelo de Dionisos, dios de la vid, el vino y los excesos. <<

[157] Leon Battista Alberti (1404-1472), filósofo italiano, matemático, arquitecto y teórico de las artes, precursor de la imaginería numérica. Trató de restaurar el lenguaje formal de la arquitectura clásica en su ensayo *De re œdificatoria*, comparable al trabajo de Vitruvio. Su tratado *De la pintura* jugó un papel de primera magnitud en la evolución del arte del Renacimiento. Construyo en Florencia el palacio Rucellai, el templo del Santo Sepulcro (1467), y completó la fachada de la basílica Santa Maria Novella.

Jacopo Barozzi da Vignola (1507-1573), arquitecto y teórico italiano de la arquitectura del Renacimiento. Entre los palacios e iglesias construidas por él, destaca el palacio de su nombre en su ciudad natal (Vignola), la Villa Giulia para el papa Julio III, los palacios Farnesio en Piacenza y en Caprarola, la iglesia del Gesù (1568) en Roma, etcétera.

Philibert Delorme (1514-1570), arquitecto francés del Renacimiento que trabajó en varios castillos como los de Fontainebleau, Saint-Maur, Villers-Cotterêts, en una parte del Louvre, en la tumba de Francisco I (basílica de Saint-Denis), en varias iglesias, etcétera. <<

[158] Epigrama del poeta latino Marcial: «La vida no es vivir, sino tener salud, —del poeta latino Marcial (*Epigramas*, VI, 70). En su sentido profundo puede traducirse por—: La vida es algo más que estar vivo». <<

[159] *Une ville idéale*. Charla pronunciada en la Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts en la sesión del 12 de diciembre de 1875, año en el que Verne dirigía esa Academia. Verne, fue además consejero municipal de su ciudad de 1888 a 1904. <<

[160] Apellido de una familia de artistas amienenses; su representante más famoso, Edmond Duthoit (1837-1889) fue arquitecto; su padre, Aimé, y su tío Louis, fueron prestigiosos dibujantes escultores. <<

[161] Los ómnibus tirados por caballos, con ruedas que iban sobre raíles, empezaron a difundirse en Francia en 1873, fecha muy tardía; siete años más tarde empezaron a circular los primeros tranvías eléctricos. <<

[162] «Pequeño París». Lutecia, población prerromana asentada en la parisina Isla de la Cité, cambió su nombre por el de París porque el término céltico Lutèce significaba «fangosa», en alusión a los pantanos y marismas que la rodeaban y despedían olores pestilenciales. <<

[163] Barrio burgués y encopetado de Amiens. <<

[164] Coche de lujo de cuatro caballos, con dos postillones, puesto de moda durante la restauración por el duque d’Aumont, de quien recibe el nombre. <<

[165] Chacó (de la voz húngara *shakó*) designa el morrión de la caballería ligera, que después se aplicó a tropas de otras armas. <<

[166] «Prenda de vestir de la mujer, a modo de gabán corto ceñido a la cintura y guarnecido con pieles» (drae). <<

[167] Féragu, Auguste-François-Joseph (1816-1892), pintor francés; su proyecto de renovación del quiosco en el Mail Albert I, aquí aludido, no se llevó a cabo. <<

[168] En la tradición teatral y musical francesa se dan tres golpes desde el escenario para anunciar que la obra va a comenzar. <<

[169] Estatua de Charles François Lhomond (1727-1794), humanista, erudito y gramático francés, de sólida reputación por sus trabajos en materia de gramática sobre todo, representados en sus *Elementos de la gramática latina*. Su estatua, esculpida por Gédéon de Forceville en 1860, fue trasladada posteriormente al patio del liceo de Amiens. <<

[170] Charles Garnier (1825-1898), arquitecto francés, a quien se debe la nueva Ópera de París (Palacio Garnier) inaugurada en 1875, el nuevo Observatorio de Niza (1887), el casino y una capilla en Vittel, etcétera. Quizá su obra más significativa sea la Villa Garnier en Bordighera (Italia), localidad para la que hizo varios edificios y donde desde 1873 pasó largas temporadas. <<

[171] Inaugurado en 1780, la municipalidad sólo se permitió realizar algunas reparaciones interiores en 1874, posponiendo obras de modificación de la fachada como pretendían algunos proyectos. La descripción de Verne corresponde a uno de esos proyectos. <<

[172] Charles du Fresne, señor Du Cange (1610-1688), historiador, lingüista y filólogo francés, natural de Amiens, ciudad en la que se le erigió una estatua en 1849 realizada por Théophile Caudron. Su obra es un monumento de erudición, con varios diccionarios y glosarios latinos y griegos, e investigaciones sobre la antigüedad y la Edad Media que permiten comprender el camino recorrido por el latín clásico hasta el francés después de pasar por el latín imperial y el latín medieval. <<

[173] Robert de Luzarches (h. 1160-1228), arquitecto medieval, que toma su apellido de su lugar de nacimiento, en Val-d’Oise, y concibió el proyecto de construcción de la catedral de Amiens, cuya nave central se le atribuye. Nicolas Blasset (1600-1659), escultor francés a quien se deben varias obras de la catedral de Amiens: estatuas, retablos tumbas y monumentos funerarios; su pieza más conocida es *El ángel que llora*, para el mausoleo del canónigo filántropo Guilain Lucas. Jean Baptiste Joseph Delambre (1749-1822), astrónomo y matemático francés, natural de Amiens, que de 1792 a 1799 realizó una expedición con Pierre Méchain par medir un arco del meridiano de París, entre Dunquerque y Barcelona, para el establecimiento del sistema métrico. Maximilien Sébastien Foy (1775-1825), general napoleónico, elegido en 1819 diputado por el departamento del Aisne; desde su tribuna defendió los principios constitucionales y se opuso a los gobiernos de la Restauración. Era natural de Ham, en el departamento del Somme, a 75 km de Amiens. <<

[174] Gédéon de Forceville (1799-1886), escultor, que se dedicó a levantar majestuosas estatuas de los grandes hombres de Picardía, visibles en distintos lugares de Amiens, su ciudad natal; su obra más célebre lleva por título *Monumento de las ilustraciones picardas* (1874), donde figuran estatuas dedicadas a Robert de Luzarches y Nicolas Blasset. Para saber dónde quedaría mejor colocado ese monumento, lo pasearon por toda la ciudad entre las risas de los amienenses. Instalado en la calle Duthoit en 1878, tras varas mudanzas, terminaría levantándose casi un siglo más tarde, en 1961, en la plaza Joffre, lugar que el artista había señalado desde el principio como el más idóneo. <<

[175] Antoine Joseph Édouard Gand (1815-1891), técnico de la industria textil nacido en Amiens, promotor de la enseñanza técnica en Francia en el siglo XIX y autor de varias obras sobre fabricaciones de terciopelo de algodón. Bajo su influencia se creó en Amiens la Sociedad Industrial, a la que dotó de métodos de enseñanza adoptados tanto en Francia como en Italia. Entre las herramientas creadas por él figura el «compositor automático» para fabricar de manera automática tejidos de diversos colores. <<

[176] Pierre L’Hermite (1053-1115), monje francés que predicó la reconquista de Tierra Santa y que se puso al frente de una de las principales cruzadas populares en 1096. Llegó a Jerusalén, pero desapareció en el momento de la toma de la ciudad. Según la tradición había nacido en Amiens. <<

[177] Comuna francesa en el departamento del Vaucluse. <<

[178] Los tranvías se instalaron primera vez en Amiens en 1890. <<

[179] El parque de La Hotoie es el parque público más antiguo de Amiens; ya se tienen noticias de él en la Edad Media; en la actualidad tiene 19 ha, con un estanque circular en el oeste de 2,8 ha. <<

[180] «¡Su masa indestructible ha fatigado al tiempo!». (*Les Jardins*, canto IV), uno de los ochos versos del abate Delille grabados sobre la «roca de Delille», enorme peña de gres ubicada en el parque de Mortefontaine (Loire-Atlantique, Bretaña). Sobre Delille, véase más arriba, nota 147 en la pág. 215.

Nota 147: Arsène Letellier (1833-1880), escultor francés, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Amiens. <<

[181] Lugar del Bois de Boulogne (París), simple prado del que se sacaban piedras para el pavimento de ese bosque; más tarde se convirtió en parque de atracciones y paseo de bicicletas o caballos hasta 1870. En 1905 se construyó en él un casino y restaurante de lujo que aún existe y figura entre los más selectos de París. <<

[182] Especie de conífera, también conocida como secuoya gigante. <<

[183] Perfume creado por el segundo perfumista francés más antiguo, Pierre-François Lubin (1774-1853); abrió en París una tienda de perfumería para vender cintas perfumadas, máscaras de baile, polvos de arroz y el «agua de *toilette* Lubin», que para Maupassant era un artificio de la seducción femenina. Proveedor de la emperatriz Josefina y de la reina Maria Amelia, su fama se extendió por las cortes europeas y por Estados Unidos. Sus perfumes siguen fabricándose en el siglo XXI, aunque en decadencia desde 1960, cuando Lubin se vendió a varios grandes grupos comerciales. <<

[184] El Voulzie es un afluente de la orilla derecha del Sena con una longitud de 43,9 km (departamento de Seine-et-Marne). <<

[185] «Un gigante sediento lo bebería de un trago», v. 6 de «El Voulzie. Elegía», del libro *Le Myostois*, de Hégésippe Moreau, (1810-1838), poeta francés que, en su *Oda al hambre*, poetizó las angustias, dolores y enfermedades de su vida. Publicó ese poemario en 1838, justo en el momento en que entraba en el hospital donde moriría de tuberculosis; en esos poemas expone su vena idílica y elegíaca. <<

[186] Comuna francesa (Seine-Maritime, Normandía), a 24 km al sur de Ruán. A principios del siglo XVI se instalaron en ella las primeras pañerías, que supusieron gran riqueza para la ciudad hasta que Elbeuf fue destruida por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Aunque trató de recuperarse, no pudo hacer frente a la aparición de los textiles sintéticos, que obligó a orientar la actividad industrial hacia la química y la mecánica (fábrica de Renault). <<

[187] *Un express de l'avenir*. Aparecido en 1889 en un periódico no identificado y traducido a ruso e inglés, este artículo está firmado por Jules Verne, pero es obra de su hijo, que solía firmar sus trabajos como M. Jules Verne; así apareció en una nueva publicación del artículo, en 1893, en la revista *Annales Politiques et Littéraires*, precedido de la siguiente nota: «He aquí un relato inverosímil que nos llega de América. Los periódicos de Nueva York afirman que, gracias a un ingenioso modo de locomoción, la duración del trayecto de Europa a los Estados Unidos se reduciría más de la mitad. ¿Es una broma pesada? ¿Es un proyecto serio? Casi estaríamos tentados a creerlo al leer la página siguiente que sometemos a las reflexiones de nuestros suscriptores». <<

[188] El «pneumático» fue un sistema de correo del siglo XIX en París: consistía en un tubo por el que circulaba aire comprimido, que propulsaba una caja cilíndrica en la que iban metidas cartas o documentos. <<

[189] Desde su primera etapa como consejero municipal de Amiens, Verne se había implicado en la comisión de Bellas Artes, teatros, museos, fiestas y denominación de calles, y desde el primer momento había defendido la construcción del Circo Municipal; aunque en el momento de la inauguración, el 23 de junio de 1889, no fuera ya consejero, se le encargó el discurso de apertura. <<

[190] Alusión al título de un poemario de Paul Verlaine (1844-1896): *Romances sans paroles* (1874). <<

[191] Jules Simon (1814-1896), filósofo y político francés, diputado republicano en 1848 y de 1863 a 1871. Se opuso al golpe de Estado que instauró el Segundo Imperio, y fue miembro del gobierno de Defensa nacional durante la invasión francoprusiana y ministro durante la III República. Su actuación política trató de conciliar a la derecha y a la extrema izquierda sobre la cuestión religiosa. Ferdinand de Lesseps (1805-1894), político y empresario francés, promotor de los dos proyectos de canales más ambiciosos de su época; el canal de Suez (1859-1869) y el canal de Panamá; la gestión de este último terminó en un escándalo financiero que lo llevó a los tribunales y a una condena de cinco años de cárcel (1893) que, dada su edad y su estado de salud, le fueron conmutados. <<

[192] Expresión latina: «Al juego, a la luz». <<

[193] Grito de las Bacantes en honor del dios Dyonisos, también llamado Baco.
<<

[194] Gustave Germain (1843-1909), escultor francés que se presentó en el Salón de París 1881. Trabajó para el duque de Aumale en el castillo de Chantilly, y su obra más conocida es la decoración del Petit-Palais de París. <<

[195] Boves está situada a 10 km de Amiens; en las ruinas de su castillo feudal se encontraban el rey Enrique IV (1553-1610) y su favorita Gabrielle d’Estrées (1573-1599), la «casi reina»; después de tres hijos en común, el comprometido casamiento fue frenado por el papa Clemente VIII, que quería desposar al monarca con su sobrina María de Médicis, con la que terminará casándose tras la muerte de Gabrielle; según los rumores de la época, ésta habría muerto envenenada; las hipótesis modernas consideran más probable que fuera por su estado de gestante de un cuarto hijo. <<

[196] Población situada a 6 km del centro de Amiens, que en la actualidad forma parte de la metrópolis amienense. <<

[197] Según el libro bíblico de Josué (véase nota 121 de la pág. 180), al ejército hebreo le habría bastado que siete sacerdotes dieran siete vueltas a la ciudad asediada, llevando el «arca del pacto de Yahvé» y tocando sus trompetas durante siete días para que las fuertes murallas de Jericó se derrumbaran. Según las fuentes, la conquista se habría producido entre los años 1315 y 1210 a. C. En la actualidad, los trabajos arqueológicos niegan el carácter histórico del relato bíblico: no se ha encontrado la menor huella de que la zona de Jericó hubiera estado poblada en ese período, ni rastro alguno de que hubiera sido ocupada.

Nota 121: El 14 de julio es la fiesta nacional de Francia, que conmemora la toma de la Bastilla, símbolo de la monarquía absoluta, ese día de 1789. <<

[198] Charla pronunciada por Verne durante la asamblea general anual de la Société d’Horticulture de Picardie el 22 de febrero de 1891. <<

[199] Alphonse Auguste Hyacinthe Decaix-Matifas, comerciante de terciopelo, alcalde de Amiens, (1895-1896) y caballero de la Legión de Honor. <<

[200] Alphonse Karr (1808-1890), novelista y periodista francés de vena romántica. Tras el golpe de Estado de 1851 de Napoleón III, se instaló en Niza y se dedicó a la horticultura hasta 1865, en que expropiado por la construcción de una estación de ferrocarril, se trasladó a Saint-Raphael, en el Var. Se le recuerda más por sus citas y refranes que por títulos completos. <<

[201] Terminaría titulándose *Claudius Bombarnac, corresponsal de* El Siglo XX. *Viaje en tren por Asia Central, de Tiflis a Pekín* (1892). <<

[202] Joseph Marie Jacquard (1752-1834), inventor francés al que se debe la máquina de tejer semiautomática gracias a un mecanismo que seleccionaba los hilos de la cadena mediante un programa inscrito en tarjetas perforadas; su invento fue una de las primeras aportaciones a la revolución industrial del siglo XIX. <<

[203] Alusión a *El oso y el aficionado a las flores*, fábula basada en un cuento del *Calila y Dimna* de origen iraní, obra de Jean de La Fontaine (1621-1695). El oso, lleno de buenas intenciones, termina aplastando a su amigo campesino mientras duerme, cuando intenta matar una mosca que el hombre tiene en la cara (*Fables*, VIII, x). <<

[204] Flora fue, en la mitología romana, la diosa de la primavera, los jardines y las flores. <<

[205] Véase nota 154 en pág. 223.

Nota 154: Eugène Pelletan (1813-1884), escritor, político y periodista francés, adversario de Napoleón III. Fue padre del político radical-socialista Camille Pelletan (1846-1915), y del científico André Pelletan (1848-1910), director de la Escuela de Minas. **<<**

[206] El adivino Calcas aparece en *La Ilíada* citado como el mejor de los adivinos porque conocía el futuro, el presente y el pasado. Desempeña ese papel en la opereta *La Bella Elena* (1864), de Jacques Offenbach (1819-1880). <<

[207] Término alemán que designa una especie de miosotis. <<

[208] En botánica, el género Aster incluye alrededor de 600 especies de margaritas. <<

[209] «La mirada sombría ahora y la cabeza gacha / parecían conformarse a mi triste pensamiento», alejandrinos de la tirada en que Terámenes trata de consolar a Teseo por la pérdida de su hijo Hipólito, en *Fedra*, de Jean Racine (V, vi). Verne corrige el original: «a *sutriste* pensamiento». **<<**

[210] Ixión, rey de los lapitas, asesinó a su suegro Deyoneo para no pagarle el dinero prometido por la mano de su hija Día. Librado por Zeus de la locura en que lo había sumido la persecución de las Erinias, Ixión sedujo a Hera, que se entregó a él bajo la apariencia de nube, bien porque la diosa quisiese ocultar su acción, bien porque Zeus lo engañase con esa apariencia, una falsa Hera llamada Néfele, de la que nació Centauro. Zeus lo castigó azotándolo y atándolo a una rueda encendida que giraba eternamente en el aire de los Infiernos. <<

[211] James de Rothschild (1792-1868), banquero nacido en Alemania, fundador de la rama francesa de su apellido; enemigo declarado de Napoleón, especuló con la batalla de Waterloo, y ayudó al gobierno de la Restauración y a la Monarquía de Julio, que le devolvió el favor en concesiones, sobre todo de la Compañía de los ferrocarriles del Norte (1843). Consiguió una fortuna inmensa, cifrada en el momento de su muerte en 150 millones de francos-oro y en una colección de más de cien cuadros de maestros antiguos (de los pintores flamencos a Rembrandt o Fragonard). Su figura sirvió de modelo a varios escritores: a Balzac para el barón de Nucingen en varias obras de *La Comedia humana*, y sobre todo en *La casa Nucingen*; a Stendhal para el padre de Lucien Lewen en la novela homónima; y a Zola para Gundermann en *El dinero*. **<<**

[212] La familia Des Acres, marqueses de L’Aigle, aportaron diplomáticos y políticos al gobierno francés. Durante más de doscientos años, desde Luis XIV, la familia se encargó de las jaurías de caza reales y rigió los destinos de Compiègne durante buena parte del siglo XIX. **<<**

[213] Teofrasto (h. 371-287 a. C.), filósofo peripatético griego, nacido en Ereso (Lesbos); fue discípulo de Aristóteles, a quien sucedió en la dirección de su escuela, el *peripatos*, galería del Liceo donde el filósofo impartía clases paseando. Fue autor, sobre todo, de *unos Caracteres*, colección de retratos en la que describe distintos tipos de carácter: cada uno ejemplifica una desviación de la norma admitida de conducta. Plinio el Viejo (23-79 d. C.), escritor y naturalista romano a quien se debe una monumental enciclopedia, referencia de ciencias y técnicas de la época sobre ciencias naturales, antropología, astronomía, psicología o metalurgia, bajo el título *Naturalis historia*. Pedanio Dioscórides (c. 40-c. 90 d. C.) fue un médico, farmacólogo y botanista griego cuya obra, *De materia medica*, informa sobre remedios de naturaleza vegetal, animal o mineral. Fue obra de referencia hasta principios del siglo XVI. <<

[214] Dafne, ninfa hija de la Tierra y del río Ladón, estaba a punto de ser alcanzada por el dios Apolo, enamorado de ella; cuando, en su carrera, Dafne se precipitó en un charco de agua cenagosa, suplicó a su padre que la transformase; se convirtió en laurel, significado en griego del término Dafne. Clitia fue, según la mitología griega, una ninfa enamorada de Helios (el Sol), que la abandonó para relacionarse con Leucótoe. Clitia descubrió el hecho al padre de la joven, que la enterró viva. Por eso, el resentimiento de Helios hizo que Clitia permaneciera sentada y desnuda nueve días sobre una roca, sin agua ni alimento, mirando el paso del sol en su carrera. Los dioses la transformaron en girasol. <<

[215] Discurso pronunciado en el Circo Municipal de Amiens el 25 de febrero de 1894, ante la Asamblea general pública, presidida por Verne, de la Sociedad de Horticultura de Picardía. <<

[216] Vertumno, rey de Etruria que, por el cuidado que tuvo con la naturaleza y el cultivo de los jardines, logró un puesto entre los dioses de la mitología romana, como divinidad de jardines y huertos. Se casó con la ninfa Pomona, de extraordinaria belleza, que detestaba la naturaleza salvaje y prefería los jardines cultivados. Es sobre todo diosa de la fruta, los jardines y las huertas. <<

[217] Adonis: divinidad greco-helenística cuyo nombre procede del semítico «Adón», señor, al que se ha identificado con el dios mesopotámico Tammuz. Es protagonista de un mito extraño, pero muy difundido en el Mediterráneo oriental; era hijo de Címiras, rey de Chipre, y de su hija Mirra, o Esmirna, que se había jactado de ser más bella que Afrodita; para castigarla, la diosa la hizo enamorarse de su padre, al que se unió aprovechando que Címiras estaba borracho. Cuando su padre se enteró de lo que había ocurrido, quiso matarla, pero la diosa la convirtió en un árbol de mirra, del que nació Adonis. Este mito de la vegetación y del renacimiento anual de la vida con la primavera encarnó la belleza varonil; de él se enamoró Afrodita: cuando un jabalí mató al joven, la diosa hizo que de la sangre de Adonis naciera una rosa, y de las lágrimas de sangre que Afrodita derramó brotaron las anémonas. <<

[218] El historiador romano Salustio (86-34 a. C.) fue tribuno de la plebe; se enfrentó a la vieja aristocracia romana y apoyó con firmeza a César, a quien acompañó en su expedición de África. Tras la victoria sobre los partidarios de Pompeyo, Salustio fue nombrado gobernador de la provincia África Nova, en la que su crueldad y el estado de extorsión a que sometió a sus «súbditos» fueron tales que sólo su amistad con César lo salvó de una condena. Se retiró entonces de la vida pública para escribir libros claves para la historia de Roma y para el estilo literario, como *La conjuración de Catilina* y *La guerra de Yugurta*. De su trabajo más importante, una historia de Roma desde el año 78 al 67 a. C., sólo se han conservado fragmentos. Plinio el Joven (c. 61-113) fue adoptado por su tío materno Plinio el Viejo, al que heredó a los diecisiete años cuando éste murió durante la erupción del Vesubio del año 79. Alumno de Quintiliano, amigo de Tácito y de Suetonio, el joven Plinio inició en el Foro una carrera pública que lo llevó a desempeñar altos cargos con el emperador Trajano. Debe su prestigio a los diez libros de *Cartas*: él mismo se ocupó de seleccionar en vida los nueve primeros, con textos de carácter personal; las cartas del décimo, que se editaron póstumas, están dirigidas al emperador, que, alrededor del año 110, le había nombrado gobernador de la provincia romana de Bitinia-Ponto. En realidad, las cartas son breves ensayos sobre una gran variedad de temas, desde comidas a historias de fantasmas, crímenes o asuntos públicos. El parque municipal Villa Borghese de Roma agrupa un gran conjunto de museos romanos e instituciones culturales. Encargado por el cardenal Scipione Borghese en 1605, fue concluido en 1633; los jardines actuales, en estilo inglés, datan del siglo XIX. En la ciudad italiana de Tívoli (provincia de Roma) existen tres «villas»: la Villa Adriana, construida por el emperador Adriano desde el 118 al 134 para servir de lugar de descanso veraniego a la corte romana; la Villa d'Este, mandada construir por distintos cardenales y papas, dueños de la ciudad, desde el Renacimiento al siglo XIX, uno de los modelos claves de jardines acuáticos y de termas que atrajo a artistas, pintores y poetas que visitaron la campiña romana; y la Villa Gregoriana, levantada por orden del papa Gregorio XVI, formada por un conjunto de jardines románticos en la que se mezclan ruinas, grutas naturales y cascadas. <<

[219] Mehemet Alí (1769-1849), oficial otomano de origen albanés, virrey de Egipto desde 1804 hasta su abdicación en septiembre de 1849; se le considera el fundador del Egipto moderno, apoyado por Francia, se había sublevado contra Turquía, respaldada por Inglaterra; en 1841 Turquía consiguió mediante tratado el derecho de prohibir el paso por los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo a los navíos de guerra de cualquier nacionalidad. El obelisco de Luxor, ofrecido a Francia por el virrey de Egipto Mehemet Alí, fue instalado en la plaza de la Concorde parisina en 1836. **<<**

[220] En 1853 el periodista Adolphe Joanne (1813-1881) inició la redacción de guías de distintas comarcas francesas y de capitales de Europa, guías a las que siete años más tarde el editor Louis Hachette titularía con su apellido. Tan famosas por su exactitud y datos como las del alemán Baedeker o del inglés Murray, estas guías fueron escritas a partir de 1873 en colaboración por Adolphe y por su hijo Paul Benigne (1847-1922), que le sucedería como director de la colección. En 1919 las *Guides Joanne* pasaron a llamarse *Guides Bleus*. **<<**

[221] Ambroise Thomas (1811-1869), compositor francés, famoso en su siglo por óperas como *Mignon* (1866), con libreto sacado de la novela *Wilhelm Meister* de Goethe, a la que siguió *Hamlet* (1868). Compuso además música sagrada, sinfónica e instrumental; todo ello con un carácter nada innovador, muy agradable para el público burgués del Segundo Imperio. <<

[222] Jules Massenet (1842-1912), pianista y compositor francés, autor de importantes óperas en la encrucijada de los siglos XIX y XX. Además compuso música de cámara, para escena, piano y órgano. Entre sus abundantes títulos de ópera y dramas líricos cabe destacar *Manon* (1884), *El Cid* (1885), *Werther* (1892), *Don Quijote* (1910), *Cleopatra* (1914) y *Herodías* (1881), basada en uno de los *Tres cuentos* de Flaubert; a ella se alude en la línea siguiente. <<

[223] Brindis pronunciado por Verne el 13 de mayo de 1894 durante una cena presidida por él mismo y organizada por la sección de Amiens de los «Enfants du Nord». <<

[224] Derivado del latín *epulatorium*: referido al banquete. <<

[225] Charles Auguste Émile Durant (Carolus-Duran, 1837-1917), pintor académico francés, autor de cuadros convencionales de gran habilidad, a medio camino entre el academicismo derivado del romanticismo y la experimentación de los pintores impresionistas, sus coetáneos. Maestro del retrato mundano, fue muy apreciado por la alta sociedad durante la Tercera República. **<<**

[226] Entrevista realizada por Marie A. Belloc para la revista *The Strand Magazine* de Londres en 1895, que fue recuperada, en traducción francesa, por el *Journal de Amiens* en 1933. <<

[227] Términos ingleses: «hidalgo rural». <<

[228] Travesura francesa. <<

[229] El matrimonio de Verne tuvo lugar en enero de 1857. Hasta la fecha de la entrevista (1894), habían transcurrido no los cincuenta de las bodas de oro sino treinta y siete años. <<

[230] *Les pailles rompues*, comedia en un acto y en verso, escrita en colaboración con Alexandre Dumas hijo, se estrenó en junio de 1850 en el Théâtre Historique o Gymnase. Un hombre avaro y mayor que su esposa trata de que esta abandone París; a cambio, Henriette quiere obtener un collar de diamantes; la decisión se la jugarán a las pajas rotas. <<

[231] Pierre-Jules Hetzel (1814-1886), editor que publicó los clásicos de su siglo, y autor de numerosas novelas para la juventud e historias para niños. Miembro del partido republicano que asumió el poder en 1848, fue ministro con Lamartine y Cavaignac, por lo que tuvo que exiliarse en 1852. No tardó en regresar gracias a una amnistía, dedicándose entonces a reanimar un sello editorial que había fundado en 1843. En 1862 se convirtió en el editor de Jules Verne. <<

[232] Expresión inglesa: «galantería de viejo estilo». <<

[233] Union Jack (o Union Flack), nombre con el que se conoce la bandera del Reino Unido, creada en 1606, tras la unión de las coronas de Escocia e Inglaterra bajo su monarca común Jacobo Estuardo; pervivió hasta 1707, siendo sustituida por la bandera de las cruces de san Jorge (Inglaterra), y San Andrés (Escocia) en 1707. En 1801 se le unió la cruz de San Patricio para representar a Irlanda. <<

[234] *Mistress Branican* apareció publicada en el folletón del *Magasin d’Éducation et de Récréation* de enero a diciembre de 1891 y en libro de gran formato a finales de ese mismo año. La protagonista, casada con un capitán de navío, se sume en la locura al saber que su hijo se ha ahogado; luego se lanza al mar en busca de su marido, del que no se tienen noticias; las aventuras la llevan desde Estados Unidos hasta Australia. <<

[235] Fueron tres los yates que, con el mismo nombre, tuvo Jules Verne; el *Saint-Michel I*, una chalupa de 9 m de largo, con un camarote de unos 3 m de largo por 1,70 de ancho, fue comprado por Verne en junio de 1868, en Crotoy, donde pasaba las vacaciones desde hacía tres años; con él viaja hasta Dover, Londres y Ostende, y realiza una travesía hasta el Havre remontando el Sena hasta París. En 1876 será cambiado por el *Saint-Michel II*, con el que Verne surcará el Canal de la Mancha y el Atlántico durante 18 meses. Con una longitud de 20 m, el velero *Saint-Michel II* tenía una capacidad para 10 pasajeros y alcanzaba una velocidad de 8 nudos. A su regreso del Atlántico, en verano de 1877, compró el *Saint-Michel III*, un lujoso yate a vapor de 31 m, que precisaba de una tripulación de nueve hombres; con él Verne realizó varios cruceros: por el Mediterráneo (Argelia, Orán, Catania, Nápoles y Marsella, 1878); por Inglaterra y Escocia (1879), por el mar del Norte (Holanda, Alemania, mar Báltico, Dinamarca, 1881), y otra gira mediterránea (1881). Atracado en Nantes, el barco será abordado una noche por un navío mayor, provocando fuertes desperfectos en el yate; Verne lo repara, pero la época de los viajes parece haber terminado, y revende en 1886 el navío por una suma irrisoria para conseguir dinero y pagar las elevadas deudas de su hijo Michel. <<

[236] James Fenimore Cooper (1789-1851), novelista norteamericano de aventuras, centradas en su mayoría en relatos de los amerindios de América del Norte. sus obras más famosas —*El último mohicano, La pradera, El cazador de ciervos*— tuvieron gran éxito en Europa. <<

[237] Devoto. <<

[238] Novela del pastor suizo de lengua alemana Johann David Wyss (1743-1818), *El Robinson suizo* se publicó en 1812, con destino a lectores infantiles. Gozaron de un enorme éxito en toda Europa las aventuras de una familia suiza que, de viaje a Australia para cobrar una herencia, naufraga y encalla en una isla perdida de Indonesia. Verne, admirador de la obra, daría una continuación a las aventuras de esa familia, los Zermatt, en la novela *Segunda patria* (1900). **<<**

[239] Thomas Mayne Reid (1818-1883), novelista norteamericano de origen irlandés, que participó en la expedición de Texas en 1840 y se dedicó al periodismo. En la guerra contra México de 1845 fue capitán de voluntarios. Sus novelas sobre la cultura amerindia tuvieron gran éxito en Europa; por ejemplo *Aventuras de un grumete*, *La reina de los lagos, Los Robinsones de tierra firme, Los tiradores de rifle, El gran jefe de los semínolas*, etcétera. **<<**

[240] La novela corta *Une fantaisie du Docteur Ox* se publicó en 1872 en *Le Musée des familles*; dos años más tarde aparecía dando título a un conjunto de relatos breves. En 1877, Arnold Mortier y Philippe Gille, con la colaboración de Verne, convirtieron su trama en una ópera bufa en tres actos, con música de Offenbach. <<

[241] *L’Île à hélice* se publicó desde el 1 de enero hasta el 15 de diciembre en las páginas del *Magasin d’Éducation et de Récréation*, y en forma de libro a finales de noviembre de esa última fecha. <<

[242] Dante Gabriel Rosetti (1828-1882), hijo de un poeta italiano emigrado en Londres, fue poeta, pintor, traductor y fundador de la escuela prerrafaelita (1848). Dejó su impronta en el simbolismo europeo con su pintura y, en poesía, con un primer volumen de *Poemas* (1871), rescatados de la tumba de su esposa, Elizabeth Siddal (1829-1862) también poeta, en los que describe el desarrollo físico y espiritual de una relación íntima; póstumo aparecerá *Poemas y baladas* (1883), en el que figura una segunda versión de su soneto más conocido, «La casa de la vida», que había escandalizado en 1870. <<

[243] De hecho, la catedral de Amiens se construyó en el siglo siguiente, en 1220. <<

[244] Publicado en *La Revue Illustrée* en 1898. <<

[245] Villa portuaria de la Bahía de Somme, a orillas del Canal de la Mancha, a 73,9 km de Amiens; en 1865 Verne alquiló una casa en Crotoy, «La Solitude», a orillas del puerto, en la que pasó ocho años y que todavía existe. Los paisajes del Crotoy fascinaron a varios pintores impresionistas en ese fin de siglo: Toulouse-Lautrec, Sisley, Georges Seurat o Alfred Manessier, natural de la ciudad. <<

[246] Nombre utilizado para designar a las poblaciones autóctonas melanesias de Nueva Caledonia, en el Pacífico Sur. <<

[247] *Les Aventures du Capitaine Hatteras* es una novela de aventuras publicada por Verne en 1866; narra una expedición al Polo Norte. **<<**

[248] Pierre Puvis de Chavannes (1824-1898), pintor muralista francés, el más importante de la segunda mitad del siglo XIX. En edificios públicos (Panteón, la Sorbona, etcétera), sus frescos se vuelven hacia la mitología, en versiones idealizadas de la Antigüedad. Sus relaciones tangenciales con el impresionismo, apuntaron a la modernidad y ejercieron gran influencia en los artistas jóvenes. <<

[249] *La Tour de Nesle*, es un drama en cinco actos con el que Alexandre Dumas consiguió en 1832 uno de los éxitos teatrales de la época romántica; en cuanto a *La Mascotte* fue una ópera cómica en tres actos, con libreto de Chivot y Duru y música de Edmond Audran (1842-1901), que se representó durante diez meses y se repuso de forma regular en los escenarios asta 1935. <<

[250] En francés se tradujo *Leatherstocking Tales*, título de un ciclo de novelas del escritor estadounidense James Fenimore Cooper (1789-1851), como *Histoires de Bas-de-Cuir*, apodo del protagonista, un cazador blanco criado entre los indios, llamado Natty Bumppo («Ojo de Halcón»); el ciclo formado por cinco títulos: *El cazador de ciervos, El último mohicano, El lago Ontario, Los pioneros* y *La pradera*, queaparecieron entre 1823 y 1841, trataba de evocar la historia de los Estados Unidos desde 1740 a 1804. <<

[251] El capitán Casimir Stanislas d'Arpentigny, (1791-1864), siguió la carrera militar hasta su retiro en 1844; participó en la guerra de España de 1820, conociendo entonces, según su propio relato, a una gitana que le leyó las manos. Una vez retirado, se dedicó al estudio de la quiromancia, materia sobre la que publicó *La ciencia de las manos*, que le valió el título de padre de la quirología moderna. Verne, de paso por París, lo visitaba de vez en cuando; fue el caballero d'Arpentigny quien le presentó a Alexandre Dumas y a su hijo. <<

[252] Adolphe Desbarolles (1801-1886), quiromántico de la escuela esotérica martinista, cuyas obras sobre esa materia se consideran en la actualidad como referencias: *Quiromancia nueva. Los misterios de la mano revelados explicados* (1859) no tardó en tener una continuación que completaba las experiencias. <<

[253] Alfred de Bréhat (1822-1866), escritor francés, autor de numerosas novelas de aventuras que narran sus experiencias de viajes a las Indias y Madagascar. En 1861 presentó a Verne a su editor Pierre-Jules Hetzel. <<

[254] Émile-César-Victor Perrin (1814-1885), pintor, crítico de arte y decorador de teatro, administrador y director de la Ópera Cómica y de la Ópera de París (Théâtre Lyrique), cargo del que dimitió tras la caída del Imperio. Desde 1871 hasta su muerte fue administrador General de la Comédie-Française. <<

Prolífico autor dramático, Eugène Scribe (1791-1861) estrenó en total trescientas cincuenta piezas, en su mayor parte escritas en colaboración; su lenguaje era incorrecto en sus vodeviles, su estilo, muy apresurado, y en las bromas predominaba la sal gruesa; pero se convirtió en el autor preferido por la burguesía francesa de la Restauración, de la Monarquía de Julio y del Imperio; la revuelta que se produjo en las tablas durante el romanticismo, más que rebelión contra el clasicismo fue una revuelta contra el éxito de Scribe, que secundaba servilmente el peor gusto del público de la época. Adolphe Adam (1803-1856), compositor francés autor de canciones, piezas para piano, cantatas escénicas y obras vocales, que gozaron de un éxito efímero. Dejó medio centenar de óperas cómicas y una docena de música para *ballet*.

Daniel Auber (1782-1871), autor de setenta partituras para el teatro, tanto de óperas como de óperas bufas, con libretos de Scribe y Delavigne sobre todo; en sus óperas los elementos visuales y espectaculares predominan siempre sobre la música; *La Muette de Portici* (1828), que se repuso hasta 1882, fue el más famoso de sus títulos, entre los que también figuran *Fra Diavolo* (1830), *Le Domino Noir* (1837), *Haydée* (1847), *Manon Lescaut* (1856), *Les Diamants de la Couronne* (libreto de Scribe y Saint-Georges, 1841). Antoine Louis Clapisson (1808-1866), compositor francés de origen napolitano, y coleccionista de instrumentos de música antiguos; se ganó la enemistad de la mayor parte de los músicos cuando fue elegido miembro del Institut en competencia con Berlioz (1854). Como compositor, gozó de gran éxito, sobre todo por sus óperas —de fácil ligereza unas, de inspiración meyerberiana otras— con libretos de Scribe, en especial por *La Fanchonnette* (1856); poco después de su muerte empezó a perder ese prestigio y su música a pasarse de moda; legó al Conservatorio de París, donde enseñó en los últimos años, su colección de más de 7500 instrumentos antiguos. [255]<<

[256] En realidad, *Le Musée des Familles*. <<

[257] *Un drame dans les airs*, novela corta publicada por Verne en 1851, con el título de *La ciencia en familia. Un viaje en globo. Respuesta al enigma de julio*. Recopilado en 1874 en la recopilación de cuentos *Doctor Ox*. Prefigura de hecho *Cinco semanas en globo*. **<<**

[258] *Le Superbe Orénoque* es una novela de aventuras que Verne publicó en el *Magasin d'Éducation et de Récréation* de enero a diciembre de 1898, y en noviembre de esta última fecha en volumen. Narra la búsqueda de un padre siguiendo el río Orinoco, mientras tres geógrafos venezolanos disputan sobre tres ríos para saber cuál de ellos es el auténtico Orinoco. <<

[259] Camille Rousset (1821-1892), historiador francés, elegido miembro de la Academia Francesa en 1871.

Xavier Marmier (1808-1892) viajero y escritor francés, autor de numerosas obras sobre sus viajes por Europa, Oriente Medio, América del Norte, etcétera. Fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1870. <<

[260] De hecho, el título original sólo era *Autour de la Lune*, novela de anticipación de Verne que apareció en el *Journal des Débats* del 4 de noviembre al 8 de diciembre de 1869, y en libro en enero del año siguiente. Es la continuación de la novela *De la tierra a la luna* (1865). <<

[261] Élisée Reclus (1830-1905), escritor anarquista francés, conocido sobre todo por sus trabajos geográficos (*Nouvelle Géographie universelle*, en 19 tomos, y *L’Homme et la Terre*), en los que intentó hacer por primera vez geografía social viendo al hombre en el proceso geográfico. **<<**

[262] Marcel Hutin, de *L'Écho de Paris*, fue a Amiens el 22 de mayo de 1901 para preguntar al propio Jules Verne. El texto aparecido en las páginas del periódico y lo recuperó Charles Lemire en su libro *Verne, l'homme, l'écrivain, le voyageur* (1908). <<

[263] 43 452'29 km. <<

[264] Véase más adelante la nota 277, en la pág. 358.

Nota 277: *Un drame en Livonie* apareció en el *Magasin d´Éducation et de Récréation* de enero julio de 1904 y en julio en forma de libro. Se trata de una novela policiaca con Livonia (actual Estonia y Letonia) como telón de fondo, y el enfrentamiento entre rusos de distinto origen y clase social: los de origen eslavo y pobres, y los de origen alemán, burgueses o nobles. El drama gira en torno a un error judicial que resuelve el novelista recurriendo a un *deus ex machina*: el verdadero asesino confiesa su crimen *in articulo mortis* a un pope, aunque el profesor acusado, representante de los rusos eslavos en unas próximas elecciones, ya ha sido encontrado muerto, probablemente suicidado. <<

[265] Se publicó en *Le Magasin d’Éducation et de Récréation* entre enero y diciembre de 1901; en julio de ese año apareció en volumen con el título *El pueblo aéreo*. <<

[266] Henry de La Vaulx (1870-1930), aeronauta y explorador francés; en 1900, una de sus carreras le llevó desde París a Kiev, después de recorrer 1925 km en 35 horas. Discípulo de Verne, fue uno de los fundadores del Aéro-Club de Francia y uno de los iniciadores de la Federación aeronáutica Internacional. Durante la primera guerra mundial, fue movilizado como aeronauta y se embarcó en un dirigible que fue abatido por las artillerías alemanas, aunque sin daños personales. Pereció durante una de las giras aéreas en avión, por haber chocado su aparato con una línea de alta tensión. Además de obras sobre la aeronáutica, publicó la novela *Cien mil leguas en los aires* (1925), y varias narraciones de aventuras en colaboración con Arnould Galopin bajo el título *La vuelta al mundo de dos chiquillos* (1911). <<

[267] El 31 de julio de 1901 aparece, firmada por el colaborador del importante periódico parisino *Le Matin*, una entrevista con Verne, con motivo del regreso, al día siguiente, de Gaston Stiegler (1853-1931), reportero enviado por ese periódico a dar la vuelta al mundo siguiendo el itinerario de Phileas Fogg. De París a París, tardó 63 días, 10 horas y 20 minutos. <<

[268] Jean Passepartout, el ayudante de Phileas Fogg, recibe en las traducciones españolas el apelativo de «Picaporte». <<

[269] En la mitología griega, Antígona, hija de Edipo rey de Tebas, se enfrenta a la prohibición del rey Creonte de enterrar a su hermano Polinices y es condenada a muerte (*Antígona*, tragedia de Sófocles). Que Antígona guíe a un poeta ciego como Homero puede proceder de alguna pintura de la época por ejemplo, el óleo *Edipo y Antígona*, del francés Charles Jalabert (1819-1901); el académico artista pinta al rey de Tebas dirigiéndose al destierro: tras conocer su trágico destino —matar al padre y casarse con su madre—, Edipo se castiga yendo hacia el exilio de la mano de su hija Antígona, después de haberse arrancado los ojos con sus propias manos, según la tragedia de Sófocles *Edipo rey*. <<

[270] Artículo sin firma aparecido en el periódico estadounidense *The Pittsburgh Gazette* en 1902. <<

[271] *L’Île mysterieuse*, novela publicada en el folletón del *Magasin d ´Éducation et de Récréation* de enero de 1874 a diciembre de 1875, y en libro en noviembre de ese último año, constituye una continuación de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. La inspiración inicial de la trama proviene tanto del *Robinsón Crusoe* de Daniel Defoe como del *Robinsón suizo* de John David Wyss, según propone Verne en las primeras páginas de la novela, en la que reaparecen personajes vernianos como Ayrton, el traidor de *Los hijos del capitán Grant*, o el capitán Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. <<

[272] Se trata de *Le village aérien (El pueblo aéreo)* publicado en las páginas del *Magasin d'Éducation et de Récréation* desde el 1 de julio hasta el 15 de junio de 1901, y en forma de libro a finales de noviembre de ese mismo año; lo protagonizan dos exploradores, uno estadounidense y otro francés, que buscan el «eslabón perdido» de la raza humana, en el corazón de África, en la orilla meridional del lago-río Ubangui (República del Congo); ahí encuentran un pueblo arborícola desconocido, de gorilas y chimpancés (de hecho bonobos) que viven juntos. <<

[273] En 9 de marzo de 1886, Gaston Verne (1868-1938), el sobrino favorito del escritor, disparó dos tiros de revólver contra Verne; uno de los disparos le alcanzó en un pie y dejó al novelista cojo para el resto de su vida. El atentado se justificó como un ataque de locura del joven y se acalló en la medida de lo posible, aunque en origen habría sido la negativa de Verne a prestarle dinero para hacer un viaje a Inglaterra. Gaston, encerrado entonces en un asilo para alienados, murió en él en 1938, a los 70 años de edad. <<

[274] La última entrevista concedida por Verne tuvo lugar en octubre de 1903. <<

[275] Robert Harborough Sherard (1861-1943), escritor y periodista inglés, instalado en París desde 1882, por haberse enfrentado a su padre que lo desheredó. Educado en las universidades de Oxford y Bonn, empezó publicando biografías de Zola y Daudet, pero se centró en varios libros en la vida de Oscar Wilde, a quien ayudó a instalarse en Londres tras su exilio de Irlanda, con anécdotas de primera mano en su primer libro: *Oscar Wilde. Historia de una amistad desgraciada* (1905). También dejó una autobiografía: *Veinte años en París* (1905), con anécdotas sobre la vida social, intelectual y artística de la capital francesa. <<

[276] Elizabeth Jane Cochran, conocida como Nellie Bly (1864-1922), periodista de investigación estadounidense, autora de reportajes clandestinos sobre la clase obrera que obligaron al director del Pittsburgh Dispatch a encargarle la crítica teatral y artística. En 1887 entra a formar parte de la redacción del *New York World*, de Joseph Pulitzer; dos años después, tras leer *La vuelta al mundo en ochenta días*, propone el mismo viaje, que inicia en Hoboken (New Jersey) el 14 de noviembre de 1889 y concluye el 25 de enero de 1890, tras 72 días, 6 horas, 11 minutos y 14 segundos, récord de la época; tras el viaje visitó a Verne en Amiens, el 22 de noviembre, a las 16 horas, en un encuentro organizado por Robert Sherard. Tras casarse con el millonario Robert Seaman, se alejó del periodismo, haciéndose cargo al enviudar de su fábrica de bidones metálicos para la leche; pronto patentará el bidón de 55 galones para el petróleo; sus innovaciones de carácter social en la empresa (inversiones en centros de ocio, bibliotecas para obreros, salario diario) la enfrentaron al consejo de administración y hubo de vender las fábricas en 1914. Perseguida por los acreedores, volvió a Europa y se contrató con el *New York Evening Journal* para ser corresponsal de guerra durante la Primera Guerra mundial. Al finalizar ésta, regresó a Nueva York donde aparecieron sus artículos sobre el mundo obrero, el derecho al voto femenino y diversos temas de carácter social. <<

[277] *Un drame en Livonie* apareció en el *Magasin d´Éducation et de Récréation* de enero julio de 1904 y en julio en forma de libro. Se trata de una novela policiaca con Livonia (actual Estonia y Letonia) como telón de fondo, y el enfrentamiento entre rusos de distinto origen y clase social: los de origen eslavo y pobres, y los de origen alemán, burgueses o nobles. El drama gira en torno a un error judicial que resuelve el novelista recurriendo a un *deus ex machina*: el verdadero asesino confiesa su crimen *in articulo mortis* a un pope, aunque el profesor acusado, representante de los rusos eslavos en unas próximas elecciones, ya ha sido encontrado muerto, probablemente suicidado. <<

[278] Herbert George Wells (1866-1946), escritor británico, autor de conocidas obras de ciencia ficción que le convirtieron en un autor popular a finales del siglo XIX; tras sus inicios en ese género, se dedicó a escribir novelas de temática social o pensamiento político, además de obras de vulgarización histórica, biológica, etcétera. Se le considera el padre de la ciencia ficción contemporánea. Entre las obras que Verne pudo haber leído figuran *La máquina del tiempo* (1895), *La isla del doctor Moreau* (1896), *El hombre invisible* (1897), *La guerra de los mundos* (1898), *Los primeros hombres en la Luna* (1901), o el ensayo *Anticipaciones* (1901), un *best-seller* en la época. Como Verne, rechazó la relación de su obra con la del escritor francés en un prólogo a la reedición de sus *Novelas científicas* (1933): Wells oponía su narrativa de imaginación a las novelas de anticipación de Verne. <<

[279] De hecho, el destino de los aventureros de Wells es la Luna en *Los primeros hombres en la Luna* (1901). Su protagonista, el doctor Cavor, inventa la cavorita, una sustancia antigravitatoria a base de helio que les permite ascender sin peso en el espacio. <<

[280] George Meredith (1828-1909), poeta y novelista británico, representante de la novela cómico-social, ridiculizando el esnobismo, la pedantería y la ignorancia de las clases altas de la sociedad victoriana. Sus poemas amorosos de juventud destilan una melancolía romántica. <<